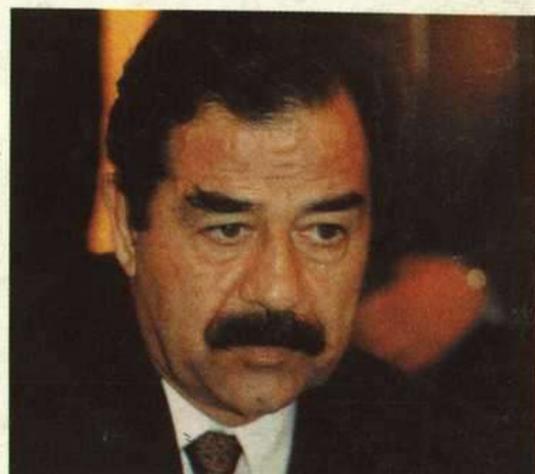
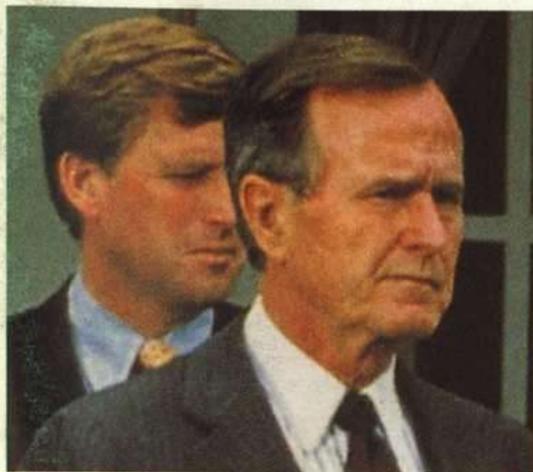


Nuestra Bandera

REVISTA DE DEBATE TEORICO Y POLITICO EDITADA POR EL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA



● CRISIS DEL GOLFO

La flotilla española debe regresar inmediatamente

(Texto íntegro de la intervención de J. Anguita en el Parlamento)

- **El cante flamenco: trascendencia y trivialidad**
- **Reflexiones sobre Izquierda Unida**

**SUMATE
A UN MUNDO
QUE SE MUEVE**

mundo obrero

N.º 596 Del 19 al 25 de septiembre de 1990 150 pesetas



**¿Qué golfo
tiene la culpa?**

TARIFAS

Nombre

Localidad

Domicilio

FORMA DE PAGO:	Giro		Metálico	Cheque	Recibo
	ESPAÑA	ISLAS	EUROPA	AFRICA AMERICA	ASIA AUSTRALIA
3 meses	1.625	1.525	2.400	2.900	3.650
6 meses	3.250	3.050	4.800	5.800	7.300
12 meses	6.500	6.100	9.600	11.600	14.600

MUNDO OBRERO
Claudio Coello, 126
28026 Madrid. Tel.: 563 97 02

Nuestra Bandera

REVISTA DE DEBATE
POLITICO Y TEORICO
EDITADA POR EL
PARTIDO COMUNISTA
DE ESPAÑA

CONSEJO DE
REDACCION

Pedro Marset-Director
A. López
Salinas-Coordinador
Esther Benítez
Gerardo del Val
Salvador Jové
Héctor Maravall
Manuel Monereo
Damián Pretel
Vicente Romano
José Sandoval
Juan Trías

DISEÑO Y PRODUCCION
Manuel S. García

FOTOGRAFIA
Angel Jiménez

REDACCION Y
ADMINISTRACION
Marqués de Monteagudo, 8
28028 Madrid
Teléfono: 246 98 07
Fax: 361 17 74

DISTRIBUCION
MUNDO OBRERO
Claudio Coello, 126
28026 Madrid
Teléfono: 563 97 02

FOTOCOMPOSICION
Ciceralia, S. A.

IMPRESION
Igráficas, S. A.

Depósito legal: M. 20.166-1977



EDITORIAL

Para empezar, siete cuestiones 2

NACIONAL

Julio Anguita

IU-IC y la crisis del Golfo Pérsico 4

Luis Carlos Rejón

Las terceras autonómicas en Andalucía .. 10

J. García Meseguer

Inmigración ilegal: causas, consecuencias y
posibles soluciones 16

Angel Pérez

Reflexiones sobre Izquierda Unida 22

INTERNACIONAL

Teresa Domingo

Elementos que tensionan a la CE 30

ECONOMIA Y SOCIEDAD

Héctor Maravall

Los problemas de la sanidad pública
en España 34

Salvador Jové

Crecimiento económico y desarrollo: una
reflexión actualizada desde una óptica
de izquierda 40

Daniel Lacalle

Los cambios en la estructura de clases y
la alternativa transformadora 46

TEORIA Y ANALISIS

Manuel F. Trillo

Democracia y resistencia a partir
de Thoreau 50

José M. Laso

Perspectiva actual de Dios y la alienación
religiosa en el pensamiento marxista ... 62

CULTURA

Andrés Soler

El canto flamenco: trascendencia y
trivialización 74

A. López Salinas

Memoria de Gabriel Celaya 80

SUMARIO

3.º TRIMESTRE/1990

N.º 146

PARA EMPEZAR, SIETE CUESTIONES

ESTOS tres meses de verano que acabamos de pasar han suministrado motivos suficientes en España e internacionalmente para avanzar tanto en la comprensión de los fenómenos políticos y sociales que están desarrollándose en España, como para profundizar en la interpretación de la experiencia social de los países del Este europeo y analizar la naturaleza íntima de las relaciones de Occidente con el Tercer Mundo a raíz del conflicto del Golfo Pérsico.

En el panorama español tenemos, en primer lugar, los resultados sorprendentes de las elecciones andaluzas con la repetición de la mayoría absoluta por parte del PSOE, y los insuficientes logros de IU-CA. En segundo lugar, el agravamiento del escándalo de los hermanos Guerra, alcanzando dimensiones profundamente preocupantes desde el punto de vista de la ética política. En tercer lugar, el enfrentamiento de la UGT hacia CC.OO. con motivo de los preavisos de las elecciones sindicales. En cuarto lugar, el lamentable y bochornoso espectáculo ofrecido por el presidente del Gobierno, el Gobierno y el PSOE en relación con el conflicto del Golfo Pérsico, al llevar una conducta de sumisión y seguidismo respecto a EE.UU. de Norteamérica, eliminando las escasas posibilidades de una voz propia para España en el panorama internacional. Y, por último, las repercusiones económicas que en una situación precaria y de equilibrio inestable produce la subida del petróleo.

Estas cinco cuestiones españolas y las dos internacionales, una tras otra, van poniendo sobre el tapete elementos reveladores del nuevo panorama social y político con el que nos enfrentamos. Desde el ámbito de la izquierda van a proveer los ingredientes y argumentos presentes en los dos debates más significativos del otoño, el XXXII Congreso del PSOE y la Asamblea de Izquierda Unida. El PSOE, definitivamente instalado en la opción capitalista como la forma «natural» de desenvolverse la sociedad rechazando el marxismo; e Izquierda Unida con la difícil e interesante paleta de completar una alternativa al actual estado de cosas desde una pretensión transformadora, cuando todas las experiencias de «socialismo real» se han saldado con un fracaso en su intención transformadora.

Las elecciones andaluzas han puesto de relieve muchos aspectos, pero los más significativos para

nosotros son: la profundidad del voto cautivo a través de la maraña de influencias y coacciones que desde el poder realiza el PSOE, la ausencia de cambio de intención de voto a causa del escándalo de los hermanos Guerra, y la dificultad para generar una conducta política participativa como pretende Izquierda Unida, al descansar la mayor parte de nuestro esfuerzo en la actuación institucional sin ligarlo a la acción de los movimientos sociales organizados. Los insuficientes resultados obtenidos por IU-CA llevaron, por una parte, al bloque de intereses creados alrededor del PSOE a declarar la extinción de IU y su inevitable absorción por el PSOE; por otra, dentro de IU, a un debate sobre la necesidad de un cambio de estrategia con el «hermano mayor» de la izquierda, el PSOE. En el fondo, un debate sobre la posibilidad de existir en España una voz política autónoma reivindicando la crítica radical al falso bienestar que se pretende y reclamando una profunda transformación del sistema social.

La escalada de nuevas pistas y descubrimientos en el *escándalo de los hermanos Guerra*, incluyendo al señor Alfonso Guerra, ha sido de hecho la columna vertebral del transcurrir del veraneo español. Hemos ido asistiendo a un concienzudo trabajo judicial desmontando la argumentación de Alfonso Guerra en su intervención en el Congreso de los Diputados, demostrando que mintió ante los representantes del pueblo español. Pero además de esta implicación política directa de Alfonso Guerra está la de tantos militantes destacados del PSOE que han ocultado información, han ayudado a los hermanos Guerra en sus conductas de abuso político en beneficio económico propio y del PSOE, e incluso se ha llegado a dejar totalmente en ridículo al propio presidente del Gobierno y secretario del PSOE, Felipe González. Difícil «Casa común de la izquierda» la que se quiere preparar con el XXXII Congreso del PSOE con esos y otros antecedentes. El Programa 2000, inspirado por Alfonso Guerra, se convierte con esta praxis política en un biombo seudointelectual ocultador de una mera actividad lucrativa y de perpetuación en el poder. Sin embargo, para Izquierda Unida, el asunto de la corrupción generalizada practicada por el PSOE al amparo de las estructuras públicas, ligado a experiencias similares, de mayor duración y dureza desarrolladas en los, hasta ahora, países del «socialismo real», se convierte en tema crucial para

abordar la transformación social inscrita en la consecución de una ética solidaria realmente socialista.

La dureza de *la reacción que UGT* ha tenido con los preavisos llevados a cabo por CC.OO. en 200.000 empresas para garantizar igualdad de condiciones para todos los sindicatos y transparencia, pone de manifiesto el largo trecho a recorrer para fortalecer la unidad sindical y las diferentes concepciones sobre el sindicalismo presentes. En un contexto de endurecimiento de las condiciones de vida para la población, la unidad sindical alcanzada por el 14-D, y la PSP, se convierte en un instrumento necesario en manos de los trabajadores. Conseguir recomponer esa unidad a la vez que llevar al ámbito sindical normas democráticas similares a las que se dan en los procesos electorales políticos son objetivos prioritarios, en lo que se avecina como otro otoño caliente. No hay que olvidar que la práctica unitaria sindical favorece la toma de conciencia por mayores contingentes de la población sobre las causas del alineamiento del gobierno y del resto de los partidos políticos en cuestiones económicas, sociales y éticas.

Desde el punto de vista de la izquierda, una de las cuestiones más unida a los núcleos íntimos de la visión del mundo superadora de los bloques militares, del desequilibrio y explotación Norte-Sur, es la que afecta a nuestra dependencia respecto de la OTAN y la UEO. Y precisamente el *conflicto del Golfo Pérsico* ha llevado hasta sus últimas consecuencias lo que parecía olvidado, nuestra vergonzante pertenencia a la OTAN. La conducta del presidente del Gobierno con la sumisión frente a Bush y la falta de respeto con el Parlamento y con el pueblo español por no informar en su momento de un conflicto como el del Golfo Pérsico, que desvela a la vez un conjunto de posturas neocolonialistas de Occidente, esa conducta claudicante no ha tenido parangón en ningún país europeo. Las filigranas dialécticas de Serra, Fernández Ordóñez y González, con auténticas prestidigitaciones camufladas (misión de paz, solución regional, contribución económica al gasto militar de EE.UU. de Norteamérica, etcétera) han puesto otra vez en evidencia el incumplimiento de condiciones del referéndum OTAN y la conversión de España en una inmensa base yanqui: todo indica la ausencia de una política global propia convirtiendo en puro justificacionismo a posteriori nuestro servilismo con Norteamérica. La identidad de posturas entre el PSOE y el Partido Popular en este asunto, y la rapidez de respuesta y postura firme de Izquierda Unida en el mismo dan la diferencia para los que saben observar y comprender. La espontaneidad con que Inocencio Arias afirmó que nuestra participación en el conflicto del Golfo Pérsico era para «garan-

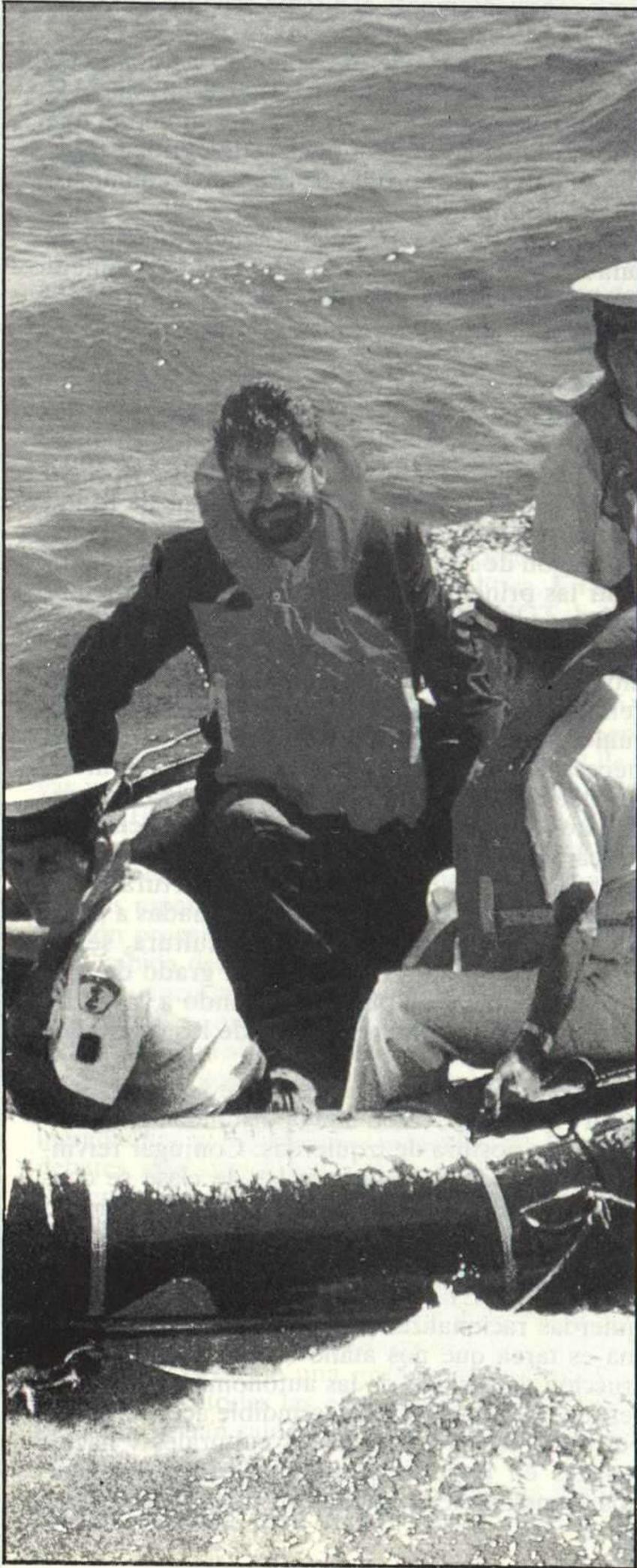
tizar nuestro bienestar económico» indica esa renuncia absoluta a un Nuevo Orden Económico Internacional que elimine las injusticias y sufrimientos del Tercer Mundo. En definitiva, pone sobre el tapete la interpretación marxista, dialéctica de la sociedad capitalista. Resulta peligroso ligar conscientemente al pueblo español a una definida postura de explotación del Tercer Mundo. Se puede afirmar que esa voluntad de mantener el actual estatus que se materializa enviando la flotilla, enviando soldados a un destino en el que a todas luces no pelagra nuestra integridad territorial, parece más propio de aventuras colonialistas, vicarias por otra parte.

Tenemos, en quinto lugar, la constatación de una situación *económica inestable*, excesivamente dependiente de los movimientos internacionales, sin haber resuelto los grandes núcleos de nuestra infraestructura productiva, y que con motivo de la subida del petróleo se han puesto en evidencia. La puesta en marcha por parte del Gobierno de un conjunto de medidas de choque, afectando principalmente a los salarios y precio de los productos, sin atacar las causas de fondo de nuestra situación, exige profundizar en la articulación de respuestas sindicales que sepan incluir las principales reivindicaciones de los movimientos sociales. Integrar calidad de vida, estabilidad en el trabajo, pleno empleo, participación democrática en las empresas, ecologismo, feminismo, pacifismo en una alternativa al actual sistema económico, constituye la tarea más necesaria a llevar a cabo este otoño. Con motivo del debate parlamentario sobre los presupuestos del año 1991, las principales decisiones de carácter solidario, desde las retribuciones a los funcionarios o los fondos de cobertura al desempleo, hasta las cantidades destinadas a la sanidad, enseñanza, investigación, cultura, servicios sociales, van a depender del grado de movilización social amplia presionando a favor de ellas, y canalizándolas a través de los diputados de IU-IC.

Por último, tenemos en octubre las elecciones en el País Vasco, como una oportunidad para mejorar una postura de izquierdas. Conjugación de reivindicaciones nacionalistas con las de clase se convierte en objetivo prioritario, tanto en el propio País Vasco como en toda España. Entre las tres presiones existentes en Euskadi, del PNV, del PSOE y de ETA, abrir una perspectiva de izquierdas racionalizadora, responsable y autónoma es tarea que nos atañe a todos. En la construcción del Estado de las autonomías con carácter federalizante, es imprescindible acertar a convertir las ansias y contenidos culturales y nacionalistas en impulso progresista compatible con una transformación global en España y en Europa.

IU-IC Y LA CRISIS DEL GOLFO PERSICO

(Julio Anguita en el Congreso
de los Diputados. 11 sep. 1990)



S EÑOR presidente del Gobierno: Cuarenta días ha tardado su señoría en comparecer ante los representantes del pueblo español para explicar la posición del Gobierno ante la crisis del Golfo Pérsico y las decisiones que, en torno a dicho conflicto, tomó el llamado Gabinete de Crisis.

Ningún gobierno de los países que, en nuestro entorno europeo, han enviado efectivos militares a la zona en conflicto, ha incurrido en la grave irresponsabilidad de dejar sin información ni debate, durante cuarenta días, a los representantes de la soberanía nacional.

Y si su señoría está hoy aquí se debe a la petición del Grupo Mixto y el de IU-IC y, ¿por qué no decirlo?, a la perspicacia del señor ministro de Relaciones con las Cortes, que estando presente en el debate de la Diputación Permanente entendió que tanto los que se opusieron a la comparecencia (Grupo PSOE) como los que se inhibieron, absteniéndose (los del llamado bloque constitucional), vencieron pero no convencieron. Están aquí, en un debate por el que ni han peleado ni se han expuesto.

El 29 de octubre de 1981, en el debate acerca del ingreso de España en la OTAN, su señoría, señor presidente, decía lo siguiente:

«No queremos el ingreso de España en la OTAN, y no porque los socialistas seamos específicamente antiatlantistas, estamos efectivamente en contra de la política de bloques y por una política de paz y de cooperación en el plano internacional, y consideramos que en los momentos presentes de crisis mundial económica, política y también de crisis de valores, en esos momentos de crisis de credibilidad para la propia política de bloques y de grave amenaza armamentista, España puede y debe jugar un papel claramente positivo en la consecución de una salida de paz y de progreso para el mundo.

Intentamos buscar en nuestra política internacional y en nuestra política interior un camino que nos permita fortalecer nuestras instituciones democráticas y desarrollar nuestras autonomías, concentrar nuestros esfuerzos en la superación de la crisis económica y del paro; acelerar nuestro acceso a las instituciones europeas e incrementar nuestros lazos de amistad y de solidaridad con el mundo hispanoamericano y con el mundo árabe... Aún es tiempo de defender aquellos elementos de

acción política, económica y social que unen al mayor número de españoles en un esfuerzo común y asumido por todos. Un esfuerzo que evite cualquier elemento de desunión».

No teman sus señorías que yo vaya a abordar aquí el debate sobre la OTAN. El pueblo español se pronunció en un referéndum y nosotros, que seguimos manteniendo la misma postura ante la OTAN y la UEO, somos respetuosos con la voluntad del pueblo.

Si traigo estas palabras de su señoría a colación es porque, en ellas, se evidencian unos contenidos interesantes:

— Falta de credibilidad de la política de bloques; es decir, necesidad de una política superadora de esa situación.

— Necesidad de una acción política que acabe con la carrera de armamentos.

— Búsqueda de un camino propio y específico tanto en la construcción europea como en la política internacional.

— Aportar a esa construcción europea y a esa política exterior un elemento genuino y diferenciador: la relación con el mundo árabe y Latinoamérica.

— El esfuerzo de buscar los elementos comunes en un deseo de evitar la desunión entre los españoles.

La experiencia de los ocho años de gobierno de su señoría dejan claramente explicitado cómo aquel discurso se quedó en palabras, palabras, palabras. Una ocasión perdida.

Como en el filme «El cartero siempre llama dos veces», el Gobierno de su señoría ha tenido una segunda oportunidad.

Precedido por la cumbre árabe de Bagdad del 27 al 30 de mayo, en la que Irak planteó determinadas reivindicaciones territoriales y económicas, y precedido por el fracaso de la reunión Kuwait-Irak del 28 al 31 de julio se produce ante los atónitos ojos de la opinión pública mundial y la supuesta desinformación de todos los servicios secretos la invasión de Kuwait por parte de Irak el 2 de agosto. Estábamos ante la segunda gran violación del Derecho Internacional desde el final de la guerra fría, y digo segunda porque la primera, sin llegar a la anexión o desaparición de un Estado, tuvo lugar con la intervención militar norteamericana en Panamá.

Permítanme sus señorías tres reflexiones al hilo del acontecimiento de la invasión y de la necesidad, justificadísima, de una respuesta de la comunidad internacional:

— El invasor Sadam Hussein despliega un ejército bien pertrechado y bien abastecido, en armamento de toda índole, tanto por la Unión Soviética como por Inglaterra, Francia, EE.UU., et-

cétera. Un ejército que ya había experimentado, tanto en la guerra contra Irán como en la aniquilación de 10.000 kurdos, los efectos devastadores de armas químicas; muchas de ellas fabricadas con componentes de procedencia española y exportadas por Explosivos Riotinto, Explosivos de Burgos, Explosivos Alaveses, violando todos el embargo decretado por las Naciones Unidas.

El producto de las grandes y medianas potencias mundiales creaba un conflicto a los que con anterioridad le suministraron armamentos y guardaron silencio ante hechos execrables.

— El Consejo de Seguridad de las NN.UU. obra con celeridad y produce la Resolución 660. Una celeridad desusada hasta entonces, de la que nos congratulamos y pensamos que debiera servir de precedente para futuros conflictos y violaciones del Derecho Internacional, con o sin intereses petrolíferos de por medio. Una resolución que en los días inmediatamente sucesivos se concreta en otras por las que se declara el embargo de Irak dentro del espíritu y la letra del Art. 41 de las NN.UU. Embargo y no bloqueo. Situación esta que sigue manteniéndose según palabras del secretario general de las NN.UU., Pérez de Cuéllar.

— La agresión iraquí se produce en una coyuntura internacional caracterizada por el final de la guerra fría, la distensión de las relaciones Este-Oeste y la práctica desaparición del Pacto de Varsovia. Es decir, en una situación en la que se dan las condiciones para ir creando un nuevo orden internacional sin bloques militares y sin gendarmes de guardia de ningún tipo. Una situación en la que la construcción europea comienza a realizarse bajo lenguajes que hablan de cooperación internacional y de superación de los conflictos Norte-Sur.

En resumen, la situación actual en el escenario político plantea un reto:

— Seguir presos del pasado e incardinarse en la dialéctica de un mundo unipolar con los EE.UU. como único referente. Unos EE.UU. que cada vez exigen más: dinero, tropas, etcétera.

— Articular una vía de diálogo, de entendimiento y de acciones concretas que tiendan a reforzar a la única organización que hoy puede representar a la Comunidad Internacional: la ONU.

Y dicho de otra manera, señorías, la vía rápida, cruenta a golpes de acción bélica y anclada en situaciones ya superadas o la vía más lenta pero capaz de crear por su propia dinámica un nuevo orden internacional más justo y más equitativo.

¿Qué hace en esta conyuntura el Gabinete de Crisis presidido por el señor González? Sigamos el relato del ministro de Asuntos Exteriores en su comparecencia del 28 de agosto.

— Emisión de un comunicado condenando la

ocupación y exigiendo la retirada inmediata de las tropas iraquíes.

— Participación en la reunión del Comité Político de la Comunidad Europea en la que se da cumplimiento a las medidas de embargo dispuestas por la Resolución 660 del Consejo de Seguridad de la ONU. En días posteriores también se ratifican las Resoluciones 661 y 662 de dicho organismo.

— El 7 de agosto se produce la autorización del Gobierno español para que tropas y aviones de combate de EE.UU. usen las bases de utilización conjunta. Una autorización basada en una interpretación de extraordinaria manga ancha del también redactado, con manga ancha, Convenio entre España y EE.UU. sobre Cooperación para la Defensa. Una manga ancha que ha permitido, desde la firma de dicho convenio, la violación por parte del Gobierno de las cláusulas explicitadas en el referéndum de la OTAN.

— El día 8 de agosto, y desde Viena, el señor presidente del Gobierno hace unas declaraciones en las que se desliza algo a tener en cuenta: la afirmación de que tal conflicto aceleraría y adelantaría para 1991 la recesión económica. En definitiva, que la crisis del Golfo puede agravar y acelerar males que ya existían tanto en el orden internacional como en el nacional.

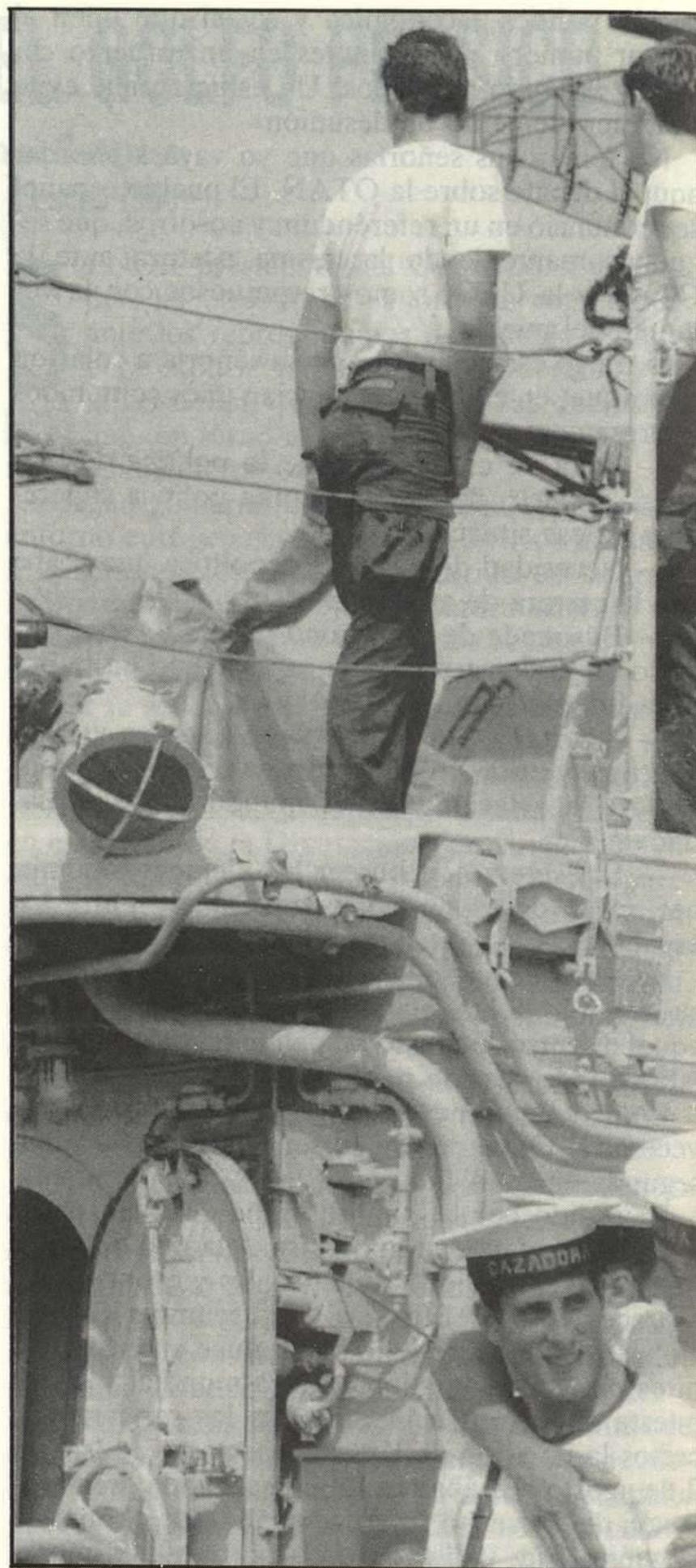
El caso es, señorías, que en esta fecha el Gobierno de EE.UU. despliega de manera unilateral y sin mandato específico de ningún organismo internacional sus fuerzas armadas en la frontera entre Arabia e Irak, y de manera interesada confunde la expresión bloqueo (que es un acto de guerra y que se contiene en el Art. 42 de las NN.UU., cuando éstas, hasta hoy, no han pasado de la recomendación de embargo, Art. 41).

Y éste es el momento en el que el cartero vuelve a llamar. El momento de buscar una política exterior con rasgos específicos. De aportar a la comunidad internacional el esfuerzo para construir un nuevo orden político mundial. ¿Qué hace el señor presidente del Gobierno? ¿Sigue la vía fácil pero gregaria, subalterna y desfasada de apoyar la acción iniciada por los EE.UU. o se apresta a hacer un esfuerzo por vía europea y de la ONU aportando la supuesta intervención preferente de Latinoamérica y países árabes?

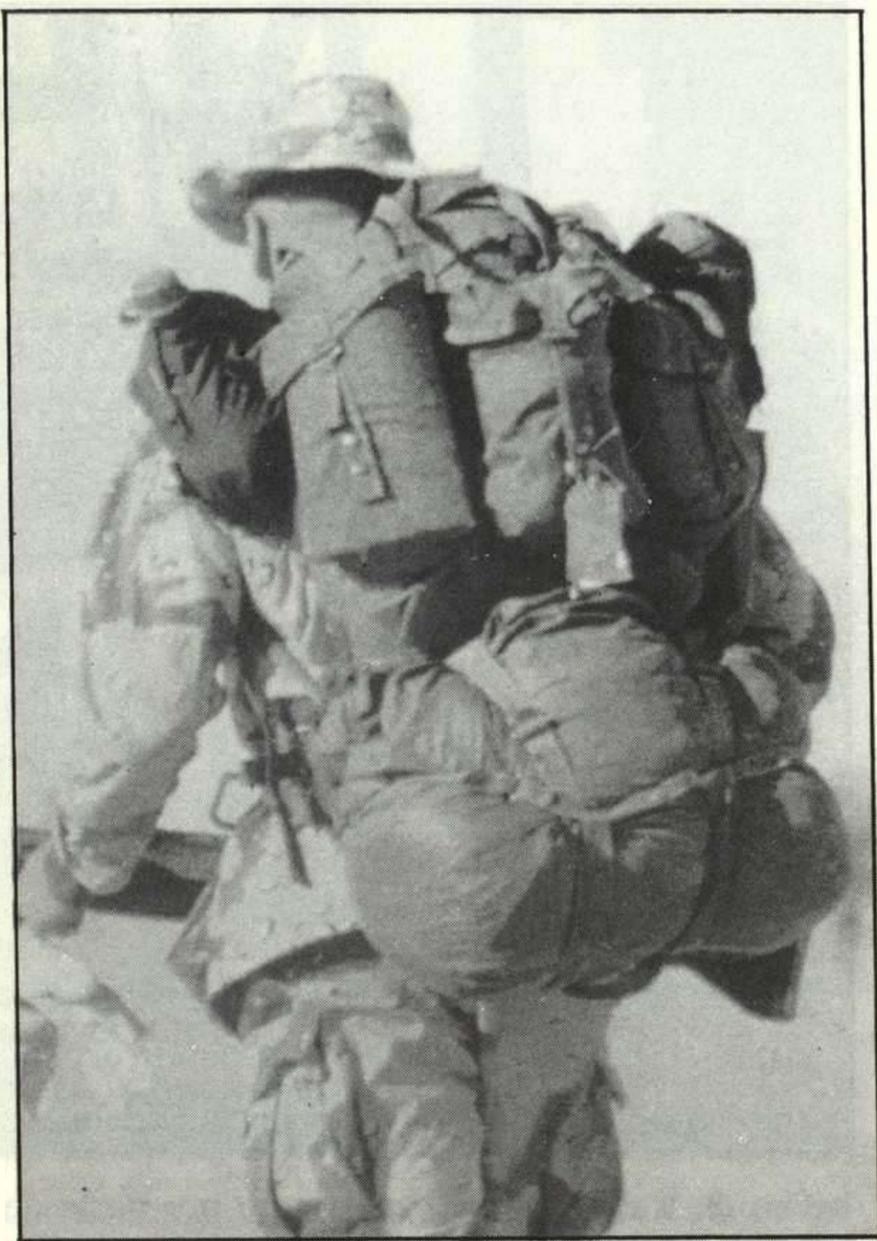
El Gabinete de Crisis presidido por el señor González decide llevar a la reunión del Consejo de la Unión Europea Occidental el día 21 la oferta española de mandar unos navíos de guerra a la zona en conflicto.

Y es el caso, señorías, que la vinculación de España a la OTAN y a la UEO no obligaba en absoluto al Gobierno a tomar esta decisión.

Tal y como dijo el señor Fernández Ordóñez:



«... No existe ninguna obligación, ni jurídica ni política, para que el Gobierno español adopte esta decisión por el hecho de ser miembro de la OTAN o de la Comunidad Europea o de la UEO». En la reunión de la UEO del día 21 se aprueba la oferta española y se aprueba con un documento que en su punto n.º 9 dice literalmente: «Los ministros subrayan que la coordinación en el seno de la UEO debería facilitar la cooperación con otros países que despliegan sus fuerzas en la región y,



El Gobierno de EE.UU. despliega de manera unilateral y sin mandato específico de ningún organismo internacional sus fuerzas armadas en la frontera entre Arabia e Irak, y de manera interesada confunde la expresión bloqueo (que es un acto de guerra y que se contiene en el Art. 42 de las NN.UU., cuando éstas, hasta hoy, no han pasado de la recomendación de embargo, Art. 41).

de manera especial, con las de los EE.UU. de América».

En medio de esta serie de decisiones de gran responsabilidad política, el presidente no se digna en informar al Parlamento o dar una explicación. Hace recaer sobre sus ministros de Asuntos Exteriores y Defensa el papel de hombres bienintencionados, dispuestos a informar a los líderes políticos, eso sí, rogándoles todo tipo de discreción sobre informaciones ¡aparecidas en la prensa diaria!

Al menos las que se me dieron a mí. No sé si a los ilustres miembros de la oposición «honorable» se les dio otra. Mientras tanto, el Parlamento y el país en un total ayuno de las razones políticas de tales decisiones. Declaraciones de los ministros y breves expresiones del presidente del Gobierno que no sirven para explicar a qué lógica de política exterior se atienen las decisiones. Pero, ¿y si no hubiese lógica? ¿Y si no hubiese línea política?

— Un día el señor presidente se declara partidario de la no intervención en base a su concepción regional del conflicto, pero al día siguiente ya manifiesta su voluntad de enviar una flota al Golfo Pérsico.

— Otro día el señor presidente, pegándose a la rueda del señor Mitterrand, censura al Gobierno de los EE.UU. por extralimitarse y transformar el embargo en un bloqueo; pero al final del primer Consejo de Ministros celebrado después de las vacaciones nos quedamos estupefactos al conocer, por boca de doña Rosa Conde, que el Gobierno estaría dispuesto a pagar la parte que le correspondiera en los costos del despliegue del ejército norteamericano.

— En otro momento se afirma que la flotilla española va en misión de paz, en una función de «vigilancia del tráfico marítimo». La versión actual es que nuestra flotilla podrá interceptar los buques que considere violadores del embargo usando la violencia necesaria.

— Se llega a afirmar que nuestra flota va en cumplimiento de la Resolución 665 de las NN.UU., pero el calendario nos dice que la Resolución 665 de las NN.UU. es muy posterior a la decisión de enviar la fragata y las dos corbetas. También la mentada Resolución 665 recomienda que las fuerzas que ya estaban en el Golfo se colocasen bajo la dirección del Comité de Estado Mayor de las NN.UU. En resumen:

- Las NN.UU. no se dirigieron al Gobierno español para recabar de él el envío de buques.
- Las NN.UU. recabaron para sí la coordinación de los barcos que ya estaban en el Golfo y no delegó en la UEO.

Recientemente el señor González, desde Suecia, se ha mostrado dispuesto a enviar contingentes militares en misión de paz y bajo la bandera de las NN.UU..

¿Quiere decir esto que la fragata y las dos corbetas ni van en misión de paz ni bajo las directrices de las NN.UU.?

— Se asegura, por boca de altos responsables del Ministerio de Defensa, que en caso de guerra la flotilla española regresaría inmediatamente a sus bases en nuestro país; pero las últimas informaciones y declaraciones manifiestan que si hay conflicto armado, se intervendrá en él.

— Se dice, por parte del señor presidente del Gobierno, que el envío de la flotilla es una acción destinada a calmar los ímpetus de los halcones, de los duros, pero, y aparte de la paradoja que significa calmar a los partidarios de la guerra mandando buques armados, dicha maniobra de apaciguamiento no parece dar resultado a tenor de las acciones y declaraciones del presidente de EE.UU. y de la primera ministra británica.

— Se informa al pueblo español de que en los buques enviados por otros países hay también soldados de reemplazo no voluntarios; pero hoy sabemos que sólo van soldados de este tipo en la flotilla española.

— Se informa, también, de que nuestros marinos están preparados para este tipo de misiones, para añadir a continuación que se les dará unos cursos intensivos durante la travesía.

Señorías, señor presidente:

Podríamos seguir la serie de contrasentidos, contradicciones y equívocos lanzados sobre la opinión pública española. Equívocos que han ido destinados a dosificar con cautela la opción de política exterior que nos sitúa como un apéndice de una política no concorde con lo que demandan los tiempos. Y ello es grave, señor presidente, porque un gobierno puede recibir apoyos o rechazos, críticas o alabanzas, pero lo que no puede favorecer, con su acción, es la pérdida de credibilidad y la credibilidad de su Gobierno, en este asunto, es que ya no existe, señor González.

Y si no, dígame señor González: ¿Quién coordina la acción de nuestra flotilla? ¿Bajo qué mando está? ¿Qué órdenes se cursarán al comandante de la misma en caso de conflagración?

Y en otro orden de cosas: ¿Se atenderá a la petición del Gobierno de EE.UU. en enviar más contingentes militares por parte de los países de la OTAN? O en caso contrario, ¿se sustituirá ese envío de tropas por una aportación económica al despliegue militar estadounidense? ¿Cómo ve el señor presidente, cara al futuro, la propuesta hecha por EE.UU. de crear una especie de OTAN en el Oriente Medio?

Señor González, hay algo peor que equivocarse, hay algo peor que realizar una mala política: no tener ninguna propia.

Y de la misma manera que su Gobierno está siendo timorato, seguidista y carente de toda iniciativa a la hora de hacer propuestas en torno a la construcción europea, está haciendo una política exterior propia de situaciones anteriores a la caída del Muro de Berlín. Dígame, señor presidente, ¿por qué el señor ministro de Asuntos Exteriores tarda un mes largo en ir a la zona del conflicto? ¿Con cuántos países latinoamericanos se ha



hecho un trabajo sobre este asunto por parte de la diplomacia española? Corresponde a países como el nuestro la iniciativa política y diplomática de darle a la ONU el mayor de los protagonismos y la mayor de las autoridades.

Una ONU capaz de ir aplicando paulatinamente el embargo, el bloqueo o la intervención de cascos azules en una auténtica misión de paz, está en condiciones de ganar no sólo autoridad y prestigio, sino operatividad.

Porque si no es así, seguiremos todavía en los esquemas del orden internacional de la guerra fría; eso sí, con un solo centro de poder en vez de dos. La reciente entrevista entre los presidentes Bush y Gorbachov es todo un ejemplo de lo que vengo diciendo. En un momento en que la tensión se agrava y el riesgo de que hablen las armas se hace inminente, es de agradecer e incluso de apoyar tal iniciativa; pero el lado negativo de tal entrevista es que al fin y a la postre el encuentro de ambos mandatarios reproduce un esquema que quisiéramos abandonar. Y la responsabilidad de que ese esquema siga funcionando es la incapacidad de todos aquellos que como el Gobierno español no quieren o no saben estar a la altura de las circunstancias.

Señor presidente, IU-IC, en la línea de hacer la crítica a la labor del Gobierno, pero también y simultáneamente plantear contenidos concretos de



una acción alternativa, esboza en esta Cámara los contenidos concretos de su propuesta ante la crisis del Golfo Pérsico.

1.º En el marco de las NN.UU., bajo la autoridad de las mismas y en el desarrollo de los artículos 41 y siguientes de su Carta Fundacional apoyaría y participaría en una acción que hiciera al Gobierno de Irak retirarse inmediatamente del territorio de Kuwait dejándolo en la situación de las fronteras que tenía antes del conflicto. De la misma manera y con el mismo procedimiento, exigiría hasta conseguir la libertad total de los ciudadanos que de manera brutal están siendo utilizados como rehenes.

2.º Cumplido el apartado anterior y en el mismo marco, con los mismos plazos y procedimientos, se exigiría del Gobierno de Israel el total y completo acatamiento y puesta en práctica de las resoluciones del Consejo de Seguridad y de la Asamblea General de la ONU sobre los territorios que este Estado se ha anexionado de los países limítrofes. Y de la misma manera para las situaciones existentes en Siria, Líbano y Chipre.

3.º Como consecuencia de lo anterior, y siempre bajo la autoridad de las NN.UU., la aplicación del derecho del pueblo palestino a su autodeterminación y existencia como Estado.

4.º Dichas actuaciones en el marco de las

NN.UU. podrían ir precedidas por la convocatoria de una cumbre euro-árabe tendente a:

a) Facilitar las tareas de la ONU en el sentido anteriormente expuesto.

b) La convocatoria de una conferencia del Mediterráneo en la que esté el Consejo Nacional Palestino, para examinar y poner en marcha procesos tendentes a resolver los conflictos planteados en todos los países ribereños.

c) Relanzar el diálogo Norte-Sur y decidir medidas concretas en favor de los países menos desarrollados a fin de asentar bases para un nuevo y más equitativo orden económico internacional, que en el caso de la zona motivo de este debate contemplaría también la concreción de medidas tendentes a fijar precios estables y justos del petróleo, que eviten el intercambio desigual entre países ricos y países pobres.

d) La aprobación de un estricto control del comercio internacional de armas así como una armonización mayor, más eficaz y más rigurosa en las legislaciones nacionales sobre tal materia y el control de la aplicación de las mismas.

Y, desde luego, como acción previa e inmediata, el comandante de la flotilla española debiera recibir la orden de su inmediato regreso a sus bases en España.

Señor presidente, estos puntos de acción programática para el conflicto del Golfo Pérsico, junto a otros que hacían referencia a las medidas a tomar para enfocar correctamente las soluciones de los problemas que padece la economía española, estaban ya en la propuesta programática que le hice en esta Cámara el día 4 de abril durante el debate de la Cuestión de Confianza.

Han pasado cinco meses; no existe política exterior propia; se está cometiendo un tremendo disparate, un enorme disparate.

Se anuncia un ajuste duro como remedio para solucionar la economía española. Se le imputa a la crisis del Golfo Pérsico los males que aquejan a nuestra economía. En todo caso, la crisis del Golfo ha venido a incidir en nuestra economía; pero el mal estaba ya en la política seguida hasta hoy.

Se le ofreció la posibilidad de crear una nueva situación desde la izquierda. Un sólido acuerdo para otra política económica y para otras prácticas de política exterior.

Su señoría se encogió de hombros y buscó sus apoyos en otros escaños de la Cámara; los que le jalean y le animan a seguir con esta política pobre de cañoneras pobres. Los que le critican por el fracaso total de su política económica, pero que están de acuerdo con los fundamentos y principios que la sustentan.

¡Qué pronto pasan cinco meses!



LAS TERCERAS AUTONOMICAS EN ANDALUCIA

Luis Carlos Rejón Gieb

CUANDO las distintas fuerzas políticas fuimos convocadas por Borbolla para fijar la fecha electoral, IU-CA planteó la conveniencia de celebrar la consulta en día laborable. Dos razones nos movían a ello: el interés del sistema democrático que tenía necesidad de respaldo en una alta participación y el conocimiento de nuestro electorado (o mejor sería decir de amplios sectores de nuestro electorado). La ejecutiva del PSOE planteó, por el contrario, el sábado o el domingo, aunque fuera la propuesta del domingo la que saltó a la opinión pública, siendo apoyada por el Partido Popular. Al final Borbolla se decidió por convocar las terceras elecciones autonómicas el sábado 23 de junio.

Los resultados del 23 de junio vienen a darnos la razón en aquellos planteamientos. La alta abstención (45 por 100) y una importante incidencia en los resultados de Izquierda Unida-Con-

vocatoria por Andalucía son buena muestra de ello.

Hay que partir por tanto del hecho abstencionista (posiblemente de los elementos políticos más a considerar en estas elecciones), para entender, para comprender —no para justificar— los resultados electorales del 23 de junio.

A. Nivel de abstención en Andalucía

En las autonómicas del 86, el nivel de participación fue del 70,7 por 100 (29,3 por 100 de abstención), en unas elecciones celebradas en domingo, con mundiales de fútbol por medio y en coincidencia con las generales.

Cuatro años después, con mundiales de fútbol, sin coincidir con las generales y celebrándose en sábado, la participación de los andaluces y de las andaluzas en la urnas ha sido del 55,9 por 100,

dando por tanto una abstención del 44,51 por 100. De aquella ocasión, 22 de junio de 1986, al 23 de junio del 90, unos 808.554 electores andaluces han decidido no acercarse a las urnas.

Hay que anotar que era la primera vez que en Andalucía y en España se convocaba a los ciudadanos un sábado. Desde el 15 de junio del 77 en este país se ha votado, si no recuerdo mal, catorce veces en domingo y trece veces en día laborable, pero nunca se había votado en sábado.

Los datos pormenorizados de la alta abstención son elocuentes: hay provincias como Cádiz o Sevilla en las que la abstención ha crecido con respecto al 86, en 17,82 y 18,1 puntos porcentuales respectivamente, siendo el caso de Cádiz provincia el más significativo.

En una circunscripción electoral con grandes ciudades como Algeciras, Jerez, Cádiz, Puerto Real, San Fernando, La Línea, Puerto de Santa María, Sanlúcar de Barrameda, etcétera, en la provincia con mayor índice de paro de Andalucía (que es como decir de España), la abstención ha sido del 51,42 por 100, y en consecuencia la mayoría absoluta de los gaditanos y de las gaditanas no se ha acercado a votar. No olvidando aquí que los candidatos de Chaves por el PSOE y Pacheco por el PA encabezaban las listas electorales de sus respectivas fuerzas políticas por esa circunscripción.

Pero en Cádiz, al fin y al cabo, lo que sucede es la potenciación de una tendencia generalizada en el resto de Andalucía: son los grupos de electores de los núcleos urbanos los que más se han abstenido en esta elección, y siendo Cádiz la provincia con mayor nivel urbano o de conurbación, es lógico dicho porcentaje.

Porque, efectivamente, la abstención ha crecido más en las capitales de provincia (y en Andalucía, salvo el caso de la provincia de Cádiz y algo de Jaén, hablar de capitales es casi hablar de todo el mundo urbano) que en el resto. Dándose el caso añadido de que al aumentar el tamaño poblacional de estos núcleos aumenta a la vez la diferencia de abstención con respecto al 86: un 19,36 por 100 en el caso de Sevilla y un 19,09 por 100 en el caso de Málaga. Tres capitales, Cádiz, Huelva y Málaga, han tenido, asimismo, una abstención superior al 50 por 100.

De esta forma, dentro de la alta abstención, o si se quiere dentro de la baja participación en las autonómicas del 90, hay que hacer una distinción: mientras que en el mundo rural se abstenían en torno al 40 por 100 del electorado, en el mundo urbano esta abstención era del 50 por 100. Uno de cada dos electores de las zonas urbanas no iba a votar.

B. Los resultados de las distintas fuerzas políticas

Partido Socialista Obrero Español

Los resultados electorales de estas autonómicas del 90 dan al PSOE su tercera mayoría absoluta (49,58 por 100 de los votos emitidos).

	1986	1990	Diferencia 1990-86
Sufragios	1.581.513	1.366.593	-214.920
Porcentajes	47 %	49,58 %	+2,58 %
Escaños	60	61	+1

El PSOE, por tanto, pierde 214.920 votos y gana un diputado. Como fuerza política gana a su vez en todas las circunscripciones provinciales, aunque sólo supere el 50 por 100 de los votos en Huelva (50,80 por 100), Jaén (51,82 por 100) y Sevilla (50,34 por 100).

En las capitales y grandes ciudades mantiene su mayoría con excepción de Granada y Jaén (donde gana el PP) y Jerez de la Frontera y San Fernando (donde gana el PA).

La composición interna de su voto sufre una variación significativa sobre las autonómicas del 86. Si en aquella fecha el voto rural de esta fuerza política significaba el 62,11 por 100 del total de sus votos, en esta consulta representa el 66,60 por 100. Es decir, de cada tres votos que van al PSOE, dos provienen de los sectores rurales y uno del voto urbano. Ello es consecuencia de su estancamiento en el voto urbano (pues ha sacado los mismos resultados en este ámbito que el del 86) y de su ascenso en el mundo rural.

Partido Popular

La tónica general del Partido Popular en estas elecciones es de mantenimiento.

	1986	1990	Diferencia 1990-86
Sufragios	745.485	611.281	-134.204
Porcentaje	22,20 %	22,18 %	-0,02 %
Escaños	28	27	-1

El PP pierde 134.204 votos, lo que al coincidir con la tónica general de la abstención media, hace que su descenso en valores porcentuales sea insignificante (0,02 por 100).

Se mantiene como segunda fuerza en todas las circunscripciones provinciales, con excepción de Cádiz, donde lo pierde a manos del PA, ganando en las capitales de Jaén y Granada, y siendo la segunda en el resto.

En las grandes poblaciones andaluzas, el PP

queda en segundo lugar en La Línea de la Concepción, Linares, Marbella y Vélez Málaga, en tercer lugar en Algeciras, Jerez de la Frontera, San Fernando y Dos Hermanas, en cuarto lugar en Sanlúcar de Barrameda y Alcalá de Guadaíra. El movimiento de esta secuencia depende, sobre todo, del mayor o menor éxito del PA, salvo en los casos en que IU-CA se sitúa en segundo lugar (Sanlúcar de Barrameda y Dos Hermanas).

La línea de estabilidad se mantiene también en la relación voto rural/urbano. Apenas hay diferencias con el 86, aunque sí un ligero aumento, en su composición interna, del voto rural, debido (como en el caso de IU-CA y el PA) a la mayor incidencia relativa de este voto en estas elecciones, consecuencia de la tendencia más abstencionista de las zonas urbanas.

Izquierda Unida-Convocatoria por Andalucía

	1986	1990	Diferencia 1990-86
Sufragios	598.889	349.104	-249.785
Porcentaje	17,80 %	12,67 %	-5,13 %
Esaños	19	11	-8

IU-CA pierde cerca de un cuarto de millón de votos y retrocede en ocho esaños. Su situación, dentro del marco general de las fuerzas políticas andaluzas, se mantiene en el tercer lugar; que es la misma posición que ocupa en todas las circunscripciones y capitales de provincia, con excepción de Cádiz y Sevilla, donde la posición del PA, más fuerte, le desciende al cuarto puesto.

Sigue manteniendo unos mejores resultados en las zonas urbanas que en las rurales (como el resto de los partidos de la oposición), aunque en su composición interna de voto haya aumentado también el peso del voto rural debido a la distinta actitud del elector de ambas zonas, acudiendo o no a las urnas.

IU-CA, junto con el PP, es, a pesar de lo anterior, donde menos crecimiento ha experimentado el voto rural en su composición interna con respecto al 86.

Independientemente de la valoración política de los resultados IU-CA, de la excepcionalidad o no de los resultados del 86; a fin de tener una visión más rigurosa de los procesos electorales que han afrontado las fuerzas políticas andaluzas, es conveniente hacer un análisis de toda la secuencia electoral:

	G-86	A-86	M-87	E-89	G-89	A-90
IU-CA	8,05	17,8	14,3	9,05	11,9	12,67
PSOE	57,14	47	43,66	50,2	52,2	49,58
PP	22,74	22,17	19,69	16,1	20,1	22,18
PA	2,79	5,86	7,09	10,51	5,4	10,78

En esta secuencia, el PSOE tiene un clásico comportamiento en dientes de sierra, el PP una línea de des-

censo que toca fondo en la europeas del 89 y a partir de ahí una línea de ascenso y recuperación. IU-CA desciende, asimismo, hasta las E-89 donde también toca fondo, teniendo una recuperación en ascenso desde ese punto. Y, por último, el PA asciende desde las generales del 86 hasta las autonómicas del 90 de forma continuada, con la excepción de las generales de octubre del 89.

Partido Andalucista

	1986	1990	Diferencia 1990-86
Sufragios	196.947	297.178	+100.231
Porcentaje	5,90 %	10,78 %	+4,8 %
Esaños	2	10	+8

El PA gana 100.231 votos y aumenta en 8 esaños su representación anterior. Ocupa el cuarto lugar en todas las circunscripciones provinciales con excepción de Cádiz, donde ocupa el segundo, y Sevilla, donde ocupa el tercero. En las capitales de provincia ocupa el cuarto lugar con excepción de Cádiz y Sevilla, donde ocupa el tercero.

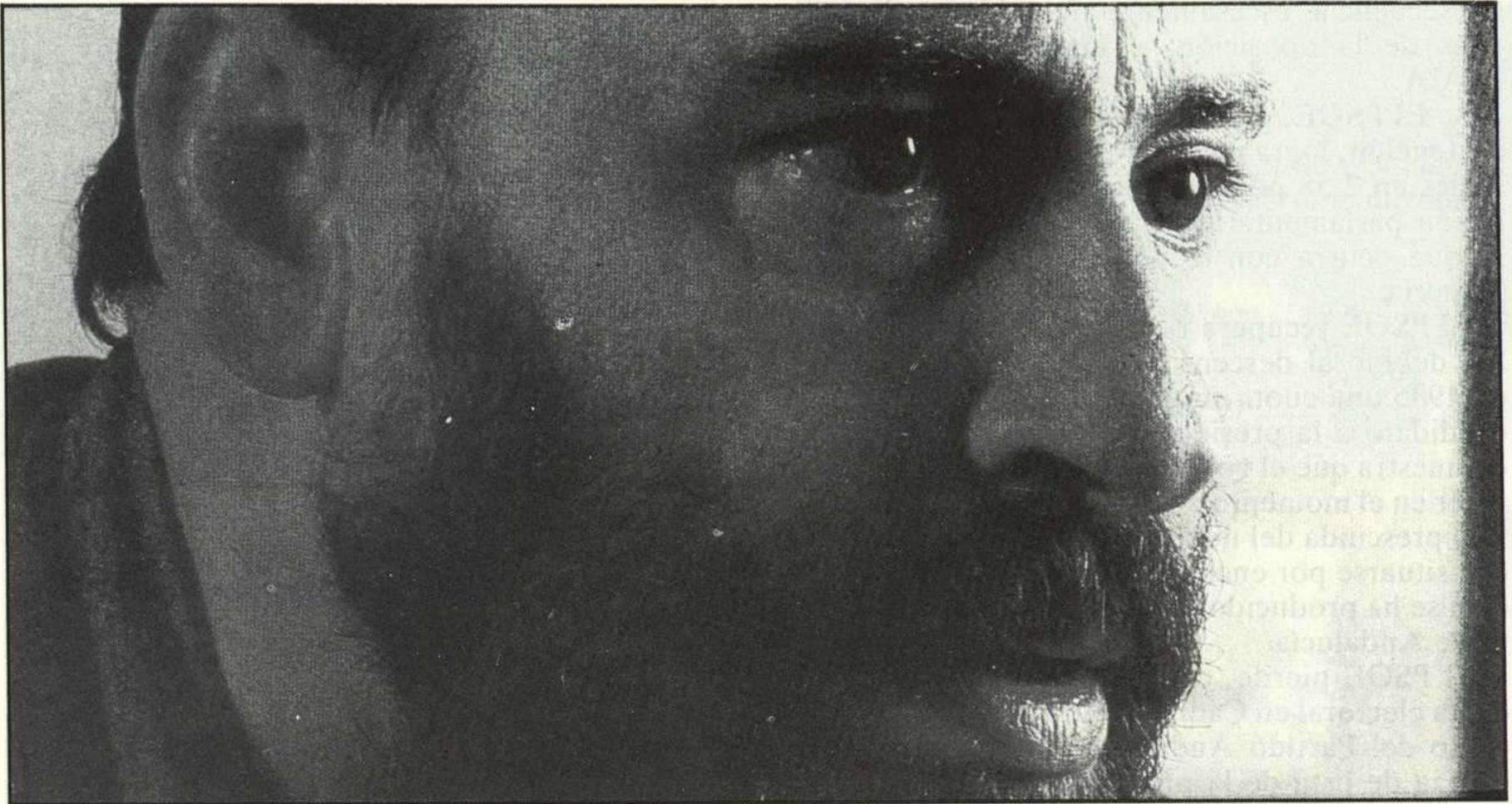
Es en las localidades mayores de Cádiz donde el PA consigue sus mejores éxitos: alcanza el primer puesto en Jerez de la Frontera y San Fernando, donde esta fuerza detenta las alcaldías. Obtiene un segundo puesto en Algeciras, y el tercero en La Línea de la Concepción, Puerto de Santa María y Sanlúcar de Barrameda. En los grandes municipios del resto de Andalucía se sitúa en cuarto lugar, con excepción de Alcalá de Guadaíra, donde consigue el segundo.

De todas las fuerzas políticas andaluzas, el PA es la única que tiene un mayor peso del voto urbano en su composición final sobre el voto rural. Del conjunto de los votos obtenidos, el 55,73 por 100 procede del voto urbano y el 44,27 por 100 del voto rural. Es, fundamentalmente, una fuerza de voto urbano, continuando en igual tendencia que en el 86.

Otras fuerzas políticas

El resto de las fuerzas políticas obtiene resultados mínimos, siendo importante de resaltar la práctica desaparición del CDS, que aunque carecía de representación parlamentaria, poseía algún respaldo popular.

CDS	32.572	(en el 86 tenía 109.678 votos)
Ruiz Mateos	15.622	
PTE	14.827	(tuvo 51.406 votos)
Democracia S.	14.481	
Los Verdes ...	13.881	
Verdes Ecol.	12.644	
PCPA	6.306	



Los últimos escándalos políticos, que culminan con el denominado caso Guerra, terminan por desanimar a diversos sectores de la sociedad andaluza

C. Valoración y conclusiones

1. El desarrollo histórico del proceso democrático en Andalucía va confirmando con el paso del tiempo el éxito de la puesta en marcha, por parte del Gobierno del PSOE, de un modelo de movilización política de tipo clientelar, que viene en cierta manera a asemejar las claves de la estabilidad electoral de la opinión política andaluza con la del mezzogiorno italiano, mecanismo de vinculación de tipo directo, alimentado directamente con fondos subsidiarios públicos y controlados de manera inmediata en la esfera local.

El impacto de este fenómeno sobre la esfera rural parece suficientemente demostrado en los resultados electorales: el voto rural ha pasado a convertirse globalmente en un tipo de voto al gobierno, cuyas claves de dinamización o movilización alternativa exigiría la presencia de otro tipo de circuitos clientelares alternativos, como sucede en Italia, donde la estabilidad electoral se produce en un contexto de cierto pluralismo.

Votando al PSOE, el electorado rural andaluz ha venido a confirmar finalmente la tendencia conservadora (conservación de la realidad existente) que bloquea las posibilidades de comportamiento político alternativo. Las únicas posibi-

lidades inmediatas de dinamización electoral hay que buscarlas, pues, entre el electorado urbano o periurbano, sin olvidar que las próximas elecciones municipales, al tener determinados componentes específicos, permiten el aumento electoral de IU-CA en el medio rural.

2. Junto a esta red clientelar que moviliza un soporte electoral estable desde abajo del sistema político, debe señalarse, en segundo lugar, que la conocida eficacia en el desarrollo de estrategias de imagen por parte del PSOE se produce en Andalucía con un especial mecanismo de identificación unipartidista, en base al cual las claves de identificación PSOE/JUNTA/GOBIERNO se operan con una especial intensidad, permitiendo una complementariedad recíproca entre el discurso institucional y el discurso partidista.

Salvando las distancias, podría sugerirse la hipótesis de que el voto PSOE en Andalucía se está convirtiendo en algo semejante al voto CiU en Cataluña, o en cierta medida al voto PNV en el País Vasco, es decir, la existencia de factores extrapluralistas, o ajenos al marco de la competencia partidista, que confluyen en un espacio de estabilidad institucional perfectamente proyectado a través de los medios de comunicación, y, en

consecuencia, escasamente afectable por las críticas de la oposición, y en particular las de IU-CA.

3. El PSOE, gracias al reparto de Hont y a la abstención, logra mejorar sus resultados porcentuales en 2,58 por 100 y aumentar su representación parlamentaria en un diputado a falta de lo que ocurra con el contencioso electoral de Almería.

El PSOE recupera fuerza electoral en Córdoba, debido al descenso de IU-CA, que obtuvo en 1986 una cuota superior por el liderazgo del candidato a la presidencia, Julio Anguita. Ello demuestra que el voto «prestado» puede desaparecer en el momento en que un determinado partido prescinda del líder carismático que le ha hecho situarse por encima de su media. Esta situación se ha producido en menor medida en el resto de Andalucía.

El PSOE pierde, de una manera importante, cuota electoral en Cádiz, debido sobre todo al ascenso del Partido Andalucista, que sitúa como cabeza de lista de la provincia y candidato a la presidencia al carismático alcalde de Jerez, Pedro Pacheco.

El PA aprovecha la oportunidad del momento para extender su influencia electoral por toda Andalucía, consiguiendo representación en seis de las ocho circunscripciones existentes; las dos restantes, Almería y Jaén, a pesar de su importante incremento porcentual, no han entrado dentro de las posibilidades del reparto Hont.

El crecimiento de la influencia electoral del PA se ha dado en círculos concéntricos: Alcaldía de Jerez → Bahía de Cádiz → Provincia de Cádiz → Andalucía occidental → Andalucía.

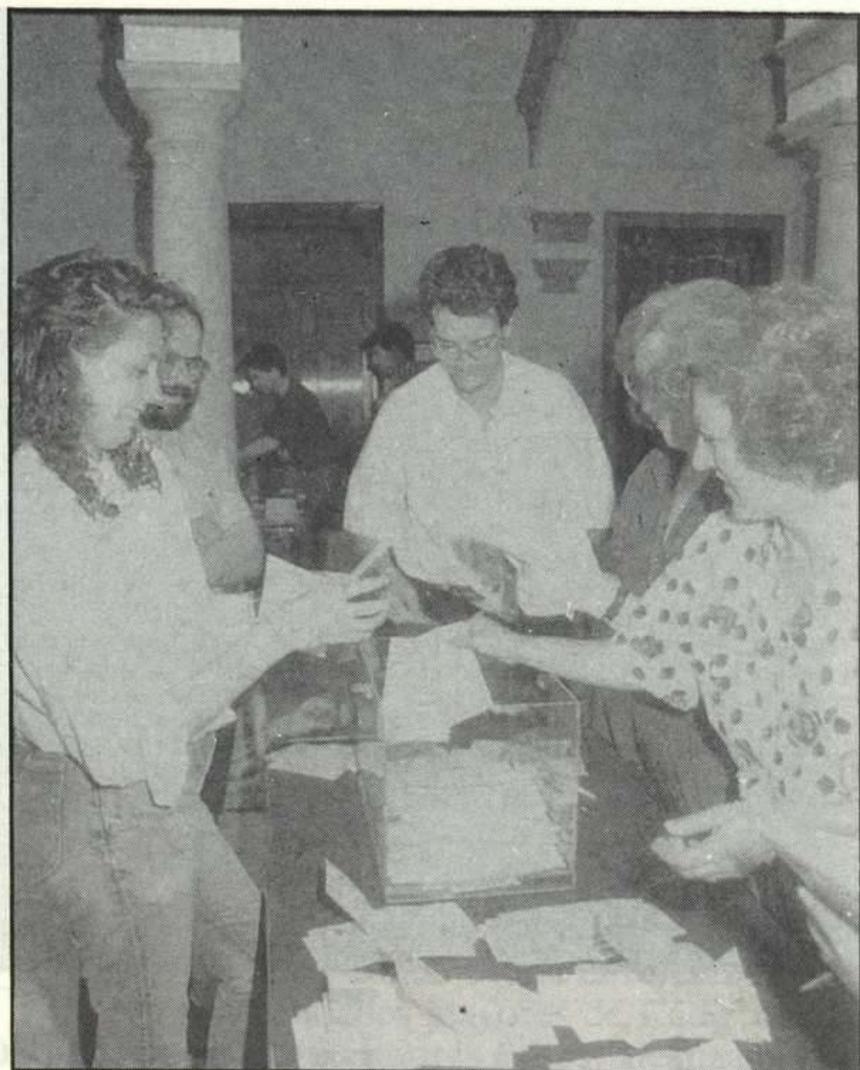
El ámbito de las capitales y, sobre todo, el de los municipios de más de 50.000 habitantes son los municipios donde ha obtenido los mejores resultados el PA.

El PP, aunque disminuye su cuota electoral, no registra una disminución considerable de su representación. De mayor importancia es el hecho de que el PP ha quedado como primera fuerza en Jaén capital, donde gobiernan en coalición con el CDS, y en Granada, a cuya alcaldía aspira históricamente Díaz Berbel.

4. La alta abstención en estas elecciones autonómicas tiene tres componentes generales y uno más particularizado.

Hay, evidentemente, una abstención estructural, que sumada a la puramente técnica (errores del censo, duplicidades, problemas de inscripción, etcétera), suele alcanzar en Andalucía cotas que oscilan entre el 25 y el 30 por 100.

A ello hay que añadir una abstención de coyuntura debido a la fecha de los comicios. Un sá-



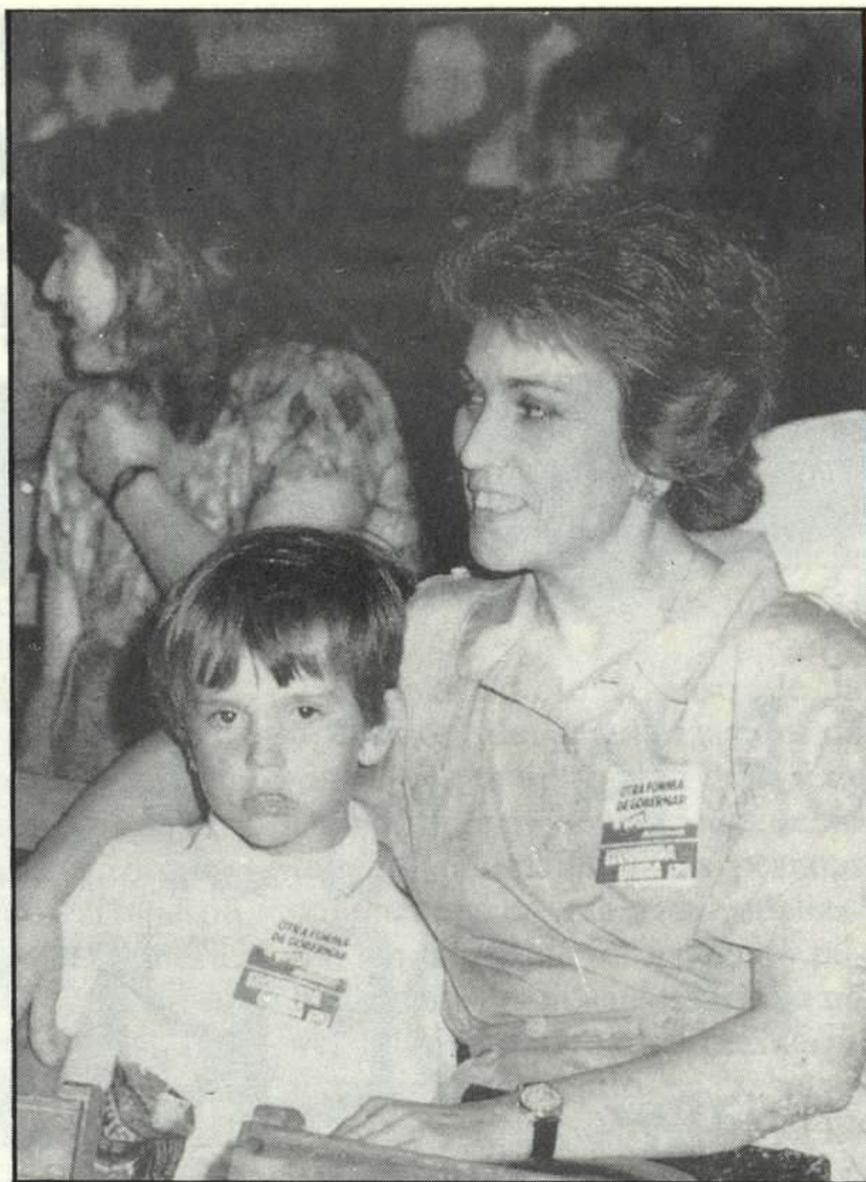
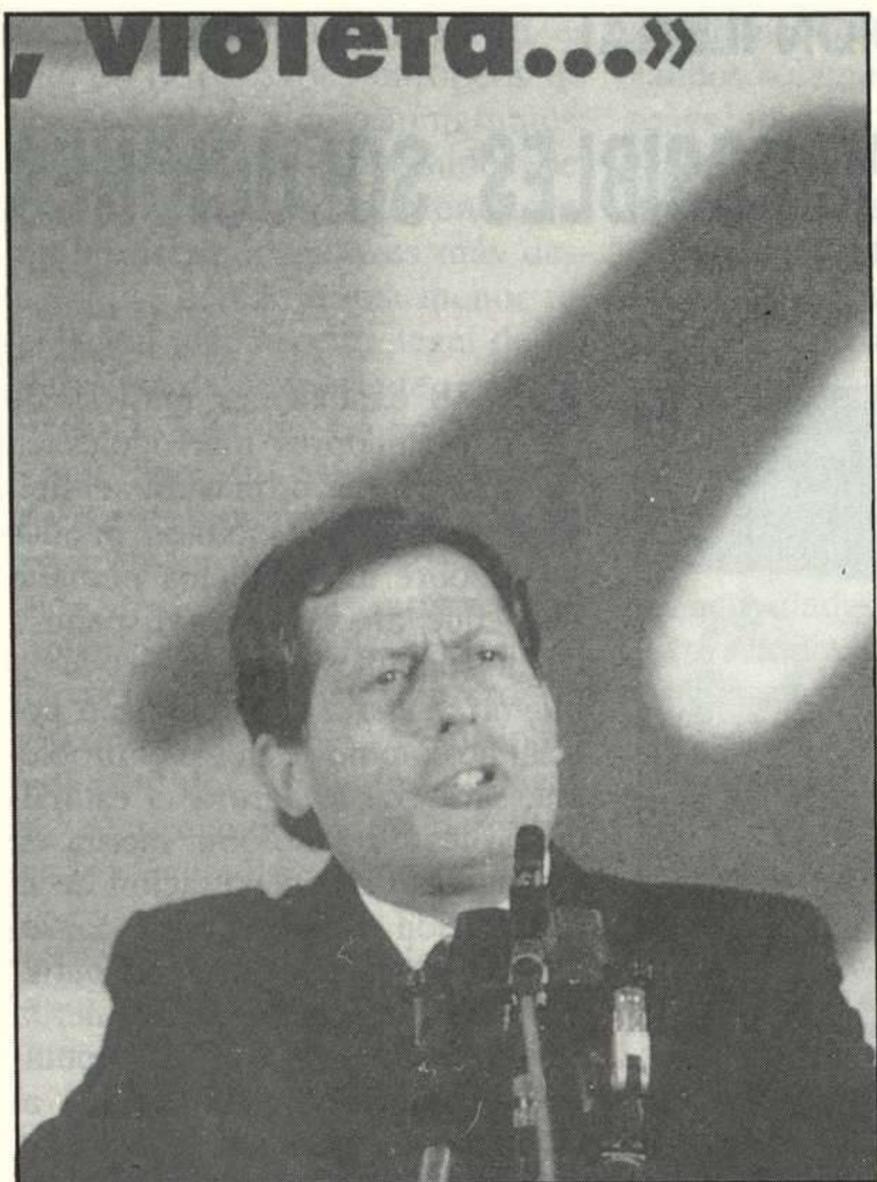
Hay que partir del hecho abstencionista para entender, para comprender —no para justificar— los resultados electorales del 23-j.

bado de finales del mes de junio en Andalucía es un día más abstencionista que el domingo. Muchos electores suelen adelantar su vuelta un domingo de elecciones a su lugar de origen, con el objetivo de votar. Casi ninguno es capaz de romper el fin de semana para ir un rato a depositar el voto.

Las cifras de una mayor abstención en capitales de provincia, zonas de aporte vacacional en mayores niveles que el mundo rural, son debidas, entre otras razones, a la fecha intencionadamente elegida.

Y si bien es cierto que se ha realizado por parte de la Junta de Andalucía una campaña más volcada que otras veces hacia el voto por correo, no es menos cierto que dicho voto sigue estando rodeado de una serie de trámites engorrosos.

Existe, por último, un tercer bloque abstencionista, aunque de límites desdibujados (pues muchos de los anteriores no hicieron el esfuerzo por razones como las del segundo bloque), que decidió abstenerse ante el descrédito y el alejamiento en que en gran parte de la denomi-



Era la primera vez que en Andalucía y en España se convocaba a los ciudadanos un sábado

nada clase política andaluza estaba cayendo.

El secuestro del Parlamento andaluz, junto con los últimos escándalos políticos, que culminan con el denominado caso Guerra, terminan por desanimar a diversos sectores de la sociedad andaluza, que emiten un voto político, cargado de serios avisos, absteniéndose.

Hay por último, tras estos tres niveles generales abstencionistas, un nivel particular de abstención sobre una fuerza política, al que hay que añadir, a su vez, la repercusión de los otros tres niveles de comportamiento.

IU-CA ha sido sin duda la fuerza política que más ha sufrido la baja participación de los andaluces y de las andaluzas en estos comicios. Fue la fuerza que más trabajó para que los comicios se celebraran un día laborable, y la que en la mesa de negociación sacó adelante la campaña institucional de la Junta de Andalucía que más incidía en la participación y el voto por correo. Era sabedora que una parte importante de su electorado del 86 proviene de clases medias urbanas, profesionales, juventud, obreros cualifi-

cados, etcétera, que poseen una costumbre y una determinada cultura vacacional y de fin de semana, junto con los medios económicos para ello.

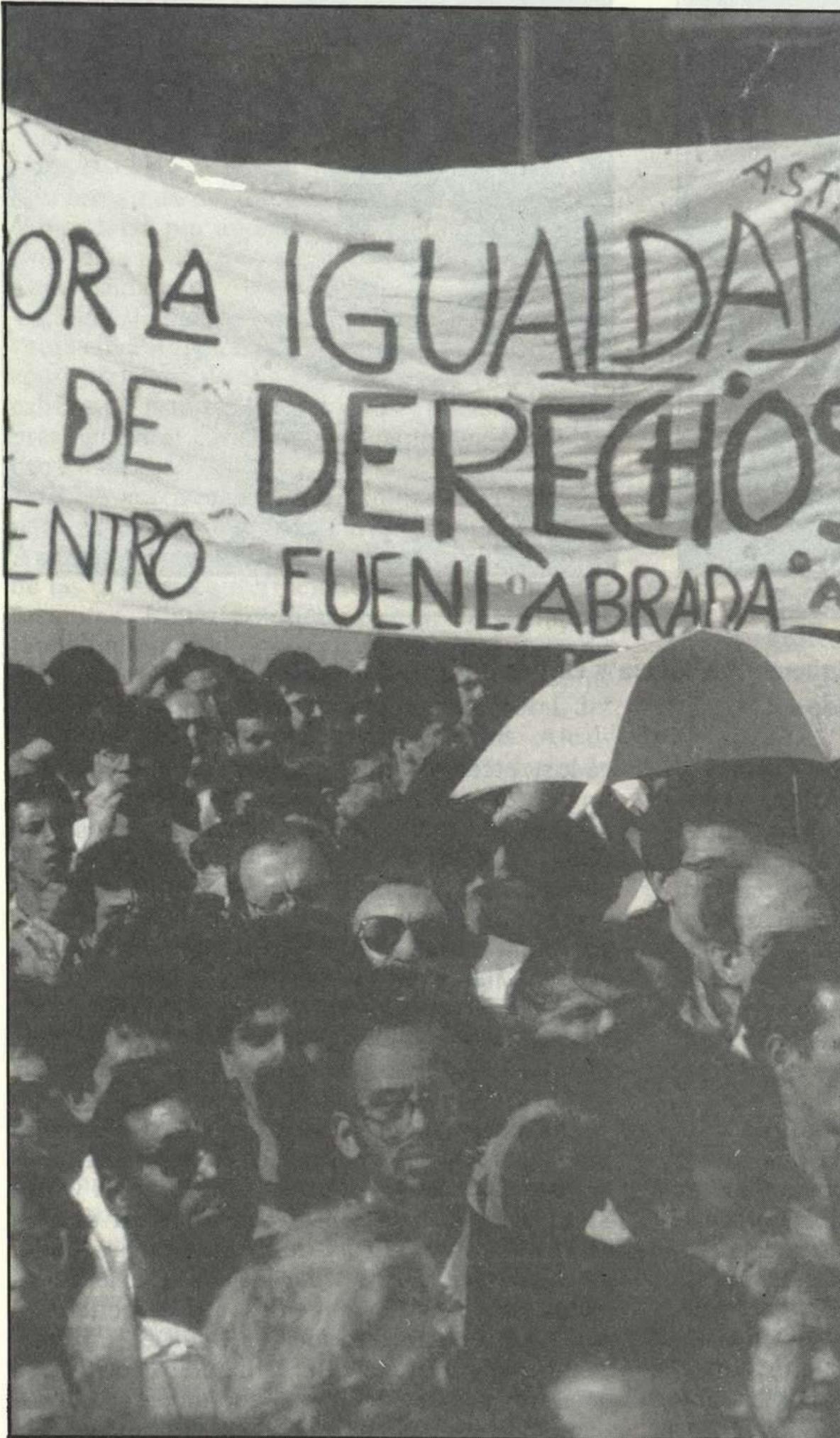
A ello hay que añadir que la situación interprofesional, los errores e insuficiencias propias aumentaron las tendencias abstencionistas de eso que hemos venido en llamar izquierda sumergida. Esta izquierda que sólo se representa a ella misma y no quiere delegar su voto ni en áreas ni en grupos ajenos, ni en partidos, esa izquierda que quiere participar directamente.

Los elementos estaban dados en estas elecciones, incluso ya se apuntaron en las municipales del 87, pero desde IU-CA nos negamos a verlo. Sirva como conclusión la conveniencia de una dosificada autocrítica y una reflexión profunda, para que al extraer y sacar las enseñanzas de las andaluzas, no nos tengamos que lamentar en otras consultas electorales en puertas. La elección ha sido muy sencilla: la izquierda crítica, la izquierda sumergida, le ha dado un patada al sistema en nuestro propio trasero.

INMIGRACION ILEGAL

CAUSAS, CONSECUENCIAS Y POSIBLES SOLUCIONES

José García Meseguer



LAS expulsiones masivas de trabajadores marroquíes en la pasada primavera sensibilizaron a la opinión pública sobre un problema humano que afecta ya en España a cientos de miles de personas: *la inmigración ilegal*. La represión policial no sólo no resuelve el problema, sino que lo agrava al estimular brotes de xenofobia racista en los lugares de concentración de la inmigración ilegal. Como consecuencia de la interpelación parlamentaria presentada por Izquierda Unida, el Congreso de los Diputados unánimemente ha instado al Gobierno a presentar un informe antes del 31 de diciembre acerca de la situación de estas personas y soluciones a estos problemas. España se ha transformado en un país de inmigración sin que el Gobierno haya sido capaz de actuar en consecuencia. Todo es imprevisión e improvisación. La inmigración ilegal actual es un fenómeno europeo cuyas causas se encuentran en la demografía y subdesarrollo de los países del Sur y en la oferta de trabajo ilegal en los países industrializados. Hacen falta soluciones, no dirigidas contra las víctimas, sino soluciones humanas, solidarias y democráticas en el marco de una armonización de las políticas migratorias comunitarias y la definición de un verdadero Estatuto Jurídico Europeo de Derechos del Inmigrante.

1. España discrimina a sus inmigrantes

Esta acusación de discriminación procede de un Informe de la

Comunidad Europea (1). No es que en otros países europeos no se discrimine a los inmigrantes, especialmente a los venidos del Tercer Mundo. Es que en España la discriminación es más descarnada, debido a una menor regulación y protección legal de los derechos del inmigrante, esto denota la falta de tradición inmigrante en un país, tradicionalmente de emigración. Poca preparación en los servicios de acogida, tanto administrativos como policiales. La Ley de Libertades y Derechos de los Extranjeros en España (1985), pese a su «pomposo» título, es una ley de carácter represivo que no ha permitido tomar medidas en favor de la igualdad de trato y la no discriminación, como la estipulan los convenios internacionales suscritos por España.

En España existen extranjeros de primera clase: de un lado, los europeos (con excepción de los portugueses) y norteamericanos; del otro lado, los extranjeros procedentes del llamado Tercer Mundo, que ven recaer sobre ellos lo más negativo de la Ley de Extranjería y, sobre todo, su cicatera, abusiva e injusta aplicación.

Los primeros gozan de todos los privilegios posibles. Los segundos, de un estatuto legal precario, un permiso de trabajo y residencia de corta duración, con un *máximo* de cinco años. Mientras que en el resto de Europa los permisos de residencia son otorgados por una duración de cinco años pasando luego a los permisos de diez años y de duración indefinida.

En España, en cambio, la situación de desempleo temporal de un inmigrante puede ser causa de retirada de este permiso laboral y de residencia. Se dificulta la reagrupación familiar. Se niega el permiso ordinario de residencia a los hijos menores de los inmigrantes y se les otorga un permiso de

«permanencia» como estudiantes válidos solamente durante el curso escolar, su renovación ha de realizarse cada año e imposibilita el acceso de estos jóvenes a los cursos de formación profesional, así como a la vida laboral, aun cuando han realizado toda o casi toda su escolaridad en España.

Los derechos sociales, asistenciales y sanitarios son frecuentemente olvidados por los poderes públicos. Lo mismo sucede con las actividades relacionadas con la valoración y preservación de las lenguas y culturas de origen de estas personas. Los derechos que antaño hemos reclamado en favor de nuestros propios emigrantes hoy son negados a los procedentes de países que nos acogieron, especialmente a los de América Latina.

Si el trato a los «legales» deja aún mucho que desear, lo que sucede con los «ilegales» es escandaloso. Obligados a vivir al margen de la sociedad, realizando trabajos no declarados, a merced de modernos negreros, sin protección jurídica ni social, con el miedo metido en el cuerpo frente a los controles policiales, detenciones y expulsiones.

¿Cuántos son? Las estadísticas oficiales olvidan la inmigración ilegal y subvaloran, al menos en un 25 por 100, la legal, estimada en 334.935 personas. Se excluyen los menores de edad, estudiantes, apátridas, solicitantes de asilo o refugio y a la mayoría de los musulmanes de Ceuta y Melilla. Según el citado informe de la Comunidad Europea, el número de inmigrantes ilegales se eleva a 294.000 personas y representa las dos terceras partes de los procedentes del Tercer Mundo. Encuestas y estudios de organizaciones solventes, como Cáritas, elevan su número a más de 400.000. La mayoría proceden de países del Africa negra y Marruecos.

Pese a que el artículo 36.3 de la Ley de Extranjeros estipula que las expulsiones deben tener carácter individual, «no pudiendo, en consecuencia, acordarse la expulsión de extranjeros con carácter colectivo», han sido frecuentes los casos de detenciones y expulsiones de carácter colectivo.

La falta de imaginación y el conservadurismo oficial fomentan en el seno de la Administración pública y funcionarios de policía actitudes xenófobas de tipo racista.

El lamentable fracaso de la operación de regularización de «ilegales» en aplicación de la Ley de Extranjería de 1985, se debió fundamentalmente a las pésimas condiciones en la que fue realizada, sin la debida información pública ni los medios necesarios a nivel administrativo. Se perdieron expedientes y sólo se resolvió poco más de la cuarta parte de las 40.000 solicitudes presentadas para trámite de regularización. Cuatro años después, aún se carece de información sobre los expedientes no resueltos o denegados.

2. Abrumador alegato del Defensor del Pueblo

En su informe anual a las Cortes españolas, correspondiente a 1989, don Alvaro Gil Robles, Defensor del Pueblo, presentó un cuadro impresionante de quejas, denuncias y reclamaciones sobre el trato policial y administrativo a los inmigrantes y demandantes de asilo y refugio. Quejas por la falta de información de los trámites a seguir, retraso en la expedición de los permisos solicitados, entregados a veces poco antes de su caducidad. Obligación de retornar al país de origen, con el único objeto de solicitar un visado en el consulado español correspondien-

te, sin tener en cuenta la distancia, el gasto, la situación familiar ni el tiempo de permanencia en España del afectado, llegado con un visado turístico. Exigencia indebida de visado a solicitantes del derecho de asilo y refugio por parte de los funcionarios de policía a permitir la entrada de familiares en el aeropuerto, exigiendo no el aval de éstos, sino el de la Embajada del país de origen. Indefensión frente a los expedientes de expulsión, ya que no se toman en consideración las alegaciones en el trámite de audiencia, como puede ser la larga duración de su permanencia en España, la existencia de familiares, hijos menores a cargo, matrimonio de hecho con españoles.

Ejecución de la orden de expulsión pocas horas después de su notificación, para impedir la tutela judicial, pese a que el Tribunal Constitucional reconoció a los extranjeros el mismo derecho de defensa que a los españoles. Imposibilidad del expulsado de interponer recursos administrativos y jurisdiccionales, como prevé la Ley. No información, por parte de la policía, de los derechos del expulsado a recurrir también ante la representación diplomática española en su país de origen. Expedientes de expulsión contra quienes están pendientes de renovación del permiso de residencia. Expulsión acelerada, sin autorización judicial, de quienes tienen causas pendientes con la justicia, o existe incluso comunicación judicial expresa desautorizando la expulsión. Expulsión de quienes se retrasan en la renovación de sus permisos de residencia, cuando la ley sólo estipula una simple sanción o multa. Detención e internamiento de quienes ofrecen suficientes garantías para la instrucción de su expediente en régimen de libertad. Detención en comisaría en las mismas condicio-

nes que los delincuentes, cuando se trata de una mera infracción administrativa. Detención de ciudadanos marroquíes en sus domicilios sin la correspondiente autorización judicial. Aislamientos y malos tratos, suspendiéndose únicamente en los casos en los que pueden interponer recurso de «habeas corpus».

Los retrasos en la resolución de los expedientes de asilo o refugio alcanzan un media de 14 meses. Mientras que para los solicitantes de refugio o asilo político procedentes de Polonia, la resolución es casi inmediata, para otros la espera dura dos, tres y hasta más de cuatro años, sin poder trabajar mientras dura la tramitación, a diferencia de lo que sucede en los demás países europeos.

El Defensor del Pueblo terminaba su alegato denunciando el caso de suicidio de un refugiado iraní a quien se le expulsó no obstante haber tramitado un expediente tres veces entre 1982 y 1983, sin que en la resolución de expulsión de origen se le notificara fecha, modo y país de destino como expulsado y sin informar al abogado de oficio.

Legalmente, a quienes se les rechaza su petición de refugio o asilo tienen derecho a un plazo de tres meses para acogerse a la legislación general de extranjería, pero viene siendo habitual conceder sólo 15 días. En su mayoría, pasan a engrosar la inmigración ilegal, o bien porque no pueden ser devueltos al país de origen o porque no hay un país que les acoja. La suspensión provisional de la expulsión en estos casos termina siendo una situación de absoluto desamparo (2).

3. Demografía, desarrollo e inmigración

La inmigración extranjera es un fenómeno relativamente reciente

en España, que no ha alcanzado aún el volumen e importancia que tiene en otros países europeos. España tiene una inmigración que se sitúa en torno al 2 por 100 de la población total, por debajo de la media europea, que supera ya el 5 por 100, y por debajo de países como Francia, Alemania, Inglaterra, Bélgica, Suiza, etcétera, donde ese porcentaje oscila entre el 6 y el 7 por 100, elevado hasta más del 20 por 100 en Luxemburgo y ciertas aglomeraciones urbanas de otros países.

La inmigración trabajadora en Europa, incluida España, se ha convertido en un componente estructural del sistema de producción capitalista, que no puede ser evitado, pero sí encausado legalmente, con un trato más humano.

Las causas de la inmigración en España son similares a las del resto de Europa y necesitan soluciones globales europeas y nacionales.

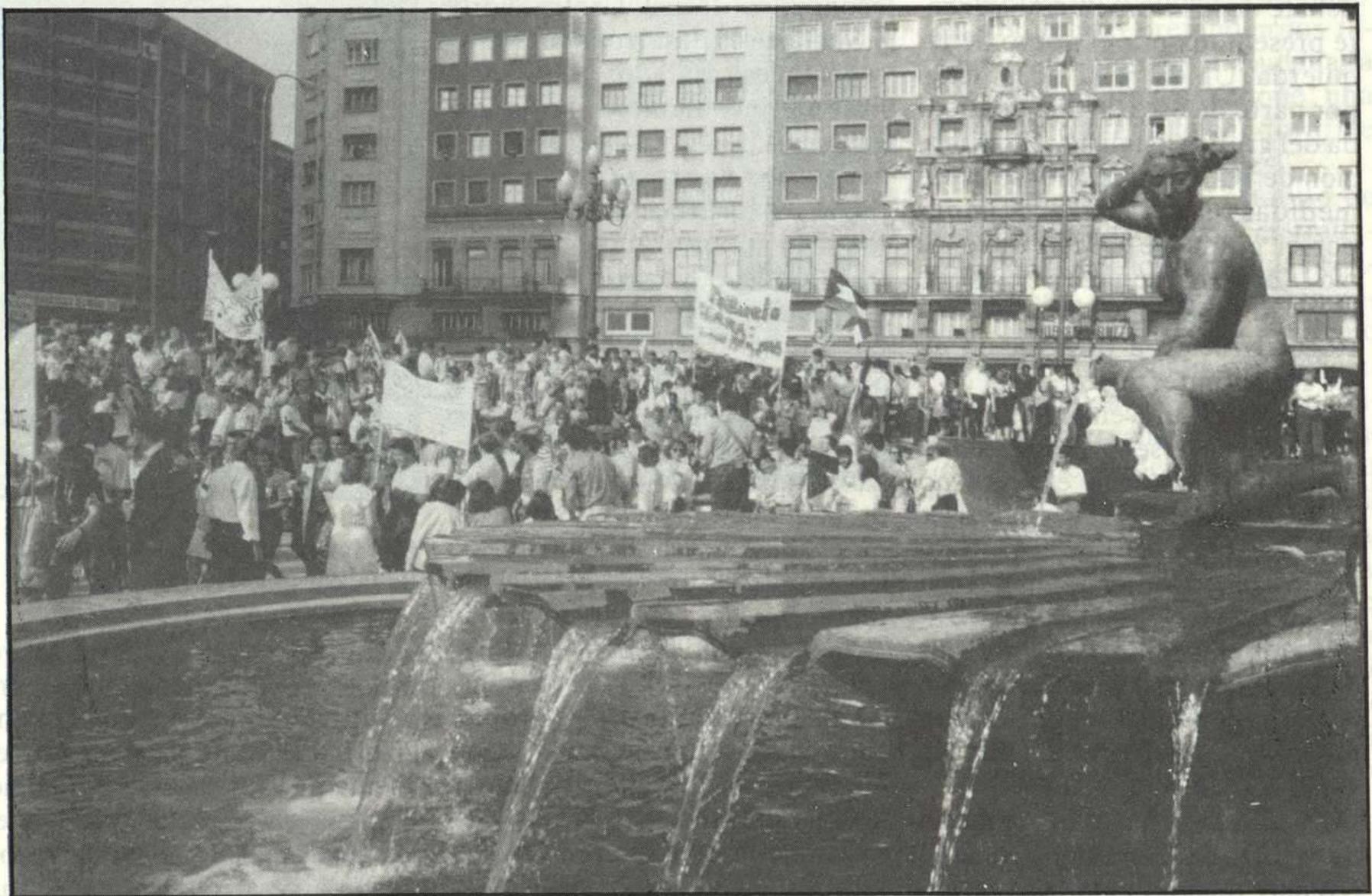
La falta de armonización de las políticas migratorias por la Comunidad Europea contribuye a mantener la situación de desigualdad y discriminación existente en los diferentes países europeos. Es inútil y contraproducente limitar la coordinación de las políticas europeas de inmigración a simples medidas de policía de fronteras. En el mundo actual no existen fronteras impermeables y España no puede aceptar sin graves perjuicios para sus intereses nacionales el triste y poco digno papel de «centinela de Occidente» en la frontera de la Comunidad. Ello, mientras los demás se reservan el derecho a seguir recibiendo inmigración de sus zonas de influencia (Commenwealth, Francofonía, Unificación Alemana, países del Este y Centro-Europa), porque se trata de una historia de rubios y morenos.

Los graves desequilibrios in-

ternacionales en el desarrollo demográfico y socioeconómico son la causa principal de los incontenibles flujos migratorios actuales desde los países pobres hacia los países o regiones más ricas. Según el Banco Mundial, cerca de mil millones de personas, la cuarta parte de la humanidad, viven en la pobreza, con una renta inferior a los 370 dólares anuales. Por contra, apenas otra cuar-

tradictorios, tanto geográfica como socialmente. Son los países pobres los más endeudados, los más golpeados por la crisis petrolífera y por el saqueo de sus riquezas por parte de los países ricos. El empobrecimiento de América Latina, considerada en el pasado como «la clase memundo», ha hecho que actualmente el 44 por 100 de la población viva en la pobreza y entre ellos, el 21

La coincidencia de la necesidad de emigrar en los países pobres, con una oferta de empleo no declarado en los países ricos, crea las condiciones necesarias para el incremento de la inmigración clandestina (5). El mercado de mano de obra ilegal no es practicado únicamente por las empresas de la economía sumergida. También empresas legales practican el empleo al margen de las normas



ta parte de la humanidad disfruta del 80 por 100 de la riqueza mundial.

El crecimiento demográfico en los países ricos tiende a reducirse, con el consiguiente envejecimiento de la población y escasez de mano de obra. Por contra, en los países pobres la población crece más rápidamente que su desarrollo económico (3).

Crecimiento demográfico y crecimiento económico son con-

por 100 en la más absoluta indigencia (4).

Mientras los países menos desarrollados registran cada año un aumento neto de la población en edad de trabajar en torno a los 60 millones de personas, ningún país europeo, incluido España, puede garantizar el recambio generacional de su población autóctona para un próximo futuro si se mantiene la tendencia demográfica actual.

legales. Los gobiernos occidentales lo toleran en función de la lógica del «libre mercado».

Los responsables principales de la inmigración ilegal son precisamente los que más gritan contra ella: Gobiernos y Organismos Internacionales, Fondo Mundial Internacional, Gran Banca y Empresas Multinacionales, que saquean las riquezas de los países pobres, hundiéndoles más aún en la pobreza.

4. Necesidad de soluciones urgentes

El Gobierno español ha sido emplazado en el pasado mes de julio, por el Pleno del Congreso de los Diputados, a presentar antes del 31 de diciembre próximo un informe sobre la situación de la inmigración ilegal y medidas que se propone adoptar para su regularización. La moción fue votada por unanimidad tras el debate de la interpelación urgente presentada por el grupo de Izquierda Unida y la aceptación por parte de éste de una enmienda del grupo socialista. En la moción de IU hacíamos nuestras las medidas urgentes reclamadas por el grupo de Organizaciones No Gubernamentales (ONG), promotor de la Campaña Pro-Regularización e Integración de los Inmigrantes.

Se acerca el vencimiento del plazo. Sería deseable que las medidas del Gobierno español no sean menos justas y generosas que las adoptadas por el Gobierno italiano. Mediante una ley especial, en Italia son regularizados con el amplio plazo de seis meses todos los «ilegales» que se encontraban en territorio italiano antes del 31 de diciembre de 1989.

Dado que la necesaria reforma de la Ley de Extranjería vigente requiere tiempo, pero la situación reclama medidas urgentes, cabe la adopción *por vía de urgencia* de una norma con rango de ley que abra un rápido, simple y amplio proceso de regularización de todos los ilegales presentes en España desde hace menos de un año. La Administración debería actuar con agilidad y flexibilidad, asegurando previamente una amplia información pública con la colaboración de las ONGs, asociaciones de inmigrantes y organizaciones sindicales.

5. El hambre en el mundo: el mayor reto de la Humanidad

El mayor reto con el que se enfrenta hoy la Humanidad es la eliminación de la pobreza y el hambre en el mundo. Uno de cada tres niños menores de cinco años se encuentra en total estado de desnutrición y 14 millones mueren antes de cumplir esa edad.

El desarrollo demográfico y económico desigual entre Norte y Sur, países desarrollados y países subdesarrollados, está en la base de incontenibles flujos migratorios. La ayuda del Norte al Sur resulta una triste ironía cuando las estadísticas revelan que en los diez últimos años el Sur ha transferido al Norte el 15 por 100 de su producto interior bruto, mientras el Norte ha aportado al Sur el 0,3 por 100 del suyo.

Para ser consecuentes con los principios que dicen defender, las democracias occidentales tendrían que hacer caer el «muro del dinero». Lamentablemente, la Comunidad Europea está levantando nuevos muros frente al Tercer Mundo y el «muro del apartheid», es decir, la segregación en el interior de sus propias sociedades al discriminar a los inmigrantes procedentes de países no comunitarios. Los lazos históricos que unen España a los países árabes y latinoamericanos, deberían incitarnos a fomentar una rectificación histórica de la política neocolonial europea, practicada actualmente de forma abierta o encubierta. De no ser así, la confrontación Norte-Sur puede tener consecuencias terribles para toda la Humanidad. La actual crisis del Golfo Pérsico indica la necesidad vital de la asunción por parte de los países ricos de un nuevo orden económico internacional más justo, equitativo y solidario con el Tercer Mundo.



6. Las migraciones en Europa en la perspectiva del 93

España necesita superar sus retrasos en la elaboración de una política de integración de la inmigración extranjera, teniendo en cuenta que ésta no es un fenómeno pasajero y que, al igual que en los demás países industrializados, tiende a desarrollarse. De lo que se trata es de evitar que ésta siga produciéndose de forma desordenada y desprotegida social y jurídicamente. Los derechos económicos y sociales, jurídicos y políticos, culturales y educacionales, deben ser reconociendo a los inmigrantes como nuevos ciudadanos no sólo en deberes sino también en derechos. En la perspectiva del 93, con la aplicación del Acta Unica Europea y la supresión de las fronteras comunitarias interiores, es obligado dar un en-



foque común a las políticas migratorias. De continuar aplicando políticas distintas, en el marco de cada país, las consecuencias pueden ser muy graves. Ya es grave que el Acta Unica permita la adopción de decisiones por mayoría en lo económico a partir del 93, pero mantenga la regla de la unanimidad, o sea, el derecho de voto en lo social, disposiciones fiscales, libre circulación de personas y derechos sociales de los trabajadores. La construcción de una Europa a dos velocidades no sólo servirá para mantener las tremendas desigualdades actuales, sino para incrementarlas.

Hasta ahora la coordinación y armonización comunitaria en materia de inmigración ha estado limitada a los acuerdos y medidas de policía, a través de organismos que, como el llamado «grupo de Trevi», actúan en secreto, al mar-

gen de las instituciones comunitarias y fuera de todo control parlamentario.

La amalgama que hacen los ministros del Interior al poner en el mismo plano, en los trabajos y decisiones del grupo de Trevi, trabajador extranjero y terrorismo, narcotráfico y tráfico de armas, etcétera, es un agravio desagradable para el inmigrante presentarle ante la opinión pública como un delincuente en potencia.

Sin la creación de un marco legislativo europeo común en materia de inmigración, de estatuto de ciudadanía europea que atribuya un derecho formal a los inmigrantes, sin discriminaciones basadas en la nacionalidad de origen, no será posible la necesaria integración de quienes viven y trabajan en Europa de forma estable y duradera, como ciudadanos de hecho pero sin derecho.

El ejecutivo europeo, Comisión y Consejo de Ministros, ha venido desoyendo hasta ahora las resoluciones mayoritarias del Parlamento Europeo en favor de la concesión del derecho de voto activo y pasivo, a nivel municipal, a todos los residentes extranjeros para facilitar su integración como ciudadanos en el respeto de su propia identidad nacional, cultural o religiosa. Lejos de significar una pérdida de identidad de los países de inmigración, como pretenden los racistas, la integración ciudadana de los inmigrantes supone una aportación enriquecedora de nuevos valores culturales.

Las ideas sobre el estatuto de ciudadanía europea deben traducirse en derechos y medidas concretas para el respeto de la igualdad en aplicación del principio de libre circulación, residencia, establecimiento y derechos cívicos. Los Derechos Humanos fundamentales deben pasar a formar parte del elenco común comunitario, tal como han sido formulados por el Consejo de Europa.

Sólo el desbloqueo de la Directiva Comunitaria permitirá la concesión del derecho de voto municipal a los inmigrantes, obligando a los «doce» a la reforma constitucional correspondiente en los casos necesarios.

NOTAS

(1) Informe del Instituto de Investigación del Desarrollo y Planificación Económica y Social (ISOPLAN), de Saabrücken (Alemania), por encargo de la CEE (noviembre 1989).

(2) Sobre un total de 2.721 solicitudes de refugio y 1.183 de asilo presentadas en 1989, sólo fueron concedidos seis estatutos de refugiado y 175 estatutos de asilado.

(3) Según cálculos de la ONU, la población de África se multiplicará por 2,5 de aquí al año 2025.

(4) Estudio de la Comisión Económica de la ONU.

(5) La economía sumergida representa el 29,7 por 100 de la economía española.



REFLEXIONES SOBRE IZQUIERDA UNIDA

Angel Pérez

NOS hallamos en un momento esencial del debate en torno a los problemas que se plantean acerca de la organización de IU. Como en gran parte de las discusiones puestas sobre la mesa, abrimos continuas reflexiones y frecuentemente las dejamos en el aire en espera de que se cierren solas, cosa que, también frecuentemente, no sucede. Sin duda, no están los tiempos para pretender concluir muchas cosas, pero de ahí a la indecisión permanente, hay términos medios necesarios para poder discutir cada vez con bases más avanzadas. Caso contrario, toda especulación adquiere categoría de meditación profunda con la ventaja, a veces, de que ni tan siquiera es preciso explicitarla. Basta con remitirse a la necesidad de «profundizar en nuevas formas organizativas que superen...», etcétera, esto es,

no a la duda legítima y necesaria de todo cerebro vivo, sino el discurso vacío que sólo garantiza la inactividad orgánica.

Sucede también, a nuestro juicio, que la confrontación de los discursos se plantea desde sus posiciones máximas, por lo que reflejan proyectos acabados y estáticos. Así, la polarización da como resultado, no ya la defensa de las ideas iniciales, sino que en un proceso de alimentación mutua se alejan progresivamente al tiempo que se desnaturalizan haciendo imposible cualquier grado de síntesis asumible. Debo decir que no sólo no tengo la solución, sino que formo parte de esa polarización y aunque intentamos frenar en nosotros lo que criticamos, nos será tan difícil como salirnos de nosotros mismos. Con ese riesgo opinamos y con la preocupación que impone la urgencia en

construir lo mejor posible una estructura primera de un movimiento en fase de constitución, sabiendo que cimientos débiles ahora son grietas a medio plazo. Queremos contribuir a un debate porque estamos convencidos que mediante la *discusión concreta* las diferencias son menos de las que parecen. No partimos de cero. Estamos, pues, preocupados, pero no angustiados. Por nuestra propia realidad militante, no podemos abordar el problema desde la perspectiva de IU en forma aislada con respecto al PCE. Eso no es mayor problema en la medida en que comprendemos que los temas a resolver se dan en relación a IU. El PCE deberá adecuar su propia estructura a este hecho.

El proyecto y la realidad

Desde esa perspectiva partidaria es conveniente aclarar que para nosotros IU no es el proyecto del PCE, sino la expresión política organizada de un proyecto de izquierda en el que participa el PCE. El matiz puede parecer innecesario, pero en la frase «IU es el proyecto del PCE» se cometen dos errores políticos que pueden terminar formando discurso. El primero es atribuir a IU un carácter finalista que nunca podrá tener, pues el proyecto es la Transformación de la Sociedad. El segundo es colocar al PCE como centro propietario del proyecto, idea de la que deberíamos huir si tenemos claro que pretendemos impulsar fuerzas que, en su conjunto, transformemos la sociedad, verdadero objetivo a conseguir y no el ser los titulares del cambio. El proyecto que IU representa es de todos los que quieran hacerlo suyo con diferentes grados de compromiso.

De dónde surge el impulso nadie lo discute. Ahora bien, propugnamos un movimiento político organizado, plural y democrático lo suficientemente amplio, soberano y capaz como para no depender directamente de nuestros impulsos. Paradójicamente, cuando eso sea así empezará a concretarse nuestro trabajo. Hoy somos imprescindibles; tenemos que dejar de serlo y conseguir ser necesarios. Sólo eso.

Dicho esto, el problema consistiría en confundir esa aspiración con la realidad que hoy tenemos. Esa realidad nos dice que el PCE está apostando fuerte por la construcción de un movimiento político y social y en ese empeño está declinando en favor de los órganos de IU la capacidad de decidir la política general de ese movimiento y, esto es justo, reservando a las diversas fuerzas que componen IU la capacidad de propuesta y desarrollo acerca de esa política. Ahí reside la soberanía de éstas. El inconveniente es que IU todavía no tiene la articulación y los medios que con-

fieren la capacidad para jugar ese papel con un rendimiento aceptable. Así nos movemos en una contradicción que es perentorio resolver. Ello exige abordar las discusiones, no desde las posiciones máximas de cada uno y desde la contemplación estática del objeto del debate. Es preciso ver IU en su desarrollo para permitirnos la flexibilidad que la confrontación de ideas reclama. Mirando al PCE, hay que hacerlo además en dos vertientes: hacia el propio debate interno del PCE y en relación a las otras fuerzas de IU organizadas y sin organizar. Premisa es eliminar contradicciones falsas PCE-IU, pues son dos instrumentos de un mismo proyecto concretado en un mismo programa. Las contradicciones hay que resolverlas mirando el proyecto, pues toda confrontación entre los dos instrumentos impide el desarrollo de aquél. A título de ejemplo ya resuelto, ¿quién decide acerca de determinada iniciativa política? El sentido común indica que si esa iniciativa se proyecta a la sociedad como propuesta de IU, la decisión deberá ser cosa de IU. ¿Quién la propone? ¿Quién la desarrolla? Obviamente, todo ello será producto de la síntesis en el marco de IU, donde conviven diversas entidades colectivas e individuales que conforman un conjunto abierto y receptivo a propuestas e iniciativas que puedan originarse en cualquier ámbito de la vida social.

La cuestión no es, por tanto, el ámbito de la decisión, sino si ésta se toma en relación al proyecto. No es un dilema de soberanías: es conseguir acierto en la propuesta.

El PCE debe preocuparse por su propia capacidad para generar mediante su iniciativa política, el desarrollo teórico-político, programático y organizativo de la Alternativa. Esa es la función que justifica su existencia y no la voluntad subjetiva de mantener un PCE sin función propia alguna. El PCE no es entonces un órgano ejecutivo de IU, sino una de las fuerzas motrices para su desarrollo. Una estructura complementaria como otras, sin cuya existencia, en la actualidad, IU sería difícil de comprender. Ese es uno de los términos de la contradicción. No somos meros ejecutores de las decisiones soberanas de IU, pero debemos aceptar que sí jugaremos en parte ese papel durante un tiempo. A medida que IU asuma su propia función, el PCE podrá ir desarrollando plenamente la suya. A este estado de cosas corresponderá una estructura en IU que será reflejo de esa indefinición e incluso con marcadas diferencias, dependiendo de cada ámbito en función del desarrollo de IU y del papel que las fuerzas que la integran sean capaces de asumir.

En ese intervalo asistiremos a debates en paralelo, cruzados, decisiones simultáneas convergentes, contradictorias o iguales y toda esa desorga-

nización será el síntoma del nacimiento de algo nuevo que surge para articular toda esa disparidad que ya existía en el silencio de una izquierda tan sobrada de crítica testimonial como falta de capacidad alternativa.

El discurso de la Alternativa

Ese es, a nuestro juicio, uno de los criterios políticos que diferencian el proyecto que IU representa de las formas tradicionales de hacer política y que condiciona también el modelo organizativo. Nos hemos hartado, y aún lo hacemos, de hablar de la crisis de los partidos políticos y de su incapacidad para vertebrar la sociedad y por tanto actuar de instrumentos de participación democrática articulada. Está claro que cada uno cuenta la feria según le va o, en palabras de Marx, «*el ser determina la conciencia*», pero los firmantes no tenemos referencias claras a la hora de establecer los momentos de esplendor de las formaciones políticas en los últimos años de la vida de nuestro país. Una cosa es la aspiración popular a la Democracia en su sentido más general y otra la adhesión real de las gentes a proyectos políticos concretos. Hablar de ese espejismo en nuestro caso sería mentar la soga en casa del ahorcado.

El cambio, como consigna de un proyecto, explica más, en su propia formulación, la negación de lo existente entonces que la afirmación de unos contenidos programáticos concretos. No se trata de obviar la relación entre ambas cuestiones, sino un argumento para explicar que los famosos diez millones de votos tenían un componente muy importante de desconocimiento real del programa presentado. Desde esta óptica, no es ese el tipo de proyecto que nosotros queremos representar y en ese sentido la Alternativa no pretende serlo sólo por el desgaste de lo que hoy es el Gobierno PSOE, sino como superación cualitativa de esa propia forma de entender la política.

Por ello afirmamos que al margen del debate acerca de la vigencia o no de los partidos políticos y que pudiera ser falso, hoy como ayer, es preciso tener proyecto político y una expresión adecuada de ese proyecto capaz de crear el consenso social de la mayoría. No es otra cosa la Alternativa. Reducir o caricaturizar esa idea mediante una discusión de si ese proceso se va a dar desgastando a otros, uniéndose a ellos, no mirándolos, intercambiando disfraces o cualquier otra forma del «dónde» sin saber «para qué» y «con quién», lejos de profundos análisis, son a nuestro juicio el esfuerzo del miope, salvando, por supuesto, el derecho a leer de los miopes.

No es difícil observar que, a menudo, desde las

voces que reclaman esa reflexión del «desde dónde» se hace de forma inquietantemente parcial, por cuanto los «otros» antes referidos parecen sujetos de nuestras apetencias, estáticos, sin influencias ni movimiento alguno, como si de cosas se tratase, bien a deshacer, a conquistar o subsumirse en ellas. La realidad es muy otra; se trata de opciones que encarnan proyectos y con ellos contradicciones e inquietudes. Conocer éstas, conectar para contrastar puede ser el principio del para qué y con quién. El acuerdo político, su marco, sus referencias organizadas son instrumentos y como tales derivados de la necesidad. Sólo los «objetos imposibles» nacen burlando la necesidad aunque sí con su referencia.

La diferencia, pues, de IU entendida como movimiento político y social respecto a otras opciones clásicas no es su funcionamiento democrático interno o su pluralidad, ya que estos elementos pueden darse en otras formaciones. Es, fundamentalmente, su búsqueda de la síntesis con el conjunto de la sociedad y no a través del ofrecimiento de un proyecto acabado, sino de la convocatoria para construirlo. IU no tiene fronteras organizativas que limiten las propuestas y por ello el consenso interno no puede ser un dique de contención frente a la iniciativa de la sociedad. Eso es quizá lo que separa las fórmulas organizativas clásicas, partidos y coaliciones de lo que pretendemos, al menos en el discurso, que sea IU. Aquí hay que ser claros y quien piense que esto es una alucinación que lo exprese, pero no entre dientes, si lo que quiere es que nos enteremos para convencernos. Somos conscientes y lo hemos expresado, de que aún no estamos en ese desarrollo, pero justamente por eso y para saber qué hacemos hoy necesitamos un diseño general, pero orientado, de lo que queremos hacer.

El modelo organizativo

El modelo organizativo que IU adopte en su globalidad no es cuestión de apariencia democrática o concebir esquemas más o menos ambiciosos. Se trata de una visión integral político-organizativa del proyecto. Las formas aquí son contenido y no algo colateral, de métodos. Diferenciamos entre lo que son rasgos que la organización debe tener para su funcionamiento y objetivos en relación al trabajo hacia la sociedad. Como es lógico, ambas cuestiones no pueden contemplarse aisladamente.

Perseguimos una estructura que, en su conjunto, sea en su interno el reflejo de lo que quiere para la sociedad. Deberá ser, por tanto, democrática, articulada, participativa, plural y unitaria.

Todo ello para la elaboración colectiva y en relación dialéctica con la movilización social como objetivos político-organizativos que sirven a la transformación.

Entender el desarrollo simultáneo, consecuencia del impulso recíproco de la teoría y la práctica, el análisis y la síntesis, la elaboración y la movilización, en donde cada uno de los términos es causa y efecto en relación al otro en un proceso ininterrumpido que genera la evolución programática de un proyecto que se desarrolla vinculado a la alternativa.

No concebimos, pues, elaboración y movilización como dos actividades compartimentadas. No hay teóricos ni expertos que analizan y elaboran, en exclusiva, para que el resto practique los acuerdos en la acción política hacia la sociedad y sus instituciones. En IU debe hacerse posible que todo el que lo desee pueda aportar su conocimiento y simultáneamente participar en las decisiones.

Ahora bien, la complejidad de un programa que pretende no ser estático y que desde una visión general apuesta por una alternativa múltiple (Estado, sociedad, Gobierno), concretando propuestas en los distintos aspectos económicos, sociales y culturales, lleva necesariamente a la articulación de la propia elaboración programática. A esa necesidad responden las áreas en IU como estructuras, que por su propio carácter debe tener capacidad de propuesta, ya que no de decisión, en la medida en que ésta debe tomarse en una entidad con visión global del programa y no sólo de éste, sino de lo que es IU en su conjunto.

Tenemos entonces que hay un marco para el análisis y la propuesta y otro para la decisión. Eso sólo es posible democráticamente si las áreas se entienden como estructuras de los propios órganos de dirección y nunca como compartimentos autónomos que generan propuesta, únicamente por su propia iniciativa.

Se impone así la delimitación clara de lo que consideramos órganos y sus competencias y lo que son las áreas y las suyas.

Los órganos de dirección

Los órganos representan el proyecto global en cada ámbito. A efectos de la discusión organizativa que planteamos, IU, como expresión del proyecto, debe reunir en sus órganos aquellas señas de identidad que fijábamos (democracia articulada, participación, pluralismo y concepción unitaria) con elaboración y movilización entendidas aquí como objetivos político-organizativos (*).

Creemos entonces que las direcciones políticas de IU deben contemplar diversos componentes:

— Miembros electos que garanticen la acción política aprobada hacia las instituciones y la sociedad.

— Representantes reconocidos de las áreas. La cuantificación de esta representación debería establecerse asegurando que permita la mejor conexión del marco de elaboración con las decisiones. Las propuestas serían realizadas por las propias áreas y ratificadas por los órganos de dirección. Puede contemplarse incluso la participación puntual en función de las iniciativas propuestas.

Representación federal

Esta cuestión nos parece obvia a la vista de nuestro discurso político. Por ello, no nos hemos referido a ello anteriormente.

Nos quedaría aplicar a estos integrantes los que resulten de un debate sobre el que arriesgamos alguna opinión y que hace referencia a las señas de identidad del modelo organizativo interno de IU.

La democracia y la participación articuladas son objetivos a conseguir en el funcionamiento interno y hacia el exterior, pero difícilmente son criterios a la hora de determinar la composición de órganos. En cambio, sí nos preocupa el cómo abordar el pluralismo y la concepción unitaria de IU. Nos preocupa porque parece como si el elemento diferenciador concreto entre los compañeros que defienden una IU coalición y los que defendemos IU como movimiento político y social, fuera finalmente la presencia o no de los partidos políticos como tales en los órganos de dirección. Nuestra opinión ya la hemos dado cuando planteamos IU como expresión política en síntesis permanente con la sociedad y no en búsqueda del consenso interno. Ahora bien, también nos hemos referido a formas transitorias de organización. Entre la pretensión de que todos los cargos electos lo sean directamente en asamblea con el riesgo de dañar la pluralidad y la aspiración a que los partidos se representen de forma cuantitativamente determinante, hay un abanico de posibilidades que excede mucho las propuestas realizadas hasta ahora.

La claridad de la discusión nos facilita también a nosotros nuestra propia expresión. La prevención de unos para no verse infrarrepresentados (la valoración es siempre subjetiva, en función de quien la hace) unido a su deseo de reforzarse política y organizativamente en el marco de IU (legítimo y deseable), se colocan frente a lo que otros consideramos el desarrollo soberano y autónomo del proyecto, unido también, por qué no reconocerlo, a la tranquilidad que nos da saber que los

(*) La relación ideología-organización nos llevaría a una prolongación de este trabajo, no imprescindible en este momento.

procesos de elección pura no nos desfavorecen en la actualidad (concepción esta contra la que nos pronunciamos). Como se ve, toda esta discusión está aún muy lejos del discurso de la Alternativa, creemos que tanto en unos como en otros.

A todo esto, un número creciente de no afiliados a partidos políticos, inexplicablemente denominados «independientes» (!), que ante la situación tienden a organizarse, no se sabe si para expresar una opción política dentro del proyecto, como hay otros, o para obtener su representación. Veremos así organizaciones de no afiliados y... no afiliados que seguirán sin organizarse.

¡Vivir para ver!

Algún día habrá que plantear (pronto, si puede ser) que todos los miembros de IU somos igualmente dependientes del proyecto, del programa y de las normas democráticas que nos demos e igualmente independientes a la hora de analizar la realidad con nuestro propio cerebro. Los militantes de partidos políticos no tenemos más defecto que necesitamos poner en común ideas para aprender y también para aportar, con el norte puesto en una acción política lo más eficaz posible. Es decir, no tenemos ningún defecto que los demás no tengan.

De ahí la importancia de la concepción unitaria de IU, que debe pasar de la abstracción a la práctica cotidiana.

Para el componente hoy mayoritario ello supondría desterrar cualquier rictus de visión patrimonial de IU y su proyecto. Sería el paso inicial para comprender que IU debe ser ya la representación de la sociedad plural que predicamos.

Esos pasos son necesarios y han de hacerse irreversibles para erradicar la desconfianza. El movimiento IU no es incompatible con la existencia de partidos políticos en su seno si éstos aceptan ser organismos complementarios, necesarios, de un proyecto común que va más allá de las posibilidades políticas reales de cualquiera de ellos y de su suma. Entenderlo a la inversa es manifestación de megalomanía.

Por todo ello, y combinando esa visión a largo plazo y la realidad actual, cabe pensar en representación política de los partidos en forma paritaria en la configuración de los órganos, si bien ésta nunca debería ser superior al 25 por 100 de su composición. Hacemos notar que cuando planteamos la paridad nos alejamos de la coalición. Y lo decimos porque los que defienden ese modelo de IU también proponen la paridad y no, como cabría pensar, cuotas proporcionales a la afiliación de cada uno. Y es que en estas discusiones se dan las síntesis más extrañas.

Aparte de esto, el resto de cargos electos deberían ser elegidos según las necesidades políticas y

organizativas de IU, de forma que convivan la eficacia, la operatividad, la capacidad, la disponibilidad, etcétera, y el pluralismo sin que la aplicación mecánica y forzada de éste impida aquéllas, pero impidiendo que criterios necesarios se conviertan en pretexto para ahogar el pluralismo. La construcción de IU no requiere que todos los necesarios estén en las direcciones. No puede ser. Se siente.

Las áreas de IU

Quizá sea éste uno de los temas que últimamente se manifiestan con mayor grado de contradicción en nuestras discusiones y donde la polarización de las opiniones no permite incluso un desarrollo óptimo de su práctica, ya urgente.

Desde la propia función de las áreas, su número, composición, funcionamiento, etcétera, hasta la negación de su necesidad pasando por su asimilación a otras formas netamente organizativas, todo ello está sometido a cuestionamiento.

Para nosotros, las áreas no sólo responden a los objetivos político-organizativos que nos hemos trazado, estamos convencidos que además son la única forma de practicarlos y desarrollarlos. ¿Por qué? La Alternativa supone capacidad de creación de soluciones a los problemas concretos desde una propuesta global múltiple. Hemos dicho hasta la saciedad que para ello necesitamos de un método que combine la elaboración y la movilización como dos elementos que, unidos, den como resultado la propuesta. Ahora bien, IU no puede convertirse en una fuerza política que pretenda satisfacer todos los análisis en una sociedad contradictoria, no sólo desde el punto de vista de intereses de clase, sino de antagonismos sectoriales, corporativos, etcétera. IU no puede ni debe prometer todo a todos. Realizar por tanto propuestas asumibles por la mayoría requiere la síntesis, esto es, la superación de los análisis parciales y la creación de uno nuevo cualitativamente superior. Síntesis, así entendida, no tiene nada que ver con la suma de las opiniones que la integran, sino justamente su negación dialéctica.

A partir de ahí vemos las áreas como el marco donde ese proceso debe darse y por eso decimos que son estructuras de elaboración colectiva donde a la hora de realizar una propuesta, ésta sea resultado de los diversos análisis que inciden en un mismo tema. Esta es la única garantía de que la visión final pueda aplicarse de manera coherente, que no homogénea, pues es posible que en los diversos ámbitos haya variables. La cuestión es el método de elaboración, entendido aquí como nueva forma de hacer política. Y hasta tal punto lo

es, que muy posiblemente los contenidos políticos de nuestras iniciativas sean diferentes en función de cómo han sido construidos.

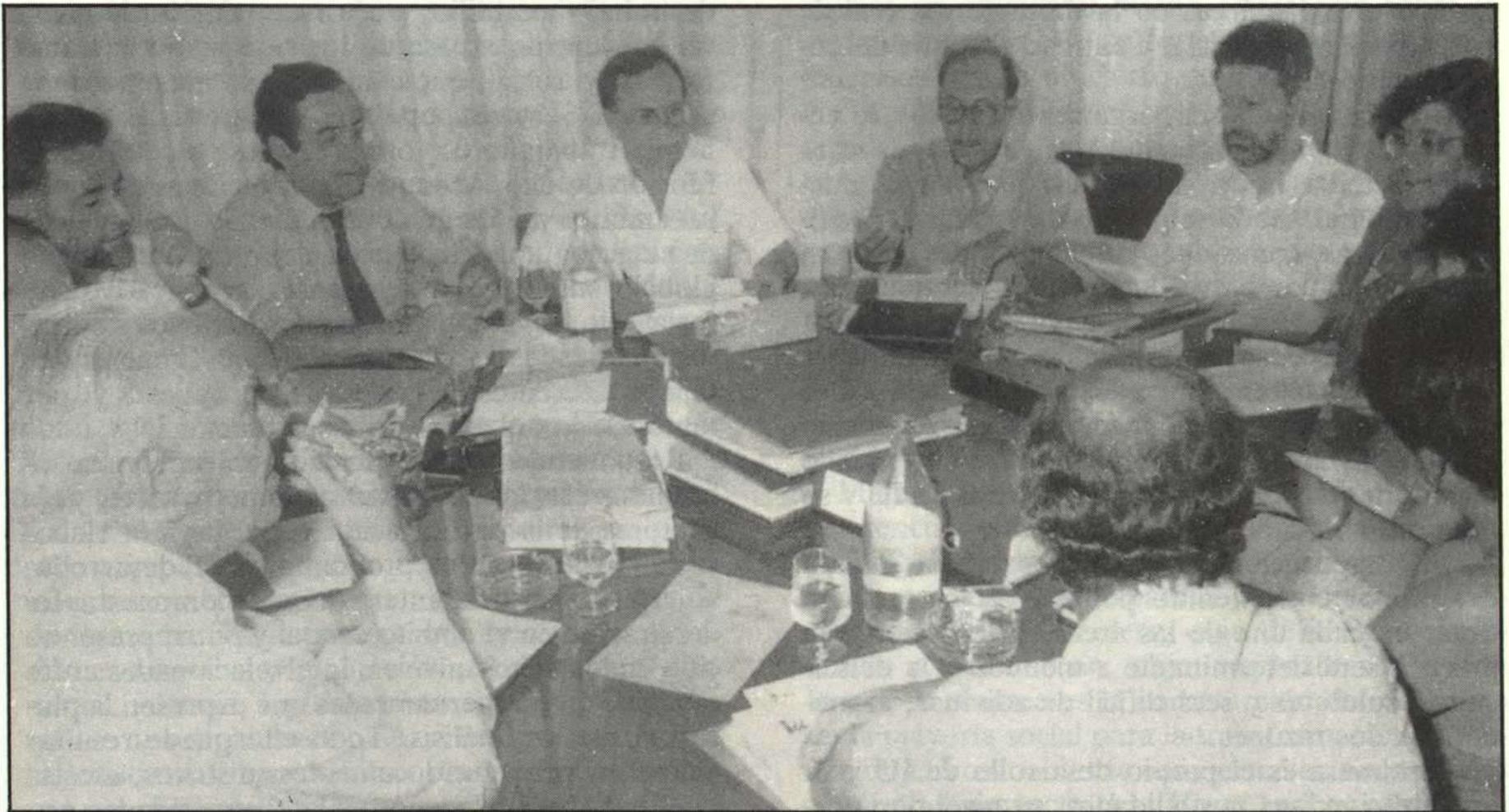
Las áreas deben ser además recepción de iniciativas, no sólo del interior de IU sino como canal de comunicación con la sociedad. En cualquier problema concreto, nos veremos en la necesidad de pulsar distintas opiniones y así tendremos la visión de los movimientos sociales, del movimiento obrero, de las instituciones a través de los cargos públicos, de gentes que se mueven en ese ámbito concreto, etcétera, e IU tendrá que, posteriormente, formular su iniciativa soberanamente y sin más límite que las líneas marcadas por su proyecto y programa general.

Ello implica admitir que las áreas pueden articular debates en los que participen entidades so-

pero sería interminable la lista de decisiones que, al ser tomadas al margen de la realidad, no sirven absolutamente para nada, por muy solemne que sea la decisión y el marco en que se adopta.

La efectividad, pues, de los acuerdos de las áreas estará en consonancia con la calidad de la propia propuesta más que en quien toma la decisión. No obstante, ya nos hemos referido a la necesidad de relacionar ambas cuestiones cuando se aborda la composición de los órganos. Una vez más, el problema es definir funciones y competencias a la vista de las necesidades y la racionalidad en el funcionamiento.

Se deduce por lo dicho que vemos la composición de las áreas absolutamente abierta. Si además defendemos que en IU el trabajo de elaboración debe suponer la máxima participación, es-



ciales no ligadas a IU orgánicamente, pero que en cuestiones y momentos determinados puedan y quieran aportar su particular óptica de un problema.

El área es marco de análisis y discusión colectiva y sus acuerdos son propuesta a los órganos de dirección de IU que toman la decisión que debe transformarse en acción política hacia la sociedad y sus instituciones a través de los cargos públicos, pues tanto éstos como todos los miembros de IU somos portavoces de IU y sus órganos de dirección. Tiene, por tanto, una función de dirección importante en cuanto a su capacidad de propuesta, si entendemos que decidir no es necesariamente dirigir. Puede parecer un juego de conceptos,

tamos hablando de estructuras que, en su desarrollo, pueden ser cuantitativamente numerosas. Llegados aquí, conviene aclarar alguna cuestión en aras de no confundir la participación democrática y articulada con la masificación que imposibilite la propia participación. Este problema, que en localidades pequeñas o en distritos urbanos no se dará, desafortunadamente, sí puede suponer alguna distorsión en las organizaciones de Comunidad Autónoma y grandes ciudades, si no tenemos una visión articulada de las propias áreas.

Esto significa que en el estudio concreto de los temas hay que trabajar en grupos con cierta estabilidad que haga posible la operatividad. La participación no puede ser entendida como el funcio-

namiento asambleario en las propias áreas, sino como la capacidad de éstas para sintetizar en propuesta final las sucesivas iniciativas que se den en los distintos niveles y ámbitos de su propia articulación interna. Es absurdo pensar que todas y todos los compañeros en IU van a entender de todo. Lo importante es que cada uno tenga canales para la iniciativa y se reconozca en la síntesis. Establecemos una clara diferenciación entre la democracia interna articulada y la democracia entendida como un fin en sí mismo, al margen de la capacidad de intervención en la sociedad.

Tenemos también en cuenta que gran parte de miembros de IU no van a participar en las áreas y que establecerán su compromiso con IU de forma puntual o estable en otros aspectos de la vida política y social, en asambleas, en movimientos sociales, etcétera. De ahí también la necesidad de no convertir las áreas en la única forma real de participación o elevarlas a entidad absoluta del conocimiento de IU.

En principio, el área, organizativamente, lo entendemos como continente que articula un conjunto de temas interrelacionados que a su vez pueden contener subdivisiones hasta lo más específico (subáreas, comisiones, subcomisiones, grupos, etcétera). Su operatividad reside, entonces, en que es un instrumento capaz de realizar propuestas concretas desde una planificación general sin que éstas resulten contradictorias en relación a otros en un mismo ámbito o temática. Al mismo tiempo, las áreas se relacionan entre sí teniendo como orientación el programa general de IU y su desarrollo en cada ámbito.

Las complicaciones aparecen cuando se intenta determinar el contenido político de los temas a tratar en cada una de las áreas. El criterio de la práctica será determinante a menudo y la definición absoluta es y será difícil de adivinar, al menos por dos razones.

La primera es el propio desarrollo de IU y su organización, sus posibilidades, su nivel de intervención en distintas cuestiones, etcétera. La segunda es que no podemos diseñar áreas en función de asumir un estado actual de cosas que queremos modificar, sin por ello dejar de aportar nuestras iniciativas en la realidad que nos movemos. Los que nos parece de todo punto incoherente es dar naturaleza de área a problemáticas específicas o sectoriales relacionadas en lo concreto con otras y que son todas ellas necesariamente asumibles en un marco de análisis, discusión y propuesta general. Eso significaría liquidar, en la práctica, la propia concepción de área.

Esa tendencia se puede dar cuando se plantean, por ejemplo, sectores de la producción, e incluso empresas, por muy grandes que éstas sean, como

estructuras de elaboración de propuestas, es decir, como áreas, al margen de políticas generales que, de hecho, exceden como mucho la visión parcial de esos sectores o empresas. Más nos preocupa cuando esa misma interpretación se da en relación a los movimientos sociales. La teoría del movimiento por el movimiento es incompatible con un proyecto político global y articulado. Estos movimientos aportan un análisis, sin duda, muy interesante, y absolutamente necesario, pero en ningún caso son portadores «per se» de la propuesta que IU deba realizar. IU no se comporta como movimiento social, ni como sindicato, porque no es ni una cosa ni otra. IU es una fuerza política que desea y respeta la independencia de los respectivos movimientos a los que convoca para la creación programática. El hecho de que IU pueda y deba organizarse en los territorios, centros de trabajo y estudio, etcétera, se deriva de nuestra concepción acerca de los sujetos de la transformación social, que componen la mayoría de la sociedad. Sectores populares y progresistas, en general, trabajadores, profesionales, etcétera. En función de ello IU tiene organizaciones en todos los ámbitos y el límite de su actividad está allí donde se acaba una concepción del proyecto político global y empieza el movimiento reivindicativo sectorial. No hay competencia posible de los sindicatos o entidades sociales en relación a IU al ser dos planos diferentes de la acción y propuesta y, por tanto, de la organización y sus funciones.

Resumiendo nuestro propio punto de vista sobre las áreas, las definiríamos como soportes y receptores de la participación social para la elaboración colectiva del programa y su desarrollo, abiertas, articuladas internamente, compuestas federalmente en el ámbito estatal y por representación en los demás niveles, interrelacionadas entre sí y con equipos permanentes que expresen la pluralidad de los análisis. Todo ello puede resultar ocioso en pequeñas localidades, distritos, etcétera. Ahora bien, al menos en las Comunidades Autónomas, las áreas deben estar formadas por los coordinadores de las respectivas áreas comarcales, locales o distritales, representantes de movimientos sociales y sectores del ámbito de la comunidad, cargos públicos relacionados con la materia de que se trate y un grupo permanente elegido a propuesta del área y ratificado por los órganos de dirección de IU. La participación abierta lo es en los niveles en que ello es posible, esto es, en las asambleas de base de IU. En las Comunidades y en el ámbito federal debe existir la representación, pues un criterio abierto sin límite alguno impediría de hecho el funcionamiento operativo del área.

Insistimos en que el grupo permanente debe contemplar la propia composición global del área,

huyendo del «grupo de expertos». A la vista de nuestra propuesta, nos parece innecesario desarrollar porque no estaríamos de acuerdo con la propuesta de crear el área de participación social, pues este es un aspecto imprescindible no ya de todas y cada una de las áreas, sino de toda la articulación de IU.

Un aspecto que puede parecer poco importante es el número de áreas. A nuestro juicio, y no se trata de exceso de rigor, es preciso homogeneizar criterios cuando se conforman las áreas y sus contenidos. Parece lógico que si en la estructura federal basta con seis o siete áreas para abarcar las necesidades programáticas de ese ámbito, con ese número y con menos pueda realizarse ese mismo trabajo en ámbitos más reducidos y consiguientemente con problemáticas más sectoriales.

Esta cuestión es importante a la hora de la articulación de las propuestas en la medida en que no es posible recoger en elaboraciones generales aspectos concretos que no se den el mismo marco. No es cuestión de rigidez, sino de operatividad.

La participación, la elaboración colectiva y demás conceptos generales conforman un discurso bonito, tradicional en la izquierda, pues responde a sus valores y al tiempo novedoso y contradictorio con nuestra práctica. Su aplicación supone y requiere una forma nueva de hacer política y esto exige, a su vez, una nueva forma de entender la política y los medios, en este caso la organización. Se contradice el predicar contra las concepciones absolutas desde el absolutismo personal o de grupo. Es menester considerarse a uno mismo pieza necesaria pero sustituible y en relación con los demás; asumir el papel que a cada uno corresponde de forma natural, considerando que toda valoración es subjetiva y la que cada uno hace de sí mismo es, además, legítimamente injusta. Entender que en una organización de carácter voluntario no hay distintas importancias, sino distintas funciones y responsabilidades.

Desde esa idea comprendemos también la relación entre las distintas áreas. Toda elaboración concreta se da en un marco general que se define, y en esto seguimos siendo antiguos, por las relaciones económicas y las consecuencias ideológicas, políticas, sociales y culturales que de ahí derivan. Conocer ese marco general y las tendencias generales para su transformación es paso obligado para realizar propuestas adecuadas, posibles, realizables.

Nos encontramos así con un marco de elaboración, con un área, que convenientemente articulada (subáreas de P. Industrial, Servicios, Agricultura, Pesca, Crédito, Sectores, Empleo, etcétera) da el soporte básico a las demás, al tiempo que

en sus propias elaboraciones interviene el conocimiento de las necesidades que se expresan en la realidad cotidiana. Este ejemplo ilustra lo que queremos decir en cuanto a la relación entre áreas y sus diversas funciones; nunca como señalamiento de diferentes status en la organización.

Hasta aquí un esbozo de nuestras opiniones sobre algunos temas. Conviene aclarar, aunque sea para nosotros mismos, que reivindicamos la duda sobre lo dicho, pues somos del parecer de que no se puede pretender definir lo que finalmente será IU, olvidando que la práctica de unos meses creará más posibilidades para la teoría de las que seremos capaces de escribir.

Con todo, pretendemos contribuir al debate sobre una materia a menudo engorrosa y cargada de matices e intenciones. En cualquier caso, sí queremos expresar nuestro convencimiento de que es preciso un elemental diseño estratégico sobre la organización de IU, de forma que aún los pasos indecisos tengan un cierto sentido.

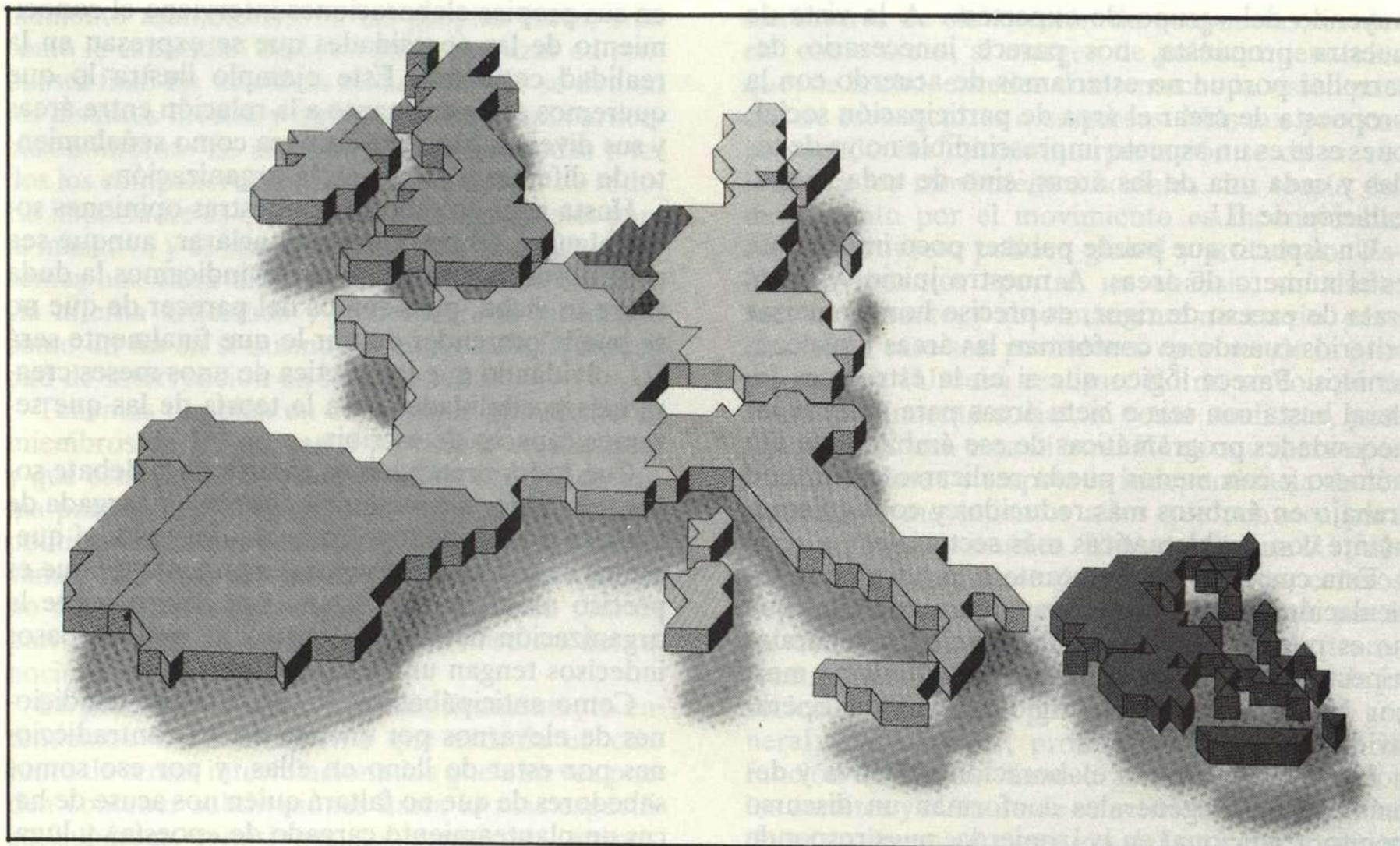
Como anticipábamos, no estamos en condiciones de elevarnos por encima de las contradicciones por estar de lleno en ellas, y por eso somos sabedores de que no faltará quien nos acuse de hacer un planteamiento cargado de «poesía» y lugares comunes. Anticipamos el acuerdo con nosotros, hasta hoy, imaginarios críticos, aunque estemos también en la obligación de señalar que esos «lugares comunes», tan repetidos como ignorados, tienen un sentido diferente en función del momento en que se dan.

Mientras el discurso estaba instalado en la dependencia política, bien por hipercriticismo, bien por subalternidad en relación a otros proyectos, conceptos como participación, democracia, elaboración colectiva, etcétera, eran de obligada referencia y, por qué no, objetivos loables. Cuando lo que se plantea es la construcción del consenso de la mayoría social para la transformación, aquellos objetivos loables se convierten en necesidades vitales del proyecto. Las frases hechas adquieren su sentido original.

Es evidente que, por ejemplo, en nombre del pragmatismo, se vincula la capacidad de propuesta a los grupos de expertos. Tan evidente como que nosotros a la vista de ese mismo criterio y su concreción en la realidad, desistimos de tal vinculación, entendida en forma exclusiva y excluyente.

¿Es esto poesía? Es posible, pero no están lejos los tiempos más prosaicos de la izquierda de nuestro país y con ellos sus resultados, y, por qué no decirlo, también sus protagonistas.

Hemos ofrecido, en definitiva, nuestra interpretación de un discurso que creemos común y por todos aprobado en repetidas ocasiones. Si no es así y hay otras, díganse. Ya estamos esperando.



ELEMENTOS QUE TENSIONAN A LA CE

Teresa Domingo

PARA entender mejor las tensiones que hoy soporta el proceso de construcción europea resulta casi inevitable hacer una primera referencia a las distintas instituciones que la componen, atendiendo tanto a su origen y funciones como a los intereses que representan.

La Comisión tiene asignada la función de gestión, y amparada en los aspectos técnicos que implica su trabajo habitual, revestirlo de una neutralidad política que raras veces responde a la realidad.

Los comisarios y altos cargos de la Comisión son nombrados por los gobiernos de los países miembros, por lo que en principio puede suponerseles un estatus parecido al de los ministros y directores generales. Sin embargo, a diferencia de éstos no se vinculan a ningún país concreto con su gobierno, política o incluso partido, lo que les permite mantener una relativa distancia a la hora de adoptar posición frente a algún problema concreto, pero, por supuesto, sin que ello su-

ponga cuestionar la política de los diferentes gobiernos.

Otro rasgo que difícilmente puede obviarse, al hablar de la Comisión, es que sobre ella actúan todos los grupos de presión, que se precien de serlo, en las áreas de actuación propias de la política comunitaria. Esta situación es el mejor reflejo de quien ostenta hoy en la Comunidad la principal responsabilidad en la definición de las políticas, lo que suele suponer un claro conflicto de intereses, de clase de país..., el llamado déficit democrático podría denominarse superávit de gestión con escaso control de la Comisión.

El Consejo diseña las grandes líneas de política europea buscando la unanimidad o al menos el consenso entre sus miembros, pero, además, en tanto en cuanto representa a los gobiernos de los doce países, evita siempre adoptar posiciones críticas con cualquiera de ellos. Pero, por añadidura, los gobiernos representan a las mayorías de cada país, lo que dibuja un mapa de voluntades claramente sesgado.

El Parlamento Europeo recoge en su interior a todo el abanico político europeo, con su variada gama de posiciones, confluyendo todas ellas en debates de gran interés en la medida en que traducen las diversas posiciones de los ciudadanos. Aparecen de esta forma elementos de la política de carácter más radical, transformador..., y dado que ningún grupo político tiene la mayoría suficiente para aplicar su política de forma unilateral, es necesaria la búsqueda del consenso, lo que explica que el Parlamento Europeo adopte con frecuencia posiciones sobre determinados temas más progresistas que las del Consejo o la Comisión.

El Parlamento Europeo, además, no sólo es el «legislador», si se puede llamar así al trabajo que realiza, sino que le corresponde fiscalizar tanto a la Comisión como al Consejo; lo que junto al resto de sus características puede explicar sin mayores complicaciones la definición de dos bandos en litigio, por una parte la Comisión y el Consejo, por la otra el Parlamento Europeo. Los dos primeros apoyados por su consideración de ejecutivos; el tercero, respaldado por la presión social, ya que se hace eco con más facilidad de los conflictos que aparecen.

La interacción de estas tres instituciones con sus problemas pertinentes se manifiesta de forma habitual y una de ellas, y quizá hoy en día de las más relevantes, en la diferencia de posiciones adoptadas ante la Reforma Institucional y la necesidad de dotar de mayores poderes al Parlamento Europeo.

La Comisión debería en principio estar de acuerdo con esta opción política, ya que ello le posibilitaría hacer una política menos subsidiaria de los gobiernos nacionales; pero la realidad hoy es que la Comisión goza de una gran autonomía e independencia frente al resto de instituciones, gracias al vacío de control existente, situación de privilegio que puede terminar cuando el Parlamento Europeo amplíe sus competencias.

Una vía posible para romper esta dinámica estéril de continuo enfrentamiento puede concretarse a través de la colaboración estrecha del Parlamento Europeo con los Parlamentos nacionales de los diferentes Estados.

Estas instituciones tienen interesantes similitudes que deberían concretarse en la posibilidad de homogeneizar posiciones en este tema. Ambas cumplen la función de legislar y fiscalizar al ejecutivo, pero además representan posiciones políticas similares, con sus respectivos programas electorales que, al menos en sus grandes rasgos, no deberían entrar en contradicción; es por ello que no parece razonable pensar en la existencia

de un obstruccionismo por parte de los Parlamentos nacionales al avance en el proceso constitutivo de la CE, y mucho menos si tenemos en cuenta que el aumento de competencias por parte del Parlamento Europeo se haría en detrimento del Consejo y la Comisión, pero muy limitadamente afectaría a los Parlamentos nacionales.

Así pues, el Parlamento Europeo en su intento de participar activamente en el proceso de construcción europea, sin aceptar un papel subsidiario, ha buscado la alianza de los Parlamentos nacionales por la vía de unas jornadas, con representación mixta, en las que se discutirían los borradores que pueden servir de base a la Conferencia Intergubernamental, a celebrar a finales de este año, y que podría suponer incluso la redacción de un nuevo tratado.

Federalismo

En la organización de estas jornadas ha surgido otro tema que en el terreno institucional es siempre como el Gaudiano, que fluye en el subsuelo y aparece de vez en cuando: el federalismo, tema, por otra parte, de especial relevancia para el caso español.

La cuestión planteada es especialmente interesante por cuanto se cuestiona el papel reservado a los Parlamentos autonómicos en este proceso, e incluso la participación de los mismos en las jornadas mencionadas.

Dado el número necesariamente limitado de diputados que asistirían a estas jornadas, a cada Estado le correspondería entre 20 y 30 diputados, que en caso de tener que incluir a los Parlamentos autonómicos, la representación se ceñiría a las mayorías presentes en las instituciones, lo que supondría un sesgo importante en la representatividad real de las delegaciones y, por tanto, al no vincularse en este proceso de discusión y toma de decisiones al conjunto de fuerzas políticas del arco parlamentario, se reduciría la efectividad de la reunión.

Pero ello no puede hacernos olvidar que países como Alemania, España y Bélgica, entre otros, tienen una estructura federalista/autonómica/regionalista, lo que debería obligar a coordinar la acción del Parlamento Europeo con los Parlamentos autonómicos. Este sigue siendo el gran tema pendiente, que cada vez que ve la luz en las discusiones se le sumerge bajo la responsabilidad de los Estados.

Buscando razones que puedan ir aclarando esta actitud política bastante generalizada, surge

en primer lugar la conflictividad social y política que entraña hablar de autonomía e independencia, baste como botón de muestra los debates surgidos en España sobre el derecho de autodeterminación o la tensión internacional pendiente de la resolución del conflicto en los países bálticos..., pero a ello se une, además, el desigual interés que suscita el tema en los países comunitarios y entre las fuerzas políticas, por lo que ante la dificultad de llegar a un consenso, se aparca el tema hasta mejor ocasión.

Una muestra de esta indefinición se puede detectar en la propia comisión de política regional, especialmente sensible al tema por cuanto define la estrategia de aplicación de los fondos estructurales en el marco regional, y motivada para la redacción de una Carta de las Regiones en la que se definiera el estatus de las mismas en la gestión y definición de la política comunitaria. Pero a la hora de la verdad, fue incapaz de aprobar el texto, y las buenas voluntades quedaron en una propuesta de resolución de carácter global y no vinculante. Aunque parece constatarse un ligero cambio de actitud, quizá impuesto por la presión de la opinión pública, en el sentido de reiniciar el debate y plantearse con cierta seriedad el tema de la carta.

Pero estos problemas no pueden ocultar la necesidad de participación de los Parlamentos autonómicos en la configuración de la nueva Europa. Es cierto que la amplitud de competencias del Parlamento Europeo no se hará a costa de los Parlamentos autonómicos, pero sin duda les afectará en su trabajo, y es fundamental definir las líneas centrales de la política social, cultural y económica entre otras, en la elaboración de las cuales participen todas las instancias de representación democrática, y con posterioridad se concrete y defina el rango de gestión de cada nivel competencial.

Es ya tiempo de que los Estados, y especialmente por nuestra configuración el español, modifiquen su posición actual en torno al tema, y encuentren la vía más idónea para que las Comunidades Autónomas sean interlocutores directos de las instituciones europeas, ya que en algunos casos cuentan con la casi totalidad de las competencias en ciertas políticas.

La cuestión alemana

El tema institucional está siendo la estrella de los debates, y su sombra planea hasta en las

cuestiones más simples de la política cotidiana, y por si la cuestión no fuera ya de por sí bastante compleja, los últimos acontecimientos en los países de Europa central, y más especialmente en la RDA, han logrado conmover los escasos cimientos que se habían construido.

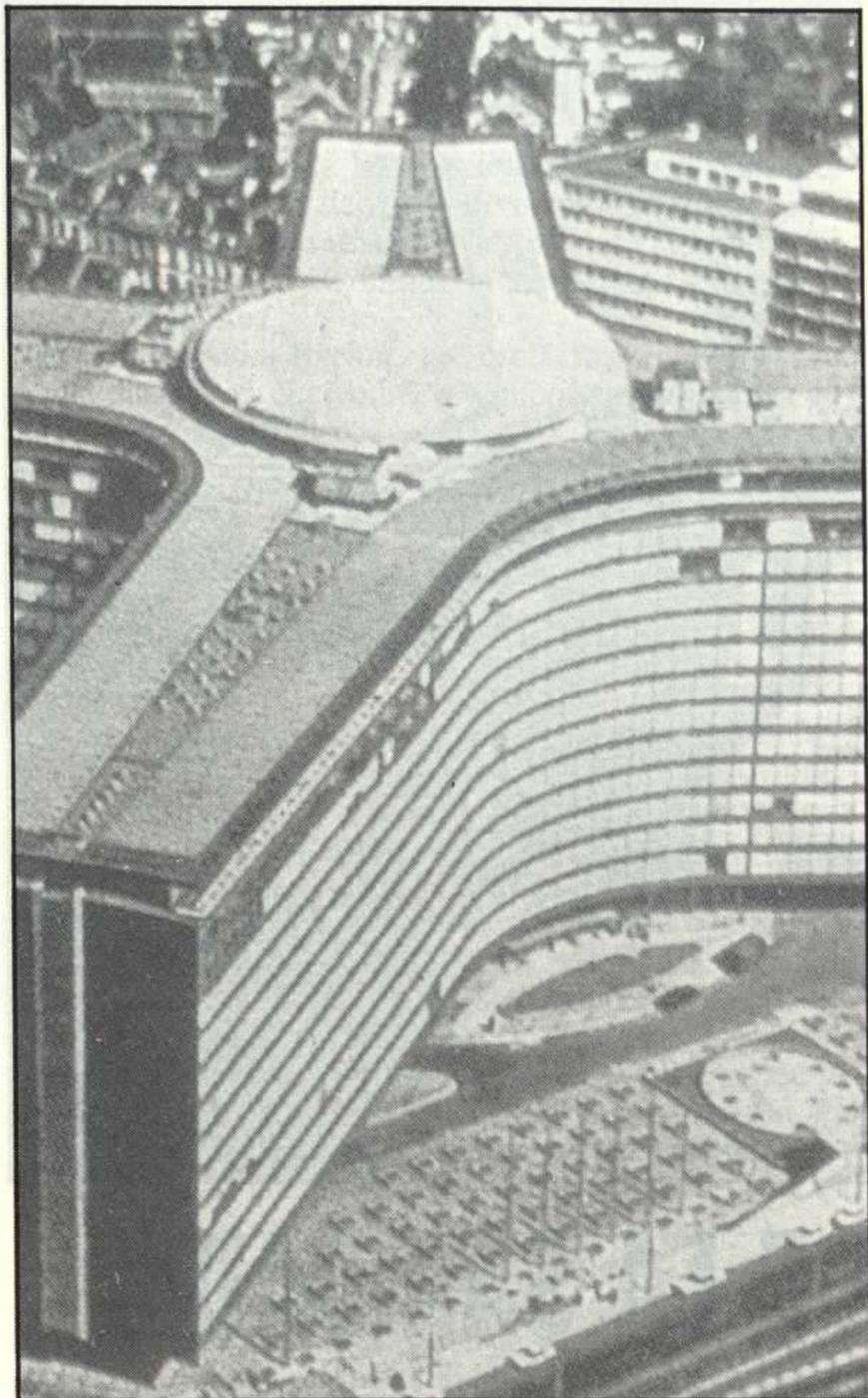
El proceso de reunificación alemana, o de anexión, según se mire, ha incidido en el debate por varias líneas simultáneamente. En primer lugar, por lo que supone de incorporación de facto de un nuevo país en la Comunidad, buscando el mecanismo jurídico que está haciendo posible por la vía más sencilla, pero además con las correspondientes consecuencias en la definición de las políticas concretas, cohesión económica y social... En segundo lugar, aunque en realidad todo forma parte del mismo proceso, porque estos cambios han supuesto para el Gobierno de la RFA la reinversión de sus objetivos, pasando a ocupar el primer lugar no la construcción europea en el camino hacia la Europa del 92, sino su propia unidad interna, es decir, cómo afrontar en el seno de su propio país la unidad con las mínimas tensiones sociales y económicas.

Pero de este cambio en las prioridades del Gobierno alemán se ha resentido el conjunto de posiciones políticas. Se esperaba que la incorporación de España, Grecia y Portugal permitiera trasladar el vértice de las políticas europeas hacia el Mediterráneo, compensando de alguna manera la presión de los países del norte, que por pioneros en la construcción europea, la habían hecho a su imagen y necesidades (situación que resulta extrema en la concreción de la política agraria comunitaria).

El proceso de reunificación alemana ha impedido esa posible inversión de la tendencia, resituando de nuevo el centro de la toma de decisiones en torno al nuevo país.

De hecho, nadie duda ya de que el proceso de construcción europea deberá contar con la idea de la confederación propuesta por Mitterrand, los círculos concéntricos de Delors y la casa común de Gorbachov a la hora de ir concretando el modelo de avance hacia la unidad europea.

El tema es en sí mismo apasionante por lo que representa y por la complejidad que llevará aparejada el proceso, independientemente de su configuración final, y en el mismo debe participar el conjunto más amplio posible de opiniones sociales y políticas. Por su importancia, es un tema que no puede dejarse exclusi-



vamente como responsabilidad de los diputados europeos o de la Comisión y el Consejo.

Papel de los Parlamentos nacionales

Los Parlamentos nacionales deberían participar no sólo como apoyo al Parlamento Europeo, sino como institución interesada en que se garantice el control democrático en todos los niveles competenciales, y sintiendo que la política a elaborar es una y, por tanto, les implica de forma directa las decisiones que adopte cualquiera de las tres instituciones comunitarias.

Sin embargo, no podemos obviar la posibilidad de que en la práctica se produzca un cierto desacuerdo entre los Parlamentos nacionales y el Parlamento Europeo, en la medida en que

parece existir una cierta división de funciones dentro de la política de los partidos, según la cual los diputados del Parlamento Europeo hacen una interpretación amplia de los programas electorales, defendiendo sin timidez el proceso de construcción europea. Paralelamente a esta dinámica, sus correligionarios en los Parlamentos nacionales tienen sus reticencias ante el proceso, y especialmente aquellos cuyo partido gestiona en el Gobierno y no interesa que aumente la fiscalización de su trabajo.

Estos grupos sólo defenderán el proceso en la medida en que se vean abocados a ello por la aceleración de los acontecimientos o la puesta en evidencia de la contradicción en la que incurren respecto de sus promesas electorales.

Pero de este peligro tampoco nosotros estamos excluidos. El proceso de construcción europea se aceptó en la izquierda más como un imperativo de la realidad que como un objetivo central de nuestro proyecto.

El desinterés, generado en gran parte por la falta de información respecto de los temas en los que habitualmente trabajamos, que hoy existe en torno al proceso europeo, lo convierte para la propia IU y la izquierda que queremos construir en un diseño de largo plazo en el que la política en el Parlamento Europeo es útil sólo en la medida en que permite afianzar el proyecto político en el Estado español.

Es hora de ir rompiendo parte de este discurso. IU y el grupo europeo GUE no tienen responsabilidad de mayoría en el Parlamento Europeo, pero no siempre la capacidad de incidir en una política se puede mensurar por el número de votos en el plenario. El patrimonio de la izquierda que representamos y queremos seguir representando, ha sido precisamente la superación del límite numérico a través de la hegemonía política, la capacidad de presentar propuestas de avance y transformación; y sobre todo de implicar en ellas al resto de fuerzas políticas.

Este es hoy nuestro gran reto, es decir, invertir los papeles y dejar de pensar en la política europea como un instrumento para hacer política en los Estados miembros, planteándonos cómo puede IU a partir de sus limitadas fuerzas, pero de su indudable potencial como proyecto, de su presencia, colaborar en la construcción europea, avanzando en la definición de esa nueva izquierda a la que no renunciamos como vehículo transformador de la sociedad.



LOS PROBLEMAS DE LA SANIDAD PÚBLICA EN ESPAÑA

Héctor Maravall Gómez

EN una reunión de médicos socialistas, celebrada el pasado mes de junio, el ministro de Sanidad, García Vargas, pedía a los reunidos que se esmerasen en el trato a los enfermos y que trataran con el mayor cuidado posible el material sanitario. Si la preocupante situación de la sanidad española no fuera un tema de gran trascendencia social, hasta tendrían gracia los buenos consejos del ministro.

Lo malo es que esta trivialización de García Vargas lueve sobre mojado. En otras ocasiones ha hecho referencia a que el gasto del Sistema Sanitario se ha disparado porque los usuarios no valoran que «si bien la sanidad no tiene precio, sí tiene un coste», errónea afirmación, que viene acompañada de otros comentarios desafortunados acerca de que la sanidad pública no puede afrontar solicitudes de cirugía estética o de fecundación «in vitro».

Parece ignorar García Vargas que aunque la prestación sanitaria concreta no se paga en el momento en que se

recibe, el gasto sanitario sale de los ciudadanos, bien a través de los impuestos, que pagan básicamente las capas trabajadoras, bien de las cuotas de la Seguridad Social. Y en cuanto a la solicitud de prestaciones sofisticadas, las harán los usuarios de la «jet», porque lo que es los ciudadanos normales y corrientes, a lo que aspiran es a no estar en lista de espera cinco meses para una operación, o a no tener que perder una mañana para unos análisis de sangre.

Por otra parte, desde la derecha y desde la patronal se mantiene una feroz ofensiva contra la sanidad pública, desorbitando sus problemas, dando gran relieve publicitario a cualquier irregularidad, con una finalidad muy sencilla, reducir el ámbito de la sanidad pública y abrir más espacio para la sanidad privada.

Entre la frivolidad de unos y el tremendismo de los otros, lo cierto es que se echa en falta una reflexión serena y rigurosa sobre los problemas de la sanidad española.

Para empezar, hay que decir que el usuario de la sanidad pública no está especialmente satisfecho con ella. Y así, son frecuentes las quejas en los medios de comunicación, las denuncias al Defensor del Pueblo, etcétera, sobre el funcionamiento del Insalud.

La derecha justifica las deficiencias en una mala gestión pública y en un derroche de medios. En otras palabras, para ellos, la sanidad pública es más cara, ineficiente y está peor gestionada que la privada. Las conclusiones son evidentes.

Para la Administración, los problemas tienen básicamente dos raíces: el crecimiento importantísimo de la población asistida y la presión ciudadana de exigir más y mejores prestaciones. O como gráficamente ha descrito algún miembro de esta Administración, una especie de escalera al infinito, en que cada peldaño de prestaciones que se sube da paso a una nueva exigencia, un nuevo peldaño. Dicho en plata, el usuario de la sanidad pública «es insaciable».

Es evidente que en trece años de democracia se ha hecho un importantísimo esfuerzo de ampliación subjetiva de la protección del Sistema Sanitario Público. Hoy prácticamente estamos al borde de la universalización de la asistencia sanitaria, lo que es un logro social de enorme trascendencia. Como se puede apreciar en el cuadro 1, hemos pasado de 28 millones de ciudadanos con asistencia sanitaria pública en 1977, el 77 por 100 de la población, a 39 millones en 1989, prácticamente el 99 por 100 de los ciudadanos.

El cumplimiento de este derecho constitucional de sanidad pública para todos, que nos sitúa en el mismo plano legal que los Estados más avanzados socialmente, sin embargo se ha hecho sin ir acompañado de un proceso paralelo de crecimiento del gasto sanitario público.

Como se puede apreciar en el cuadro 2, el gasto del Insalud, que es la entidad sobre la que pivota básicamente la Asistencia Sanitaria Pública, se mantiene prácticamente congelado, en proporción del PIB, desde 1977, y si lo relacionamos con el conjunto del gasto de la Seguridad Social, incluso ha descendido más de seis puntos. En otras palabras, con el mismo gasto proporcional se presta asistencia sanitaria a 11 millones más de personas. Los resultados están a la vista.

Se ha optado por una sanidad extensiva

Esta claro que el crecimiento de la población asistida no tiene que ir milimétricamente acompañado del mismo crecimiento del gasto sanitario público en relación con el PIB. Sería una simplificación. Pero si la población asistida ha crecido casi en un 40 por 100, resulta imposible prestar una asistencia de calidad, manteniendo el mismo gasto proporcional, incluso disminuyéndolo en el conjunto del gasto de la Seguridad Social.

Se ha optado por una sanidad extensiva, en claro detrimento de la calidad de la asistencia. Y ello, quizá por una razón muy sencilla, resulta muy presentable electoralmente, e incluso de cara al escaparate ante otros países, decir que en España se ha universalizado la asistencia sanitaria, eso sí, sin entrar en los pormenores de las deficiencias del sistema.

Por supuesto que no se trata de entrar en una falsa opción entre sanidad pública para todos, a costa de menor

calidad, o sanidad para una parte de la población, aunque con mayor calidad. Se trata de una opción de política económica y social: la universalización exige un salto cualitativo en la evolución del gasto sanitario.

En este sentido, conviene recordar que, como se puede apreciar en el cuadro 3, España está, junto con Grecia y Portugal, en la cola de los países comunitarios en relación a la proporción gasto sanitario público/PIB. Hay un diferencial de más de dos puntos en relación con los Estados socialmente más avanzados y de un punto con la media comunitaria.

En estos momentos, ese punto de diferencia supone, aproximadamente, un gasto suplementario de 500.000 millones, que es una cifra considerable, pero muy por debajo del gasto en otras áreas de escasa rentabilidad social, como es el caso del Tren de Alta Velocidad. Mejorar la asistencia sanitaria es, en definitiva, una opción de política económica y social, que está al alcance de la mano, si se quiere.

Como muestra de la poca voluntad política al respecto, hay que decir que el grupo parlamentario de IU, recogiendo propuestas de CC.OO., presentó diversas enmiendas al presupuesto del Insalud para 1990, con una ampliación de algo más de 200.000 millones de pesetas; propuesta razonable, que ni siquiera buscaba suprimir de golpe, en un año, el diferencial con la media comunitaria. Pues bien, las enmiendas se rechazaron en su totalidad, a pesar de que portavoces del propio Grupo Socialista reconocían lo acertado que hubiera sido el incrementar el gasto sanitario para 1990, dado el escasísimo crecimiento real de lo presupuestado.

Como otro dato de la escasa voluntad política para ir a una mejora de la Asistencia Sanitaria Pública, vemos cómo desde el propio Ministerio de Sanidad se opta por la elaboración de unos presupuestos irreales, apostando año tras año por la desviación sistemática. En el último cuatrienio las desviaciones presupuestarias han sido del 11,17 (1986), 13,16 (1987), 10,87 (1988) y 14,2 (1989). Y ya veremos cómo acaba 1990, si tenemos en cuenta que el gasto liquidado en 1989 fue de 1.798.000 millones de pesetas, y el presupuesto para 1990, de 1.850.000 millones, con un crecimiento real del 2,8 por 100. Sin embargo, el ministro de Sanidad, manipulando los datos reales, ha hablado de un crecimiento del 17,5 por 100 de presupuesto inicial 1990, sobre presupuesto inicial de 1989.

La cuestión farmacéutica

Desde luego no es sólo un problema técnico de desviación presupuestaria. Es que una parte importante de esa desviación se sitúa precisamente en el gasto farmacéutico, que casualmente va a parar a los bolsillos de las empresas multinacionales, que en nuestro país tienen prácticamente dominada la industria químico-farmacéutica.

Y por ello conviene detenerse un poco en esta cuestión, porque uno de los factores más importantes del crecimiento del gasto sanitario público ha sido precisamente el gasto farmacéutico, que ha pasado de 151.000 millones en 1982 a 361.000 en 1989.

El Ministerio de Sanidad achaca ese importantísimo crecimiento a una malsana propensión de los ciudadanos españoles a consumir productos farmacéuticos. Aunque

no debemos eludir la realidad de los problemas que puede haber tras el consumo farmacéutico: baja cultura sanitaria de la población, responsabilidad sin duda de la propia Administración; insensibilidad y complicidad de determinados sectores de profesionales médicos hacia este consumo farmacéutico, y sobre todo el deficiente funcionamiento de la política de Asistencia Preventiva; sin embargo, hay un espejismo sobre el gasto farmacéutico, fomentado, además, desde la Administración.

Contra lo que se nos dice oficialmente, no se ha disparado el consumo de productos, sino el coste de los mismos. Como se puede comprobar en el cuadro 4, en los últimos años está prácticamente estancado el número total de recetas, ha disminuido, por tanto, el consumo de recetas por persona protegida, pero, eso sí, se ha multiplicado por 2,5, el coste medio de cada receta. Todo ello sin entrar en la consideración de que una parte importante de los productos más recetados son inútiles a efectos curativos o preventivos.

En definitiva, el gasto farmacéutico no sólo en muchos casos se está haciendo en perjuicio de nuestra salud y en beneficio de las multinacionales, sino que gravita como un peso muerto en el conjunto del gasto sanitario, dificultando abordar otros programas sanitarios, que realmente sí incidirían positivamente en la salud de la población.

Por otra parte, es evidente que la política de Sanidad no es únicamente una cuestión de volumen de gasto sanitario. Hay que analizar sobre todo cuáles son las prioridades de ese gasto, es decir, qué modelo sanitario se está construyendo.

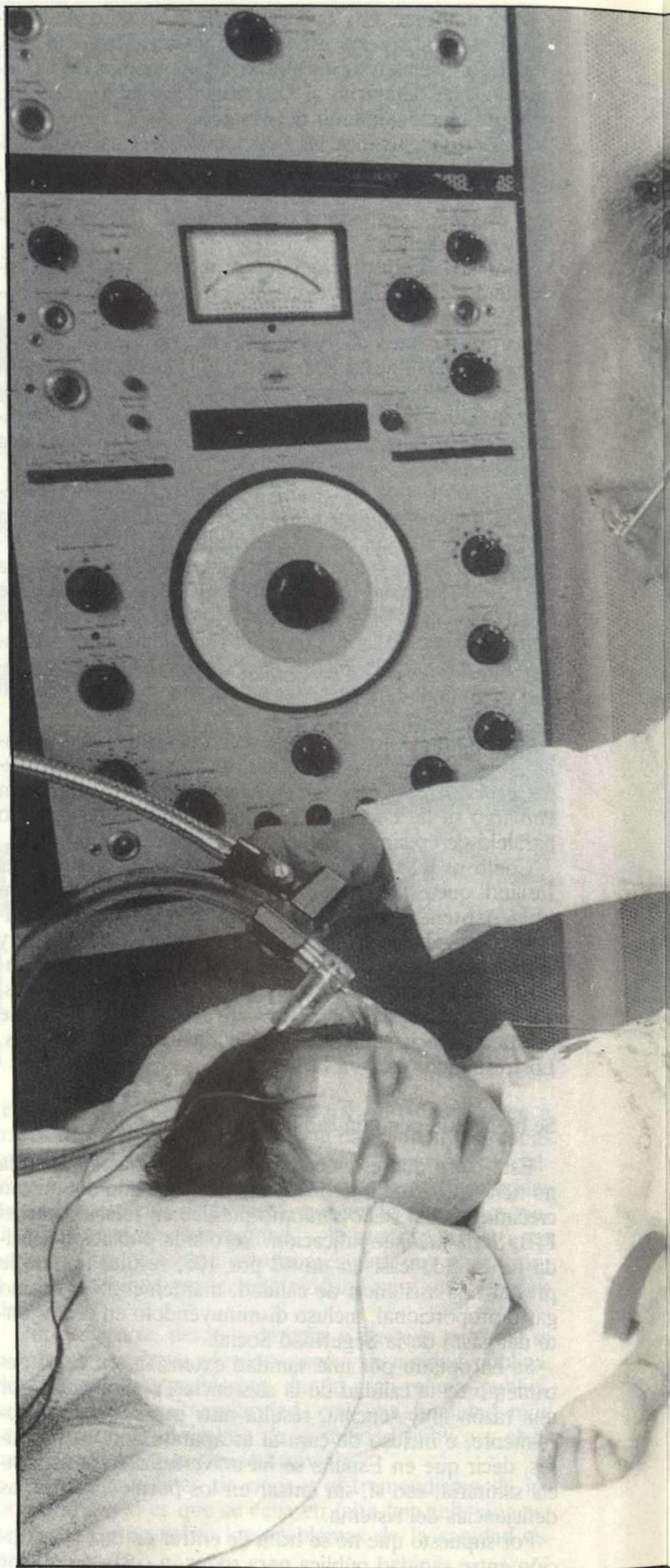
El modelo que se está construyendo

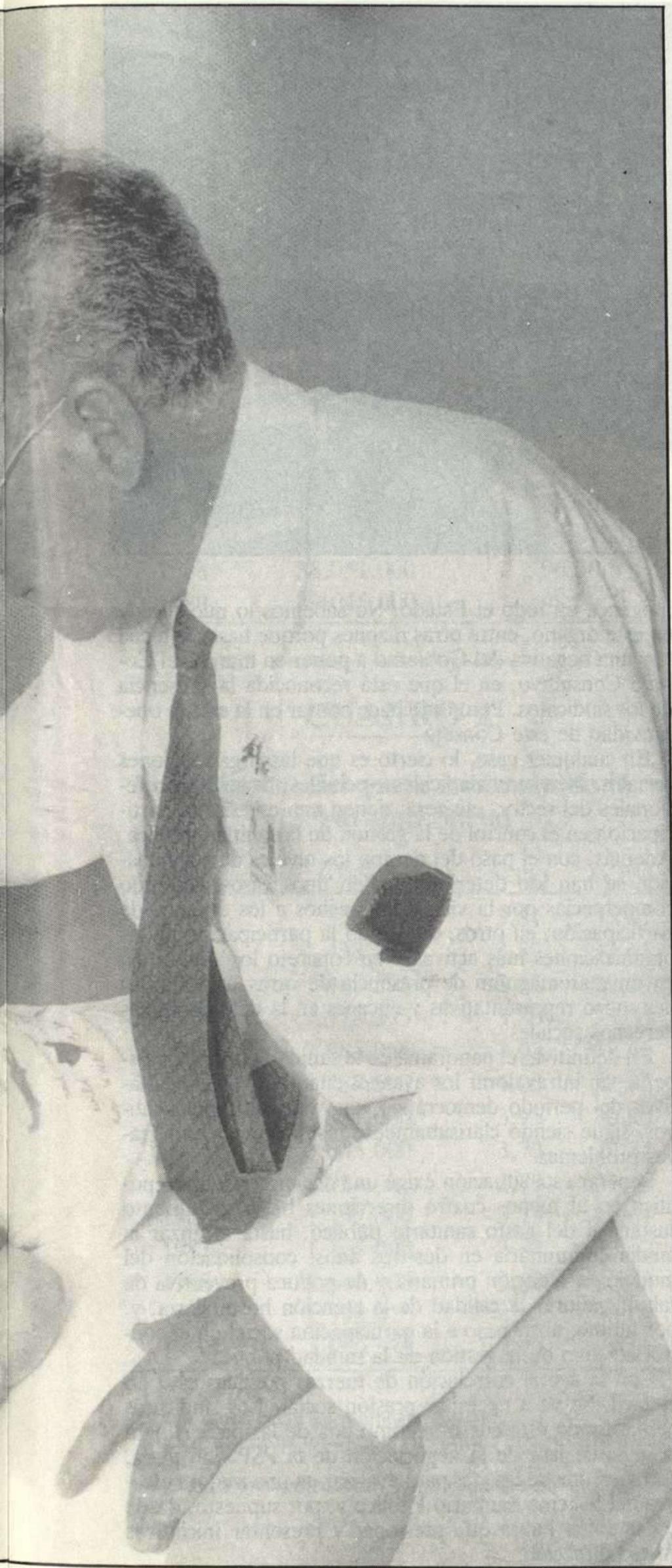
La referencia de modelo sanitario en nuestro país está en la Ley General de Sanidad de 1986. Ya en el momento de su presentación y debate parlamentario, denunciábamos el abandono del Servicio Nacional de Salud, modelo que tradicionalmente había defendido la izquierda europea, y en lo que se refiere a España, los socialistas y comunistas.

Ya en aquel debate nos acusaron que los comunistas y otros sectores de izquierda habíamos levantado una polémica semántica sobre si Servicio Nacional de Salud o, como defendía el Gobierno, Sistema Nacional de Salud. Cuatro años después de la aprobación de la Ley, se confirma que no era un debate formal.

Efectivamente, la Ley General de Sanidad fue un híbrido. Con concesiones a la derecha, pero también asumiendo propuestas de la izquierda. Y el resultante final daba pie a diversas interpretaciones y opciones. Por el momento, parece que hemos despejado las serias amenazas de privatización de determinadas áreas sanitarias y de abrir más cancha a los intereses privados. La coexistencia de un sector privado y uno público, ese sistema mixto que tanto les gusta a algunos dirigentes sanitarios del PSOE, hoy por hoy, no se ha saldado con un retroceso de la sanidad pública; aunque la derecha y la patronal del sector, por supuesto, no han renunciado a ello.

Pero siendo esto cierto, en cuanto al mantenimiento del *statu quo* entre el sector público y el sector privado, no es menos cierto que hay serias deficiencias y retrasos en cuanto al propio modelo de Política de Salud diseñado en la Ley General de Sanidad.





Efectivamente, esta Ley, de forma insuficiente, con contradicciones y medias tintas, globalmente apostaba por la potenciación de la asistencia preventiva, y en concreto por el desarrollo de la atención primaria, en torno, básicamente, a los nuevos centros de salud, equipos de atención primaria, diagnósticos de salud de zona, programas de salud, etcétera.

Sin embargo, cuatro años después de la entrada en vigor de la Ley persiste un importante desequilibrio entre la atención primaria y la hospitalaria, heredado en gran medida del régimen franquista. Y como puede comprobarse en el cuadro 5, la tendencia no es precisamente la de reforzar el gasto en atención primaria, que está proporcionalmente estacionario e incluso algo más bajo; habiendo crecido algo el gasto hospitalario, debido, entre otras razones, a la integración en la red del Insalud de otros centros hospitalarios públicos. En definitiva, estamos aún muy lejos de ese 30-35 por 100 de gasto en asistencia primaria que recomienda la Organización Mundial de la Salud.

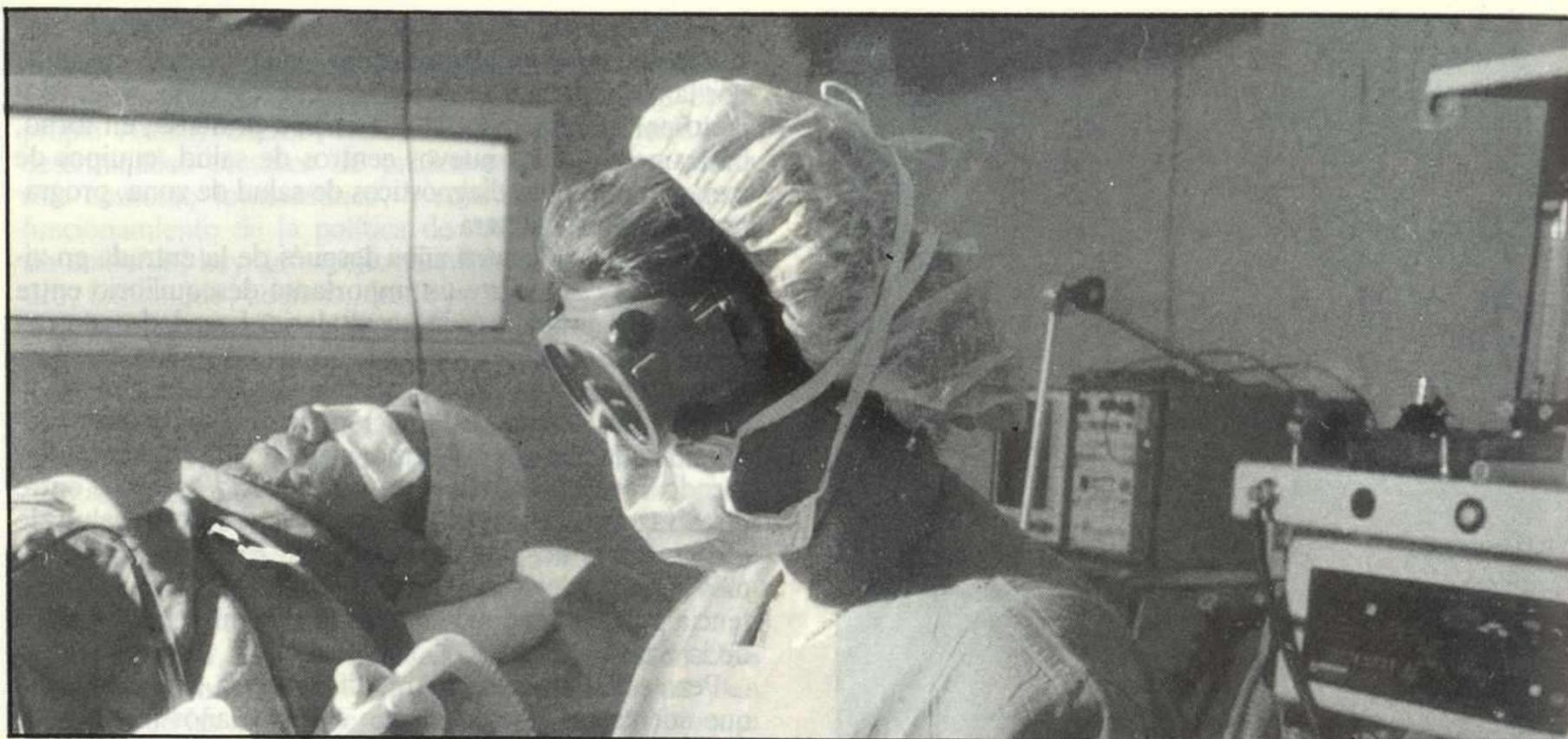
Pero no sólo no se ha modificado esa situación, sino que además se han producido en estos años intentos de desnaturalización del nuevo modelo de atención primaria. En los primeros borradores de Decreto de Ordenación de los Servicios Sanitarios periféricos del Insalud se desmontaba la esencia de los equipos de atención primaria. Afortunadamente la presión sindical y otras críticas recibidas han logrado que el Decreto, que también tiene otros elementos regresivos en materia de participación, no modifique la estructura de los EAP.

Sin duda, la tentación de, en la práctica, cambiar los rótulos de ambulatorios por centros de salud, sin modificar su composición, fines y funcionamiento, ha existido y aún existe. En todo caso, el nuevo modelo, que debería atender a finales del presente año a toda la población, según las previsiones que se hicieron en 1986, en la actualidad no llega al 60 por 100 y difícilmente se cumplirán las previsiones de alcanzar el 65 por 100 a 31 de diciembre de 1990.

Siendo grave ese incumplimiento de plazos, también resulta negativo la precariedad en la que están funcionando muchos de esos centros de salud, desbordados de trabajo, con dificultades para elaborar los programas de salud, etcétera.

En lo que se refiere a la atención hospitalaria, y a pesar de los programas de humanización, la realidad es que, como recogen los informes del Defensor del Pueblo, siguen siendo frecuentes las quejas de los usuarios. De especial gravedad ha sido la situación de las urgencias, que aunque algo se ha corregido en los últimos meses, siguen siendo un cuello de botella de la atención hospitalaria, que la Administración achaca a la «mala costumbre» de los ciudadanos de ir a los servicios de urgencia al menor problema. Es cierto que hay una cierta tendencia a abusar de las urgencias, pero ello también es un claro reflejo de las insuficiencias de la red de centros de salud.

Los programas especiales siguen siendo, en bastante medida, residuales. En 1989 había funcionando 43 centros de orientación familiar y 75 unidades de salud mental. Posiblemente haya quienes en la Administración consideren la planificación familiar o la atención psiquiátrica como un capricho; de lo contrario, no se explica la esca-



sez de medios con que están dotados. La atención a la drogadicción y el SIDA van con enorme retraso sobre las necesidades existentes. La atención bucodental aún no está reconocida con carácter general.

Transferencias y participación social

Hay dos últimos aspectos que interesa resaltar. Por una parte, el proceso de transferencias a las comunidades autónomas y, por otra, la situación de la participación social en la sanidad pública.

En 1986 los gobiernos autonómicos deseaban y exigían las transferencias del Insalud. Hoy, algunos de ellos piensan que han recibido un caramelo envenenado y los que aún no han asumido las competencias, no tienen especial prisa en reclamarlas. El proceso se ha llevado mal, tanto por la Administración central como por las autonómicas. Ha primado el espíritu reivindicativo, por un lado, y de no facilitar las cosas, por otro, en lugar de una necesaria colaboración inter-administraciones.

A ello hay que sumar la insuficiente integración de todas las redes de asistencia sanitaria existentes en nuestro país, sean del Insalud, de otros departamentos ministeriales centrales, de las CC.AA., de los ayuntamientos, de entidades privadas, con o sin fin de lucro, etcétera. Lo que se traduce en una falta de optimización de recursos disponibles, que no son precisamente abundantes.

Siendo esto negativo, más trascendencia tiene el hecho de que en cada comunidad autónoma, y en especial en aquellas en las que gobiernan los nacionalistas o la derecha, se están construyendo modelos sanitarios, que en determinados aspectos son diferentes al diseñado en la Ley General de Sanidad. Hay, por tanto, crecientes riesgos de que a la vuelta de diez años tengamos en España 17 modelos sanitarios, con los problemas que ello puede suponer.

Teóricamente, debería ser el Consejo Interterritorial de Salud el instrumento institucional adecuado para realizar una política de salud, mínimamente coordinada y ho-

mogénea en todo el Estado. No sabemos lo que sucede en este órgano, entre otras razones porque hasta la fecha hay una negativa del Gobierno a poner en marcha el Comité Consultivo, en el que está reconocida la presencia de los sindicatos. Pero todo hace pensar en la escasa operatividad de este Consejo.

En cualquier caso, lo cierto es que las organizaciones sociales, bien sean sindicales, vecinales, usuarios, profesionales del sector, etcétera, tienen una escasísima participación en el control de la gestión de la sanidad pública. Además, con el paso del tiempo los niveles de participación se han ido deteriorando; en unos casos, restando competencias por la vía de los hechos a los órganos de participación; en otros, diluyendo la participación de las organizaciones más activas y en concreto los sindicatos, en un maremágnum de presencia de otras organizaciones, poco representativas y eficaces en la defensa de los derechos sociales.

En definitiva, el panorama de la sanidad pública en España, sin infravalorar los avances cuantitativos y cualitativos del período democrático, que han sido significativos, sigue siendo clarísimamente insuficiente y con graves problemas.

Superar esta situación exige una decidida voluntad política en al menos cuatro direcciones básicas: aumento sustancial del gasto sanitario público, hasta alcanzar la media comunitaria en dos-tres años; consolidación del modelo de atención primaria y de política preventiva de salud; mejorar la calidad de la atención hospitalaria, y, por último, abrir paso a la participación social en el control efectivo de la gestión de la sanidad pública.

Con la actual correlación de fuerzas políticas esto no es fácil. Se va a necesitar presión social. Los sindicatos han asumido esta cuestión como una de las básicas para la segunda fase de la negociación de la PSP. Sin duda, esta será una de las vías para avanzar en una mejora efectiva del Sistema Sanitario Público y, por supuesto, desde IU también habrá que presionar y presentar iniciativas en esa dirección.

CUADRO 1**Evolución de la cobertura sanitaria de la Seguridad Social**

Año	Poblac. proteg.	Cobert. pob. to. %
1977	28.200.000	77,26
1979	30.631.981	81,99
1980	31.107.453	82,35
1981	31.656.672	83,62
1982	32.527.275	85,45
1983	33.066.635	86,38
1984	35.876.008	93,20
1985	36.929.922	95,40
1986	36.973.753	96,10
1987	37.347.688	95,97
1988	38.051.000	96,30
1989	39.045.000	98,89

CUADRO 2**Evolución del gasto sanitario de la Seguridad Social**

Año	GTSSAS	% PIB	% PSS
1977	350.711	3,81	35,07
1978	438.393	3,89	32,61
1979	485.578	3,68	30,59
1980	578.395	3,80	33,35
1981	685.065	4,03	32,66
1982	787.000	4,05	32,03
1983	881.000	3,95	30,90
1984	935.000	3,73	29,34
1985	1.054.000	3,79	29,40
1986	1.197.000	3,75	29,61
1987	1.365.000	3,82	30,42
1988	1.545.000	3,89	30,48
1989	1.798.970	4,02	30,69
1990	1.850.588	3,73	28,66

* Los datos están en millones de pesetas.

GTSSAS: Gasto total de la Seguridad Social en asistencia sanitaria.

% PSS: Porcentaje sobre el presupuesto de la Seguridad Social.

CUADRO 3**Gasto sanitario público en relación con PIB en los Estados de la CEE**

Bélgica	5,5	Dinamarca	5,2
RFA	6,3	Francia	6,7
Grecia	3,7	Irlanda	7
Italia	5,2	Luxemburgo	6,4
Holanda	6,6	Inglaterra	5,3
Portugal	4	España	4,5
Media de la CEE	5,5		

* Los datos son de 1986 (últimos disponibles).

CUADRO 4

Año	Gasto T. (millones)	Coste M. receta (ptas.)	Total recetas	Rect./pers. prot.
1982	151.600	329	460	14,28
1983	166.200	366	454	13,80
1984	172.900	400	432	12,96
1985	189.000	431	438	12,24
1986	204.000	468	435	11,76
1987	232.000	522	444	12,00
1988	303.822	654	463	12,36
1989	361.351	748	482	12,39

Gasto T.: Gasto total farmacéutico.

Coste M. receta: Coste medio por receta.

Rect./pers. prot.: Número de recetas por persona protegida.

CUADRO 5**Relación asistencia extrahospitalaria-asistencia primaria/ asistencia hospitalaria-asistencia especializada**

Año	A. EH-AP	% Ins.	% C.	AH-AE	% Ins.	% C.
1984	198.094	21,2		454.732	48,5	
1985	218.728	20,7	10	522.826	49,5	15
1986	251.654	20,9	15	600.354	50,1	15
1987	279.791	20,4	11	685.404	50,2	14
1988	311.591	20,1	11	784.330	50,7	14

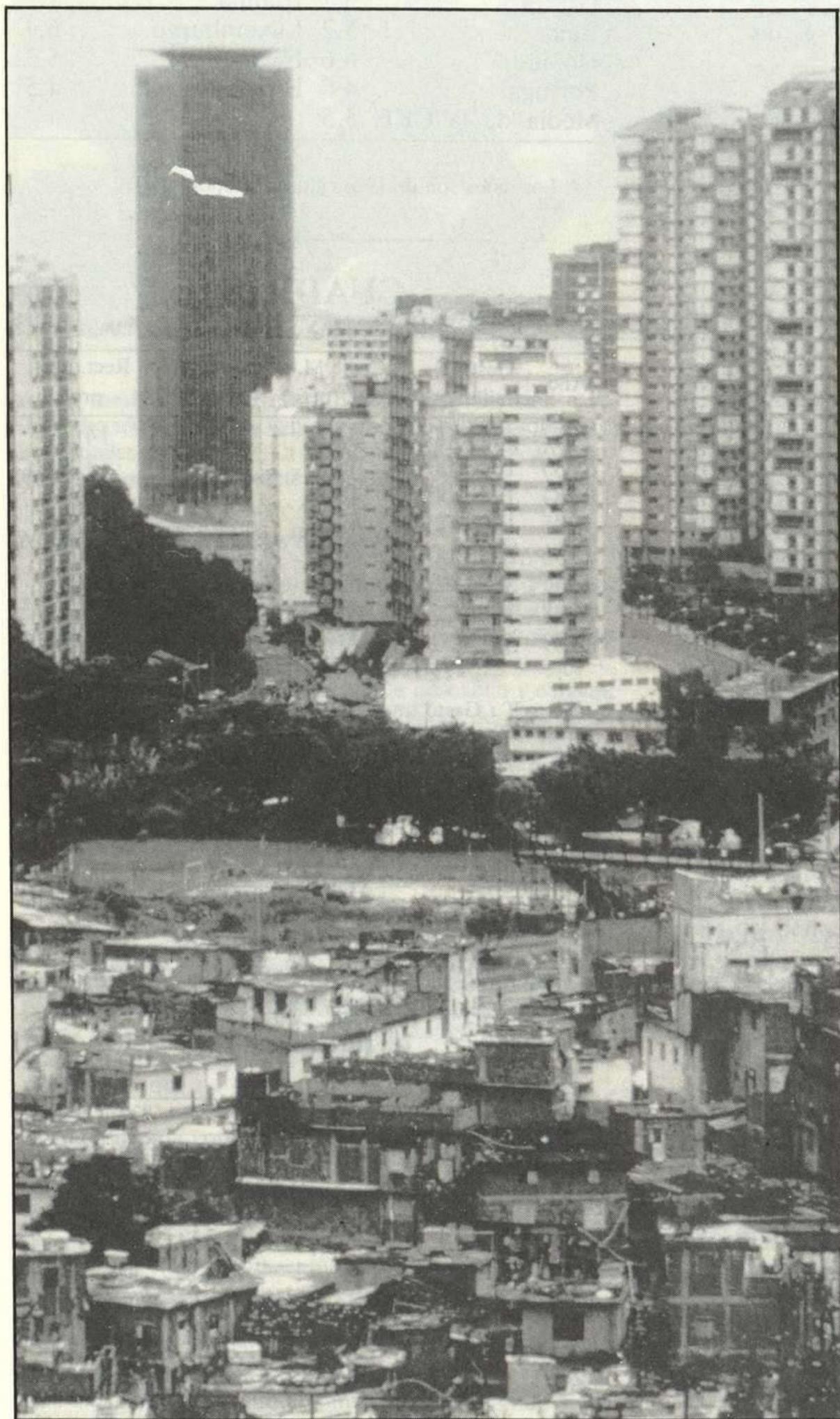
% Ins.: Porcentaje sobre el total del presupuesto del Insalud.

% C.: Crecimiento anual.

CRECIMIENTO ECONOMICO Y DESARROLLO

Una reflexión actualizada desde una óptica de izquierda

Salvador Jové



UN nuevo conjunto de problemas que tiene actualmente planteada la humanidad ha hecho renacer, en los sectores más comprometidos con el progreso social, la vieja polémica entre el crecimiento y desarrollo, o entre los límites al crecimiento económico y las posibilidades de avance de las sociedades modernas.

Sin ser posible, en este artículo, entrar a valorar el contenido histórico y las implicaciones ideológicas de la polémica entre estos dos conceptos, se hace necesario una definición de síntesis de los mismos, a fin de poder centrar las preocupaciones que hoy nos condicionan.

Se entiende como crecimiento económico del Producto Interior Bruto (PIB) el aumento en la cantidad de bienes y servicios que se producen en un país en un período de tiempo determinado. Como medida de tal incremento, el crecimiento es una magnitud meramente cuantitativa, y no hace alusión a otra cosa que al volumen de lo que se produce, sin entrar en consideraciones de tipo cualitativo. Cuando se introducen estas valoraciones acerca de los esfuerzos que hace una sociedad por estar más y mejor dotada de «cosas», es cuando se recurre al concepto de desarrollo, entendido como el proceso de cambio estructural que acompaña al crecimiento, posibilita que éste continúe de forma equilibrada, y dé lugar a un mejor reparto de los frutos obtenidos con el mismo. De este modo, crecimiento y desarrollo serían dos conceptos imbricados, difíciles de separar y, en

cualquier caso, complicado de presentarlos como antagónicamente alternativos. Estas definiciones se escapan de aquella disyuntiva establecida por alguna corriente de opinión, que sostenía que el crecimiento y el desarrollo eran el mismo concepto aplicado a diferentes realidades. Así, los países más avanzados, industrializados, y con alto nivel de ingreso crecían, mientras que los países más atrasados, con escaso nivel de renta y de complejidad económica, se desarrollaban. Las dificultades para establecer los límites precisos de las condiciones de cada país, así como el propio carácter indiferenciado de los conceptos, hacían de éstos algo analíticamente inoperante, inútil para estudiar la realidad. El recurso a las anteriores definiciones de crecimiento y desarrollo permite abordar los problemas con una perspectiva más constructiva. Así decimos, retomando, que el crecimiento mide, cuantitativamente, lo que el desarrollo valora cualitativamente.

Imperfección del concepto

El concepto de crecimiento económico, no obstante, no tiene la asepsia de una simple vara de medir. Su propia naturaleza estadística, la dificultad objetiva que existe para cuantificar lo que quiere cuantificar, le dan un alcance mayor del que debería tener, y distorsionan su capacidad como indicador puro, además de plagarle de imperfección, ambigüedad, y hasta de paradoja. Es imperfecto el concepto de crecimiento económico porque su valoración no se aplica a un cuerpo biológico, con una orientación de desarrollo preexistente, ordenada genéticamente. En el caso de las sociedades, es necesario saber cuál es ese «programa previo» de desarrollo, que se va consolidando o representando en el creci-

miento. El crecimiento económico debe estar orientado hacia un tipo de sociedad, debe cumplir metas que respondan a una voluntad social de bienestar y mejora de la calidad de vida. El crecimiento económico no es bueno en sí, si no está guiado por esta orientación de progreso, a la cual rinde, en definitiva, sus frutos. Pero el índice macroeconómico que se utiliza no da cuenta de este proceso. Por ello, la imperfección del mismo. Quien no acepte que la sociedad es un organismo de tipo biológico, no puede validar el crecimiento económico como representante de la evolución y el desarrollo de la misma. La ambigüedad del concepto deriva directamente de esa imperfección. Países con un gran desequilibrio social no pueden recurrir a la idea de crecimiento económico como muestra inconfundible de adelanto. Lo que muchas veces es aumento cuantitativo de la producción se contrapesa con el incremento de esas desigualdades sociales, con la marginación de parte de la sociedad y con una pérdida de calidad de vida de la mayoría de sus ciudadanos. Y el concepto de crecimiento económico encierra paradojas elocuentes, como las derivadas del hecho de que incrementos de la producción puedan deberse a tragedias colectivas (un accidente de autocar con niños en edad escolar hará elevar, seguramente, la producción de servicios de rescate, ataúdes y servicios funerarios, y no representará caída directa ninguna de la actividad). Este fenómeno se extiende a las tragedias naturales (terremotos, maremotos, inundaciones, etcétera) cuando los países en los que ocurren tienen suficiente capacidad de respuesta y reparación de infraestructuras y registran así una aceleración de la producción mayor que la merma sufrida por la devastación.

Una consideración adicional fundamental al valorar el creci-

miento del PIB de un país es la que se refiere a la población y a su crecimiento. Es evidente que lo importante para considerar adecuadamente el incremento de la producción global es relacionarlo con el aumento del número de habitantes. Si la producción crece mucho en un período determinado, pero la población crece más deprisa en el mismo período, es fácil concluir que la situación general de los ciudadanos no tiene por qué haber mejorado; antes bien, esa situación representaría una pérdida de renta «per cápita», con lo que ello implica de menor disponibilidad de recursos para los habitantes. Siempre, inevitablemente, los crecimientos de la producción hay que ligarlos a los incrementos de la población. La situación de relativo estancamiento demográfico en Europa y los países desarrollados en los últimos años, ha hecho obviar, en parte, esta perspectiva, que es absolutamente clave en el estudio de los países del Tercer Mundo.

Replantear el tema

Tomadas estas cautelas con respecto a lo que puedan indicar las cifras de crecimiento económico de un país, nuestra intención es replantear ese tema a la luz de las especiales circunstancias que atraviesa la humanidad en la situación actual.

Al margen de valoraciones relacionadas con la persistencia o no del carácter cíclico de la actividad económica, es evidente que los países desarrollados mantienen un ritmo de actividad que, desde hace ya ocho años, les conduce por lo que puede considerarse una senda de crecimiento sostenido. Este crecimiento está orientado por un vector cuya dirección y sentido responde con bastante fidelidad a la naturaleza típica de las sociedades capitalistas. Esto es, el beneficio del capi-

tal como estímulo fundamental a la producción, la pérdida progresiva del papel del Estado como regulador de las actividades económicas, el mantenimiento de un importante «ejército laboral de reserva» —lo que se refleja en las importantes tasas de paro aún existentes—, y la consolidación de una sociedad jerarquizada en función de la propiedad económica. Este modelo de sociedad y de crecimiento se ha visto refrendado por una delirante carrera armamentista, y se ha fraguado en un sistema de valores en el que priva la búsqueda del lucro individual como valor maximizador de las aspiraciones humanas, el consumismo como método para alcanzar la felicidad, el abandono de una perspectiva de cooperación solidaria como alternativa productiva y otros aspectos que contribuyen a modelar la sociedad capitalista de este fin de siglo.

Problema ecológico

Como consecuencia de esta modalidad y esta finalidad del crecimiento, los importantes aumentos de dotaciones de bienes no han representado algo que inequívocamente haya que identificarlo con el «progreso». Aquí, la ambigüedad del término antes mencionada toma cuerpo si nos queremos referir con él al avance global de la sociedad. Además, un dato relativamente nuevo ha hecho verdadera eclosión en la observación del estadio de la humanidad y el mundo en la actualidad. Nos estamos refiriendo al problema ecológico. El riesgo de lo que se ha dado en llamar «infarto ecológico» es tan evidente que el tema se plantea como preocupación candente en los más diversos foros internacionales. Todos estos años de continuo crecimiento han terminado por configurar un planeta cuyo rostro de degradación natural es verdadera-

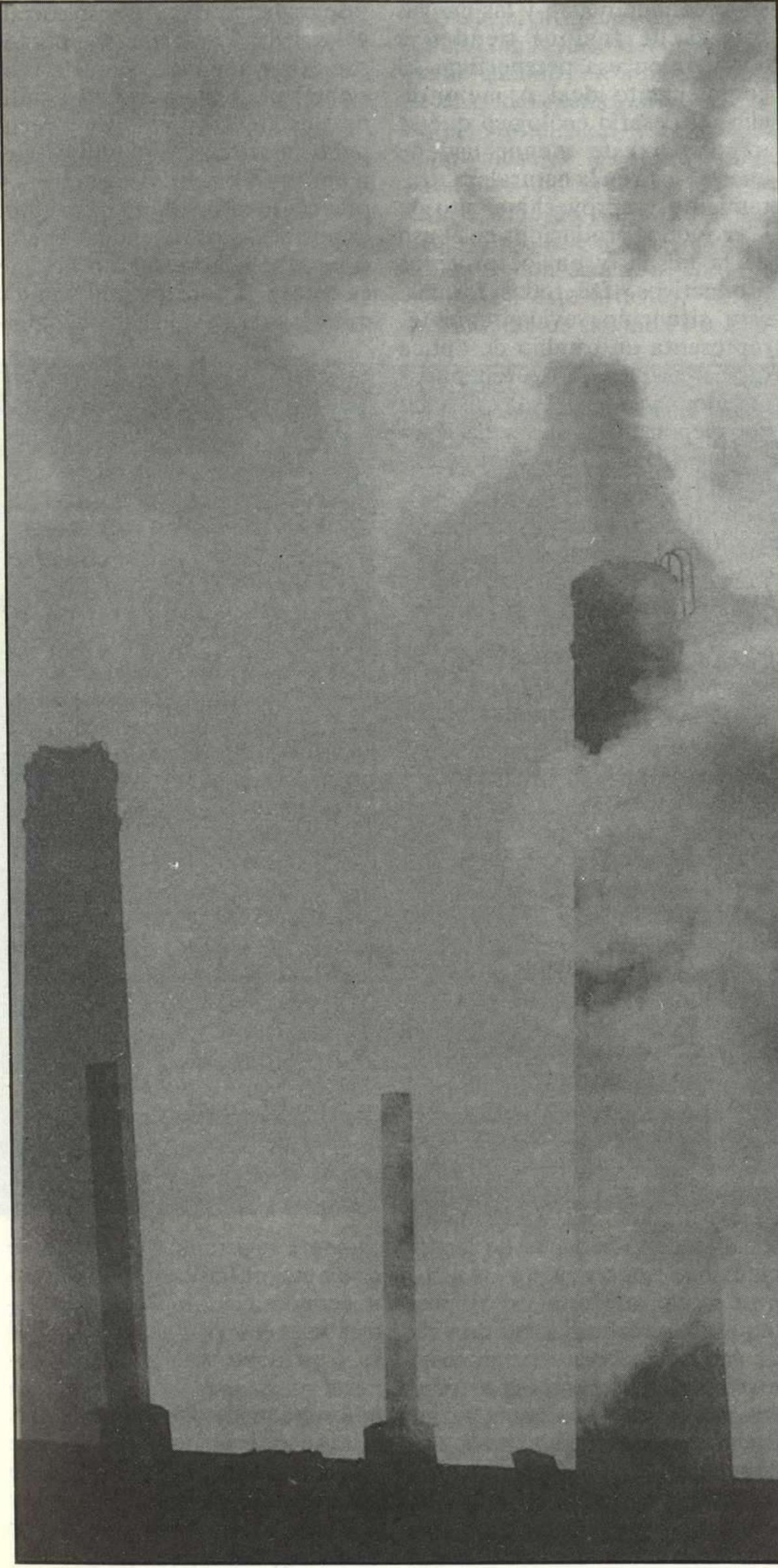
mente desalentador. Problemas como el agujero de la capa de ozono, los residuos nucleares, las lluvias ácidas, el efecto invernadero, las deforestaciones masivas y las desapariciones continuas de especies vegetales y animales, dibujan un panorama casi apocalíptico que, sin embargo, la acción del hombre, un nuevo tipo de acción, puede revestir, aunque sea en parte. Aún está a tiempo la humanidad de revisar la finalidad y el modo de crecimiento económico, de modo que el «programa previo» de dicho crecimiento esté orientado precisamente a crear una sociedad absolutamente armónica con el medio natural. No se trata de oponer el crecimiento al respeto al medio ambiente, sino de plantear un crecimiento que sea la recomposición del medio ambiente, en el que el hombre encuentre su máximo campo de realizaciones personales y colectivas. Esta es la alternativa a la situación creada por el desarrollo capitalista. Se trataría de una modificación radical de la «información genética» que orienta al crecimiento. Pues lo que ha derivado en la presente situación ecológica ha sido precisamente un crecimiento inspirado en la persecución del beneficio individual, sin tener en cuenta las repercusiones generales de los planes productivos.

Nada pertenece posiblemente más al ámbito de las preocupaciones estrictamente sociales o colectivas que el respeto o la atención al medio natural. Es en cierto modo incompatible un crecimiento económico pivotado por las expectativas de lucro capitalistas con una entronización del equilibrio ecológico como soporte de cualquier avance productivo. Pero esta consideración de ninguna manera nos puede llevar a plantear la opción de paralizar el crecimiento como medida precautoria ante la degradación de nuestro medio natural y nuestra pérdi-

da de calidad de vida. Esto requiere una serie de consideraciones adicionales sobre las que volveremos más adelante. Antes de seguir sería interesante sondear el panorama en la parte del globo que no ha participado de este «crecimiento sostenido» de los últimos años. En buena parte del mundo subdesarrollado este mismo período ha coincidido con un empobrecimiento y con una caída de las condiciones de vida que ha llevado a que la diferencia de riqueza con los países desarrollados se haya ampliado hasta niveles insultantes. Es obvio que estas sociedades deben emprender un camino para solucionar sus problemas en el que el crecimiento económico tiene un papel estelar. Cuando se habla de crecimiento en estos países, no se habla de dotar de automóviles o de ordenadores a sus habitantes. Se habla, simplemente, de producir más alimentos, más viviendas, más servicios sanitarios y educativos, etcétera. Lo que tiene que crecer es lo que ya hay. Pensar en el nivel de cobertura de necesidades alcanzado por algunos países del Norte desarrollado (no por todos) como indicador del exceso productivo y de consumo de la humanidad es un equívoco que condena al atraso a la mayor parte de la población mundial.

Países atrasados

El programa de crecimiento de los países atrasados debe contener los elementos definitorios de un modelo diferente de sociedad, en el que la premisa para el impulso de la actividad económica sea el interés colectivo, social, y no la mera obtención de excedente por parte del capital. Naturalmente, esto es fácil decirlo, pero como objetivo estratégico representa probablemente el mayor desafío que tengan hoy planteados los seres humanos.



Respecto a los países del centro y este de Europa, que se encuentran en un proceso de cambio en el que se cuestiona casi todo el sistema aplicado para su desarrollo económico, no es ajeno a este cuestionamiento el fracaso en la dotación de bienes y servicios suficientes para satisfacer las necesidades de la población. En efecto, la irracionalidad de la organización económica de los países del Este —una irracionalidad distinta de la capitalista, pero la irracionalidad al fin— ha terminado llevando a estas sociedades a lo que se ha dado en llamar una «economía de la penuria». El descontento de sus habitantes por las colas, la escasez y la corrupción, ha llevado en estos países a mucha gente a reflexionar sobre qué sistema económico garantiza hoy por hoy un mayor suministro de bienes para poblaciones ávidas de ellos. De este modo se utiliza el indicador del crecimiento económico como revelador de que con el capitalismo se lograría un mayor aumento de la producción que con los sistemas hasta ahora vigentes. Lo que incluso ex dirigentes «comunistas» del Este quieren decir cuando se refieren al crecimiento como índice u objetivo del desarrollo social es que los aumentos de la producción parecen asegurar «per se» una mejor situación colectiva a poblaciones que ya están dotadas de un cierto igualitarismo social. Este planteamiento puede, sin muchos reparos, ser tenido como superficial, y tendente a dar una respuesta de coyuntura, de corto plazo, a unos países necesitados de una mayor y mejor dotación de bienes. Pero el problema del crecimiento debe ser enfocado, como afirmamos en este trabajo, en una perspectiva más amplia, más completa y más estratégica. Por el momento, en estos países, el concepto de crecimiento económico se utiliza en un sentido básicamente instrumen-

tal, sin entrar en los necesarios aspectos cualitativos que le deben dar un sentido determinado a tal progreso productivo.

En las sociedades capitalistas avanzadas

Volviendo al problema planteado en las sociedades capitalistas avanzadas, de las que España forma parte, el tema asume unas características singulares. Aún con la dificultad metodológica de considerar a estas sociedades como un todo a efectos del análisis que nos interesa, se hace necesario replantear las diferentes opciones que desde una perspectiva progresista se pueden dar para poder avanzar hacia una sociedad más estructurada en torno a la calidad de vida, a la igualdad de oportunidades y a la solidaridad. Si partimos de la realidad presente, es claramente observable que las posibilidades de incremento de la producción son manifiestas, y no tienden, por el momento, a chocar con algún límite impuesto por la escasez de algún recurso básico. El «recurso», en todo caso, contra el que ha chocado el crecimiento capitalista es la propia tierra como planeta. Y esto es lo que obliga a un cambio básico de actitud frente a las necesidades de la humanidad. Pero desde el punto de vista de los «inputs» imprescindibles para dar satisfacción a esas necesidades, la situación no es especialmente crítica. Esto no es ninguna afirmación irresponsablemente optimista, toda vez que los progresos tecnológicos en curso apuntan, y lo vienen haciendo desde hace ya años, a una utilización cada vez menor de energía por unidad de producto. Esto significa que para producir más no hace falta necesariamente más energía, y las investigaciones científicas en curso (en particular lo referente a la

superconductividad y las nuevas formas de fusión) tienden a ahondar en esa perspectiva. El complemento ideal, o, mejor dicho, el desafío ecológico que se impone a este menor uso de energía está en la naturaleza, tratamiento y aprovechamiento de los residuos producidos en el uso de la misma y en los procesos productivos. De todas formas, esta situación, evidentemente, representa un cambio de óptica radical respecto a los replanteamientos surgidos tras la crisis del petróleo de 1973, que se basaban en que el inminente agotamiento del recurso petrolífero obligaba a una parada del crecimiento económico mundial. Aquella, en todo caso, era una situación en que en un ciclo expansivo mundial de la economía se enfrentaba irremediablemente a su capitulación, y ello impedía recurrir a propuestas de crecimiento sostenido como respuesta a los problemas que tenía la humanidad.

Reconducir el crecimiento

Hoy la situación es evidentemente distinta. Hacer una propuesta de paralización de la expansión económica cuando existe un potencial de crecimiento indudable y una posibilidad de enfocar activamente los problemas ecológicos existentes, es, además de socialmente cuestionable, virtualmente utópico. En la inmensa mayoría de los países desarrollados, las necesidades sociales de gran parte de la población requieren de un esfuerzo productivo adicional, si se pretende mejorar la calidad de vida de los ciudadanos. En España esas necesidades son tan evidentes que no merecen comentario. Reconducir el crecimiento, dotarlo de una dirección y un sentido diferentes a los hasta ahora vigentes, es lo que permitiría afrontar estos desafíos en un sen-

tido realista y de progreso social. No se trata, en suma, de paralizar el crecimiento, sino de reorientarlo. Restablecer el equilibrio ecológico, proteger y recuperar nuestro medio natural, detener los procesos destructivos y rehacer lo hasta ahora destruido, es posible sólo con un mayor crecimiento. Reforestar un bosque es crecer. Y reforestarlo con los criterios más avanzados ecológi-



camente seguramente se traduce en un mayor índice de crecimiento económico. Construir infraestructuras integradas en el paisaje, o estructuradas en un plan general muy amplio, representa una opción de crecimiento más intenso que el que se consigue con las operaciones actualmente vigentes, de carácter aislado y polarizador. Los ejemplos, por esta vía, pueden ser numerosos.

Si atendemos a la calidad de vida, si apuntamos a un desarrollo social que dé prioridad a la cultura del ocio y al trabajo creativo como actividad liberadora del ser humano, las necesidades para hacer posible esta realidad se traducen inevitablemente en mayores índices de crecimiento. Crear más bibliotecas, más teatros, más cine-clubs, más centros destinados a llenar el tiempo de

reubicar el problema planteado a un nivel más serio del que se esgrime cuando, en nombre de la defensa del medio ambiente, se ataca sin más al crecimiento como causa de las agresiones al equilibrio del entorno natural. Esta actitud no profundiza en el hecho de que esa agresión irracional es consecuencia, como se afirma en este artículo, no del crecimiento en sí, sino de la fina-

cimiento capitalista —o sea, la racionalidad económica de esta sociedad—, sino que se intenta poner un corrector allí donde sus manifestaciones se hacen más groseras. Esta visión, además de partir de la aceptación del actual sistema económico, y de no plantear con precisión cuáles son los límites que impone el equilibrio medio-ambiental, tiene otra salvedad importante. Su planteamiento deriva, en última instancia, en un análisis coste-beneficio para medir, en el límite, las consecuencias del accionar humano sobre la naturaleza. Y al aceptar la lógica del sistema, ese accionar estará gobernado por su propia racionalidad.

Ninguno de estos dos enfoques del problema que nos preocupa —el que podemos llamar de freno al crecimiento y el reformista— permite proponer un programa dinámico de progreso para la humanidad que dé simultánea respuesta a las necesidades de crecimiento, redistribución de la renta, mejora de la calidad de vida y compenetración con el equilibrio ecológico. La asunción de estos desafíos supone algo más que el mero esfuerzo teórico o la acción política desasistida de contenidos nuevos. Se trata de mantener abierto el horizonte de una sociedad diferente, en la que la vida económica y social de los hombres esté orientada de manera radicalmente distinta, liberada del duro revés de aceptar la desigualdad y la competitividad económicas como condiciones naturales del hombre. La necesidad de plantearnos cambios revolucionarios no nos puede hacer perder la perspectiva de nuestras limitaciones y nuestras dificultades, pero tampoco nos permite hundirnos en la miseria moral de creer que vivimos en un mundo que, si bien mejorable, es el mejor de los posibles.



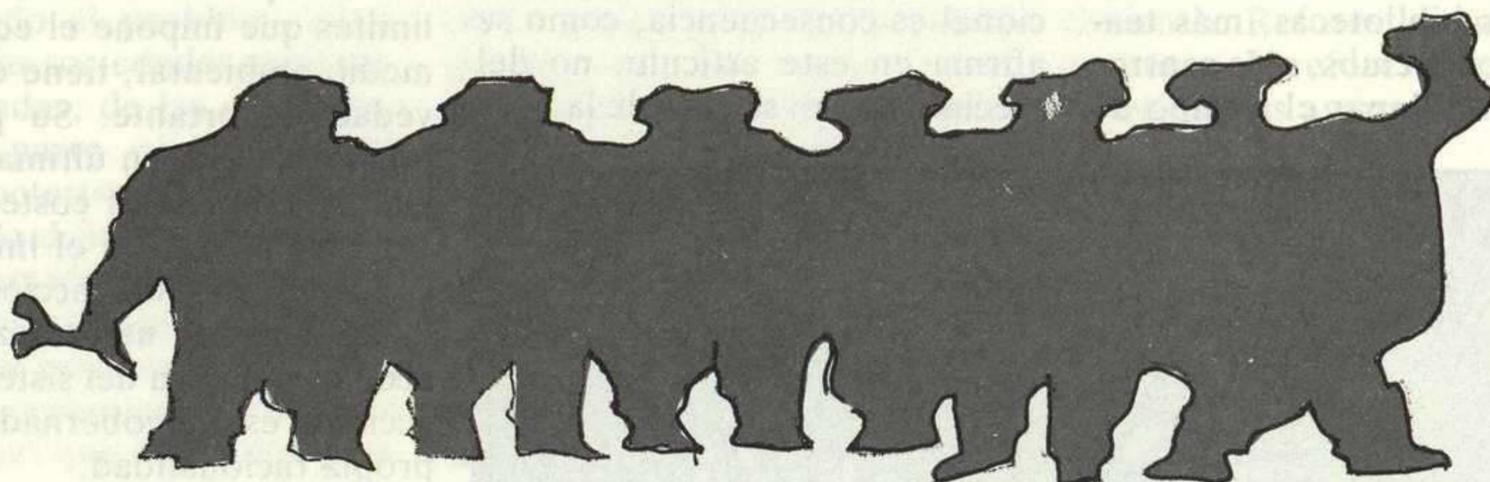
ocio de los ciudadanos, es hacer una opción por el crecimiento. La propia cobertura de las necesidades elementales que permitan una mayor dedicación a las actividades más enriquecedoras de los hombres, supone una apuesta de mayor dotación de bienes y servicios, no un mero reparto de lo que existe actualmente.

Estas observaciones permiten

lidad y la modalidad que se le asigna al mismo. Es consecuencia, por consiguiente, de un cierto tipo de crecimiento. Otra posición que se arguye ante el apremiante problema planteado por la degradación de la naturaleza, es que al crecimiento económico hay que condicionarlo al mantenimiento del equilibrio ecológico. Esto significa que no se cuestionan los fundamentos del cre-

LOS CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA DE CLASES Y LA ALTERNATIVA TRANSFORMADORA (*)

Daniel Lacalle



«Lo que hoy en día está sucediendo es que, por así decirlo, la clase obrera está desmigajándose, desintegrándose». Eric Hobsbawm

Parece más que evidente que las sociedades de capitalismo maduro han sufrido, en su estructura social y de clases, una serie de profundos cambios, no tanto en los últimos años, sino fundamentalmente a partir de los años 50 de este siglo; el capitalismo, sus clases y la clase obrera no son exactamente iguales a los que existían entre las dos guerras mundiales y, sin embargo, las alternativas políticas de la izquierda transformadora se basan todavía, en gran parte, en esa realidad ya superada.

En España esto es también así (1), y de hecho lo muestran los cuadros I, II y III, que resumen la evolución de la estructura social y de clases, y es del conjunto de los asalariados a partir de 1960 y centrándose fundamentalmente en los años 80. Antes de comentarlos convendría detenerse en algunos aspectos muy importantes de la evolución de la sociedad que no están allí recogidos.

En primer lugar, lo que en los cuadros aparece se refiere a la estructura social y de las clases desde la perspectiva de la situación de clase, sin entrar para nada en los elementos que conforman la conciencia de clase; con la terminología de Karl Marx se refieren a las «clases en sí», pero no a las «clases para sí». Hechos decisivos para la conciencia de clase obrera (o para la progresiva desaparición de la misma) como son, por ejemplo, los nuevos modos de urbanismo (barrios-dormitorio, liquidación de los enclaves proletarios tradicionales, separación de centro de vivienda-centro de trabajo, extensión desmesurada del tiempo de

transporte entre ambos), la desintegración de la familia obrera como centro de transmisión de conciencia de clase, el paro y la marginación de los jóvenes, la progresiva desaparición de la cultura tradicional, la nueva cultura del ocio y del consumo (por ejemplo, el rock and roll por un lado y el acceso a bienes antes no alcanzables —video, coche— por otro), no recogidos, son tan importantes o más que la propia estructura de clases para las alternativas transformadoras.

En segundo lugar, apenas hay indicaciones relativas a la problemática de los jóvenes, o a la de los trabajadores intelectuales (2), y más en general a la de los grupos intermedios asalariados, y, desde luego, nada en absoluto, a propósito de la tercera edad, la expulsión del mercado de trabajo de los mayores de cincuenta y cinco años y las jubilaciones anticipadas. Tampoco se han hecho referencias a algo tan decisivo para la formación y evolución del sistema de clases, de sus oposiciones, diferencias y fracturas, como es el sistema educativo, o la enseñanza como sistema de diferenciación, discriminación y dominio de las clases dominantes, ni, aunque afecten en menor medida, el acceso al sistema de salud o al alojamiento, entre otros.

En tercer lugar, existe otro conjunto de cambios, decisivos para la clase obrera y el conjunto salarial, que tampoco aparece en los cuadros-resumen aquí incluidos. Me refiero a todos los relativos a la división del trabajo, la organización del mismo, la relación manual-intelectual en cada puesto, el sistema de cualificaciones, el concepto de trabajo productivo-improductivo en el capitalismo moderno, con determinante de todo lo an-

terior, las transformaciones internas, en suma, del conjunto salarial y la propia clase obrera tradicional (3).

Finalmente, para enmarcar de forma apropiada los cambios que aparecen en los cuadros I a III, conviene tener presente que la última parte del período analizado, los 80 en nuestro país, ha venido condicionada por una fuerte crisis y reconversión industrial basada en el ajuste duro, seguidas de un innegable avance económico. Por tanto, cuando se habla de incremento de las desigualdades, estancamiento social, precarización del trabajo, fortísimo paro, etcétera, se habla dentro de *ese innegable avance económico, que lo es en principio para todos*; si no, nadie entendería por qué no ha desembocado en estallidos sociales (revolucionarios o no).

Sentadas estas premisas, una de las primeras conclusiones a la que puede llegarse de la mera observación de los cuadros es que la tan cacareada «modernización», aun tomando en consideración el carácter problemático y ambiguo del concepto (4), está muy lejos de producirse. Todo parece indicar que *en una dirección socialmente responsable, la modernización de España no se está llevando a cabo*, a no ser que se considere como tal al conjunto de beneficios diferenciales que han obtenido unos pocos grupos privilegiados y semi-privilegiados, y muy fundamentalmente la clase dominante y sus sectores hegemónicos. De hecho, y parafraseando a Eric Hobsbawm, «hay una diferencia entre una próspera sociedad de consumo en partes de España y la modernización de la economía española» (5).

La segunda conclusión, de capital importancia, está en relación con uno de los errores de apreciación básicos de la izquierda transformadora española de tradición socialista y comunista (básicamente el PCE y por extensión IU). *El sujeto soporte para la transformación, la clase obrera tradicional, está en franca regresión cuantitativa y cualitativamente* (como situación de clase y en su conciencia emancipadora), y aunque no vaya a desaparecer, sí está perdiendo, si no lo ha hecho ya, su papel crucial.

Uno de los elementos decisivos de la nueva situación es *el papel de la mujer*, y muy en particular el papel de la mujer trabajadora, más asalariada, más precarizada, más subordinada, más explotada, menos independiente, en suma, y de hecho *más proletarizada*, aunque bajo nuevas condiciones, y eso dentro de propuestas alternativas supuestamente emancipadoras, propuestas por y pensadas para hombres.

Otro de los elementos decisivos es *la fragmentación y desestructuración del mercado de trabajo* y derivada de esto la muy particular situación de jóvenes y colectivos marginales, con la consiguien-

te ruptura de la clase obrera tradicional y la desaparición de la cultura del trabajo, que era uno de los soportes de la alternativa emancipadora marxista, *lo que era el «sujeto de la revolución» para la tradición socialista y comunista se está deshaciendo desde dentro de su propia estructura*, desmigajándose, en la muy gráfica y acertada acepción de Hobsbawm.

También hay que considerar el alejamiento entre España (salvo quizá las autonomías más avanzadas) y el resto del capitalismo avanzado europeo, por un lado, y las diferencias autonómicas, siempre crecientes a lo largo del período, por otro. Cualquier planteamiento alternativo para transformar nuestra sociedad que no tenga en cuenta esas diferencias, está condenado al fracaso, al menos desde la perspectiva de transformación real.

Y, desde luego, una alternativa transformadora tiene que tener en consideración muchas más cosas, el pacifismo, el no militarismo, la problemática ecológica, en toda su amplitud y diversidad, entre otras. Pero hay algo que debe ser tenido en cuenta en nuestro país, el descrédito y la erosión que han producido los planteamientos permanentemente negativos sobre la política del PSOE (a quien si bien es difícil catalogar de izquierda, es todavía más difícil catalogar de derecha), planteamientos que no encuentran pleno soporte del análisis de los cambios sociales, por centrar el ejemplo en el objeto de este artículo.

De hecho, estamos ante una sociedad prácticamente dividida en tres partes casi iguales (lo cual, si no es una descripción científica, ni del todo correcta, sí es una pintura superficial bastante aceptable), un 33 por 100 de privilegiados (de estos sólo un 5 por 100) y semi-privilegiados (la clase dominante, los sectores superiores de las clases medias tradicionales y los sectores superiores de los grupos intermedios asalariados), un 33 por 100 de asalariados de la economía del bienestar (en España este apelativo no es aplicable de ningún modo, y habría que hablar de economía regulada) junto algunos pequeños burgueses (en este tercio se encuentra el núcleo central de la clase obrera tradicional) y un 33 por 100 de marginales, precarios y sumergidos; el trasvase entre estas partes es mínimo, casi nulo, y las relaciones, casi inexistentes.

En estas condiciones, la alternativa emancipadora debe abrazar, conjuntamente, al menos a los dos últimos, con todas las dificultades que esto conlleva (hay que insistir en la ruptura entre ellos). En una democracia parlamentaria (y de nuevo tomo el argumento de Hobsbawm) no puede plantearse la política sólo para un tercio, y mucho menos andar saltando de uno sin quedarse con ninguno, como parece ser el caso de la izquierda transformadora en España.

Evolución de la estructura social

España 1960-1990

Salarización Al alza, estancada al final. Lejos del capitalismo maduro. Fuertes diferencias autonómicas. Las mujeres, más que los hombres.

Actividad A la baja, estancada al final. Lejos del capitalismo maduro y empeorando. Bajísima en la mujer, pero constantemente al alza. Tasa de feminización constantemente al alza. Fuertes diferencias autonómicas. No hay avance en ninguna autonomía.

Distribución sectorial Alza en los servicios, baja en la agricultura y estancamiento de la industria. Muy lejos del capitalismo maduro, incluso al final del período. Mujeres, una actividad terciaria, evolución similar a la general. Fuertes diferencias autonómicas, evolución similar a la general en cada una de ellas. Una parte importante de las autonomías claramente subdesarrollada, incluso al final del período.

Desigualdades Incremento constante de todas las desigualdades en favor de la clase dominante. Relación salario/renta a la baja. Relación salarios/PIB a la baja. Incidencia de la inflación contra los salarios. Incidencia de la presión fiscal contra los salarios.

Evolución de la estructura de clases

(España 1960-1980)

Estructura de clases Evolución hacia un modelo de mayor desarrollo con estancamiento al final. Lejos del capitalismo maduro, incluso al final del período. Las mujeres están en situación de mayor dependencia. Fuertes diferencias autonómicas, sólo Madrid encaja en el capitalismo maduro.

Clase dominante Creciente peso de gerentes y altos funcionarios. Peso decreciente de empresarios. Drástica disminución de terratenientes. Mujeres, incidencia mínima.

Clases medias tradicionales Fuerte aumento profesionales liberales. Disminución del bloque, pero manteniendo un peso muy fuerte. Ligera disminución de campesinos, que continúan muy elevados. Bajo peso de las mujeres (24 %). Fuertes diferencias autonómicas.

Grupos intermedios asalariados Constantemente al alza. Lejos, siempre, del capitalismo maduro. Mayor crecimiento en trabajadores intelectuales. Fuerte peso de las mujeres, sobre todo en profesionales y técnicos. Fuertes diferencias autonómicas.

Clase obrera tradicional En constante regresión, estancamiento al final. Jornaleros y no cualificados reducidos muchísimo, pero con un peso no despreciable al final. Estancamiento de cualificados. Servicios subordinados al alza. Lejos del capitalismo maduro. Menor peso de las mujeres en los obreros industriales. Fuertes diferencias autonómicas.

Evolución del conjunto salarial (España 1980-1990)

- ▽ Paro, precarización y trabajo sumergido como características básicas.
- ▽ El paro estancado o en ligero descenso al final del período.
- ▽ Precarización y trabajo sumergido constantemente en alza.
- ▽ Índices muy superiores, en todos los casos, a los del capitalismo maduro.
- ▽ Índices siempre superiores en mujeres que en hombres.
- ▽ Índices siempre superiores en jóvenes.
- ▽ Fuertes diferencias autonómicas, con tendencia a incrementarse.
- ▽ Núcleo central de la clase obrera en regresión.
- ▽ Obreros industriales con contratos fijos en fuerte regresión.
- ▽ Servicios subsidiarios (domésticos, hostelería, etcétera) en alza constante.
- ▽ Mujeres en alza y, en su mayoría, fuera del núcleo central.
- ▽ Marginales, al alza.
- ▽ Trabajadores intelectuales, fuera del núcleo central en su mayoría, por su situación de privilegio relativo.
- ▽ Cambio en los conceptos de trabajo cualificado, en la propia cualificación y en el de trabajo productivo.
- ▽ Relación fijos/no fijos 50/50.

NOTAS:

Este artículo sigue muy estrechamente el apartado 8, «A modo de resumen y conclusiones», de mi trabajo «A propósito de la llamada modernización española. Algunas consideraciones en torno a los procesos de cambio en la estructura social y de clases en España», preparado para el ciclo «Trabajo y clase obrera, hoy» que se desarrollará en la Fundación de Investigaciones Marxistas en septiembre de este año.

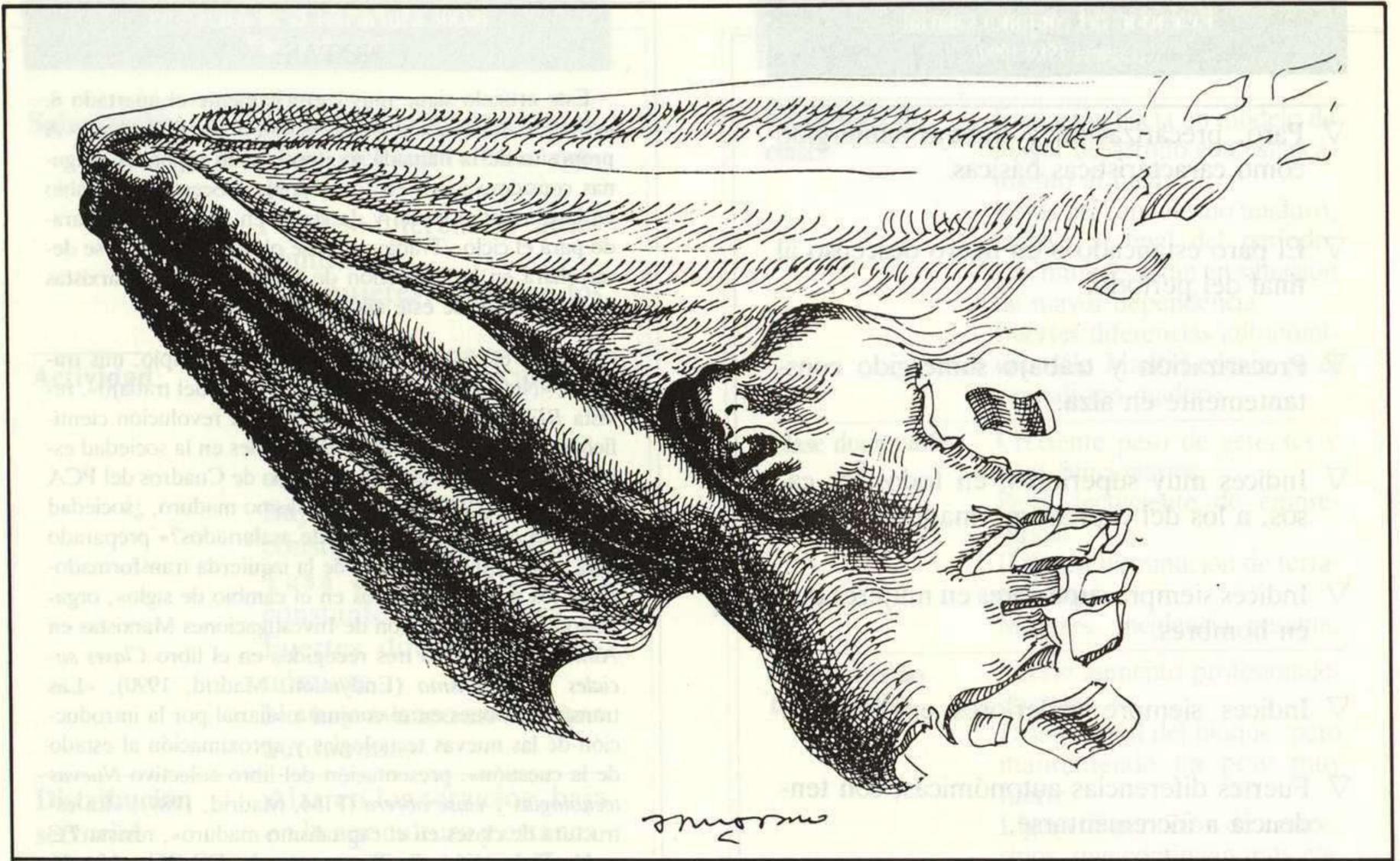
(1) Para el caso de España ver, por ejemplo, mis trabajos, «Nuevas tecnologías y estructuras del trabajo», revista *BIT*, año 10, N.º 48 (1987), «La revolución científico-técnica y los cambios estructurales en la sociedad española», preparado para la Escuela de Cuadros del PCA en Granada (1988), y «El capitalismo maduro, ¿sociedad de clases medias o sociedad de asalariados?» preparado para el coloquio «El papel de la izquierda transformadora en los países avanzados en el cambio de siglo», organizado por la Fundación de Investigaciones Marxistas en Almería (1989), los tres recogidos en el libro *Clases sociales y capitalismo* (Endymion, Madrid, 1990), «Las transformaciones en el conjunto salarial por la introducción de las nuevas tecnologías y aproximación al estado de la cuestión», presentación del libro colectivo *Nuevas tecnologías y clase obrera* (FIM, Madrid, 1989), «La estructura de clases en el capitalismo maduro», revista *TC y M*, Federación de Transporte de CC.OO., N.º 36 (1990), y «La estructura de clases en el conjunto salarial», preparado para la Escuela de Verano del PCE, 1990.

(2) Sobre los trabajadores intelectuales ver, por ejemplo, mis trabajos, *Técnicos, científicos y clases sociales* (Guadarrama, Madrid, 1977), *Los trabajadores intelectuales y la estructura de clases* (CIS, Madrid, 1982), *Actitudes e ideologías sindicales de los técnicos*, I, II, III (CC.OO., Madrid, 1982 y 1983), *Clases sociales y capitalismo* Endymion, Madrid, 1990.

(3) Ver, D. Lacalle, *Nuevas tecnologías y clase obrera* (FIM, Madrid, 1989). Sobre el tema tratará el ciclo de la FIM, «Trabajo y clase obrera, hoy».

(4) Ver, para la modernización, sobre todo el artículo de Juan Trías, «Modernización y reestructuración del capitalismo» en *Nuestra Bandera*, N.º 145, Madrid, segundo trimestre de 1990. También F. J. Martínez (comp.), *Investigación científica y modernización* (FIM, Madrid, 1988) y Teresa Arenillas, Ana Lucas y F. J. Martínez (comps.), *Encuentros sobre modernidad y post-modernidad* (FIM, Madrid, 1989).

(5) E. J. Hobsbawm, *Politics for a rational left. Political writings 1977-1988* (Verso, London, 1989) Pág. 209. Del mismo libro está tomada la cita que inicia este artículo.



DEMOCRACIA Y RESISTENCIA A PARTIR DE THOREAU

Manuel Fernández Trillo

BUSCANDO las razones que expliquen la incuria y estolidez de la sociedad actual, voy «de mi corazón a mis asuntos» y entendimiento sin perder ese hilo conductor presente en todas las obsesiones. Esta, mi —nuestra— obsesión: la vulgaridad de nuestros gobernantes, importantes en tanto manejan a su antojo mi —nuestro— dinero, obtenido a través de las exacciones económicas que suponen los impuestos. Las respuestas del hombre/mujer son escasas. Nos mantienen en el «dulce y cómodo» rango de súbditos para todo (véanse declaraciones del Defensor del Pueblo de 12 abril de 1989).

Cómo podemos resistir los envites de un Gobierno que se pretende civil y civilizado. Qué armas existen en el almacén de la vida de cada ser humano. Cómo utilizarlas para rendir la obstinación obcecada de quienes pretenden monopolizar la razón basándose en unas papeletas arrojadas a las urnas. ¡Ay, la democracia, qué belleza aún por desvelar!

No cabe duda que surgirán necias voces que contesten su nombre, pero su grito va destinado contra el bello cuerpo de la democracia, defendiendo engañosamente los harapos con que la han vestido. La obsesión es esta calidad de ciudadano que tristemente impotente se ve reducido a soportar la necedad de quienes llaman —no a la puerta, sino a la pantalla televisiva— instándome a que admita sin rechistar sus falacias argumentales.

En la búsqueda tropecé con la inmensidad lírica y la claridad resistente de un hombre nacido en los EE.UU., no yankee, ni demócrata, ni republicano. Un buen hombre norteamericano como los deseara el gran Whitman. Perseguidor de iniquidades y azote de políticos corruptos, como es toda política que sea parida en las cámaras áulicas del poder. Henry David Thoreau, un buen ciudadano del planeta, patrimonio de la resistencia. El encuentro fue sorprendente, «¿un norteamericano amable?», dije, y asombrado escuché sus palabras pronunciadas cien-

to treinta años atrás, en la localidad de Concord (Massachusetts), de la que escasamente salió, si no fue para escalar las montañas del alrededor, y navegar por los ríos Concord y Merrimack. Estudiante en Harvard, despreció el diploma universitario acreditativo al negarse a pagar los «derechos de título». Esto le hizo exclamar ante la perplejidad de sus compañeros, «basta cada oveja con su propia piel». Agrimensor, poeta, profesor, narrador, jardinero, conferenciante y aguijón, permaneció al margen del tráfigo del sistema capitalista, viviendo en la más absoluta precariedad, siendo alimentado temporalmente por suscripción popular, aunque también tuvo vecinos que en su odio quisieron verlo muerto como a un perro. Sus bienes eran las bibliotecas públicas, manteniendo una batalla burocrática con los mandarines de Harvard, con el fin de poder seguir consultando libros de esa biblioteca. Buen uso hizo de sus bienes: la cultura. Buena herencia nos deja: más bienes.

Se negó Thoreau a pagar el impuesto electoral y fue encarcelado; se negó a pagar el impuesto religioso; se negó a contemporar con el sistema establecido, colocándose al margen de la Ley, pero no al margen de la Justicia. Murió el 5 de mayo de 1862 a los cuarenta y cuatro años. Ralph Waldo Emerson, espíritu inquieto de Norteamérica —que lo empleara de jardinero a su salida de Harvard— dijo en su funeral: «El país no sabe todavía, ni en lo más mínimo, qué grande es el hijo que ha perdido». Desde su ataúd, Thoreau contestaba con palabras que pronunciara sobre uno de los personajes más controvertidos de la historia americana —Capitán Brown—: «Oigo a muchos que fingen que se van a morir, o que se han muerto, incluso. ¡Tontearías! Les reto a que lo hagan. No hay suficiente vida en ellos. Se licuarán como los hongos, y mantendrán a cien aduladores enjugando el lugar en que se desvanecieron. Sólo han muerto media docena aproximadamente desde que empezó el mundo (...). Los mejores simplemente dejaron de funcionar, como un reloj, Franklin, Washington, ellos salieron bien librados sin morir, tan sólo desaparecieron un día». La nómina de personas que como Thoreau «tan sólo desaparecieron un día» es algo más abultada de la media docena. Son a lo largo de la historia de la humanidad cientos, miles, millones. Todos los hombres y mujeres honrados a carta cabal, todos los combatientes por una justa causa, todos los resistentes, que desde el anonimato vencieron al olvido aunque perdieran las batallas de su tiempo a manos de desaprensivos, corruptos, desleales, charlatanes y chararileros de la conciencia. Estos sí se licuan para siempre cuando caen en tierra fulminados. De todos éstos tan sólo se recordarán a los jefes de banda, a los ladrones de la historia y a los asesinos. Con Henry David Thoreau

bailan en la fiesta de la memoria colectiva nuestros hombres y mujeres más honrados. Alabados sean por siempre jamás.

Cuatro entregas para el hombre

Larga, muy larga es la nómina de cuestiones que Thoreau menciona en sus escritos y conferencias. Todas ellas dirigidas al ser humano y nacidas para la vida. Por nuestra parte, seguimos la paginación de la publicación realizada por Tecnos en 1987, que incluye cuatro escritos: «Una vida sin principios», «Desobediencia Civil», «La esclavitud en Massachusetts», y «Apología del Capitán Brown». Incluye esta publicación un estudio preliminar del profesor Juan José Coy, uno de los hombres más íntegros e incorruptibles que yo he conocido. Quizá no es casualidad que sea Thoreau el pensador que Coy nos presenta. Suele haber una corriente de simpatía y afecto por aquellos personajes que afirman nuestras convicciones y nuestro estilo de vida. No en vano donde mejor se hallan los ladrones es entre gentes de su misma calaña. La gratuidad no existe más que en la conciencia de los necios. La lectura —no de sus obras completas, demasiado extensas para quienes hacen gala de pereza intelectual o aún de aquellos que presumen de la lectura de un solo libro, aunque sea El Quijote, como le ocurre al señor González— de esta pequeña recopilación de escritos es un sano ejercicio para el espíritu, por cuanto nos revela la ordinariez y ramplonería de tantas tonterías que se vocean desde las más altas cumbres sociales, sean académicas o políticas.

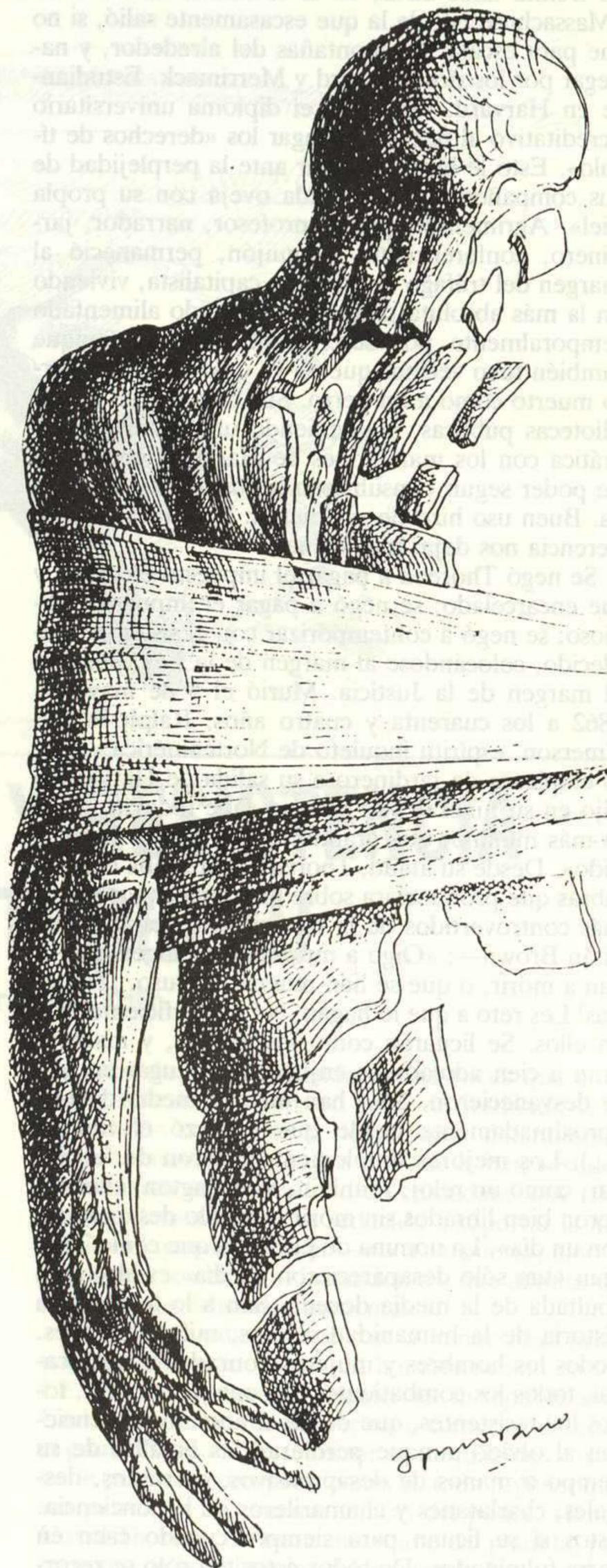
De la política y de los políticos al uso —ayer y hoy—, Thoreau nos advierte que son un producto de los medios de comunicación: «Los periódicos, según veo, dedican varias columnas gratuitamente a la política y a los asuntos de gobierno y esto, diría yo, es lo que os salva (...). Son los periódicos el poder dominante», y si un hombre se niega a prestar atención a los medios de comunicación (prensa, radio, televisión...), «el Gobierno se pondrá de rodillas ante él porque esa es la única traición en estos tiempos» (p. 27-28). Presidente del Gobierno, rey, jefe de banda, como representante cenital de la «política», entre «conservar su popularidad y cumplir con su deber, se encuentra perplejo».

La defensa a ultranza de la integridad y dignidad humanas lleva a Thoreau a preguntar: «¿Nunca aprenderán los hombres que la política no es la honradez, y que jamás dictamina como justo lo moral sino que simplemente se guía por lo que es útil?». Por encima del estatuto de súbdito está el de ciudadano, y aún por encima el de ser huma-

no. Y así exclama: «Lo que se necesitan son hombres, no políticos, hombres íntegros que reconozcan que existe una ley superior a la constitución o a la decisión de la mayoría». Cómo reconocer entre la barahúnda de hombres y mujeres vinculados estrechamente a la actividad política al ser humano y distinguirlo del político profesional; para Thoreau no hay duda, son los políticos esos individuos «¡candidatos a puestos públicos y habituales del discurso, que carecen de honestidad, y además de ser un fraude se permiten presumir!». Pocos son los que se salvan, desde el más oscuro concejal del pueblo más olvidado, al jefe del Gobierno del país más poderoso. Son individuos sobornables porque son incapaces, «los ineficaces ofrecen su ineficacia al mejor postor y están siempre esperando a que les den un puesto. Como podemos imaginar, raramente se ven contrariados» (p. 8). Por el contrario, el hombre eficiente y valioso «hace lo que sabe hacer, tanto si se le paga por ello como si no. En este grupo de gente contamos con todos cuantos de forma desinteresada, en la calle o en las instituciones, realizan su labor con el único fin de que prevalezca la justicia, colocándose en ocasiones fuera de la ley. El Estado carece del soborno capaz de tentar al hombre sabio» (p. 8). Sabiduría que no es erudición; que no se obtiene en las aulas; que está al alcance de todos, y cuyo primer examen se pasa cuando nos negamos a doblegarnos ante la voluntad del amo, del todopoderoso dador de prebendas, sinecuras, o un triste empleo eventual. Son sabios aquellos que están en todo momento dispuestos a aprender algo más; quienes no solamente son astutos, sutiles; quienes no se comportan como el burro en una noria; aquellos que no se detienen a «moler la lógica más fina»; es la sabiduría el «auténtico quehacer de la vida» (p. 10). Esta sabiduría se encuentra en el hueco de las manos, y los ignorantes lo son porque las vuelven derramando su vida en las alcantarillas de la sumisión y de la obediencia. Entre estos últimos los hay que hasta tienen buenas intenciones, pero se hincan de rodillas y se hacen cómplices de una política de un Gobierno que únicamente «protege los gallineros». «El cerdo que se gana el sustento hozando, removiendo la tierra, se avergonzaría de tal compañía» (p. 4).

El Estado y la alineación

¿Propone Thoreau una descalificación global de la política? Sí, en la medida que sea entendida la política tal como la hemos descrito: campo adecuado donde individuos sin escrúpulos, oportunistas, y conciencias prostituidas desarrollen su lucrativa actividad. No se «ganan la vida», expolían la vida de



los demás, y basta con mirar a nuestro alrededor para comprender a cuántos y a quiénes alimentamos involuntariamente (?). Alcaldes con sueldos superiores a las 300.000, concejales de la nada y el paseo (200.000); diputados mudos, consejeros de Gobierno y consejeros áulicos. Todos comen. Nuestra vida expoliada debemos recuperarla levantando el puño sobre sus huecas cabezas. Que huyan. Que sea tanto el miedo que no haya liebre que los alcance en su vuelta a las labores de antaño cuando eran mortales. Consta que las divinidades del Olimpo lo son porque se instalaron en las conciencias de los hombres a través de un eficaz sistema de propaganda en provecho de los astutos. Su inmortalidad se hacía necesaria en tanto no hubiera otro banquillo de dioses que les disputara, no el reino inexistente de los cielos, sino los minifundios del pensamiento humano. En su momento volveremos sobre este aspecto, sabiendo que la alternativa no es la instalación de otro equipo de inmortales se-

POR encima del estatuto de súbdito está el de ciudadano, y aún por encima el de ser humano

res, sino un equipo de hombres y mujeres cuya bandera lleva grabado el lema: sinceridad, honestidad, igualdad e independencia. Quebrar la maldad de quienes desde el Olimpo-Estado reducen al ser humano a la condición de ser enajenado. Thoreau lo describe magistralmente: «Visitad un arsenal y contemplad a un infante de marina; eso es lo que puede hacer de un hombre el Gobierno, o lo que podría hacer un hechicero: una mera sombra y remedo de humanidad (...). De este modo la masa sirve al Estado no como hombres sino básicamente como máquinas, con sus cuerpos (...). En la mayoría de los casos no ejercitan con libertad ni la crítica ni el sentido moral, sino que se igualan a la madera y a la tierra y a las piedras, e incluso se podrían fabricar hombres de madera que hicieran el mismo servicio. Tales individuos no infunden más respeto que los hombres de paja o los terrones de arcilla. No tienen más valor que los caballos o los perros, y sin embargo se les considera, en general, buenos ciudadanos. Otros, como muchos legisladores, políticos, abogados, ministros y funcionarios, sirven al

Estado fundamentalmente con sus cabezas, y como casi nunca hacen distinciones morales, son capaces de servir tanto al diablo, sin pretenderlo, como a Dios» (pp. 32-33).

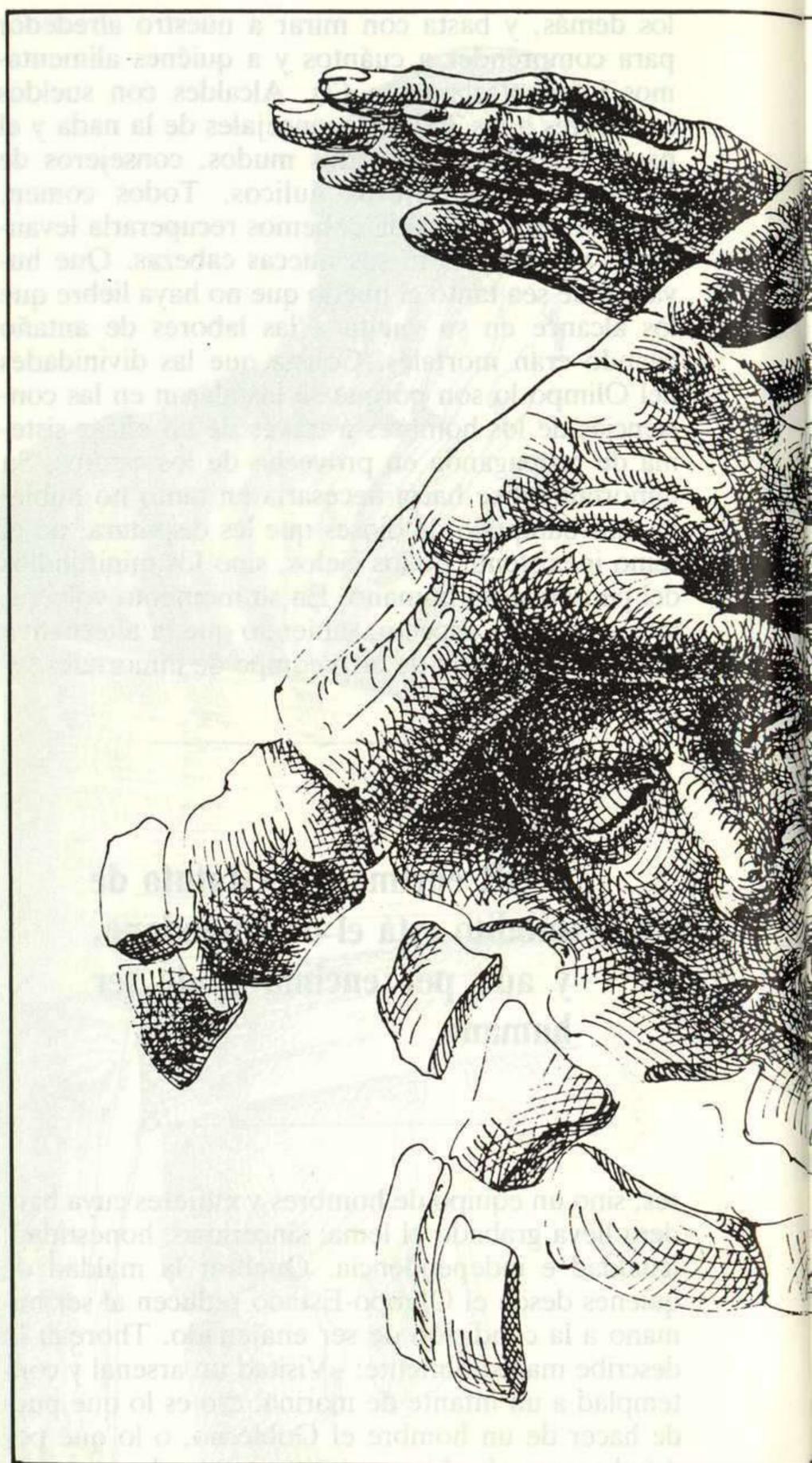
Más adelante, Thoreau nos descubre dónde radica la fuerza del ser humano frente al Estado, evitando así la dejadez, abandono, desidia por los asuntos públicos, recobrando nuestra energía y capacidad de lucha. Para él el «Estado nunca se enfrenta voluntariamente con la conciencia intelectual o moral de un hombre, sino con su cuerpo, con sus sentidos. No se arma de honradez o de inteligencia sino que recurre a la simple fuerza física» (p. 48). En este enfrentamiento muchos hombres y mujeres han vencido simplemente porque han resistido una y otra vez los estacazos provenientes de la superestructura jurídico-política e ideológica. «Aquellos que han demostrado que pueden comportarse excepcionalmente, tal vez sean puestos entre rejas por su buena conducta» (p. 73). Así ha sido en todos los países y en todas las épocas, incluidas las llamadas democráticas. Así ocurre y ha ocurrido en Estados con el apelativo de populares. Suelen la inmensa mayoría ignorante y los servidores obedientes rebuznar que esa situación tan sólo se da en épocas de totalitarismo político. ¡Qué inmensamente equivocados están! Bajo la apariencia de un Estado democrático se esconde un dinosaurio mecánico que aplasta todo cuanto se halle fuera de su vientre. Se vive con la ilusión de que en la «democracia» se ventilan los salones y las cámaras áulicas, se persigue a los corruptos, se destierra el miedo y se impide el terrorismo de Estado. Que el hombre y la mujer honrados serán apreciados, y aunque nunca esperaron recompensas ni honores por la lealtad a su conciencia solidaria, al menos sean personas estimadas por la comunidad. Sin embargo, la honestidad es un peligro que es preciso extirpar con toda urgencia en estas entontecidas democracias. «Antes vivía con la ilusión —dice Thoreau— de que mi vida transcurría en algún sitio entre el cielo y el infierno, pero ahora no puedo convencerme de que no vivo completamente dentro del infierno (...). Si existe algún infierno más falto de principios que nuestros gobernantes y nosotros, los gobernados, siento curiosidad por verlo» (p. 75).

Tras este Estado se encuentran dando apoyo los dormidos, los escasos de conciencia, los corruptos, y todos aquellos que se benefician directamente de los movimientos peristálticos del dinosaurio: los políticos y los negociantes. ¡Cuántos hombres y mujeres se sientan, ayer en el quicio de la puerta, hoy en el tresillo, con los brazos cruzados porque no saben qué hacer y no hacen nada! Son los dormidos, los que dudan, lloran, se lamentan, incluso lanzan improperios, pero no dan ni un solo paso para acabar con la ignominia. Se limitan en todo caso a de-

positar un voto cada cuatro años, en la creencia de que así redimen la grave culpa de su inactividad, que así disculpan ante la humanidad combatiente su rendición. «Votar por lo justo es no hacer nada por ello. Es tan sólo expresar débilmente el deseo de que la justicia debiera prevalecer» (p. 37). ¿Y qué decir de aquellos que «sin estar de acuerdo con la naturaleza de las medidas del Gobierno, le entregan su lealtad y su apoyo»? Este tipo de gentes dispuestas siempre a disculpar la maldad del gobernante como un error en la ruta que pronto se corregirá, «son el mayor obstáculo» para la transformación del país, del mundo. Se convierten en colchones del Gobierno, en tontos útiles, pues en la justificación de su voto justifican al Gobierno. Qué propaganda más gratuita, qué defensores acérrimos, qué necedad de votantes. Son los encargados de limpiar la casa a toda prisa ante la inminente visita de un desconocido, aunque para ello haya que esconder la basura bajo la cama.

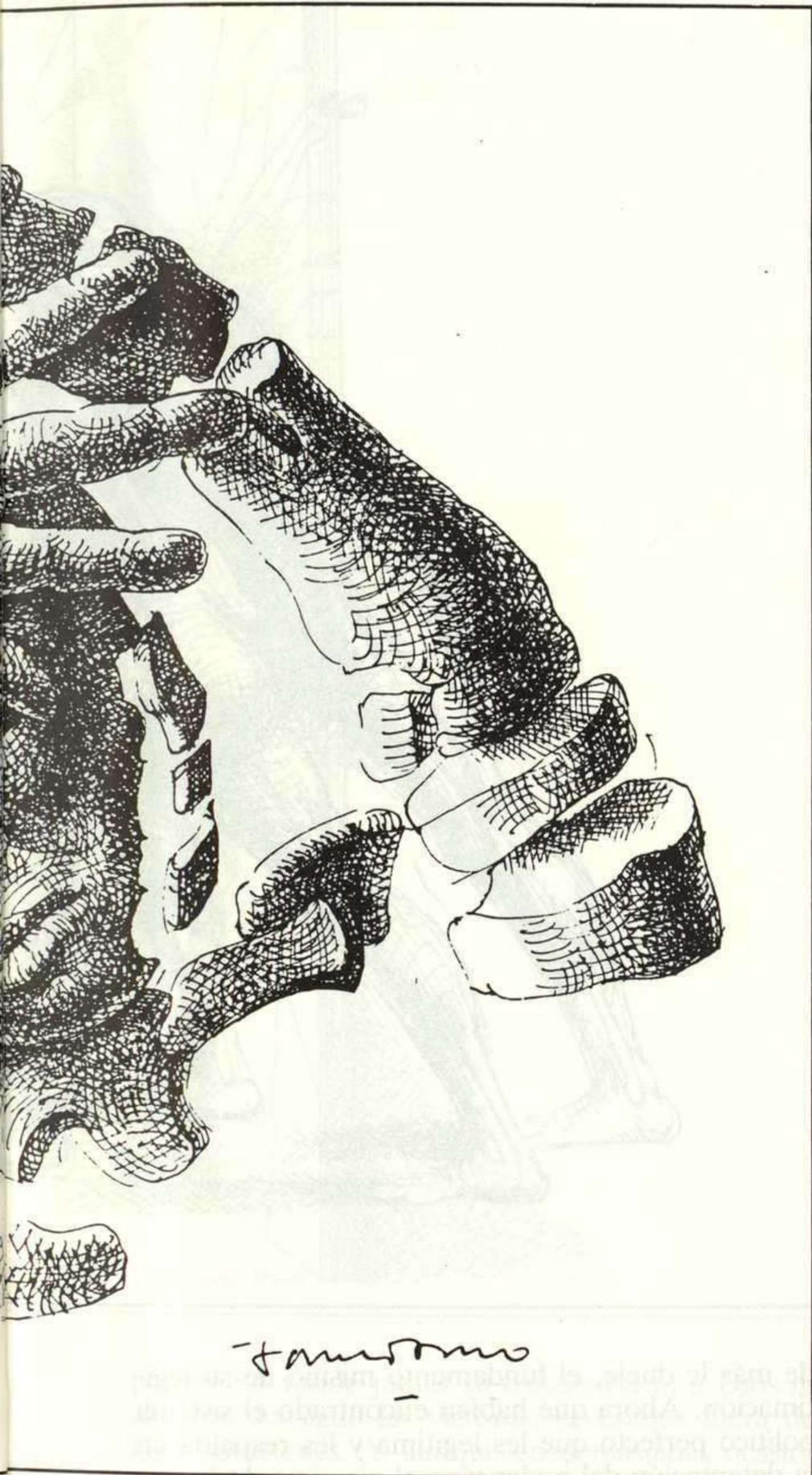
El Llano del Imbécil

De los que apoyan la situación actual encontramos a los hombres de negocios, nietos de viejos usureros y comerciantes, ladrones de guante blanco, y, por qué no decirlo, en demasiadas ocasiones asesinos que no necesitan de cuchillo, ni mover un solo brazo para acabar con la vida de miles de seres humanos. Las riquezas están empapadas en sangre. Su basamento es la esclavitud; la argolla del hambre y de la necesidad nos obliga a vendernos temporalmente y ellos son los que recogen los frutos de nuestro trabajo. Derrochamos energía para obtener un salario, mientras ellos contemplan desde las torres de cristal y acero que les hemos construido nuestro quehacer y cómo se nos agota la vida. Puestos a pensar, cuántos seres humanos mueren al día intentando cumplir con su esclavitud, su jornada laboral con el trabajo encomendado. Sólo en España las estadísticas nos hablan de 1.800 trabajadores muertos en 1988, de 1.981 en 1989, de más de 10.000 en los últimos cinco años, de más de 75.000 accidentados graves que quedan en absoluta inutilidad para toda la vida. No hablamos en metáfora, no hablamos de derrotas deportivas, hablamos de cadáveres que una vez fueron seres humanos. Hablamos de cientos de toneladas de carne, de cientos de miles de litros de sangre derramada, que empapa la riqueza acumulada de banqueros, negociantes, industriales; en 1989 ha acumulado un beneficio del 45 por 100, ya sabemos a costa de qué y de quién. Ninguna lástima para aquellos negociantes que fracasan, ninguna admiración para aquellos que triunfan. «Dejadles —dice Thoreau— que arrastren su mal



ganada riqueza a donde quieran, yo creo que el lugar en que viven será siempre el Llano del Imbécil, si no el Vado del Asesino» (p. 31).

¿Cuándo los banqueros y negociantes se han interesado por el género humano y la justicia? De eso ya se encarga el Estado con sus aparatos represivos. Ejército, policía, carceleros, jueces, ayudados de una banda de chivatos y paranoicos, son los encargados de hacer el trabajo sucio de quienes en su cuenta corriente no caben los ceros a la derecha sumando miles de millones. «A mayor riqueza menos virtud (...). El dinero acalla muchas



preguntas, que de otra manera tendría que contestar (...). Lo mejor que el rico puede hacer en favor de su cultura es procurar llevar a cabo aquellos planes en que pensaba cuando era pobre» (p. 45). Desgraciadamente los pobres no piensan, por eso somos minoría los partidarios de la revolución. ¡Qué gran paradoja!

De este modo, cuando un miserable se ve favorecido por un golpe de fortuna, sólo entonces piensa con su arruinado cerebro cómo explotar a quienes quedaron atrás arrastrándose en la miseria. Los pobres no piensan, como el borrego va

mudo tras el culo del otro borrego. Cuando surge una excepción, y ese nuevo rico pone el dinero a disposición de la revolución y de los combatientes, se halle donde se halle, ha de entregarlo clandestinamente si no quiere que sus familiares le encierren en un frenopático. Así que el ejemplo no cunde porque se desconoce. A los pobres, sólo hablarles de levantarse a tiempo para acabar con la ignominia, la mezquindad, la hipocresía, la usura, el expolio, y el latrocinio, el hambre de millones de seres humanos y los asesinatos legalizados en «convenio» o no, les produce un escalofrío, les da sed y te piden veinte duros para una botella, y se van a dormir la mona. Estos son los pobres que fabrican mayorías gubernamentales, que aparecen sonrientes con la dentadura comida por las caries al lado de un presidente que para sus adentros va murmurando «este individuo apesta», pero su voto contrarresta al de un hombre honesto, al de un combatiente.

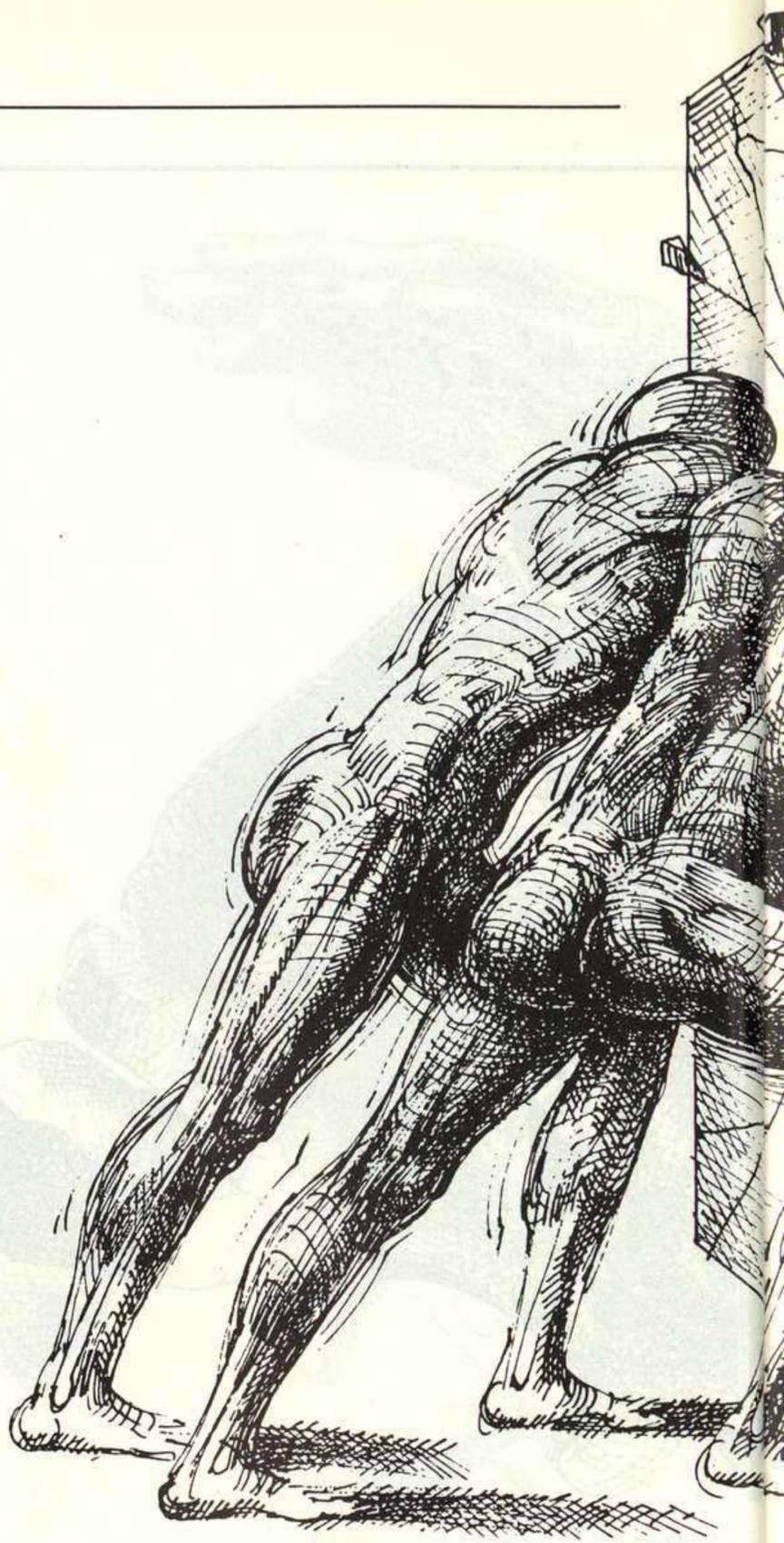
El síndrome de la urna

Probablemente los democratistas (afectados por el síndrome de la urna) se levanten de la poltrona excitados y rebuznando incoherencias cuando oigan decir a Thoreau: «Hay muy poca virtud en las masas». La mayoría puede votar a favor de un Gobierno de desaprensivos, corruptos o asesinos. El voto de la mayoría no significa que la razón se halle de su parte. La mayoría votó a favor de un asesino en Alemania, que democráticamente accedió al poder y acabó con la vida de millones de personas en toda Europa. Vuelva usted a sentarse en la poltrona y tranquilícese, que no va bien tanta alteración a sus tripas. La mayoría votó a Barrabás, y éste gobierna arrojando a la cara de la minoría sus millones de votos. Aun así seguirá siendo Barrabás vestido de frac en las fiestas de gala, y de cuando en cuando saldrá de su cueva, ahora transformada en Sala de Plenos, para recordar a sus seguidores que el botín crece de acuerdo con los cálculos previstos a principio de temporada. La estupidez lleva a muchos, demasiados, a la creencia de que cuanto más feliz sea el jefe, mayor parte obtendrán en el reparto. Mientras tanto, «si la mayoría vota al diablo para ser Dios, la minoría vivirá y se comportará de acuerdo con ello y obedecerá al candidato vencedor, confiando que un día u otro, tal vez por el voto de un Parlamento, puedan reinstaurar a Dios» (p. 71).

«Un hombre con más razón que sus conciudadanos ya constituye una mayoría de uno» (p. 42). Esta enorme obviedad de Thoreau es insistentemente negada por quienes se hallan homogeneizados por el propio sistema capitalista. La naturaleza de las

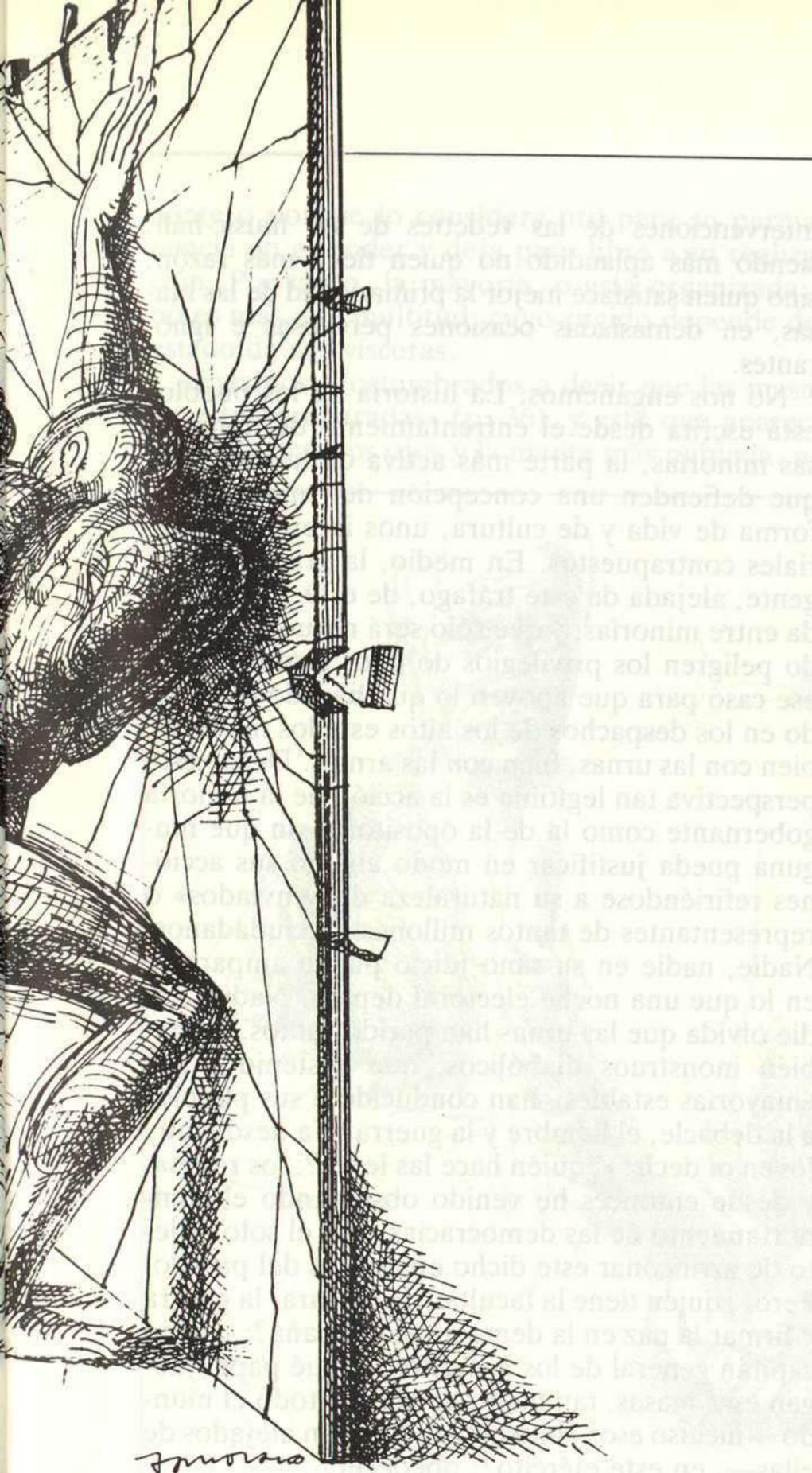
mercancías en este sistema es la misma, aunque la sustancia, el soporte material, la constitución y las apariencias externas nos indiquen que no es lo mismo el chicle que el yogur. La negación de cualquier realidad individual, de cualquier particularidad, singularidad, es esencial para quienes tienen como misión vigilar la salud del sistema capitalista-democrático. La razón es siempre mayoría, porque es imposible dejar en la marginalidad las evidencias. Sin embargo, a veces siento el temor de que un Parlamento o sesión plenaria venga a dejar de nuevo al género humano a la altura del betún, pues con seguridad que si los mayoritarios, los prepotentes, los políticos de turno que gozan de impunidad absoluta, presentan una moción para declarar un universo geocéntrico, no habrá Galileo que valga. La mayoría del Pleno así lo decide, y así es, sin más discusión. Por tanto, cuando una sola persona se enfrenta con la razón como bandera, aunque sea inquisitorialmente torturado y quemado en la plaza pública, se haga de él mofa y befa, el tiempo hará prevalecer aquello que defendía sin tregua. La mayoría de uno pone en peligro el sistema de borregos unidos que tanta tranquilidad reporta a los gobernantes y sus compinches. La mayoría de la razón, la defiende uno o un millón de millones de seres humanos, no variará un ápice su propia naturaleza. No se modificará, ni en más ni en menos, porque sea apoyada por uno solo.

Coloca Thoreau en el mismo plano de consideración la justicia, las leyes escritas y determinadas por los legisladores —de los cuales no tiene precisamente muy buen criterio— y las mayorías que eligen a quienes han de redactar y promulgar las mencionadas leyes. En ocasiones hay realidades brutales, energúmicas, y tal sería aquella que es regida por unas leyes extraídas de una mayoría de enajenados. Es un axioma que hay leyes justas e injustas, luego qué hacemos con las segundas. Y así de claro nos lo expone Henry Thoreau: «Hay leyes injustas: ¿nos contentamos con obedecerlas o intentaremos corregirlas y las obedeceremos hasta conseguirlo? ¿O las transgrediremos desde ahora mismo? Bajo un Gobierno como este nuestro, muchos creen que deben esperar hasta convencer a la mayoría de la necesidad de alterarlo. Creen que si opusieran resistencia, el remedio sería peor que la enfermedad. Pero eso es culpa del Gobierno. ¿Por qué no está atento para procurar reformas? ¿Por qué no aprecia el valor de esa minoría prudente? ¿Por qué grita y se resiste antes de ser herido? ¿Por qué no anima a sus ciudadanos a estar alerta y a señalar los errores para mejorar en su acción? ¿Por qué tenemos siempre que crucificar a Cristo y excomulgar a Copérnico y Lutero y declarar rebeldes a Washington y Franklin?» (p. 40). Y continúa zahiriendo al pensamiento dominante allí desde don-



de más le duele, el fundamento mismo de su legitimación. Ahora que habían encontrado el sistema político perfecto que les legitima y les respalda en la detentación del poder y en el ejercicio de la violencia institucional; ahora, un hombre americano les niega la base en que se apoyan. Y nos advierte a quienes nos hallamos en los márgenes del sistema que no nos hagamos ilusiones vanas, ni durmamos en la eternidad el sueño de la utopía. «Una minoría no tiene ningún poder mientras se aviene a la voluntad de la mayoría: en ese caso ni siquiera es una minoría. Pero cuando se opone con todas sus fuerzas es imparable (...). Oigo a muchos que condenan a estos hombres por su número tan reducido. ¿Cuándo estuvieron en mayoría los honrados y los valientes?» (pp. 43, 103).

La minoría, no importa su cuantía, no pelagra,



porque no vende jamás su conciencia ni a Dios ni al amo; consigue las victorias necesarias fuera de las instituciones. Y aunque en demasiadas ocasiones no llega a vivir el tiempo de la victoria, tiene la certeza de que vencerá al cretinismo gubernamental. La minoría que defendía la Constitución liberal frente al borrico de Fernando VII, venció. La minoría que se batió en favor de una jornada de trabajo con derecho al descanso, venció. La que reclamaba la enseñanza laica y gratuita, venció. Esa minoría dejó en el camino miles de cadáveres, montañas de sufrimiento. Derrochó tanta energía que aun en esta época de estupidez crónica nos sentimos empujados por aquella fuerza descomunal hacia la victoria. No hay victoria final, igual que no habrá juicio final, igual que jamás habrá solución final. Por tanto, la minoría estará presente en el fu-

turo de los tiempos. Cuando los objetivos de la minoría son asumidos por la mayoría, aquella da un paso más adelante, aunque ya no podamos contar con muchos de los compañeros perdidos, unos porque han caído en el camino, otros porque, conseguida la victoria, la consideran final, y van a engrosar las filas de la mayoría. No hay duda de que se convertirán en enemigos acérrimos y mirarán con toda la desconfianza y rencor que quepa en su alma a quienes han preferido continuar hacia delante. «Si tengo que ser un camino, prefiero serlo por torrentes, por arroyos del Parnaso, que por alcantarillados de la ciudad» (p. 22).

Desobediencia civil

¿Dónde radica el poder de esa minoría? En la desobediencia civil constante y permanente. La voluntad de la mayoría no es un artículo de fe para quienes se encuentran cien pasos por delante de esa mayoría. El poder de esa minoría radica en su no integración en el sistema dominante; en que no puede ser asimilada, engullida, devorada por los tiburones que aterrorizan desde la ignorancia. Cuando esa minoría levanta sus banderas tan alto que pueden percibirse desde los confines del tiempo, ejerce un poder que no es de amenaza ni de muerte, sino un poder de atracción. La honestidad y la valentía van delante, siempre han ido delante y siempre ha irritado a los Gobiernos y a los reyes. No es de extrañar, por tanto, que desde las filas de la mayoría paquidérmica se lancen voces de auxilio, unas veces, otras, cuando las súplicas y ruegos no surten efecto, de exilio y de persecución. El poder de la minoría es inatacable, porque es imposible destruir la coherencia de los amantes de la justicia, la dignidad de los combatientes, la integridad de quienes viven en el bando de la resistencia.

En todas cuantas ocasiones se han supuesto que los dirigentes de la mayoría habían emprendido el camino de la razón, y la minoría aflojó el paso esperando la llegada de la mayoría, mezclándose entre ella, ocurrió que estuvo en trance de mortal desaparición. Es el momento de los consensos y los pactos; es cuando recoge sus banderas en la creencia de que la honestidad y la justicia son valores respetados. Ahí la victoria es del paquidermo, del leviatán, que maliciosamente aprovecha la ocasión para anunciar que no existe más que su vida o el caos. Implica a todos en nombre de su buena digestión, compromete a todos en la defensa de la madriguera en la que se guarece. Mayoría y democracia resuena desde las profundidades con la fuerza de un oráculo, y esta sutil esclavitud es transformada en ídolo que será venerado como el Becerro Democrático. El paso del tiempo descubre las as-

tucias de quienes detentan el poder en nombre de la mayoría, y de nuevo es preciso avanzar rápidamente portando las banderas de antaño, separándose de los bellacos, los pícaros y los marrulleros, y también —otra vez— de esa caterva de incautos y papanatas que no se atreven a disentir y se les denomina mayoría, en nombre de la cual aquéllos gobiernan satisfechos de haber retrasado el curso de los acontecimientos futuros. La minoría, compuesta de viejos y nuevos combatientes, se reorganiza lentamente, y desde la distancia advierte del peligro que corren quienes permanecen amarrados por el dulce canto del Estado, produciéndoles la parálisis definitiva de su capacidad crítica y del orgullo de ser humano.

Dos asuntos a mencionar: dónde gobierna la mayoría y, segundo, cómo gobierna quien lo hace en su nombre. Un poco de atención que pongamos en los asuntos de gobierno y en cómo se constituyen esos Gobiernos desvela la gran falacia que se esconde en la democracia que Thoreau denuncia una y otra vez. A saber: es una minoría. Otra minoría. La minoría consciente de esa masa informe que se mueve pesadamente y reflexiona aún más lentamente. La elección de representantes es la trampa en que caemos los mortales. Vemos su necesidad, pues imposible es que el cuerpo electoral quepa en un solo foro para debatir cuestiones públicas. Pero muy pocos advierten que tras unas formas que vienen a llamarse democráticas se encubre la elección casi a perpetuidad de esa otra minoría que vigila intensamente que nada cambie. Una minoría es quien disfruta de los privilegios. Una minoría, quien decide a su pleno antojo sobre temas que no se incluían en los programas electorales, y muy frecuentemente todo lo contrario de lo explicitado y defendido con ardor en los programas. Una minoría, cuyo único momento de pavor es el del recuento en la noche electoral. Y aun así un pavor contenido, pues los instrumentos de control de las masas fueron puestos en tensión tiempo atrás, con el solo y exclusivo objetivo de adocenar y confundir. ¿Quién penaliza el fraude programático de una organización política? ¿Quién destituye a un «representante» democrático cuando se aleja subrepticamente, o descaradamente, de los presupuestos ideológicos y políticos desde los que fue elegido? Realizar el control democrático de los elegidos para el desempeño de funciones públicas es eliminar el carácter representativo y transformar a estos hombres y mujeres en meros depositarios de la voluntad popular. Pero, ¿en qué país se lleva a cabo este control?, ¿dónde son destituidos los alcaldes, diputados, concejales, durante su «mandato cuatrienal», «quinquenal», «septenal»? En realidad, la democracia que defiende Occidente y sus áulicos consejeros se reduce a tres docenas de mítines, semejantes a las

intervenciones de las vedettes de un music-hall, siendo más aplaudido no quien tiene más razón, sino quien satisface mejor la primariedad de las masas, en demasiadas ocasiones perezosas e ignorantes.

No nos engañemos. La historia de los pueblos está escrita desde el enfrentamiento de numerosas minorías, la parte más activa de la sociedad, que defienden una concepción del mundo, una forma de vida y de cultura, unos intereses materiales contrapuestos. En medio, la gran masa de gente, alejada de este tráfigo, de esta guerra sorda entre minorías, y que sólo será requerida cuando peligren los privilegios de unos cuantos, y en ese caso para que apoyen lo que ha sido elaborado en los despachos de los altos estados mayores, bien con las urnas, bien con las armas. Desde esta perspectiva tan legítima es la acción de la minoría gobernante como la de la opositora, sin que ninguna pueda justificar en modo alguno sus acciones refiriéndose a su naturaleza de «enviados» o representantes de tantos millones de ciudadanos. Nadie, nadie en su sano juicio puede ampararse en lo que una noche electoral depara. Nadie, nadie olvida que las urnas han parido santos, y también monstruos diabólicos, que sostenidos por «mayorías estables» han conducido a sus pueblos a la debacle, el hambre y la guerra. Ya desde muy joven oí decir: «¿quién hace las leyes?: los reyes», y desde entonces he venido observando el comportamiento de las democracias, con el solo objeto de arrinconar este dicho en épocas del pasado. Pero, ¿quién tiene la facultad de declarar la guerra y firmar la paz en la democrática España?; ¿quién capitán general de los Ejércitos?; ¿qué papel juegan esas masas, tan manoseadas por todo el mundo —incluso esos «intelectualillos» tan alejados de ellas—, en este ejército?: obedecer.

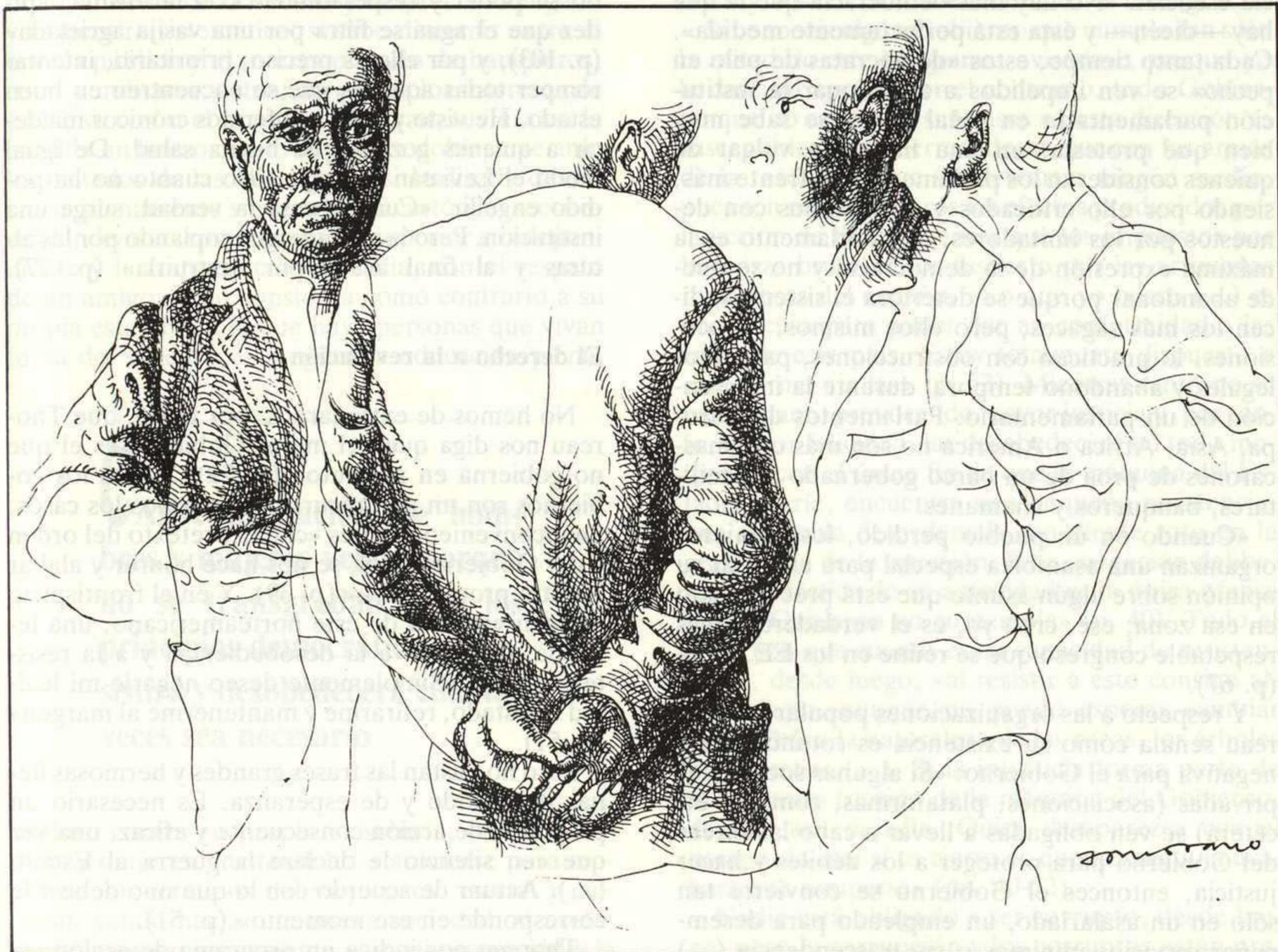
Las masas

Fácil es el recurso de apelar a las masas, y por ende a la mayoría. Pero nadie cree en la virtud de las masas, aunque todos están dispuestos a arrojarle piropos. Y Thoreau, con una rotunda sinceridad y sin miedo a ser calificado de enemigo de la democracia, declara: «Hay muy poca virtud en la acción de las masas» (p. 37). Mayoría silenciosa que otorga siempre el báculo a los poderosos, el manto real a las mismas familias y la corona, demasiado frecuentemente, a un imbécil que se atasca en las oraciones subordinadas de relativo. Cuando las masas, la mayoría, vota algo que la minoría combatiente viene defendiendo desde tiempo atrás, es porque ese algo ha dejado de tener importancia, resulta indiferente a la minoría gober-

nante o porque lo considera útil para su permanencia en el poder y deja paso libre a su realización. Por tanto, la mayoría, o está organizada o no es más que multitud, cuyo rugido depende del estado de sus vísceras.

«Estamos acostumbrados a decir que las masas no están preparadas» (p. 36), y esto que aparece evidente ante los ojos y la mente más nublada, no

más, arriesgando su existencia en la batalla. Esta sociedad democrática así organizada será el terror de los gobernantes, que quedarán sujetos a la acción de las personas que luchan por causas justas. Cada asociación de hombres y mujeres velará porque no se transgredan más los principios democráticos, y resistirá y desobedecerá cuantas veces sea necesario las órdenes de la minoría gobernante



puede servir de disculpa para mantenerse en el letargo y la desesperanza. Demasiadas veces lo hemos tomado como coartada para quedarnos sentados en el tresillo, y así esperamos tiempos mejores, que nunca, desgraciadamente, será el nuestro. Otra vez el genio de Thoreau nos da la clave para salir del atasco de contradicciones: «Lo más importante no es que una mayoría sea tan buena como tú, sino que exista una cierta bondad absoluta en algún sitio para que fermente en toda la masa» (p. 36). Esa levadura, que hará surgir una sociedad democrática en el pleno sentido del término, no es otra que la voluntad de asociarse creando organizaciones populares que se muevan en el tablero de la historia con la imperturbabilidad de una pieza de ajedrez. Sin retroceder ja-

te que habla en nombre de las mayorías. La elección política no será un mero juego de la gallina ciega, donde el pueblo da vueltas para elegir a divertidos personajes, que ya se han procurado unas reglas de juego adecuadas. Todos a jugar, pues, al divertido juego de la democracia avícola. Sólo una cosa hay en común entre el malintencionado juego y la democracia plena: las urnas. Imagino el día en que las elecciones políticas se realicen sin necesidad de campañas electorales, que más parecen campañas militares, ni de estrambóticos discursos de vedettes, y quien lo hiciera provocaría la hilaridad de esa ingente masa de electores, que, organizados y, por tanto, conscientes de que el juego pertenece al pasado, nombrarán un portavoz ante el Parlamento, teniendo que dar cuen-

ta periódica de las gestiones que realiza y el sentido de las mismas. Díganme, para qué sirve una campaña electoral en esas condiciones. Para nada. Este tipo de democracia se ejerce hoy día, pero al margen de las instituciones y del Estado. Es un modo, dicho sea de paso, de socavar los principios del «juego de la gallina ciega». De ahí el enorme interés de computar y amputar toda democracia esencial. «No hay más democracia que la que hay —dicen— y ésta está perfectamente medida». Cada tanto tiempo, estos «demócratas de pelo en pecho» se ven impelidos a abandonar la institución parlamentaria en señal de no se sabe muy bien qué protesta, en una imitación vulgar de quienes consideran los parlamentos un frente más, siendo por ello criticados y vituperados con denuestos por los imitadores. «El Parlamento es la máxima expresión de la democracia y no se puede abandonar porque se deteriora el sistema», dicen los más sagaces; pero ellos mismos, en ocasiones, lo practican con obstrucciones, parapetos legales y abandono temporal durante la intervención de un parlamentario. Parlamentos de Europa, Asia, Africa o América no son más que mascarones de proa de un barco gobernado por militares, banqueros y chamanes.

«Cuando en un pueblo perdido, los granjeros organizan una asamblea especial para expresar su opinión sobre algún asunto que está preocupando en esa zona, ese, creo yo, es el verdadero y más respetable congreso que se reúne en los EE.UU.» (p. 67).

Y respecto a las organizaciones populares, Thoreau señala cómo su existencia es rotundamente negativa para el Gobierno: «Si algunas sociedades privadas (asociaciones, plataformas, comités, etcétera) se ven obligadas a llevar a cabo las tareas del Gobierno para proteger a los débiles y hacer justicia, entonces el Gobierno se convierte tan sólo en un asalariado, un empleado para desempeñar servicios mínimos o sin trascendencia (...) y así el Gobierno, con el sueldo asegurado, se retira a la trastienda llevándose la Constitución y dedica la mayor parte de su esfuerzo a repararla (...). Especulan en la bolsa y hacen agujeros en las montañas, pero no tienen capacidad de construir siquiera una carretera decente» (p. 103). «El único camino abierto —continúa Thoreau— hacia el futuro, la justicia y la honestidad es propiedad de los hombres y mujeres que emplean su tiempo libre para organizarse en asociaciones de todo tipo, con el fin de luchar contra la energúmenidad del Estado.

Mucho se ha avanzado en siglo y medio en la comprensión de los factores sociológicos que influyen en una sociedad dada. Sociólogos, psicólogos y estadísticos, historiadores, geógrafos, antro-

pólogos e informáticos son hoy el nuevo y moderno ejército civil de todo gobierno «democrático». Mercenarios que venden estudios, informes, conclusiones, instrumentos todos de control, por un miserable plato de lentejas. Mucho se ha avanzado en el sutil control de la población. De tal forma que ya no es ninguna revelación sorprendente para el gobierno «democrático» que «está perdiendo su poder y respetabilidad con la misma rapidez que el agua se filtra por una vasija agrietada» (p. 103), y por ello es preciso, prioritario, intentar romper todas aquellas que se encuentren en buen estado. He visto y oído a enfermos crónicos maldecir a quienes gozaban de buena salud. De igual modo el Leviatán destruye todo cuanto no ha podido engullir. «Cuando cesa la verdad, surge una institución. Pero la verdad sigue soplando por las alturas y al final acaba por destruirla» (p. 27).

El derecho a la revolución

No hemos de extrañarnos, por tanto, que Thoreau nos diga que «el mejor Gobierno es el que no gobierna en absoluto» (p. 29). Todos los gobiernos son un mal recurso y, en todos los casos, un inconveniente. Pues «con el pretexto del orden y del Gobierno Civil, se nos hace honrar y alabar nuestra propia vileza» (p. 39). Y en el frontispicio del pensamiento de este norteamericano, una leyenda que llama a la desobediencia y a la resistencia civil: «Simplemente deseo negarle mi lealtad al Estado, retirarme y mantenerme al margen» (p. 51).

Pero no bastan las frases grandes y hermosas llenas de sentido y de esperanza. Es necesario un programa de acción consecuente y eficaz, una vez que «en silencio le declare la guerra al Estado (...). Actuar de acuerdo con lo que uno debe y le corresponde en ese momento» (p. 51).

Thoreau nos indica un programa de acción específico, pero demoledor. «La acción que surge de los principios, de la percepción y la realización de lo justo cambia las cosas y las relaciones, es esencialmente revolucionaria y no está del todo de acuerdo con el pasado. No sólo divide al Estado e Iglesias, divide familias e incluso al individuo, separando en él lo diabólico de lo divino (...). Todos los hombres reconocen el derecho a la revolución, es decir, el derecho a negar su lealtad y oponerse al Gobierno cuando su tiranía o su ineficacia sean desmesurados e insoportables» (pp. 34-40).

Desde luego, siempre se dice y en todas partes que éste no es el caso de nuestro Gobierno, y, por tanto, carecemos de fuerza moral para organizar la rebelión. Estas voces no deben ser escuchadas,

o acaso en la misma medida que se oyen los graznidos de los cuervos. Son estas voces las mismas de antaño, protegiendo los privilegios de los poderosos y su propia comodidad. Basta con observar si el Gobierno marcha por los senderos de la justicia; si ha desterrado para siempre el robo y la opresión organizados; si asienta sus actos de gobierno sobre los pilares de la honradez y la sinceridad; si defiende la verdad y desprecia el engaño y la mentira sistemática; si sabe discernir entre el interés público y el interés privado de banqueros, curas y militares, actuando contra los intereses de éstos; si, como el honrado Thoreau, tuviera en la espalda un hueso que le impidiera doblegarse ante los dictados de las oligarquías; si realiza la democracia plenamente sin trampa ni cartón; si reconoce al individuo como un poder superior e independiente y le trate en consecuencia, con el respeto de un amigo; si no considera como contrario a su propia estabilidad el que haya personas que vivan fuera del sistema; si asegura la educación plena,

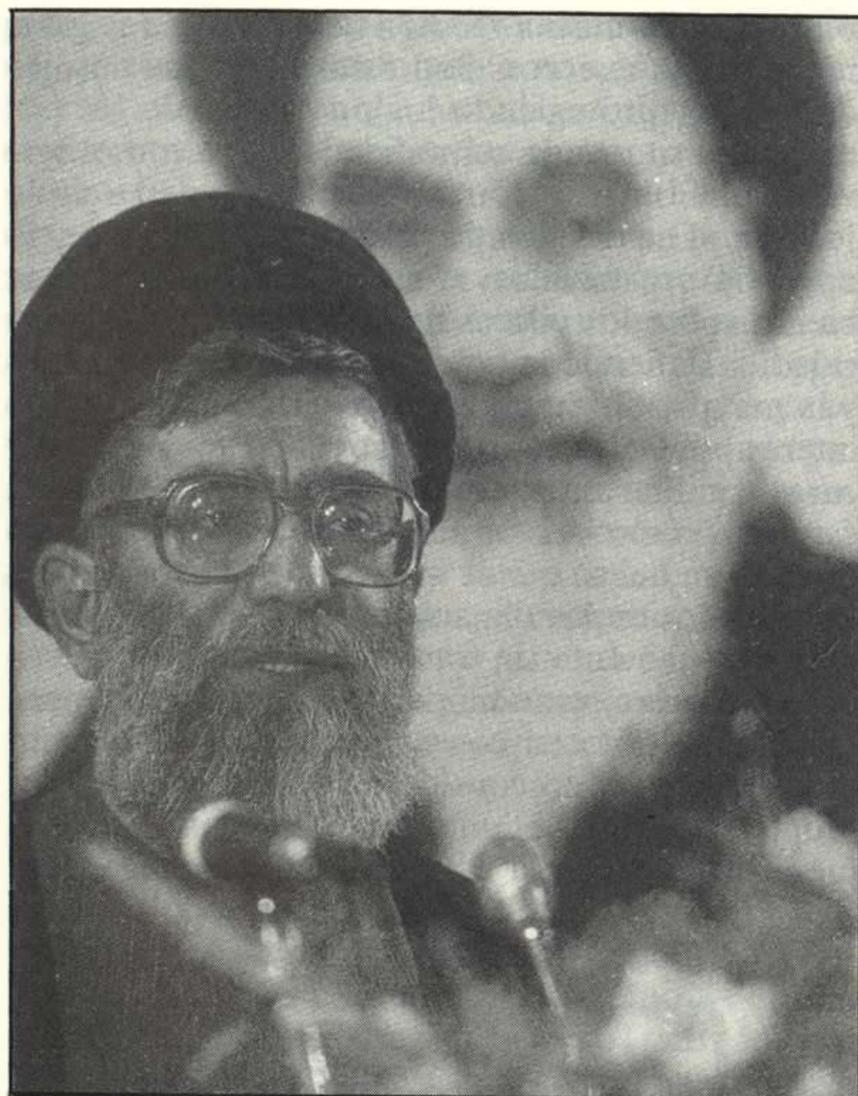
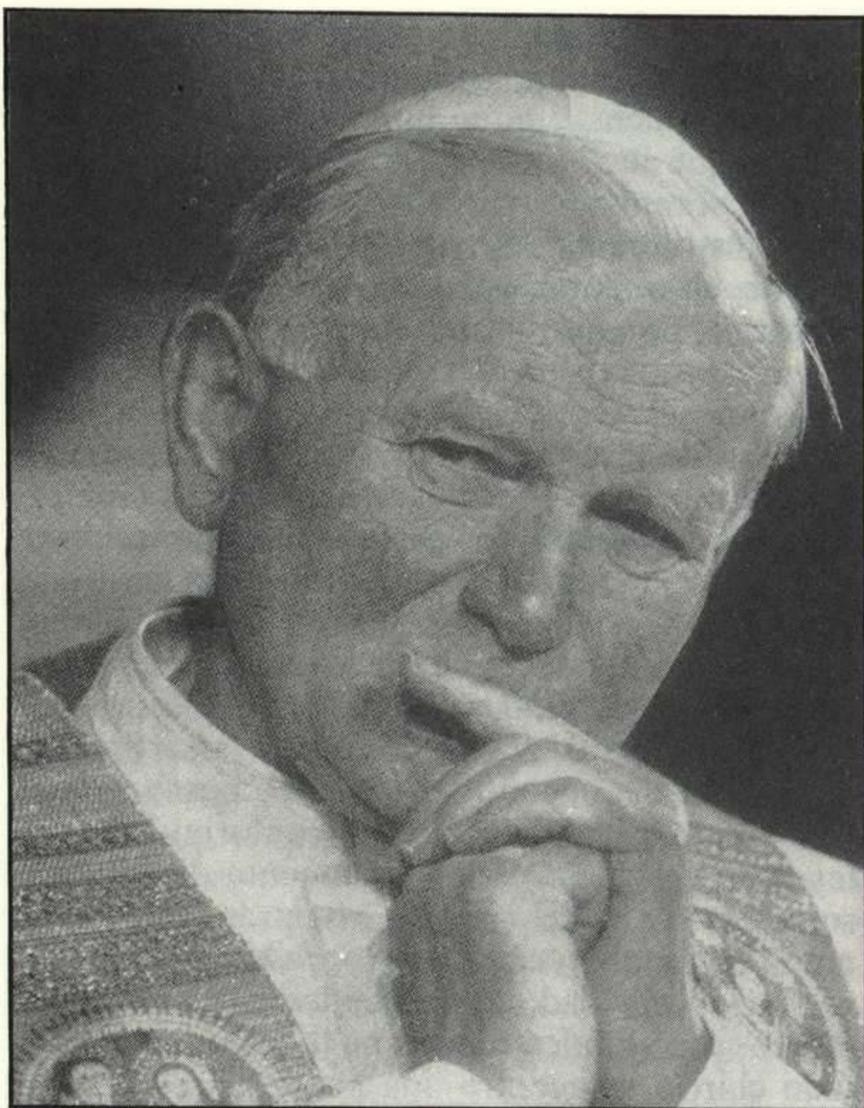
CADA asociación de hombres y mujeres velará porque no se transgredan más los principios democráticos, y resistirá y desobedecerá cuantas veces sea necesario

incluso contra su propia existencia, de los hombres y mujeres, invitándoles a asociarse para modificar los términos del viejo pacto estatal y cultural, yendo hacia una nueva sociedad; si no fabrica leyes exclusivamente para su protección y la protección de quienes se esconden tras las bambalinas del poder; si desprecia la guerra y las alianzas militares, declarándose neutral en todo conflicto entre las naciones; si deja de considerar enemigos a quienes nada tienen y reclaman tomar el sol en todas las playas del planeta; si tuviera como meta darle más valor a la vida y, en consecuencia, disolviera en la nada cuantos instrumentos de muerte posee, empezando por ese ejército permanente de ocupación, su brazo armado más poderoso y contundente, presente como una amenaza constante contra los disidentes; si es capaz de olvidar el patriotismo inútil que tantos muertos ha causado en el pasado y aun en el presente; si rechaza toda acción de expolio, conquista y sometimiento de otros pueblos; si cultiva el respeto por

la felicidad humana y desprecia a quienes causan desgracias; si estima la dignidad como un alto valor de conducta, y no se humilla ante los poderosos aunque le cueste su existencia como tal Gobierno; si renuncia para siempre a la fuerza bruta como instrumento de coerción, y en su lugar es capaz de enfrentarse a la conciencia intelectual o moral del hombre, armándose no de porras, cárceles y fusiles, sino de honradez e inteligencia.

Si conocéis algún Gobierno que cumpla tan sólo la mitad de este programa, avisadme, porque yo le daré mi apoyo. Por el contrario, todo Gobierno que no conduzca sus pasos en esta dirección es susceptible de ser derrocado, mejor con las armas de la razón, aunque sin descartar ningún medio, pues son más duraderos los efectos producidos por la acción de la inteligencia que los impuestos por la fuerza bruta de los fusiles o por las artimañas numerosas del engaño. «Lo que yo busco (...) es una excusa para poder dar mi conformidad a las leyes de este país. Estoy totalmente dispuesto a someterme a ellas» (p. 53). Mientras tanto no se modifiquen, provocando mayor justicia y, por tanto, mayor felicidad, las desobedeceré en todo momento, con el único fin de que la máquina del Estado chirrié, encuentre una pequeña resistencia, una molécula desordenada, un diente roto en la gran rueda de la opresión. Esta «negación deliberada y práctica de su autoridad es la única ofensa que el Gobierno no contempla» (p. 40). Todo el arma con que cuento es mi capacidad de resistencia, y, desde luego, «al resistir a esto consigo algún efecto, aunque no puedo esperar cambiar como Orfeo la naturaleza de las rocas, los árboles y las bestias (...). Si la injusticia forma parte de la necesaria fricción de la máquina del Gobierno, dejadla así, dejadla. Quizá desaparezca con el tiempo; lo que sí es cierto es que la máquina acabará por romperse» (pp. 40-52).

Nadie está obligado a ser corrupto, desde luego, pero la corrupción y los corruptos están presentes en toda acción de Gobierno. Sólo se salvará quien elimine estas impurezas, mas por mucho que nos pese, los Gobiernos no están dispuestos a sanear las habitaciones y levantar las alfombras. Las cucarachas habitan en las instituciones, y ya sólo quedará —cuando su número sea crecido y no encuentren espacio para moverse— que los seres humanos abandonen el palacio del Gobierno, cierren la puerta y le prendan fuego. El apestoso olor de animales muertos, el insoportable hedor de la corrupción se extenderá por las calles de las ciudades durante algún tiempo. Pero desaparecerá, y otros serán los olores que embargarán nuestros sentidos. Esperemos que sean los que proceden del camino de la libertad y de la justicia.



PERSPECTIVA ACTUAL DE DIOS Y LA ALIENACION RELIGIOSA EN EL PENSAMIENTO MARXISTA

José María Laso Prieto

I. Introducción

EL hecho de que para el XXVII Congreso de Filósofos Jóvenes se haya elegido como temática «Filosofía y Dios», puede permitir abordar los fenómenos religiosos y las consecuencias diversas que de ellos se derivan, desde una perspectiva más rigurosa de la que habitualmente ofrecen los medios de comunicación. Tarea muy necesaria en esta época en que tanto auge han alcanzado la superstición, el misticismo y muy diversas formas de irracionalismo. Por otra parte, la organización del congreso en secciones y, más particularmente, la existencia de una sección titulada «Historia política y Dios», posibilita situar la utilización política y social que se ha realizado históricamente de la idea de Dios y, especialmente, de algunas de las formas concretas que ha revestido la alienación religiosa.

Es obvio que el análisis de los fenómenos re-

ligiosos, y de los acontecimientos históricos que ello implica, puede ser realizado desde distintas coordenadas del pensamiento. En nuestro caso, hemos preferido hacerlo desde la perspectiva de los clásicos del marxismo, actualizada por las aportaciones posteriores de quienes utilizan la metodología propia del materialismo histórico. Tal elección no sólo es coherente con el método de trabajo que generalmente utilizamos en nuestras elaboraciones, sino también con la necesidad de situar nuestra referencia teórica en un sistema de pensamiento sistemático y riguroso. Referencia tanto más necesaria en esta fase en que proliferan diversas formas del pensamiento «light» que, a pesar de la brillante literatura que a veces alcanza, no puede proporcionar un fundamento sólido al análisis de los fenómenos religiosos y de sus consecuencias sociales y políticas.

Al situarnos en la perspectiva epistemológica

del pensamiento marxista, testimoniamos también que no consideramos caduca ni agotada a la gran aportación filosófica que Marx inició. Por el contrario, consideramos que los procesos históricos que se desarrollan en los países de Europa central y oriental constituyen la mejor verificación de la vigencia del marxismo como método de investigación y como concepción del mundo. Sobre todo si, como puede con fundamento suponerse, los procesos históricos en curso de realización permiten liberar al marxismo de todas las manchas y escorias que el subjetivismo, el voluntarismo y el dogmatismo le habían incorporado. Tal liberación podría equivaler a esa «vuelta del revés —en el sentido del «*üntels-pung*» que Marx realizó de la dialéctica hegeliana— que Gustavo Bueno preconiza para la teoría marxista. En ese sentido, se puede compartir la tesis del profesor Bueno, tal y como la ha sustentado en su reciente trabajo «¿Qué pasa en el Este?» (1), cuando precisa: «A mi juicio, para entender lo que pasa en el Este, y lo que puede pasar, la idea de “perestroika” no es suficiente. Es necesario dar la vuelta del revés a la misma doctrina marxista. ¿Por dónde? Principalmente por aquellos lugares en que esta doctrina confluye con el “humanismo occidental”, los lugares en donde habitan los principios del “monismo armonista”, teológico o metafísico. Pues son estos principios aquellos que inspiran la “ley natural de desarrollo humanista” y son esos mismos principios los que hicieron posible el plan (el “plan” orientado precisamente a conseguir el resultado final del que Marx, violentando su propia concepción de la dialéctica, habló en su “Crítica al Programa de Gotha”).»

Para entender lo que está pasando en el Este, acaso sea necesario comenzar por prescindir de todos los componentes utópicos que el marxismo ha podido arrastrar. Pero no se trata, en modo alguno, que sea posible retrotraer los planteamientos a situaciones que definen la época premarxista. ¿Cómo tirar por la borda el último bastión del racionalismo que Occidente ha producido bajo la figura del materialismo histórico? Es imposible, entre otras cosas, porque una gran masa de ideas marxistas sigue actuando, de hecho ya no sólo en los países del Este, sino también en los países del Oeste, y no sólo en aquellos en que gobiernan los socialdemócratas, sino también en aquellos que se regulan por la más pura planificación capitalista (que utiliza, por cierto, a través de las matrices de Leontieff, categorías tomadas del mismo “El capital”). La “vuelta del revés” la entendemos como una marcha hacia adelante del marxismo, si es que el materialismo histórico puede desprenderse de los

componentes utópicos (monistas, armonistas) que comparte con el humanismo y puede dar cabida al caos impredecible pero determinista a la vez, que la multiplicidad y heterogeneidad de los sistemas y subsistemas culturales, étnicos, políticos y económicos que están bullendo en nuestro planeta, tanto en el hemisferio norte como en el sur, está abriendo en el final del milenio» (1).

Por otra parte, durante los últimos años, en el área de las creencias religiosas que inciden en el campo político y social, han surgido nuevos fenómenos que no deben desdeñarse al estudiar la idea de Dios y la alienación religiosa. Fenómenos que se extienden, con sus características peculiares propias, tanto por Oriente como por Occidente del ámbito geográfico y cultural de nuestro planeta. En Oriente, junto a un rebrote de los elementos integristas y reaccionarios del fundamentalismo islámico, se han producido también manifestaciones de la lucha de clases bajo banderas religiosas en el sentido a que Engels se remitió en su trabajo «Las guerras campesinas en Alemania» (2). Tales manifestaciones han revestido particular interés por la incidencia que las concepciones religiosas musulmanas chiitas han tenido en la frustrada revolución iraní. De una u otra forma, este fenómeno se ha manifestado no sólo en el Oriente Medio sino también en el Asia Central. En Occidente, el retorno hacia posiciones reaccionarias que, después del viraje progresista del Concilio Vaticano II, ha imprimido a la Iglesia católica el Papa Wojtyla, tiene su contrapunto en la denominada «Teología de la Liberación». Esta variante teológica, en la medida que trata de contribuir activamente a impulsar los procesos tendentes al logro de la emancipación humana, requiere ser debidamente integrada, de una u otra forma, en una actualización de la crítica marxista a las consecuencias políticas y sociales del fenómeno de la utilización de la idea de Dios y por las formas cristianas de la alienación religiosa.

II. El marxismo y la alienación religiosa

En la evolución del pensamiento de Carlos Marx, la crítica de la alienación religiosa desempeña una función relevante pero, a su vez, está inserta en un proceso general tendente a la superación de toda forma de alienación humana. Por ello, la lucha contra la alienación religiosa se sitúa en el mismo marco que la lucha contra la alienación filosófica, la alienación política, la alienación social y la alienación económica. Aunque a lo largo del desarrollo de su pensa-

miento, Marx abordó la crítica de todas las alienaciones, no por ello las situó en un mismo plano. Inicialmente, para Marx, la primera de todas las alienaciones es la alienación religiosa: en la religión, el hombre proyecta fuera de sí, de manera vana, su ser esencial, y se pierde en la ilusión de un mucho transcendente.

El intento de reducir o superar las alienaciones humanas es común a toda la filosofía crítica posthegeliana. Particularmente, en Marx, la categoría de alienación es semejante en esencial a lo que es la filosofía hegeliana, de la que está tomada directamente. Empero, en Marx tiene un sentido menos general. Para Hegel, la alienación es el momento dialéctico de la «diferencia», de la escisión entre el sujeto y la sustancia. Para Marx, ese sentido menos general se concreta a través de situaciones en las cuales el hombre se ha perdido a sí mismo. Ya no son situaciones por medio de las cuales el hombre adquiere un nuevo contenido al exteriorizarse. Marx concede más atención a una pérdida por la determinación o la objetividad que a un enriquecimiento por las determinaciones sucesivas. Mientras que, según Hegel, el paso por las experiencias de exteriorización es el progreso necesario y el crecimiento indispensable, para Marx la alienación es el mundo del que hay que salvar al hombre. En vez de enriquecerle hay que recuperarle. En consecuencia, para Marx, en ese sentido, la totalidad viene ya dada desde el punto de partida. Hegel parte de la conciencia puntual, elemental e ingenua. Por el contrario, Marx parte del hombre concreto, descubierto ya por Feuerbach en su crítica de la concepción religiosa hegeliana. Coherentemente, no se da en Marx una «idea» de totalidad preexistente, una esencia del hombre que pudiera estar determinada «a priori» antes de su existencia. Empero, ya que Marx procede por reducción de las alienaciones y no por enriquecimiento por determinaciones sucesivas, ineludiblemente tiene que darse de alguna forma la totalidad humana que hay que volver a encontrar y a la cual debe devolverse la apariencia humana. Según un crítico del pensamiento de Marx, Jean-Ives Calvez, esta característica previa de la noción de alienación se esclarece en el desarrollo de las diversas críticas de la alienación por Marx (2).

En realidad, la especificidad de la concepción que Marx elabora de la alienación religiosa data ya de una etapa anterior que se puede remontar a su tesis doctoral. Al analizar la polémica de Plutarco contra Epicuro, y la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro, cuya diferencia debía constituir el tema de su tesis de doctorado, Marx caracteriza como «chatos» los argu-

mentos con que Plutarco trata de justificar la creencia en Dios, combatida por Epicuro. Como primer argumento, Plutarco observa que el temor de Dios preserva del mal, a lo cual Marx responde que el verdadero mal para el hombre reside en la alienación en Dios de su propia esencia. Es así que el temor de Dios, que Plutarco convierte en el fundamento de la creencia religiosa, constituye en realidad el verdadero mal, puesto que supone la alienación en Dios de la esencia humana (3). Para Marx, la creencia en la inmortalidad, tal como la concebía Plutarco, quien la basa en el temor a la muerte, no está justificada. A esta creencia nacida de una aspiración egoísta a la eternidad individual, Marx opone la concepción más elevada que tiene Epicuro de la eternidad, a la cual concibe como una supervivencia del individuo en la humanidad, y que encuentra su símbolo en la eternidad de los átomos, cuya existencia se perpetúa en cada una de sus combinaciones. Esta reducción de lo divino a lo humano permite explicar igualmente la naturaleza de Dios. El verdadero sujeto de Dios está constituido por las cualidades humanas eminentes: el Bien, la Belleza, etcétera; en relación a ellas, lo divino sólo tiene el valor de un atributo. Ello explica la nulidad de las pruebas de la existencia de Dios, que, o bien son pura tautología, o se refieren en realidad a la existencia de la conciencia que la humanidad tiene de su propia esencia.

Según Auguste Cornú, en esta crítica de la religión que lo llevaba a considerar a Dios como el producto de la alienación de la esencia humana, Marx se inspiraba en las concepciones que Feuerbach desarrollaba entonces en su obra «La esencia del cristianismo», en donde se presenta la religión como un fenómeno de alienación que vuelve al hombre extraño a sí mismo por la exteriorización de su propia esencia (4). En el campo más concreto del texto de su tesis doctoral, al oponer Epicuro a Demócrito, Marx comenzaba por alabar en él al filósofo lúcido, al ateo que había liberado al hombre del temor de los dioses.

Lo elogiaba ante todo por haber analizado los fenómenos físicos en sus relaciones con el hombre, y por haber hecho de la filosofía de la naturaleza el fundamento de una ética cuyo objetivo era asegurar y justificar la libertad humana. Por otra parte, su defensa de la posición de Epicuro no le impedía criticar a éste, y reprocharle en especial no haber dado una solución satisfactoria al problema del comportamiento del hombre respecto al medio en que vive. En efecto, si la filosofía de Demócrito conducía al determinismo, es decir, a la negación de la libertad humana, la de



La religión es el suspiro de la criatura abrumada, el sentimiento de un mundo sin corazón, así como es el espíritu de una situación sin espíritu

Epicuro llevaba a una falsa noción de libertad, que él concebía bajo su forma absoluta y no en su relación dialéctica con la necesidad. O sea, en el marco de la relación del hombre con su medio. En todo caso, en el prefacio de su tesis, Marx celebraba en Prometeo al héroe y mártir de la libertad, y hacía suya la antigua respuesta de Prometeo a Hermes, el siervo de los dioses: «Jamás, puedes estar seguro, habré de cambiar mi suerte miserable por tu servidumbre, pues prefiero seguir encadenado a esta roca antes de convertirme en el mediocre servidor de Zeus» (5).

Aunque su itinerario inicial en el campo de la religión y de la filosofía fue distinto —Engels no procedía como Marx de un padre liberal y agnóstico, sino de un rígido pietista—, Federico Engels asimiló sin dificultad la conclusión político-social a la que llegaba Feuerbach en «La esencia del cristianismo» (6): «La supresión de una vida mejor en el cielo implica la existencia de una vida mejor sobre la tierra, y hace que el advenimiento de un futuro mejor no sea ya el objeto de una vana creencia, sino una obligación que el hom-

bre debe realizar (...). La política debe llegar a ser nuestra religión». Al referirse a esta influencia feuerbachiana, Engels, que había sentido su efecto liberador, escribió más tarde en su «Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana»: «Fue entonces cuando apareció “La esencia del cristianismo de Feuerbach”. Esta obra pulverizó de golpe la contradicción, restaurando de nuevo en el trono, sin más ambages, al materialismo.

La naturaleza existe independientemente de toda filosofía; es la base sobre la que crecieron y se desarrollaron los hombres, que son también, de suyo, productos naturales; fuera de la naturaleza y de los hombres no existe nada, y los seres superiores que nuestra imaginación religiosa ha forjado no son más que otros tantos reflejos imaginativos de nuestro propio ser. El maleficio quedaba roto: “El sistema” saltaba hecho añicos y se le daba de lado (...). Sólo habiendo vivido la fuerza liberadora de este libro podemos formarnos una idea de ella. El entusiasmo fue general: al punto, todos nos convertimos en feuerbachianos» (7).

III. El doble carácter de la religión

Una mayor profundización de la concepción de la alienación religiosa en el pensamiento marxista, se logra cuando Marx trata de obtener mayor precisión en la distinción entre su posición y la de Feuerbach. Complementariamente, así se consigue también precisar la concepción que entonces tenía Marx sobre el doble carácter de la religión, como protesta y como felicidad ilusoria susceptible de ser utilizada como narcótico. Tal tarea, Marx la aborda en su «Contribución a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel». En este trabajo parte de la comprobación de que la crítica de la religión, preludio necesario de toda crítica social, fue llevada hasta el fin por Feuerbach, creó las condiciones requeridas para la emancipación humana, proporcionando al hombre conciencia de su verdadera naturaleza, que ya no quiere poseer bajo una forma celestial, ilusoria, sino real, para poder vivir su vida verdadera en forma no ya imaginaria, sino efectiva y concreta. Auguste Cornú, en su exhaustivo estudio del itinerario de Marx y Engels del idealismo al materialismo histórico, interpreta muy bien la finalidad de Marx en dicho trabajo, al precisar que «Traspone la crítica de Feuerbach al plano social y muestra que para devolver al hombre su verdadera naturaleza, su esencia alienada, no basta, como lo piensa Feuerbach, con destruir la ilusión religiosa, sino que es también necesario, especialmente, abolir las condiciones sociales que engendran esa ilusión. Feuerbach señalaba que el hombre crea la religión, pero consideraba al hombre desde un punto de vista general antropológico, en sus relaciones con la especie humana y con la naturaleza. Ahora bien, el hombre es ante todo un ser social, cuyo modo de vida y cuyo pensamiento están esencialmente determinados por la sociedad. Si la sociedad crea la religión, es decir, un mundo al revés, donde la realidad se hace ilusión, ello se debe a que ella misma es un mundo al revés. La religión no es, en efecto, otra cosa que la expresión teórica, el reflejo espiritual de la sociedad; si no confiere a la naturaleza humana más que una realidad ilusoria y ésta sólo se halla en una existencia imaginaria, es porque en la sociedad actual, que sólo procura al hombre una satisfacción ilusoria de sus necesidades, la esencia humana no tiene realidad verdadera. Engendrada por la miseria que reina en la sociedad, la religión constituye una protesta contra esa miseria, pero una protesta ilusoria que termina en un consuelo ilusorio que hace de la religión el opio del pueblo, y ello en dos formas: 1) Porque los hombres miserables la buscan como un narcótico para mitigar sus penas. 2) Porque al

impedirles que comprendan la naturaleza y las causas de ésta, los aparta de la rebelión contra la sociedad que las engendra» (8).

En aras de esa mayor precisión —ya que la célebre frase de Marx sobre la religión como «opio del pueblo» ha sido frecuentemente sacada del contexto—, nos vamos a permitir citar a Marx con la debida amplitud: «Para Alemania, la crítica de la religión ha alcanzado su fin sustancialmente; y la crítica de la religión es la condición de toda crítica. La existencia del error en el terreno profano está vulnerada una vez que su “oratio pro aris y focus” relativa al cielo ha sido refutada. El hombre, que sólo ha encontrado su propio reflejo en la fantástica realidad del cielo donde buscaba un superhombre, ya no estará dispuesto a encontrar sólo la apariencia de sí mismo, sólo la negación del hombre, allí donde busca y deberá buscar su verdadera realidad. El fundamento de la crítica religiosa es este: el hombre hace la religión, no la religión al hombre. En realidad, la religión es la autoconciencia y el autosenntimiento del hombre que aún no se ha encontrado a sí mismo o que ha vuelto a perderse. Pero el hombre no es un ser abstracto, agazapado fuera del hombre real; el hombre es el mundo del hombre: Estado, sociedad. Este Estado y esta sociedad producen la religión, que es una conciencia invertida del mundo, porque ellos mismos son un mundo invertido. La religión es la teoría general de ese mundo, su compendio enciclopédico, su lógica en forma popular, su “point d’honneur” espiritualista, su entusiasmo, su sanción moral, su complemento solemne, el fundamento general de su consuelo y de su justificación. Es la realización fantástica de la esencia humana, porque la esencia humana carece de verdadera realidad. La lucha contra la religión es, pues, indirectamente, la lucha contra ese mundo del que la religión es el aroma espiritual. La miseria religiosa es a la vez la expresión de la miseria real y la protesta contra la miseria real. La religión es el suspiro de la criatura abrumada, el sentimiento de un mundo sin corazón, así como es el espíritu de una situación sin espíritu. La religión es el opio del pueblo.

La superación de la religión como felicidad ilusoria del pueblo es la exigencia de su verdadera felicidad. La exigencia de superar las ilusiones sobre su situación, es la exigencia de superar una situación que necesita ilusiones. La crítica de la religión es, pues, en germen, la crítica de este valle de lágrimas, del cual la religión es la imagen sagrada. La crítica ha deshojado las flores imaginarias que cubrían la cadena, pero no para que el hombre lleve la cadena prosaica y sin consuelo, sino para que sacuda la cadena y coja la flor

viva. La crítica de la religión suprime al hombre las ilusiones a fin de que piense, actúe y amolde su realidad como un hombre sin ilusiones que ha alcanzado la razón, a fin de que se mueva alrededor de sí mismo y por consiguiente alrededor de su verdadero sol. La religión no es más que el hombre que se mueve alrededor del hombre mientras éste no se mueve alrededor de sí mismo. La historia tiene, pues, la misión, una vez que la verdad del más allá se ha desvanecido, de establecer la verdad del más acá. Una vez desmascarada la forma sagrada que representaba la autoalienación del hombre, la primera tarea de la filosofía que se ponga al servicio de la historia

conclusión alcanzada por Feuerbach, en su crítica de la religión, como la clave del misterio para cualquier otro problema humano. Por eso quiere aplicar el método y las conclusiones de Feuerbach a la filosofía del derecho y luego, en sus obras posteriores, a la economía, convirtiéndose, según la expresión de Labriola, «en el Feuerbach de la economía» (10).

El elemento de protesta, que forma parte del doble carácter de la religión, pocas veces ha alcanzado dimensión masiva en la tradición judeocristiana. No obstante, se pueden rastrear a lo largo de su historia posiciones de protesta y lucha social en los profetas bíblicos Miqueas,



La «Teología de la Liberación», está impulsando el componente de protesta de la religión cristiana, sirviendo de inspiración a movimientos guerrilleros y de masas, en América Latina

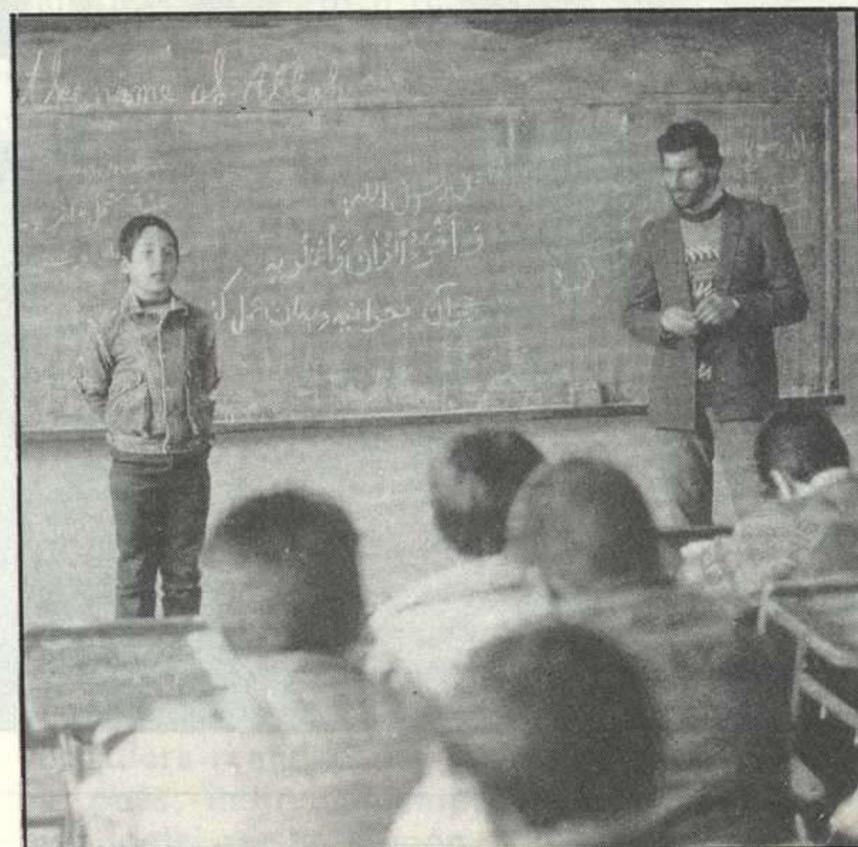
consiste en desmascarar esa autoalienación bajo sus formas profanas. La crítica del cielo se transforma así en crítica de la tierra, la crítica de la religión en crítica del derecho, la crítica de la teología en crítica de la política» (9).

Rodolfo Mondolfo, en sus notas a la edición de este trabajo de Marx, matiza que el valor más positivo de tal superación de la religión se produce porque al perder la felicidad ilusoria el hombre siente la exigencia de una felicidad verdadera, y entonces lucha por adquirirla contra los obstáculos que se lo oponen. Según Mondolfo, Marx considera el procedimiento crítico y la

Isaías, Jeremías, etcétera, en la secta de los esenios, en diversas sectas comunistas del cristianismo primitivo, en los gnósticos, en diversas herejías medievales, en el movimiento anabaptista, en pensadores cristianos utópicos como Campanella y Tomás Moro, etcétera, que se suceden hasta la edad contemporánea (11). Empero, desde una perspectiva marxista, el cristianismo es al mismo tiempo una justificación transcendente de las injusticias sociales, ya que sus principios sirven para que se acepten todas las formas de opresión y explotación. De ahí la dureza de la caracterización que Marx hizo de tales principios:

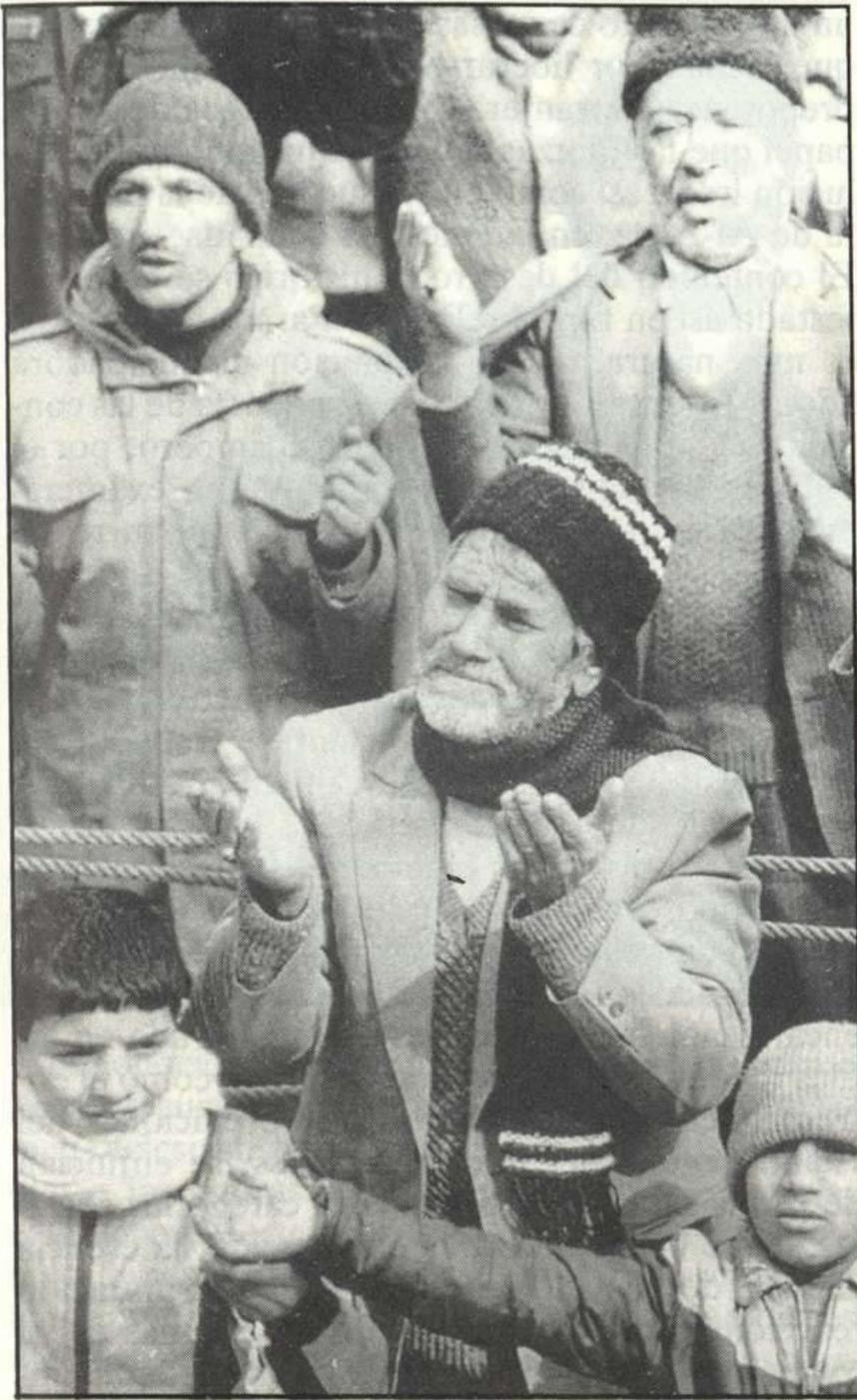
«Los principios sociales del cristianismo han justificado la esclavitud clásica, han glorificado la servidumbre medieval y, cuando hace falta, saben aprobar la opresión del proletariado, aunque con un aire un poco contrito. Los principios sociales del cristianismo predicán la necesidad de una clase dominante y de una clase dominada, y para esta última se contentan con formular piadosamente el deseo de que la primera sea caritativa. Los principios sociales del cristianismo trasladan al cielo la compensación... de todas las infamias, y justifican de ese modo la perpetuación de todas esas infamias sobre la tierra. Los principios sociales del cristianismo declaran que todas las infamias cometidas por los opresores contra los oprimidos son el justo castigo del pecado original o de otros pecados, o bien, que son pruebas impuestas por el Señor, en su infinita sabiduría, a las almas salvadas. Los principios sociales del cristianismo predicán la cobardía, el desprecio a sí mismo, el rebajamiento, la sumisión, la humildad; en resumen, todas las cualidades de la canallería. El proletariado no se deja tratar como canalla, necesita mucho más su valor, su respeto a sí mismo, su orgullo y su amor a su independencia, que no su pan. Los principios sociales del cristianismo son solapados, y el proletariado es revolucionario» (12).

Lenin fue incluso más duro que Marx al precisar el carácter adormecedor y reaccionario de la función social de la religión. Así, en una carta dirigida a Gorki, en 1913, decía: «La idea de Dios siempre ha adormecido y acallado los "sentimientos sociales" sustituyendo lo vivo por lo que está muerto, y ha sido siempre la idea de la esclavitud (de la peor, la esclavitud sin mañana). La idea de Dios no ha ligado nunca al individuo con la sociedad, sino que siempre ha ligado a las *clases* oprimidas por la fe en la divinidad de los opresores. La religión es un opio para el pueblo; toda religión justifica el estado social que la ha engendrado, y lo mismo que el idealismo, su aliado, ofrece un reflejo de la realidad deformado y falso». Y, en un artículo posterior, Lenin insistía en su tesis: «Las clases explotadoras —propietarios de esclavos, señores feudales, capitalistas— encuentran en la religión un arma excelente para legalizar y defender su explotación. A los que defendiendo la religión afirman que ella proporciona conformidad, Feuerbach replica, con razón, que toda *conformidad es reaccionaria*. Quienquiera que se esfuerce por consolar a los esclavos en lugar de incitarlos a la revuelta, se convierte en auxiliar de los esclavistas. Todas las clases opresoras tienen necesidad, para salvaguardar su dominación, de dos agentes de la sociedad: el *fraile* y el *verdugo*. El verdugo reprimi-



me la protesta y la revuelta de los oprimidos y el sacerdote les hace entrever —lo que a nada compromete— un suavizamiento de sus males, una recompensa a sus sacrificios; mientras que la clase dominante se mantiene, el sacerdote predica la resignación a los oprimidos y los aleja de la acción revolucionaria» (13).

Desde una perspectiva muy distinta, Napoleón compartía la opinión de Lenin sobre los sacerdotes al valorar su función —y la del catecismo— como relevantes contribuciones a la estabilidad social. A la misma conclusión llega el profesor Próspero Alfarcic, de la Universidad de Estrasburgo, aunque su perspectiva ideológica difiera tanto de la imperial napoleónica como de la marxista, al sustentar que «la idea de un Dios que ha hecho al



En la primera fase de la revolución iraní, Jomeini defendió los intereses de las masas trabajadoras y de los desheredados, basándose en que éstos son «los herederos de Dios en la tierra»

mundo y lo gobierna, la de un alma espiritual e inmortal creada para su servicio, la de un culto providencialmente establecido para establecer relaciones regulares entre ese alma y Dios, no son vanas especulaciones ante las cuales pueda sonreír algún incrédulo y, prácticamente, desinteresarse. Si es verdad que el mundo está gobernado por Dios, el orden que se afirma en la tierra es su obra. Debería ser, pues, muy respetado. No tenerlo en cuenta, sustituirlo por otro, o bien, enmendarlo, es una impertinencia y una falta grave. Si es verdad que el alma humana es inmortal, la vida presente no merece que nos inquiete. Ella no es más que un punto en el infinito y no tiene significado sino en la medida en que sirve para ganar méritos, para la que debe seguirla. Por tanto,

¿qué importa que se sea más o menos desgraciado, desde el momento que a ese precio se puede llegar a ser enteramente feliz en un mundo mejor? (...). Así, la masa de creyentes es mantenida en un mágico ensueño. Seducida por la visión del más allá, pierde de vista las realidades tangibles que la rodean. Ni siquiera piensa en lamentarse de la suerte miserable que se le ha concedido, y ve sin envidia que algunos elegidos se reparten los bienes producidos por su trabajo. Esta desigualdad le parece de tal modo conforme al plan divino, que no se siente tentada a lamentarse. Los poseedores no pueden por menos que felicitarse de semejante estado de espíritu. Así, se ingenian para hacerlo durar. La religión es el opio del cual se sirven para adormecer al pueblo, para impedirle reflexionar sobre las injusticias de que es víctima y reivindicar sus derechos. Aun aquellos que no pueden dar ya su adhesión a los viejos dogmas, los cuidan celosamente, juzgando ventajoso no dejarlos desaparecer, y así, se imponen a veces grandes sacrificios por inculcarlos al rebaño que ellos explotan» (14).

Así se completa, en la propia evolución ideológica interna del cristianismo, la transmutación del componente de protesta social del cristianismo primitivo en las formas religiosas alienantes que después resultaron hegemónicas en las iglesias cristianas. A tal proceso se refiere Gonzalo Puente Ojea en su obra «La formación del cristianismo como fenómeno ideológico»: «Resumamos sucintamente el significado ideológico del dilatado proceso iniciado por Pablo, continuado por los evangelistas y llevado a su culminación por los padres de la Iglesia: en virtud de este proceso, el mensaje cristiano alteró radicalmente su carácter original de *ideología revolucionaria* y adquirió el sentido de una *ideología conservadora*. El tránsito quedó perfilado mucho antes de que finalizase el siglo I, pero su definitiva consolidación requirió el paulatino debilitamiento de los dos elementos esenciales del mensaje que persistieron por cierto tiempo, incluso después de la quiebra de la comunidad judeocristiana original —con su característica *ideología nacional*—. Esos dos elementos eran la *expectación escatológica* —centrada en la *parusía gloriosa de Jesús para instaurar su reino*— y la *muerte individual para el mundo*, exigida por la conversión espiritual en la fe» (15).

IV. Nuevos fenómenos religiosos

La eventual utilización del componente de protesta social de algunas religiones, para suscitar cambios políticos y sociales revolucionarios, se puso de actualidad como consecuencia del proce-

so revolucionario que, revistiendo formas religiosas, derrocó en 1979 al sha del Irán. Para valorar el alcance de tal fenómeno, no debe olvidarse que, desde una perspectiva histórica concreta, Engels valoró, en su obra «Las guerras campesinas en Alemania», la lucha de clases librada bajo banderas religiosas. Escribía así: «A pesar de las experiencias de fecha reciente, la ideología alemana no quiere ver en las luchas que dieron al traste con la Edad Media, sino una vehemente disputa teológica. Según nuestros sabios de cátedra, aquellas gentes no habrían reñido por las cosas de este mundo si se hubiesen podido poner de acuerdo sobre las cosas celestiales. Estos ideólogos son bastante crédulos para tomar como buena moneda todas las ilusiones que una época tiene sobre sí misma (...). También en las guerras religiosas del siglo XVI se trataba, sobre todo, de intereses materiales y de clase muy positivos, y estas guerras fueron luchas de clases, lo mismo que más tarde los conflictos interiores de Inglaterra y Francia. El hecho de que estas luchas de clases se realizasen bajo el signo religioso, que los intereses, necesidad y reivindicaciones de las diferentes clases se ocultasen bajo capa religiosa, no cambia nada en su fundamento y se explica fácilmente teniendo en cuenta las circunstancias de la época» (16).

Podría creerse que, con el desarrollo de las ideologías de base científica, no habría posibilidad de nuevas luchas de clases libradas bajo banderas religiosas. Sin embargo, los acontecimientos de Centroamérica —donde está incidiendo la Teología de la Liberación— y del Irán, Afganistán, etcétera, demuestran que verdaderos fenómenos revolucionarios tienen lugar hoy bajo formas religiosas. Y es que las formas de las revoluciones no dependen sólo de su época —en la cronología mundial impuesta por el capitalismo— sino también de las condiciones sociales imperantes. De esa opinión era Eshan Tabari, dirigente del partido Tudeli (comunista) del Irán, al precisar que «en nuestra época, la ideología religiosa tiene todavía mucha fuerza en Oriente. Una parte del clero alto y medio, a la que no le son indiferentes los deseos del pueblo, participa activamente en la lucha social. Argumenta que, en el pasado, los profetas y jefes religiosos no defendieron los intereses de los faraones, emperadores y reyes, sino que siempre combatieron a los opresores... La experiencia atestigua que en los países en que la religión es la ideología fundamental, compartida por las masas, la lucha social puede revestir una forma religiosa (...). De hecho, en ciertos países, la religión sirve de fundamento ideológico para la lucha de clases y aparece, en algunos casos, como cosmovisión de las fuerzas revolucionarias. No se puede negar que el Islam ha contribuido al desarrollo de

un movimiento de masas de millones de creyentes que luchan por liberarse del despotismo y de la prepotencia extranjera. Somos testigos del eficaz papel que las fuerzas religiosas juegan en la revolución iraní, así como en los sucesos de la mezquita de Al-Aksa, en la Palestina ocupada, etcétera. El contenido del desarrollo histórico se ha manifestado así en forma religiosa. Para los marxistas, es muy natural que la revolución emancipadora adopte distintas formas de dependencia de las condiciones de tiempo y lugar» (16). Empero, por el doble componente de la religión que ya examinamos, Tabari reconoce que no todo transcurre sin contradicciones. Y así, matiza: «La propia ideología religiosa es fuente de muchos problemas. Así, en el período de la más encarnizada lucha política, el problema del *hedjab* (manto cuyo uso es impuesto a las mujeres por el Islam) se convierte en una cuestión fundamental. Con el pretexto de combatir la ideología “herética”, se intenta dirigir las acciones no contra el imperialismo sino contra los partidos progresistas y los países socialistas». Es éste un costo que debió pagarse debido a la ideología religiosa de la revolución iraní. Así, la encarnizada lucha de clases que ha librado en las filas revolucionarias, se ha presentado como el enfrentamiento entre distintas interpretaciones del Islam. Según tales interpretaciones, se enjuician de forma distinta las principales categorías sociales, como la propiedad, la explotación, la esencia clasista del Estado, etcétera. La interpretación reaccionaria del Islam, citando los dogmas de su religión, no reconoce límites a su propiedad. Empero, los líderes religiosos progresistas sostienen que la propiedad privada, producto de la rapiña de los grandes terratenientes y capitalistas, así como la codicia y la usura, están en pugna con el Islam y deben ser eliminadas. Así, en la primera fase de la revolución iraní, Jomeini defendió los intereses de las masas trabajadoras y de los desheredados, basándose en que éstos son «los herederos de Dios en la Tierra» y que por ello debe ser suya la revolución y el poder islámico. Sin embargo, el viraje regresivo posterior de la revolución iraní ha dejado reducidas las posiciones progresistas islámicas a grupos testimoniales como el Hezbolá (Partido de Dios). Y en los últimos años, tanto en Egipto como en el Oriente Medio y Asia central están experimentando un fuerte ascenso los fundamentalistas islámicos más reaccionarios.

En Occidente, la denominada «Teología de la Liberación» está impulsando el componente de protesta de la religión cristiana, sirviendo de inspiración a movimientos guerrilleros y de masas, en América Latina, y a activos grupos minoritarios que actúan entre los fieles católicos, como son, en Europa, los «cristianos por el socialismo»



Lenin fue incluso más duro que Marx al precisar el carácter adormecedor y reaccionario de la función social de la religión. Así, en una carta dirigida a Gorki, en 1913, decía: «La idea de Dios siempre ha adormecido y acallado los sentimientos sociales»

y las conocidas «comunidades cristianas de base». La persecución que sufren por parte de la jerarquía eclesiástica —aunque con altibajos notables— las figuras atrayentes de Boff y Ellacuría, el asesinato de seis jesuitas en El Salvador vinculados a sus posiciones, etcétera, han suscitado la atención hacia esta variante teológica. Uno de sus ideólogos, Jon Sobrino, fundamenta así su posición: «Para muchos cristianos la liberación histórica de los pueblos oprimidos es absolutamente necesaria y justa; la práctica de la liberación es por eso mismo justa y necesaria. Afirman, además, esos cristianos que en el compromiso personal y comunitario con la liberación recobran y potencian el sentido de su vida; más aún, que la práctica de la liberación se les ha convertido en mediación principal, y para algunos quizá la única, de su experiencia personal con Dios. Desde esa práctica releen la totalidad de la Escritura, y en ella encuentran la centralidad de la liberación, tanto como manifestación de la voluntad de Dios hacia los oprimidos, como en cuanto a exigencia a propiciarla para quienes creen en él. *Liberación*, por tanto, es una realidad central en la que se unifican lo histórico y lo personal, la exigencia del presente y el origen normativo de la Escritura; la liberación no supone entonces ningún problema para esos cristianos, sino que más bien encuentran en ella la solución actual en lo que de problema hay o puede haber en su ser de hombres, creyentes y cristianos (...). El que Jesús muriese crucificado, condenado como blasfemo y subversivo, es

en América Latina —donde tantos son también asesinados como blasfemos y subversivos— la prueba más fehaciente de que Jesús buscó una transformación de su sociedad; de que su amor no estaba dirigido sólo a los pobres o ricos individuales, sino a las mayorías pobres; de que su amor fue, por tanto, también un amor político, liberador» (17).

La relevancia que está adquiriendo el componente de protesta social de algunos fenómenos religiosos, suscita también en algunos pensadores marxistas la necesidad de un replanteamiento de la posición marxista frente a la religión. Así, Adam Schaff, en su trabajo «Las zonas inexploradas del socialismo contemporáneo», se plantea: «Y algo más: la actitud frente a la religión en una situación nueva, cuando los movimientos religiosos desempeñan, con frecuencia, un papel revolucionario y se adhieren de manera consciente al socialismo en tanto que régimen que ellos mismos señalan en su ideología como objetivo del desarrollo social (...). Estos movimientos son cada vez más numerosos en el mundo, y su influencia sobre las masas es mucho mayor que la fuerza de atracción de los movimientos socialistas tradicionales (por ejemplo, la Teología de la Liberación ligada al catolicismo es, sin duda alguna, la fuerza revolucionaria más potente y eficaz de América Latina; el fundamentalismo musulmán representado por parte de los movimientos chiitas proiraníes o por las tendencias abiertamente prosocialistas plasmadas en el «Libro Verde» de Ghadafi,

etcétera). Su diversidad está relacionada con la diversidad de la base religiosa que sirve de fuente inspiradora. Ahora bien, independientemente de las apariencias y de la fraseología que sirve para guardar esas apariencias, los citados movimientos tienen sus bases reales en los problemas sociales de la actualidad. Esos problemas suelen cubrirse con distintos disfraces retórico-religiosos condicionados por la historia y la cultura locales. No obstante, a pesar de las diferencias de los disfraces religiosos, los contenidos de los postulados de esos movimientos son similares. El cristianismo, el islam, el budismo, etcétera, hablan de la necesidad de pasar a una nueva sociedad. Como resultado, esos movimientos, en la sociedad actual, adquieren un carácter revolucionario-anticapitalista, aunque pueden distanciarse del socialismo y, sobre todo, de su versión representada por los países del socialismo real que conocen como realización práctica (...). Y esto es lo que le da su dimensión actual a un problema que tiene que ser contemplado como asunto futuro, al menos en su plena dimensión (...). Ante todo, se trata de la postura frente a la religión de los movimientos tradicionales que, de alguna manera, siguen ligados al marxismo en tanto que ideología o siguen cultivando las tradiciones anticlericales del Siglo de las Luces. Como es sabido, el marxismo —de acuerdo con esa tradición— proclamó que la religión era una especie de opio para el pueblo y la combatió partiendo del ateísmo materialista. Aquí vamos a dejar de lado los aspectos metafísico-filosóficos del problema y nos concentraremos en sus fuentes históricas. Cuando Marx asimiló la consigna de Bruno Bauer en los marcos de la izquierda hegeliana, ello se debió no sólo a las motivaciones de carácter filosófico-doctrinal, sino también a las exigencias de la lucha social. En aquella época, la Iglesia desempeñaba un papel contrarrevolucionario en la lucha contra el feudalismo y contra el capitalismo y su clase en desarrollo. La oposición del naciente movimiento obrero frente a la Iglesia se debió, precisamente, al papel que ésta jugaba. Por otro lado, la oposición entre el ateísmo y la fe religiosa era y sigue siendo, hoy por hoy, uno de esos problemas filosóficos “eternos” que no pueden ser definitivamente resueltos —dado el carácter de los argumentos que entran en juego— y siempre la polémica termina con la constatación de la existencia de premisas distintas que no pueden ser empíricamente comprobadas. Así suele terminar la disputa y el problema recupera su carácter “eterno” (...). Por esa razón, cuando los movimientos tradicionales prosocialistas examinen el problema de los movimientos sociales de masas, por ejemplo, de la Teología de la Liberación, no deben preocuparse de

si las premisas religiosas aceptadas por los miembros de ese movimiento pueden o no ser aceptadas por las personas no creyentes o de si son compatibles o no con el marxismo. Deben interesarse por los objetivos sociales de esos movimientos, a veces abiertamente revolucionarios contra el capitalismo. Cuando Marx habló de la religión como del opio para el pueblo pensó precisamente en esa cuestión: en los efectos que tenía la religión en la versión que era entonces propagada por la Iglesia, para la lucha de clases del proletariado. La Iglesia de entonces, de manera intencionada, mellaba el filo de la lucha (y Marx no condenó de manera general los movimientos sociales religiosos, siendo una prueba de ello la valoración que dio a la Guerra Campesina de Alemania, disfrazada con la vestimenta religiosa). Hoy las cosas son muy diferentes, hoy se trata a veces de movimientos *revolucionarios*, de movimientos aliados en relación con los movimientos tradicionales —proletarios— prosocialistas. ¿Se puede seguir repitiendo de manera dogmática o —lo que aún es peor— sin sentido alguno, cuando algunos de esos movimientos *luchan por el socialismo*, que la religión no es otra cosa que el opio para el pueblo? ¿Se cometería algo totalmente absurdo! Esa actitud tiene que ser radicalmente modificada. De eso no se desprende ningún cambio en la actitud del ateo o del agnóstico que siguen defendiendo la postura *científica* en su razonamiento, frente a la *metafísica* de la religión. Esta última cuestión es, en realidad, filosófica y, aunque se relaciona de alguna manera con el problema político y práctico que aquí nos interesa, no es idéntico a él. Y ésta era la conclusión que necesitábamos y fue la causa de todo el razonamiento expuesto. El significado de esa conclusión para la acción tiene que ser establecido en cada caso de manera concreta y por separado, ya que son muchas las variables que entran en juego» (18).

Es obvio que, desde una perspectiva de estrategia política, tendente a acumular fuerzas sociales par avanzar hacia el socialismo, difícilmente se puede dejar de compartir la posición de Adam Schaff. Sin embargo, aunque marxistas y creyentes puedan, y deban, luchar conjuntamente por la causa de la emancipación social y política, ello no resuelve el problema de sus diferencias radicales respecto a una emancipación humana integral. Desde una perspectiva marxista plenamente coherente, no basta con la erradicación de las alienaciones económica, social y política, sino que si se quiere lograr esa emancipación integral o plena, es indispensable tratar de superar también la alienación religiosa, para que el hombre recupere su propia esencia perdida en la ilusión de un mundo trascendente. Ahora bien, a esa superación de la

alienación religiosa se puede llegar a por distintas vías. Así, Lenin sostenía que la mejor vía para que los obreros creyentes superasen la alienación religiosa era su participación en la lucha de clases junto con sus compañeros no creyentes (19). A ese resultado pueden contribuir también las luchas revolucionarias impulsadas por la Teología de la Liberación. En cierto modo, a esa conclusión llega Gustavo Bueno al analizar tal teología desde la perspectiva de la filosofía materialista de la religión: «Tenemos que dudar, muy seriamente, de la existencia de una *teología de la liberación* efectiva como sistema dogmático cristalizado. No pueden confundirse los intentos con los resultados efectivos. Si no entendemos mal, la teología intencional de la liberación es el proyecto de incorporación de la idea de liberación política al dogma de la *pericóresis* temporal. Según esto, sólo si esta incorporación llegase a tener efecto cabría hablar de una teología positiva de la liberación (...). A nuestro juicio, las probabilidades de que la *Teología de la Liberación* no sea otra cosa sino un capítulo interesante de la filosofía de la religión, son muy altas. Independientemente de que aplaudamos o condenemos, la disposición de tantos cristianos a luchar contra “el Imperio” en favor de los oprimidos, incluso de que nos inclinemos con respeto ante el heroísmo de tantos sacerdotes que han dado su vida en las guerrillas o han sido asesinados en la retaguardia, lo cierto es que no alcanzamos a ver en sus acciones el menor sentido sobrenatural, claro y terminante. Se dirá que lo importante en su acción es su *ortopraxis* y no los argumentos teológicos que puedan aducirse. Sin duda, esto es lo importante —y por ello, nos inclinamos con respeto ante los héroes—. Pero aquí no estamos sugiriendo que debieran haber obrado de otro modo. Estamos diciendo que deben abandonar la pretensión de una teología imposible. Estamos afirmando que la carencia de teología es sólo el índice de que su praxis no está inspirada por motivos religiosos. Más aún, que es la propia praxis de la liberación una de las más enérgicas vías por las cuales pueda tener lugar la misma involución de la religión cristiana hacia la forma límite de una “filantropía trascendental”. Cuando los motivos para incorporarse a los movimientos de liberación son tan obvios en el terreno político y humano, podremos afirmar como evidente que quien esté impulsado por estas motivaciones, tenderá también a percibir las motivaciones escatológicas como estímulos demasiado débiles y lejanos, de otro orden, innecesarios e ineficaces. Hasta el punto de que la consideración de aquellas motivaciones teóricas, teológicas, que quede podrá contribuir a derrumbar la fe, a hacer posible claro el esqueleto mitológico de la misma.

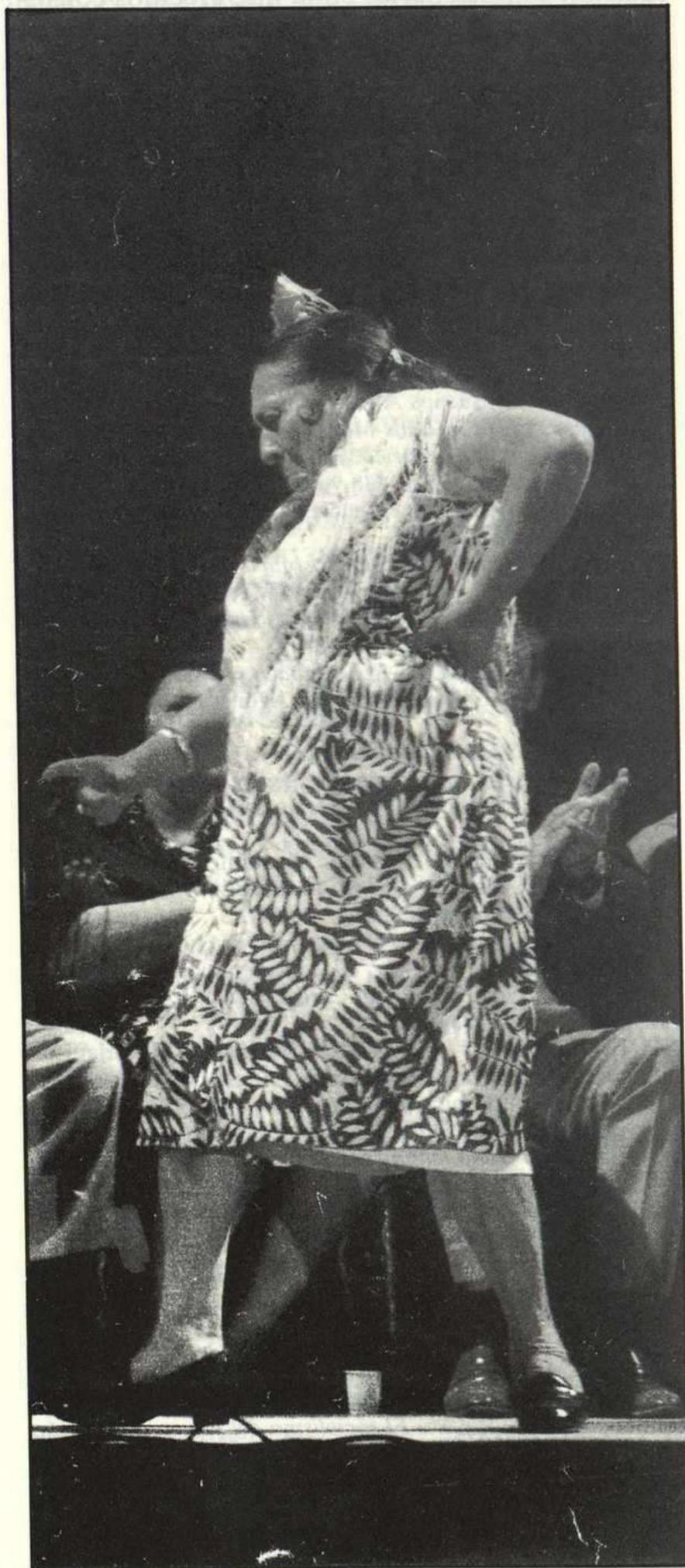
Por su contenido, la *Teología de la Liberación* parece representar más bien el testimonio de un clero que está en retirada, como tal clero, pero que ha visto, con una evidencia que le honra, que es inocente toda actitud de compromiso fundada en la teología tradicional y que ésta en el fondo no es otra cosa sino complicidad. Sin embargo, estamos dispuestos a conceder que esta vía de especulación confusionaria, en la que creemos consiste la teología de la *liberación* es, no obstante, la única accesible para muchas personas que se formaron en el cristianismo y a quienes una claridad excesiva podría contribuir incluso a apagar su fuego revolucionario» (20).

NOTAS:

- (1) Gustavo Bueno, «¿Qué pasa en el Este?» Diario *El Independiente* del 20-1-1990. Págs. 1 y 7 de «Los grandes temas del domingo».
- (2) Federico Engels, *Las guerras campesinas en Alemania*. Editorial Andes. Buenos Aires, 1970.
- (3) Auguste Cornú, *Carlos Marx. Federico Engels. Del idealismo al materialismo histórico*. Editoriales Platina y Stilcograf. Buenos Aires, 1965. Págs. 138 y sig.
- (4) Ludwig Feuerbach, *La esencia del cristianismo*. Ediciones Sígueme. Salamanca, 1975.
- (5) Karl Marx, *Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro*. Editorial Ayuso. Madrid, 1971. Pág. 11.
- (6) Ludwig Feuerbach, *La esencia del cristianismo*. Ediciones Sígueme. Salamanca, 1975.
- (7) Federico Engels, *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Editorial Ricardo Aguilera. Madrid, 1968. Pág. 23.
- (8) Auguste Cornú, *op. cit.* Pág. 442.
- (9) Karl Marx, *Contribución a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*. Ediciones Nuevas. Buenos Aires, 1965. Págs. 7 y sig.
- (10) *Op. cit.* Notas de Rodolfo Mondolfo. Págs. 7 y sig.
- (11) Max Beer, *Historia general del socialismo y de las luchas sociales*. Buenos Aires, 1973.
- (12) Karl Marx, artículo en el *Deutsche Brüsseler Zeitung* del 12-9-1874. MEGA I, vi. Pág. 271. (Reproducido por Jean-Ives Calvez, *El pensamiento de Carlos Marx*). Ediciones Taurus. Madrid, 1960. Pág. 88.
- (13) Lucien Henry, *Los orígenes de la religión*. Editorial Claridad. Buenos Aires, 1939. Págs. 12 y 13.
- (14) Lucien Henry, *op. cit.* Pág. 11.
- (15) Gonzalo Puente Ojea, *Ideología e historia. La formación del cristianismo como fenómeno ideológico*. Siglo XXI, Editores. Madrid, 1974. Pág. 294.
- (16) Eshan Tabari, *El papel de la religión en nuestra revolución*. Opúsculo editado por miembros y simpatizantes del Partido Tudeh en España. Apartado de correos, N.º 50.284. Madrid, 1983. Págs. 2, 3 y 4.
- (17) Jon Sobrino, *Liberación con espíritu. Apuntes para una nueva espiritualidad*. Editorial Sal Terrae. Santander, 1985. Págs. 35 y 207.
- (18) Adam Schaff, «Las zonas inexploradas del socialismo contemporáneo». Revista *El socialismo del futuro*. Fundación Sistema. Vol. 1. N.º 1. 1990. Págs. 46, 47, 53, 54 y 55.
- (19) V. I. Lenin, *Acerca de la religión*. Editorial Progreso. Moscú. Págs. 22 y sig.
- (20) Gustavo Bueno, *Cuestiones cuodlibetales sobre Dios y la religión*. Editorial Mondadori. Madrid, 1989. Págs. 363, 374 y 375.

EL CANTE FLAMENCO: TRASCENDENCIA Y TRIVIALIZACION

Andrés Salom



1. MARGINACION, REBELDIA

EL cante flamenco, del que actualmente todo el mundo habla sin saber exactamente lo que es —confundiéndolo incluso con lo que podría ser su contrario: la canción folklórica—, sigue siendo un gran desconocido. Pero no sólo en el norte de España o en Estocolmo, como cabría pensar, sino incluso en el corazón de Sevilla, Cádiz o Córdoba. Se debe esto, más que a supuestas dificultades de entendimiento, a oscuros intereses de quienes se empeñan en hacernos ver que vivimos en el mundo mejor de los posibles, al que no le iría ni poco ni mucho un arte hecho a base de lamentaciones y rebeldía implícita.

A partir precisamente de un acto de inconformismo frente a la situación de injusticia bajo el cual han permanecido las provincias del sur a lo largo de muchos siglos, el cante flamenco se conforma a base de recreación artística y engrandecimiento de un reducido número de canciones del folklore andaluz; un folklore impregnado de orientalismos debido a la determinante influencia de la cultura islámica en lo que hoy es Andalucía y sus alrededores durante más de siete siglos.

Y cuando digo recreación artística, lo hago sólo para tratar de expresarme de alguna forma. Pues, en realidad, de lo que se trata es de una primitivización con pérdida evidente de componentes musicales en pro de una mayor expresividad a base de desencadenar elementos emotivos.

Al igual que ha sucedido con otras etnias marginadas en distintas partes del mundo, en Andalucía, los grupos de moriscos huidos al monte para tratar de eludir la expulsión, de gitanos víctimas de una marginación atroz y de bandoleros y contrabandistas acosados, dada su pérdida casi total de contacto con la cultura oficial, entran en un proceso de primitivización que afecta a todas sus manifestaciones. Y así, llega un momento en que aquellas gargantas empobrecidas ya no son capaces de modular los delicados melismas del cantar andaluz. Y ante tal deficiencia, los gitanos, por ejemplo, en fiestas familiares y al cantar saetas en las procesiones para hacer alarde de catolicismo —sobre sus cabezas pesan graves acusaciones de practicar religiones extrañas—, tratan de compensar a sus auditorios a base de transmitir emotividad. Se recurre para ello a gesticulaciones lace-

rantes (imagen), quiebro de voz llevada a situaciones límite, etcétera. Es cuando el canto flamenco empieza a tener entidad como tal, cuando, más que cantar —como ha dicho alguien muy gráficamente—, empieza a ser *aullido de bestia acorralada*.

2. FOLKLORE Y CANTE FLAMENCO

Algunos estudiosos del género, sin apercibirse —o sin quererse apercibir— de que entre una cosa y otra existen diferencias sustanciales, incluyen al flamenco en el ámbito de lo folklórico sin el menor reparo. He aquí algunas de dichas diferencias:

1. Toda música folklórica se caracteriza por su cultivo popular. Y si bien es cierto que hoy día, dado el espectacular auge de los medios audiovisuales y de la tecnología imperante —incluso en el sector agrario—, el folklore —música y danza— ha sido relegado a mero espectáculo, no lo es menos que hasta muy cerca de mediados de nuestro siglo, sin que para ello importaran demasiado las condiciones de voz, todos cantábamos canciones folklóricas. El hacerlo, además, en ocasiones, era una necesidad. Todas las madres cantaban nanas para dormir a sus niños, y en las eras, si no cantábamos, las caballerías perdían el trote. Las jornadas de sol a sol en tiempos de siega se habrían hecho insostenibles sin el desahogo de aquellos cantares envueltos en las pullas que los mozos nos lanzábamos unos a otros. Por Navidad, todos cantábamos villancicos... Y cada época o tarea tenía su tonada particular perfectamente diferenciada.

El flamenco, por el contrario, ha sido siempre quehacer de artistas; artistas populares, si se quiere, pero tan legítimamente profesionales como el primer cantante de ópera o de canción ligera. Nadie canta flamenco para sí mismo, sino para un público que le paga y que sólo entra en la eurimia del conjunto con su participación activa y recreadora, y más raramente con exclamaciones y sutiles acompañamientos, para los que también se requiere una muy especial preparación. Pues un ¡olé! a destiempo o unas palmas fuera de compás pueden resultar lamentables.

2. La música folklórica tradicional de nuestro entorno suele estar hecha a base de los peores restos de música culta, y, por tanto, aparte de ser asequible a todas las gargantas, es perfectamente transportable al pentagrama occidental.

Para el flamenco, en cambio, dada su condición de creación en acto, y cuyos principales valores frecuentemente se basan en roturas de voz y pérdidas de tono (*Pasaba por los tonos sin romperlos*, decía García Lorca evocando a Silverio Franconetti), incluso en imprevistos silencios, no hay

notación musical posible, por más que muchos la hayan intentado, sin éxito.

3. En la interpretación de cualquier canción folklórica alcanzará siempre el mayor éxito quien posea mejores condiciones de voz: potencia, riqueza de notas abarcadas, limpieza, etcétera.

Y aquí es donde resalta con mayor claridad la diferencia entre folklore y canto flamenco. Pues alguien con tanta autoridad al respecto como don Manuel de Falla, en su manifiesto del festival de Granada de 1922, ya señalaba: *...una gran extensión vocal, es decir, una voz que abarque muchas notas, no sólo no es necesaria para el canto jondo, sino que, si se hace mal uso de esa propiedad, puede ser perjudicial al más puro estilo del mismo (1)*. Y ahí está el ejemplo de dos de los artistas flamencos más valiosos y respetados hoy: Fernanda de Utrera y Antonio Fernández «Fosforito», cuyas voces, además de pobríssimas, son prácticamente nulas. Lo que no significa que una voz poderosa y rica bien administrada no pueda ser también válida en flamenco. Es el caso de las de Calixto Sánchez y Luis de Córdoba, dos de las máximas figuras de la actualidad.

3. ¿FOLKLORE ANDALUZ?

Con todo, no podemos aportar ningún ejemplo de la música folklórica andaluza a que nos referimos. Sencillamente, porque no existe. Ha sido absorbida por el flamenco. Incluso los centenares de fandangos de Huelva, de Lucena, Granada y otros; los cantares de trilla, nanas, marianas, pateneras, etcétera, aparecen tan salpicados por las características del flamenco —tal fue su influencia desde mediados del siglo XIX hasta finales del primer tercio del presente—, que ya muy poco tienen que ver con lo que puede ser entendido por folklore.

Dicha desaparición se debe quizá, por lo menos en parte, a lo poco necesarios que resultaban en Andalucía los cantares folklóricos, dado que el pueblo andaluz —por más extraño que pueda parecer— se cuenta entre los menos cantores del mundo. Y resulta una verdadera felonía que en el teatro, en el cine, en la televisión, se nos muestre una Andalucía cantaora y, además, en telenovela.

Un grupo de asturianos ante unos «culines» de sidra, unos gallegos adorando sus respectivos cálices de ribeiro o unos alemanes frente a desconocidas jarras de cerveza improvisarán su coro inmediatamente. En Andalucía, uno canta y otros escuchan. Decididamente, el pueblo andaluz no canta. Y si alguna vez lo intenta, lo hace siempre recurriendo a bodrios extra andaluces: rumbas, o algo así, aflamencándolo, naturalmente.

Y por lo que decíamos de los colorines con que siempre se nos presenta a Andalucía, repárese en que el paisaje andaluz es gris; todo lo más verde-olivar —que no verde-oliva—; los pueblos andaluces son blancos y oscura la indumentaria de sus gentes. Y en Sevilla, una de las ciudades más luminosas del mundo, apenas predominan los ocres sobre el blanco de cal y azulete.

Por otra parte, la imagen del cante flamenco está constituida por dos hombres —generalmente de gris o negro— y una guitarra, a solas cada uno consigo mismo. Es una imagen sobria, símbolo tal vez del desamparo bajo el cual han venido sobreviviendo los pueblos del sur.

4. OSCUROS ORIGENES EN EL TIEMPO

El hecho constatable de que no se tengan noticias del flamenco con anterioridad a las primeras décadas del pasado siglo, no tiene por qué suponer su no existencia anterior. Es más, todo hace pensar que viene de muy lejos. Y así parecía entenderlo García Lorca al afirmar que *...viene de razas lejanas, atravesando el cementerio de los años y la fronda de los vientos marchitos* (2).

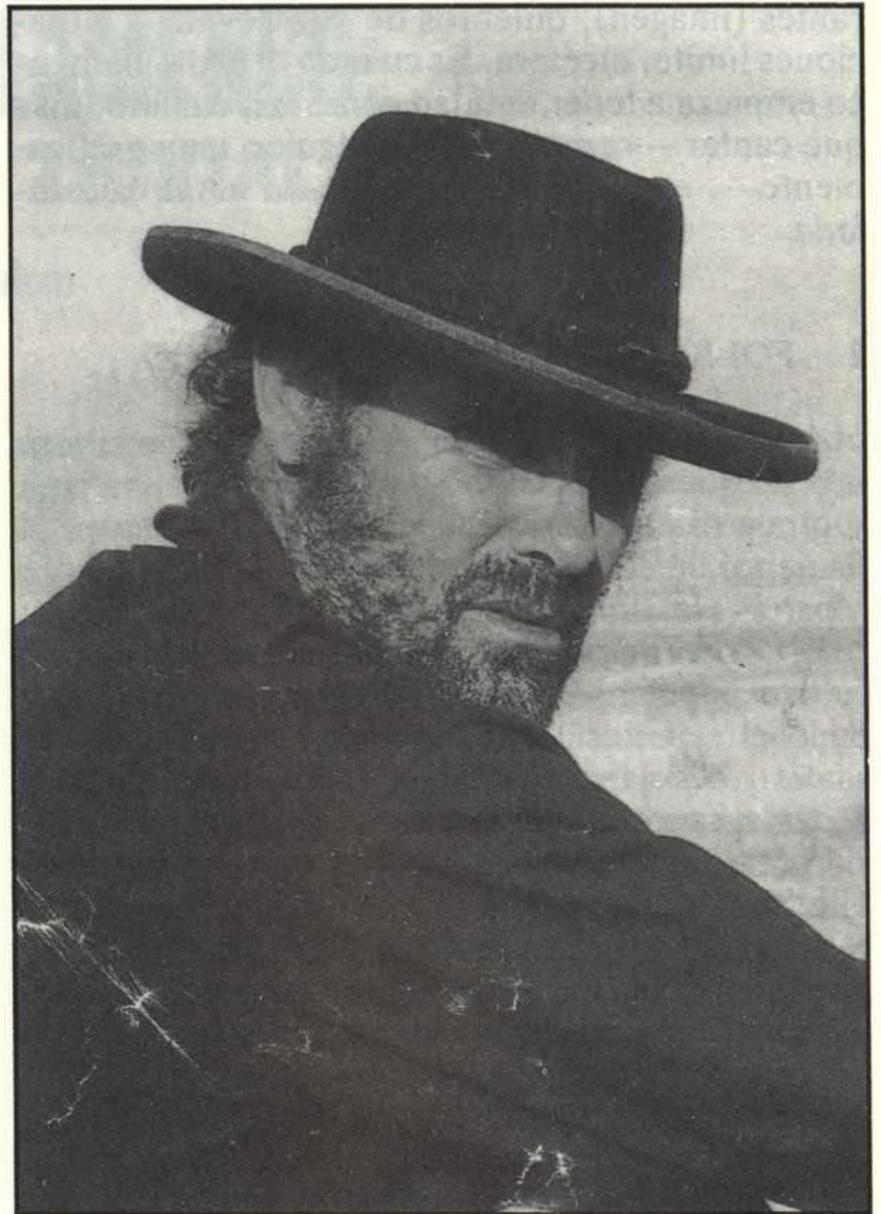
Por otra parte, Serafín Estébanez Calderón, el primero de los intelectuales españoles que mostró una gran curiosidad por el cante al haberse atrevido a descender a la gitanería de la ciudad de Sevilla, para asistir a lo que él llamó «Un baile en Triana», ya nos describe —con gran profusión de detalles, por cierto— el cante de *la caña* con las mismas partes y características con que hoy día —o por lo menos hasta hace muy poco— la interpreta Rafael Romero, su principal especialista.

Dice el autor de «Escenas Andaluzas»: *...la caña es un acento prolongado que principia por un suspiro, y que después recorre toda la escala y todos los tonos repitiendo por lo mismo un propio verso muchas veces, y concluyendo con otra copla por un aire más vivo*. (3).

Y quiero llamar la atención sobre la última parte de este documento: *y concluyendo con otra copla por un aire más vivo*. Esto, en el argot actual del flamenco, se llamaría remate por soleá apolá (*)

No cabe duda, pues, de que si por aquellas fechas (años veinte del siglo pasado) ya existía un cante de tales sutilezas como es la caña, tan elaborado como aquí se le describe, forzosamente tenía que tener muchas décadas —siglos quizá— de existencia.

Y, no obstante, han sido muchos los que han caído en la ingenuidad de creer que el flamenco había aparecido por generación espontánea a últimos del siglo XVIII.



Sólo recientemente a alguien se le ha ocurrido pensar que una manifestación artística tan afectada de componentes musicales procedentes de los cantares de la marginación —canciones folklóricas propias de bandoleros y moriscos, melopeas sinagogales, etcétera— y que, por añadidura, era cultivada, casi en exclusiva, por los gitanos, muy difícilmente podía salir a la luz con anterioridad a la abolición definitiva de la Inquisición en 1834.

5. TRASCENDENCIA DEL CANTE FLAMENCO

En todo el ámbito de la Europa occidental, la Península Ibérica es, sin duda, el marco geográfico en que mejor y en mayor cantidad se han conservado las manifestaciones músico-populares: jotas, asturianadas, muñeiras, fados, fandangos, seguidillas...

De entre ellas, sin embargo, el flamenco —si bien ya no es del todo una música folklórica, como veníamos apuntando— ha sobrepasado con mucho a todas las demás en su conjunto en cuanto a difusión y trascendencia.

Sobre el flamenco, a lo largo de los últimos treinta años se han publicado centenares de libros



y ha constituido el tema de numerosas tesis doctorales. Se dan recitales de cante flamenco en ateneos, aulas magnas y centros de cultura. Anualmente se organizan decenas de festivales, se celebran congresos y existen peñas flamencas en la mayor parte de las ciudades españolas, y en Bruselas, Caracas, Nueva York, Teherán, Ginebra y otras. Es más, el flamenco, desde sus orígenes conocidos, ha sido objeto de interés por parte de escritores y artistas: Estébanez Calderón, Machado y Álvarez, Manuel de Falla, la práctica totalidad de los componentes de la Generación del 27 y casi todos los poetas de los años cincuenta en adelante, algunos de los cuales —Félix Grande, Caballero Bonald, Fernando Quiñones— han hecho del flamenco poco menos que el centro de su actividad literaria. Todo ello aparte, claro, de la gran influencia del flamenco en la obra de los principales músicos españoles —Falla, Albéniz, Granados...—. Pero también en la de Debussy («La puerta del vino»), y, sobre todo, en la de los clásicos rusos: Korsacov, Borodin, Balakirev..., y más recientemente Stravinsky. No en vano el «padre» de todos ellos, el gran Glinka, se pasó largas temporadas en Granada escuchando la guitarra flamenca de Francisco Rodríguez Murciano.

En la constitución de la Generación del 27 como

grupo, que tuvo lugar en la finca del torero Sánchez Mejías, quiso éste obsequiar a sus invitados con un recital de cante a cargo de Manuel Torre, quien, a pesar de ser una persona excéntrica, neurótica y del todo iletrada, se ganó la admiración de todos, haciendo escribir a García Lorca aquello de que Manuel Torre era el hombre con más cultura en la sangre que había conocido. Y Rafael Alberti: *Manuel Torre no sabía leer, ni escribir, ni hablar... Sólo cantar. Pero, llegada la ocasión, defendía su estética con el mismo rigor con que hubiera podido hacerlo un Góngora o un Mallarmé.*

Ya antes, García Lorca había colaborado con Manuel de Falla en la organización del primer festival flamenco de la historia. Y desde entonces, la simbiosis literatura (sobre todo poesía)-cante flamenco no ha hecho más que reforzarse.

6. CATARSIS Y FUENTE DE INSPIRACION

Muchos son los que se han preguntado —que se siguen preguntando todavía— a qué puede deberse este interés de escritores y artistas por el flamenco, un arte que tuvo su origen en los márgenes más oscuros de la sociedad y que, hasta hace poco, sólo era cultivado y difundido por y para el lumpen.

Nadie parece dar con la respuesta adecuada. Y, sin embargo, al menos para nosotros, la cosa es bien sencilla. Veamos...

El drama —el principal drama al menos— de todo creador, lo sea de las letras, el color, las formas o el sonido, ha venido siendo el de su incomunicación: su impotencia para expresarse con toda la intensidad que él quisiera. Sabe, no obstante, que una de las vías posibles para poder hacernos partícipes de cuanto hay en él de inexpressado e inédito es la de la participación activa en la obra de arte por parte del lector, espectador, oyente, a base de recrear —volver a crear— la obra que se nos ofrece.

Desde Freud hacia acá, esta es cosa sobradamente sabida por todos. Pero ya desde mucho antes se intuía. Shakespeare, por ejemplo, hace decir a su Oteló en el momento de presentarle a Yago, convicto y confeso (aproximadamente. Depende de traducciones): *Dejad que le vea los pies.* Y deja para el público lo de relacionar los pies de cabra con los del demonio.

Es la catarsis a que se refería Aristóteles: *El fin de la tragedia es la catarsis, porque mueve el pueblo a la piedad* (también aproximadamente). Es lo mismo, en fin, que trata de provocar cualquier rockero de nuestros días con sus luminarias y sus imágenes de choc. El flamenco, como se ha visto, lo consigue por medios mucho más sencillos y a partir de la sobriedad.

Pero es más, el flamenco, sin esa participación —esa catarsis—, no es nada; sólo música mala, pobre y frecuentemente malsonante. Su ventaja está en que en él se resume siempre una pequeña tragedia, cuando no un drama romántico, incluso, a veces, en el contenido argumental de sus letras: *Cuando yo me muera, / mira que te encargo, / que con las trenzas / de tu pelo negro / me amarren las manos.*

Así pues, no es de extrañar que el cante flamenco —precisamente más que por lo que dice, por lo que sugiere— se haya convertido —por decirlo de alguna forma— en fuente de inspiración de escritores y artistas.

7. LAS DIFERENTES EPOCAS DEL CANTE. SU EVOLUCION

Hasta mediados del siglo XIX, el cante flamenco permanece en un estado larvario y sólo se cultiva en el interior de la gitanería y en la guarida del bandolero, y más esporádicamente en las ventas de los caminos y en los mercados entre gitanos tratantes para festejar operaciones ventajosas.

Es a mediados de dicho siglo cuando aparecen los cafés de cante: establecimientos estos en los que, por primera vez, el flamenco es enfocado como espectáculo, como negocio.

Ello da lugar a que los cantaores adquieran condición de profesional en el sentido de vivir (malvivir, naturalmente) de su arte y a la competencia económica que inmediatamente queda establecida entre ellos. Esto propicia que, cada uno por su parte, procure hacerse una personalidad a base de dificultar su estilo para que no sea asequible a los demás.

Así nacieron las siguiiriyas del Silverio, la toná del tío Blas (¿Debla?), la cabal de Tomás el Nitri, y tantas otras; lo que supuso un primer enriquecimiento del acervo flamenco.

Con todo, unas pocas siguiiriyas, algunas soleares, otros tantos cantes serranos y de fragua, era poco material para nutrir los repertorios de aquellos primeros profesionales, cada vez más exigentes consigo mismos. Fue por ello que algunos —no se sabe exactamente quiénes— recurrieron a interpretar fandangos, la más popular de las canciones folklóricas andaluzas, recreándolos a base de restarles musicalidad, compás externo y aire festero; infundiéndoles —una vez más— contenido dramático y emotividad.

A lo que resultó de todo ello se le llamó malagueña, seguramente por haberse realizado en Málaga la primera de dichas experiencias o a partir de la melodía de un fandango malagueño.

Pero no todas las malagueñas son de Málaga.

Las hay de Cádiz (las de Enrique el Mellizo y de Fosforito el Viejo) y de Murcia (la de Concha la Peñaranda), incluso de Madrid (la del Chato de las Ventas, magnífica).

Igual proceso se siguió en la elaboración de granaínas y, algo más tarde, de la totalidad de los cantes mineros del Levante andaluz y de la Sierra de La Unión-Cartagena (Murcia), así como de algunos cantes menores bajoandaluces: bamberas, marianas, etcétera; si bien en este último caso se hizo aprovechando el compás externo de otros cantes ya perfectamente estructurados, de tango y de soleá especialmente.

Los cafés de cante han sido fundamentales para la evolución y enriquecimiento del flamenco. Pero, en contra de lo que piensan algunos idealistas al calificarlos de *templos del flamenco*, Félix Grande ha escrito acertadamente que, más que otra cosa, fueron casas de putas baratas. Algo parecido sin duda a lo que fueron aquellos antros de

EL drama —el principal drama al menos— de todo creador, lo sea de las letras, el color, las formas o el sonido, ha venido siendo el de su incomunicación

los bajos fondos de Nueva Orleans en los que, casi al mismo tiempo, se elabora lo que luego sería fuente nutricia de lo más determinante de nuestra música actual: el «Jazz-Blues».

Sobre los años veinte de nuestro siglo se inaugura lo que se ha venido en llamar Epoca del Teatro, o de la Opera Flamenca; la que resultó del todo negativa por haber privado en ella las cioncillas aflamencadas procedentes del folklore sudamericano —guajiras, milongas, colombianas— y la truculencia del llamado fandango artístico. Valga un botón de muestra en cuanto al contenido de las letras se refiere: *Llevaba una cruz al pecho / una mujer de la vida, / y cuando su honra vendía, / retiraba aquel Jesús / de vergüenza que sentía.* Y ni que decir tiene lo que fue su música en cuanto a trivialidad y mal gusto.

Por si faltara algo, con el estallido de nuestra guerra civil todo se vino abajo. Y hasta bien entrados los años cincuenta, el cante flamenco de primera magnitud fue poco menos que tabú. Todos estábamos obligados a sentirnos felices y a

sonreír cantando, aun tratándose de un cante tan dramático como la siguiya.

Nada, pues, de voces desgarradas ni de gesticulaciones lacerantes, bajo pena de ser condenados al ostracismo.

A mediados de los años cincuenta, paralelamente a las primeras inquietudes políticas de oposición al régimen franquista y con la aparición de personalidades tan arrolladoras como las de Antonio Mairena y Fosforito, así como de una gran antología discográfica editada con capital francés, todo parece despertar y se inaugura lo que se ha llamado Epoca de la Revalorización, que aún perdura. Y es también por esas mismas fechas cuando empieza a aparecer una abundante literatura flamenca: ensayos en los que se pretende agotar el tema. No hubo poetilla que no echara su cuarto a espadas en lo de establecer clasificaciones y en la creación de árboles genealógicos en los que tan pronto se hacía descender la totalidad de los

HASTA bien entrados los años cincuenta, el cante flamenco de primera magnitud fue poco menos que tabú. Todos estábamos obligados a sentirnos felices y a sonreír cantando

cantes de la serrana como de los ritmos con que las bailarinas de Cádiz acompañaban sus danzas en tiempos del emperador Vespasiano. Pero hubo también algunos intentos serios y documentados: los de Caballero Bonald, Fernando Quiñones, Ríos Ruiz y algunos —pocos— más.

Todo ello contribuyó —si bien al mismo tiempo que a cierta ceremonia de la confusión— a un mayor conocimiento del género y al auge que al mismo tiempo iba adquiriendo.

8. EL MOMENTO ACTUAL

El flamenco, desde sus orígenes conocidos, se ha venido moviendo en el seno de una contradicción dialéctica formada por el conservadurismo a ultranza y los repetidos intentos de reinventar el género olvidándose de sus raíces, y de cuya síntesis ha resultado una vez y otra algo que nadie había querido.

A mediados de los años sesenta —la época lo

requería— hay un ensayo de convertir el flamenco en canción-protesta a base de renovar el contenido de sus letras apanfletándolo y dejando intactas sus formas musicales. El escándalo de los conservadores fue tan estridente como el oportunismo de quienes lo propiciaban y el fracaso del invento. Ni unos ni otros parecían darse cuenta de que el cante en sí ya supone una protesta de lo más radical; una protesta sin destinatario definido.

Pero hubo también algunos conatos serios de renovación en los que se fue bastante más allá que lo de las letras; los que, si bien dada la intransigencia de quienes pagan el cante a base de presidir peñas y organizar festivales, pasaron sin pena ni gloria, aún podrían constituir la base para una puesta al día del flamenco, para que perdiera su condición de reliquia, que, en cierto modo, aún conserva.

Fueron los llevados a cabo por José Menese en la recreación de unas marianas, con letra de Francisco Moreno Galván (***) y por Enrique Morente, a partir de romance, malagueñas y nana, en la que se aprovecharon los textos de «Sentado sobre los muertos», «El niño yuntero» y «Nana de la cebolla», de Miguel Hernández (***)

Y hay ahora una nueva experiencia parecida a la de la «Opera» en lo de convertir el flamenco en gran espectáculo con el Camarón y Juan el Lebrijano, cantaores que reúnen las mejores condiciones —auténtica garra el uno y potentísima voz el otro—; pero que al apostarse en ella una vez más por la intrascendencia que tanto seduce a quienes se han venido en llamar *autoridades culturales*, hace que no nos podamos sentir demasiado optimistas. Y de poco nos vale que se nos diga que a partir del «Jazz-Blues», y por vía parecida se desembocó en algo tan auténtico como los Rolling Stones y otros grupos similares. Porque, decididamente, ni El Camarón es Mike Jaeger ni los asesores de Lebrijano deben tener el talento que se supone a los de Tina Turner.

Quedemos, pues, a la espera de lo que pueda depararnos la nueva síntesis.

1. **Manuel de Falla:** «Escritos sobre música y músicos», 3.^a Ed. Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1972. Colección Austral, n.º 950.

2. **Federico García Lorca:** «Obras completas» 4.^a Ed. Aguilar. Madrid, 1962. Página 1519.

3. **Serafín Estébanez Calderón:** «Escenas andaluzas». Espasa Calpe, S. A. Colección Austral. Madrid, 1960. Página 113.

* «Curro Malena». MOVIEPLAY S-14265 Lp. Cara B-2 (Caña y soleá apolá). Canta: Curro Malena.

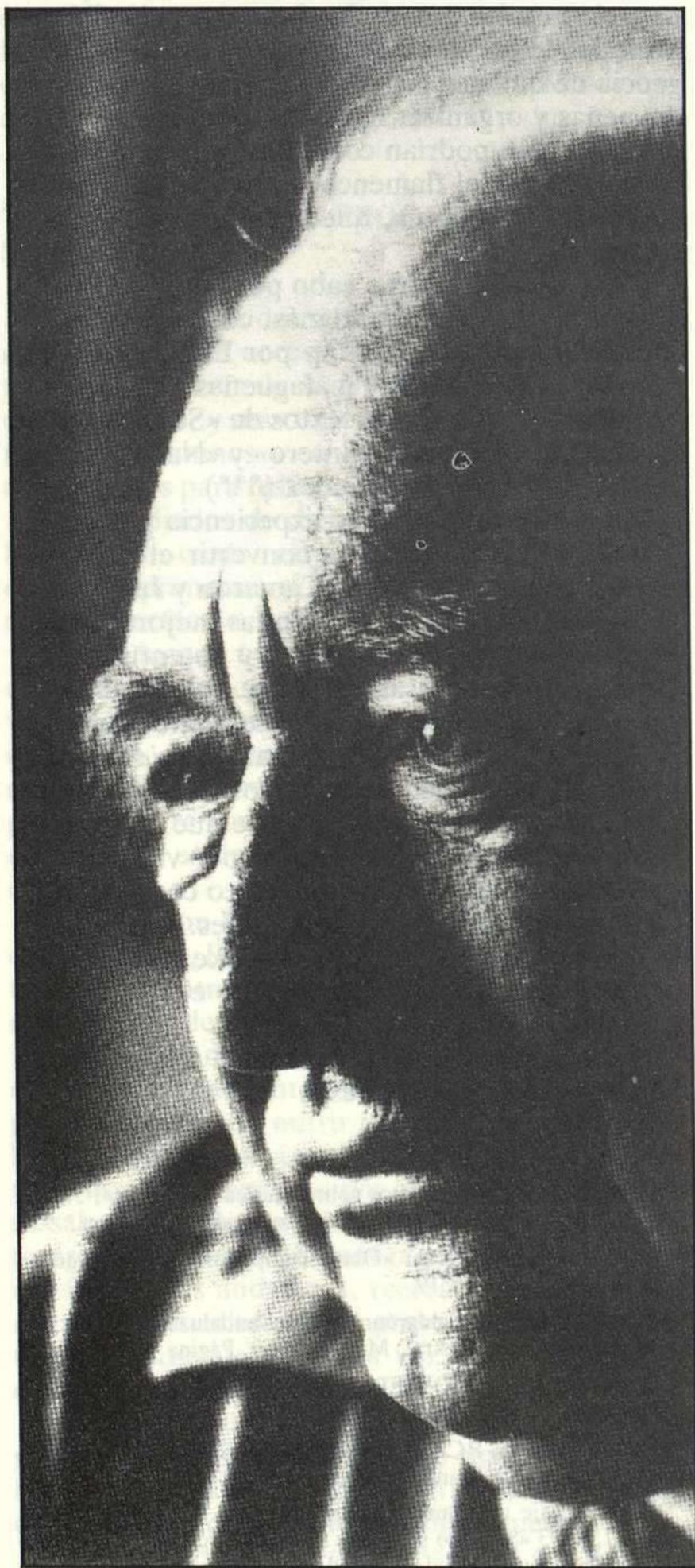
** «José Menese». RCA-VICTOR 3-21127 Singles. Cara A (Marianas). Canta: José Manese.

*** «Homenaje a Miguel Hernández». CLAVE 18 1251 5 Lp. Cara A-1, 2 y 3 «Sentado sobre los muertos» (romance), «El niño yuntero» (malagueña) y «La nana de la cebolla» (nana).

MEMORIA DE GABRIEL CELAYA

Armando López Salinas

(Conferencia pronunciada por A. López Salinas en julio de 1990 en los Cursos de Verano de la Universidad de San Sebastián)



SI bien es cierto que Gabriel Celaya, en su prólogo a *De claro en claro*, afirma estar convencido de que «el escritor se hace en su obra y con su obra, lo que es y qué es a partir de esa obra y no de su biografía como debe de ser comprendido», también añade a lo dicho la precaución o la advertencia de que el hallazgo de las buenas palabras no son el resultado de un cálculo, sino de la presión emocional, de un movimiento que pone al hombre total en vibración.

Y yo quiero acercarme hoy aquí, desde mis palabras, desde mi amistad, desde mi recuerdo, sí, al escritor Celaya, pero también al ciudadano, al hombre público que ha sido y es en nuestro país. Y quiero acercarme desde la utopía, desde una poética de la utopía si prefieren, que nos puede aproximar a lo pretendido más que la simple descripción formalista o las repetidas palabras de identificación o rechazo, al hombre entero, poeta y ciudadano, que tanto por su alta estatura poética como por su valor moral y cívico mostrado, entró hace ya muchos años en la historia de la literatura, en la historia de la resistencia al fascismo y la lucha por la libertad.

Conocí al Celaya hombre casi antes de conocer algo de sus trabajos literarios. Yo andaba por ahí, por la calles, de reunión en reunión, tratando de montarle guerra a la dictadura. Había llegado a la literatura desde mis afanes de lector un tanto anárquico que leía cuanto en sus manos cayera; desde los recuerdos de infancia y juventud. Vale decir del tiempo de la guerra y la postguerra española. De la toma del Cuartel de la Montaña, donde participó la juventud de mi barrio, de la llegada de las Brigadas Internacionales a Madrid, de las visitas de la mano de mi padre, dirigente sindical de la CNT, a los Ateneos Libertarios o a las salas de cine de sesión continua donde, junto a «El negro que tenía el alma blanca» y «Nobleza baturra», se proyectaban películas tales como «Tchapaiev» o «Los marinos de Gonstad».

Llegué a la literatura, también a la lucha política, desde aquel Madrid de hambres, fríos y miedos. De aquel Madrid heroico al que cantaban poetas en diversas lenguas, en el que estudiaba bachillerato y en el que, por vez primera, me enamoré, casi a la manera agónica de Werther, de la

profesora de literatura que nos hacía leer «Platero y yo» a todos los alumnos. Llegué desde las imágenes que aún guardo en mi memoria de las cuerdas de presos que iban a colmar las cárceles de Santa Rita, Comendadoras, Porlier, Puerto de Santa María o Burgos, desde las imágenes de los desfiles fascistas por las calles, purgas de aceite de ricino y cortes de pelo al cero en los cuartelillos de Falange. Tiempos en que, al alimón, obispos y gobernadores civiles multaban y publicaban a las parejas que se besaban en los parques. Parejas que a veces eran golpeadas con cadenas por grupos apostólicos, paramilitares, defensores de la fe, la moral y las buenas costumbres. Días, meses y años en mi memoria en los que se fusilaba en las cunetas y cementerios de no importa qué lugar de España.

Dije antes que conocí al Gabriel hombre casi antes que al poeta que era y es. Casi antes, dado que alguna vez se habían cruzado o enlazado mis afanes de libertad y mis veleidades literarias con algunos de sus poemas. Eran los tiempos de las conversaciones de cine de Salamanca, de «Muerte de un ciclista», de Juan Antonio Bardem; del entierro de Ortega y Gasset; de «Pido la paz y la palabra», de Blas de Otero; del Premio Nobel para Juan Ramón Jiménez; de «El Jarama», de Ferlosio, y del primer levantamiento estudiantil llevado a cabo en la Universidad de Madrid.

Yo sentía que algunos poemas publicados en «Tranquilamente hablando» o en «Las cartas boca arriba», que lo he dicho en la antología de Ribes, eran también algo mío. Y que lo mío, de algún modo traspasado a sus decires, era también propiedad de Gabriel. Así pues, se habían producido encuentros fortuitos, clandestinos, en cierta manera, entre su obra y mi vida. Así pues, nos habíamos cambiado mensajes y esperanzas antes de conocernos, antes de nuestra amistad.

Nos conocimos, ya personalmente, a finales de los años cincuenta, en el 57 creo recordar, en su madrileña casa de Nieremberg, 21, del barrio de La Prosperidad. Una barriada popular, de pequeñas y medianas fábricas —yo había trabajado en una de ellas— y bastantes imprentas, circunstancias municipales que no cuadraban mal a su condición de ingeniero y de poeta.

Sabía poco más de Gabriel que lo dicho hasta ahora. Que, poeta del amor, éste, a través de Amparo, no le abandonaría nunca. Y que sus palabras, palabras en el tiempo, entonces a la manera machadiana, eran como su Pirineo, un monte encendido en las batallas culturales y políticas en curso. Sabía, además, que desde su vida y desde su obra había llegado a las filas del Partido Comunista de España.

La cita era a primeras horas de la tarde y a ella

fui con Antonio Ferres, compañero de trabajo en Obras Públicas, perito industrial y también escritor. Ambos, Ferres y yo, éramos militantes comunistas desde hacía algún tiempo y corresponsales en Madrid de Radio España Independiente, emisora del PCE. Dimos vueltas y más vueltas, tomando diversas precauciones por si la casa de Gabriel estaba vigilada o nosotros éramos seguidos por la policía.

Abrió la puerta Amparo, quien, sonriendo al decirle nuestros nombres, nos llevó al interior de la casa. Allí, en una habitación no demasiado grande, pues pequeña es la casa de la calle Nieremberg, junto a la puerta que da acceso a un balcón-terraza, aguardaban, sentados junto a una mesa, Gabriel y otra persona, amiga de ambos, que hoy no puedo situar con total precisión, aunque ciertamente no podría ser otra que José Ortega, el gran pintor manchego fundador de Estampa Popular y miembro del Comité Central del Partido Comunista de España, cosa que supe años después, o Ricardo Muñoz Suay, productor cinematográfico, antiguo militante de la FUE y de la JSU y en aquel momento responsable de la escasa pero ya influyente organización de intelectuales comunistas de Madrid.

Sigo viendo a Celaya, a pesar del tiempo transcurrido, como entonces lo vi. Encendidos, brillantes los ojos en una profundidad azul que se me antojaba ancha y lejana. Me pareció hombre que no se negaba a ningún trabajo, aunque, como más tarde descubriera, todos o casi todos los discutía. Persona que no se negaba a ninguna alegría, tampoco a tristezas o arrebatos de cólera, que pronto pasaban. Sigo viéndole con Amparo, apoyándose en ella, junto a Amparo siempre, lleno de amor, lleno de risas. Esa risa, esas risas de las que ha hablado Vicente Aleixandre en «Los encuentros» al hablar de Gabriel.

Creo recordar que, en aquella primera reunión, como luego en otras, se habló de todo, de los trabajos de Ferres y míos en el Laboratorio Central de Ensayos de Materiales de Construcción, de literatura, de pintura —casi oculta vocación primera de Celaya—, de cine, de lo que hacíamos o pensábamos hacer cada uno de nosotros. Y, cómo no, de la situación de la organización partidaria en medios profesionales y artísticos. El Celaya ingeniero, aunque ciertamente no le gustara el ejercicio de su profesión, hacía gala de sus conocimientos: hablaba de la temperatura en la que carbono y hierro se transmutan en acero, de los límites de elasticidad y de la fatiga de los materiales. Yo creo, dicho sea de paso, que en la obra literaria de Gabriel se notan a veces, y bastante, sus conocimientos matemáticos y su amor por los útiles de trabajo.

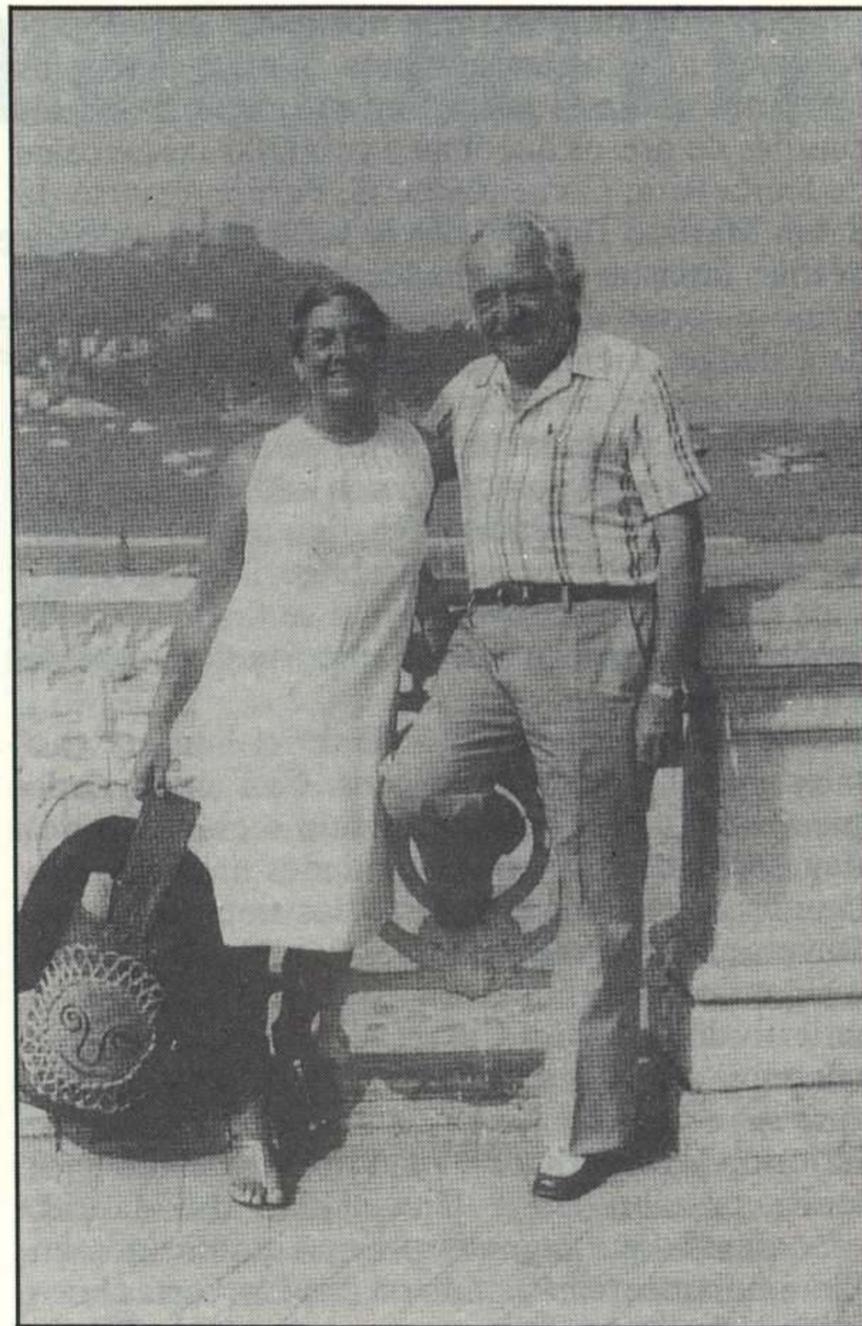
Su preocupación central, empero, trataba de la situación política española y de las perspectivas que se habían abierto tras los sucesos de 1956 en la Universidad de Madrid y la incorporación al Partido Comunista de nueve militantes procedentes de diversos campos de la cultura y a los que era preciso organizar. De algún modo, ¿el quehacer? leninista.

La rebelión del 56, que continuaba acrecentándose, y la masificación universitaria, que se estaba produciendo con la presencia en las aulas de un numeroso grupo de estudiantes procedentes de las capas medias de la sociedad española, habían creado las condiciones sociales y políticas, también culturales, que permitirían atraer a la lucha contra la dictadura y a la militancia comunista a importantes sectores estudiantiles y del profesorado.

No se piense, pues, en un Celaya, digamos, comunista por la libre, entonces menos hombre político que hombre de letras. Nunca caía, por más que preguntara siempre por el estado de las organizaciones partidarias fabriles o de barriada, en simplismos obreristas que pudieran amparar expiaciones esclerotizantes por supuestos pecados originales de la clase social de procedencia. Pensando con su propia cabeza, acertando unas veces, equivocándose otras, como ocurre en la lucha política, pero atendiendo casi siempre a las razones de los demás, ciertamente no era muy dado a consignas u orientaciones que vinieran más o menos impuestas. Por ello, cuando la respuesta política de la dirección partidaria no le satisfacía o en ella encontraba un freno para la acción, montaba en una cólera más o menos contenida según la importancia del problema.

Pero, al tiempo, quizá por ingeniero, por hombre que había tenido la responsabilidad de dirigir una empresa, tenía un sentido claro de la necesidad del trabajo en común, del valor de la organización y de una cierta disciplina. Y, sobre todo, de la solidaridad. Actitud esta última que mostraría continuamente con cuantos luchaban contra la dictadura. Internacionalista, apoyó al pueblo de Vietnam o a la Cuba revolucionaria, a la que hizo dos viajes, que yo sepa.

Pero interesa ahora, para la ordenación de mi relato, volver al Celaya anterior, a su biografía, a su talante como hombre y como poeta. Gabriel pertenece a esa generación de españoles que nace a la vida poco antes de la Primera Guerra Mundial, la revolución rusa y el desastre de Annual. Guipuzcoano de origen, de Hernani, burgués por su familia, aunque su abuelo fuera carpintero; estudiante en colegios religiosos, como el de los Marianistas de San Sebastián, parece destinado, como hijo único varón que es en la casa, a regen-



tar y heredar la empresa familiar llamada «Herederos de Ramón Mújica».

Empieza, según confesión propia, a escribir a los doce años. Primero en Pau (Francia), después en El Escorial, lugares donde, aislado, residirá varios años a causa de una larga enfermedad. En 1927 termina sus estudios de bachiller y quiere ingresar en la Facultad de Filosofía y Letras. Pero la presión familiar se lo impide, tiene que ser ingeniero industrial. El negocio lo demanda.

Para entonces ha perdido, desde sus años de escuela, su lengua euskera, la que hablaba de niño, en favor del castellano. Y aunque Celaya, en algunos de sus libros, cante tradiciones vascas, raíces primitivas de su tierra, tiene que hacerlo, cosa que lamenta, en otra lengua que no es la suya de origen, a mí me parece, quizá por aquello de Baudelaire, cito de memoria, de que la infancia es la patria del hombre, quizá también por el ritmo del verso, por lo coral de los mismos que, paradójicamente, a través del castellano, lengua que domina, habla Gabriel en vasco sin saberlo.

Llega a Madrid, «al mundo abierto» en su sen-



tir de entonces y se instala en la mítica y seguramente mitificada Residencia de Estudiantes. Conoce a Unamuno, otro vasco que escribía en castellano, a Juan Ramón Jiménez, a Ortega y Gasset, a Ramón María del Valle-Inclán, también a Paul Valery, Calder, Jules Romain o Le Corbusier. Se relaciona con García Lorca, Moreno Villa y Salvador Dalí, entre otros intelectuales y artistas de la época.

Marcha a Francia. De vacaciones en Tours, merodeando por las librerías de aquella ciudad, se deja empapar por los clásicos franceses, por el romanticismo alemán y, sobre todo, por los surrealistas que tanto van a influirle durante un cierto tiempo y de los que ya tenía un cierto conocimiento a través de los actos culturales que se llevaban a cabo en la Residencia de Estudiantes. Breton había publicado el Primer Manifiesto Surrealista en 1924, en 1930 publicará el segundo.

De dichos tiempos, de sus estudios en San Sebastián y de su estancia en la Residencia, Celaya ha dejado el siguiente testimonio poético:

«No cojas la cuchara con la mano izquierda.

No pongas los codos en la mesa.

Dobla bien la servilleta.

Eso, para empezar.»

También:

Nadie me levantaba paredes ni oponía a cuanto yo pedía coerciones o engaños.

Nadie me restringía. Nadie me atropellaba.

Todo era un orden tranquilamente funcionando».

Pero, ciertamente, en el país las cosas no sucedían en ese orden tranquilo de la Residencia. Caía la dictadura de Primo de Rivera y a huelgas y manifestaciones, con tiroteos a veces, con el trasfondo de una grave crisis económica, política y social, se anunciaba la República. En 1930 el gobierno Berenguer cerraba la Universidad, y Marañón, Ayala y Ortega y Gasset andaban dándole vueltas a su manifiesto antimonárquico. La editorial «Cénit» publicaba a Dos Passos, Upton Sinclair, Lenin, Rosa Luxemburgo y Marx. Los Ateneos Libertarios eran un hervidero, también las Casas del Pueblo.

Se cuestionaba en la calle el viejo orden político social. Los campesinos sin tierra ocupaban los latifundios señoriales en Andalucía y Extremadura. Y así, en medio de la alegría general, tras la sublevación de Jaca, tras unas elecciones municipales, el 14 de abril se alza la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Eibar, también en Segovia, de las manos de don Antonio Machado, y en la Puerta del Sol madrileña.

La Segunda República española, como bien señalara Gramsci en uno de sus trabajos, muestra pronto que los intelectuales, al menos un grupo importante de los mismos, puede jugar una función cultural política bien distinta a la asignada por el orden burgués hasta entonces reinante.

García Lorca lleva telones y disfraces, obras clásicas de nuestro teatro, a rincones de España donde rara o ninguna vez habían contemplado espectáculo cultural alguno. Las Misiones Pedagógicas ponen en marcha cinco mil bibliotecas ambulantes. Parece instalarse en el país una nueva moral, un amplio compromiso intelectual que va más allá de las charlas de casino y los juegos florales. Maestros, escritores, pintores y otras gentes de la cultura, que se encuentran con una España analfabeta, hambreada, falta de trabajo, quieren, quizá utópicos, despertar las conciencias. Quieren llevar el alfabeto, la tiza, la pizarra, el libro, la canción, la música, la pintura, a las plazas del pueblo, a las fábricas, a todas partes. En «Los trabajos de Persiles» Cervantes había dicho que «la lección de los libros muchas veces hace más cierta la experiencia de las cosas, que no la tienen los mismos que las han visto, a causa de que el que lee con atención repara una y muchas veces lo que va leyendo».

do», y los escritores de la República creen que el libro es un instrumento eficaz para que se afirme la conciencia crítica y política colectivas.

Pero al tiempo de ese despertar cultural, democrático, al compás de lo que ocurre en Italia y Alemania, surgen en nuestro país las corrientes violentas de una derecha que temerosa de perder sus privilegios históricos, de siglos, día a día se va fascistizando. En el Teatro de la Comedia, José Antonio Primo de Rivera anuncia su despegue. Ha llegado el bienio negro, ha llegado la insurrección asturiana como respuesta, quiebra de la transición pacífica al cambio política, social y cultural deseado.

Celaya, mientras, estudia y termina su carrera de ingeniero industrial. Se ha empapado del sentir de los intelectuales republicanos aunque no lo exprese literariamente hasta años después, ya en la postguerra española. En este último sentido, aunque naciera antes, Gabriel pertenece, así lo entiendo, a la llamada generación de los cincuenta.

En cierto modo radicalizado a través del surrealismo, a Gabriel los partidos obreros, entonces, le parecen de derecha, casi de orden. Escribe versos que no publica y que a nadie lee. Apasionado por el teatro, amén de su participación en «La Barraca» como figurista y escenógrafo —no hay que olvidar su afición a la pintura—, llega a escribir una «Historia general del Teatro», desconocida hasta el día de hoy al no haberse publicado nunca. Ahora, con «Ritos y farsas», libro que recoge el conjunto de su obra en este territorio de la literatura, comenzamos a darnos cuenta de la dimensión real de Gabriel en el mismo. «No comprendo cómo un buen poeta puede ser tan mal actor», parece ser que le dijo Lorca a Celaya al ver cómo éste se desenvolvía en el escenario.

De aquel tiempo data su encuentro con Neruda, del que reconoce su influencia, así como la de Jorge Guillén, Alberti y Aleixandre. Mientras viaja a Inglaterra —como todo hijo de la buena sociedad vasca que se precie— y regresa a San Sebastián para ver qué hace con su vida, si continúa en la empresa familiar o abandona ésta para dedicarse solamente a escribir, en las tertulias madrileñas ya no se habla sólo de la II Exposición Internacional del Surrealismo, de sonetos y madrigales, sino también de los últimos acontecimientos políticos y sociales. En España se olfatea ya la guerra civil.

De la situación en que se vivía entonces, y de su propio estado de ánimo antifascista, Gabriel da cuenta en un artículo publicado en la clandestina revista «Realidad», editada por el PCE en abril de 1966, y titulado «Un recuerdo de Federico García Lorca». Cuenta en él su última entrevista con el

poeta granadino el 8 de marzo de 1936, en el Hotel Biarritz de San Sebastián. A la cita, convocada por Federico, acude también José Manuel Aizpurúa.

«Faltó poco para que rasgara mis vestiduras, porque siempre he pecado de violento y entonces, además, era joven. Compréndanlo. José Manuel Aizpurúa era un arquitecto muy avanzado e inteligente. A su iniciativa se debió que en una ciudad tan obtusa como mi San Sebastián se montaran exposiciones con Picassos, Mirós, Picabias, Max Ernst, etcétera. Era, además, todo hay que decirlo, un gran propulsor de la nueva poesía, y, en general, como se decía en aquellos tiempos, “un vanguardista”. Pero era también el fundador de la Falange en San Sebastián, y yo le había negado el saludo, aunque nos conociéramos desde niños.

Federico le hablaba a José Manuel, me hablaba a mí y los dos le contestábamos, pero no conseguía que José Manuel y yo nos habláramos. ¿Por qué? Porque la guerra civil estaba ya latente. Pero

LA casa de Gabriel en Madrid era una especie de domicilio paralegal del Partido Comunista de España y de la oposición de izquierda en los ámbitos culturales

Federico no lo entendía. “Los dos sois amigos míos”. Era inútil. Había algo que no marchaba. La guerra civil estaba allí. Pero Federico no lo entendía. O quizá lo entendía pero no quería creerlo...»

Gabriel, para entonces, ha publicado «Marea de silencio». Obtiene el premio del Centenario de Gustavo Adolfo Bécquer por su libro «La soledad cerrada». Un Bécquer a quien tanto ama y al que dedicará, años después, uno de los más interesantes estudios críticos que se hayan publicado nunca sobre dicho poeta. Ha decidido ya, tanto por su vocación como por la buena acogida de sus primeras entregas, dedicarse en cuerpo y alma a su trabajo literario. Pero la guerra civil, el 18 de julio, acaba con sus planes. Proyectos que no podrá llevar a cabo hasta casi veinte años después.

Durante la guerra civil, gudari y capitán de guardias en defensa de la República y del autogobierno de Euskadi. Poco duran sus cabalgadas por el monte Gorbea, sus revistas a las fortificaciones y baterías allí instaladas. Su compañía tiene que ren-

dirse a las tropas franquistas. Tras la caída de Bilbao va a dar con su huesos en un campo de concentración. De él sale porque el padre de su novia, nombrado gobernador militar faccioso de Guipúzcoa, rompe el expediente político y militar abierto del poeta. «Y eso fue un chantaje, porque me obligó a casarme con su hija. El miedo es ciego», ha dicho el propio Celaya, no sin razón, al contar lo sucedido en aquel tiempo.

Medio millón de españoles han cruzado la frontera para ir a un exilio que durará cerca de cuarenta años. Otro medio millón poblará campos de concentración y cárceles. Gabriel, desmovilizado por el ejército franquista, al cual ha tenido que servir alcanzando el grado de sargento, vuelve a la fábrica, a su profesión de ingeniero.

La España «Luz de Trento» y «Martillo de erejes» se apresta a administrar su victoria. Desde las páginas de «Arriba España», periódico falangista de la época, se propugna la resurrección del Tribunal del Santo Oficio. Y si Jacinto Miquelara y José Pemartin arremeten contra el Ateneo de

SU compromiso intelectual no está vinculado únicamente a su militancia partidaria, sino también a una actitud ética inducida por su conciencia

Madrid, que es cerrado, y contra la Institución Libre de Enseñanza, de la que no ha de quedar «piedra sobre piedra», Agustín de Foxá lo hace contra Alberti, Miguel Hernández, Altolaguirre y otros.

Inquisidores laicos y no laicos han quemado libros en el patio de la Universidad Central madrileña. La censura se establece en toda España y pervivirá, aunque atenuada en los últimos años, hasta pasada la década de los setenta. «Pero la censura no ha sido ejercitada por un sargento intonso o por un burócrata subnormal, sino por catedráticos de Universidad, por canonistas doctores, por escritores de oficio», como bien ha denunciado Joan Fuster. Desde Baroja a Valle-Inclán, pasando por Unamuno, Sthendan, Machado, Lorca o Juan Ramón, son cientos y cientos los autores represaliados, gentes que permanecen años y años en el purgatorio de las listas negras. Como tantos y tantos escritores, vivos o muertos, Celaya conoce también los rigores inquisitoriales. Así, valga a título de ejemplo, «Vías de aquí» tuvo

que ser publicado en la República Argentina por la editorial Losada al ser prohibido en España.

La suerte parece estar echada para Gabriel. El poeta, el hombre, parece lo que no es. Anda, en aquel ambiente del San Sebastián de la postguerra y del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, disfrazado de buen burgués, de director gerente de una empresa industrial relativamente importante. Bien visto por el estrato dominante al que socialmente pertenece. Pero la procesión va por dentro. Anda roto su matrimonio, sumido en el desamor. Escribe, pero no publica. Los viejos maestros literarios y sus amigos de la Residencia han desaparecido, aventados por la guerra civil y sus consecuencias. Federico García Lorca ha sido ejecutado en Viznar. Unamuno está muerto. Hernández también lo está, se ha ido pudriendo, mientras componía nanas, en una cárcel alicantina. Machado (don Antonio), casi nadie lo sabe, ha recibido sepultura en Colliure. Y León Felipe, Alberti y otros andan, silenciados en su tierra, en la diáspora, en lejanos exilios.

Asqueado, sin esperanza, odiando a la sociedad en que vive y trabaja, va y viene de la fábrica al silencio, a la frustración. Así, año tras año, hasta que se encuentra con Amparo y publica «Tentativas». Como Lázaro, resucita. Amparo ha obrado el milagro, el exorcismo. Le lleva, con su amor, con su talante rebelde, al mundo real, a lo concreto, a lo colectivo, a lo político. El «viejo burgués arrepentido», que dice ser Celaya, comienza a romper con reglas y convenciones de la doble moral existente, con la hipocresía de la época, con su clase de origen.

La derrota del fascismo en la II Guerra Mundial abre las esperanzas de millones de españoles en un cambio político en nuestro país. También Amparo y Gabriel se nutren en esa esperanza. Fundan, ambos, la editorial Norte en 1946. Llegan huelgas y manifestaciones en el primero de mayo de 1947. Como mancha de aceite se extienden por todo Euskadi. No hay suficientes cárceles para encerrar a todos los detenidos. Son 7.000, y hay que habilitar, recordando a años anteriores, la plaza de toros vizcaína. Pero, a pesar del alto precio pagado, la ilusión ha vuelto, ha vuelto la lucha por la libertad, que ya no cesará. «Norte es, sí, una empresa editorial, pero también, enlazando con lo que pasa en las fábricas, un instrumento de ideas del que pronto surgirá la poesía de la resistencia, la llamada poesía social.»

Son años difíciles pero entusiasmantes los que corren entonces para Gabriel. Oficia de crítico y articulista en periódicos y revistas de nuestro país y de fuera del mismo, también de traductor de Rilke, Rimbaud o Paul Eluard. Publica uno, dos y

hasta tres libros en un solo año. Han tenido, Amparo y él, en San Sebastián, su primer encuentro con Federico Sánchez, el «pájaro» o el «pajari-to» entonces, Jorge Semprún hoy. Gabriel se politiza de más en más.

Ya en Madrid, en 1956. Ha dejado su trabajo en la fábrica, ha roto con su familia y su clase, y comienza su vida a la intemperie como escritor. Pero llega, como antes dije, con Amparo, que le empuja, que le da confianza, lleno de fuerza renovada y dispuesto, como lo hace también su amigo Blas de Otero, a utilizar la lírica como arma de combate, como instrumento para cambiar el mundo. Y lo hace abanderando dicha corriente poética.

Parece claro que toda la concepción revolucionaria de la creación, y Celaya la tiene, ha de entenderse como un impulso encaminado a la búsqueda del lector, a la búsqueda de la inmensa mayoría. Pero ello no supone dar la espalda a lo adquirido, a los conocimientos culturales del poeta, y Gabriel los posee en grado sumo, sino en dar espacio en la obra, a lo original en términos claros, asequibles en el terreno en que los hombres se conjugan en lo colectivo. Vital, escribe Celaya como quien respira. Las innovaciones lingüísticas y temáticas que introduce en su obra lo son porque el poeta ha digerido, metabolizado, la materia que quiere cantar, lo colectivo que ya forma parte nutriente de su filosofía y que florece a través de un lenguaje insolente, subversivo respecto al sistema cultural, social y político vigente en la época.

Enlaza, de algún modo, en otra situación y con distinto habla, con lo cantado por esos poetas sin nombres y apellidos de la Edad Media, con los clásicos castellanos que tiene bien leídos y estudiados. Se ha codeado con la generación del veintisiete y casi seguro ha leído a los «treintistas». Aunque quizá prefiera a Vicente Aleixandre, lleva a don Antonio Machado en el corazón. Camina también las rutas poéticas de un Neruda, de un Rafael Alberti y puede que de un Maiakowski. Como estos tres últimos, hace, en ocasiones, del proletariado, de la lucha de clases, alta materia poética. Una materia que Celaya, antes lo dije, elabora con lenguaje urbano, coloquial, a veces fabril, que viene a estimular, maestro a lo Juan de Mairena, a un notable grupo de jóvenes poetas que andaban a la búsqueda de formas y materias expresivas nuevas. No se trata sólo del compromiso partidario, político, del que diré algunas palabras, sino de que Celaya explora una nueva poética, un nuevo camino para los que luego, con mejor o peor fortuna, quieran transitarlo.

Celaya, por aquel tiempo, es ya un hombre, un poeta relativamente popular, lo será más según

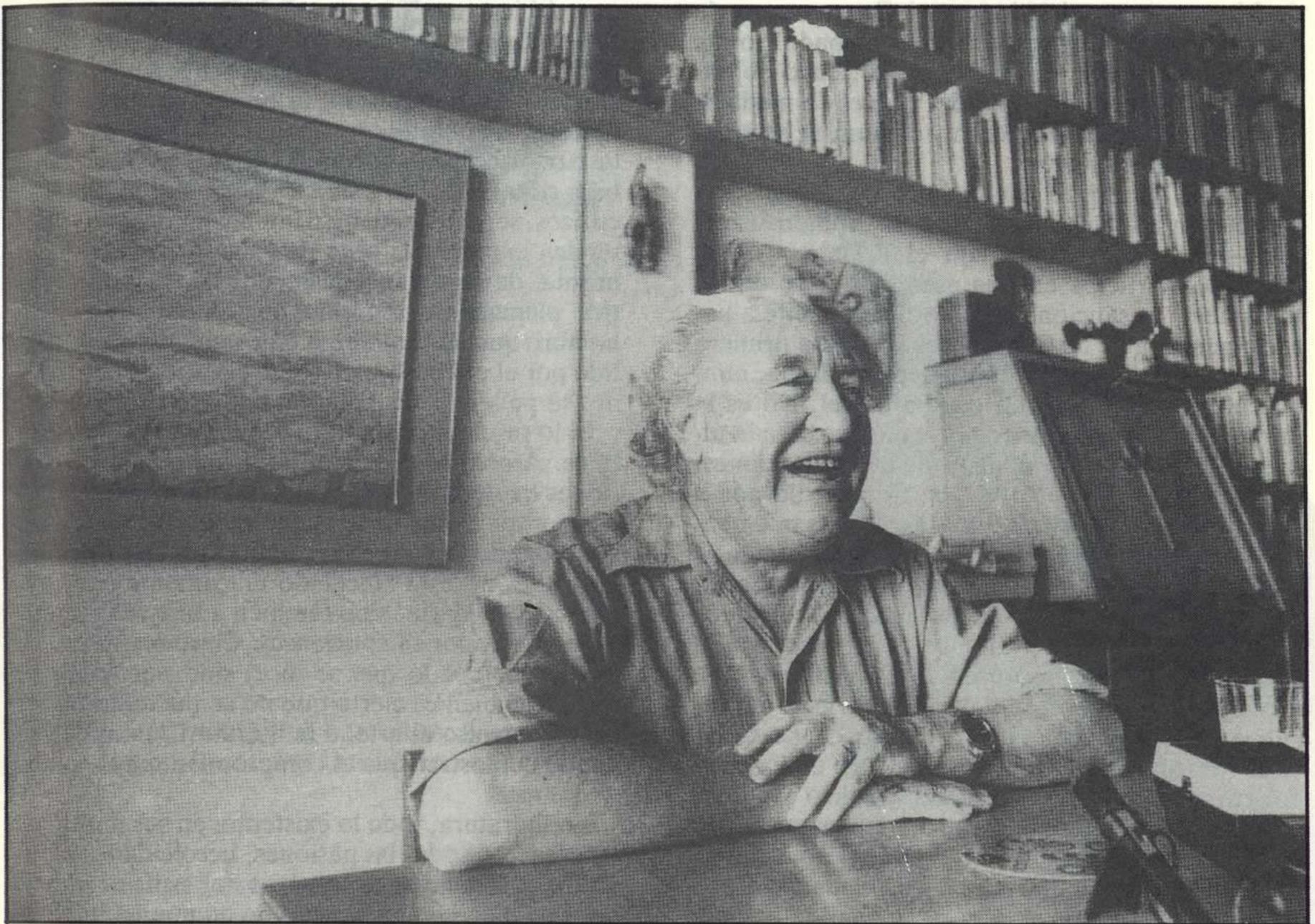
pase el tiempo. Su obra poética, su clara definición antifascista y partidaria, hacen de él un hombre público, líder de opinión, con verdadera influencia cultural y política en «ambientes de cierta burguesía ilustrada, cierta vanguardia obrera o cierto insumiso frente estudiantil», como justamente ha señalado José Manuel Caballero Bonald.

Y es popular en España y fuera de ella, entre la emigración económica y política. En Francia, Alemania Federal, Bélgica, Suecia, Luxemburgo y otros países donde malviven cerca de tres millones de españoles, mano de obra barata, en los suburbios de sus ciudades, sus poemas son recitados por trabajadores aficionados a la poesía en las fiestas de «L'Humanité», «Drapeau Rouge» o en las organizadas por el «Círculo García Lorca» en Lieja o Bruselas. De otra parte, en el penal de Burgos, llamado la universidad a causa de las enseñanzas que allí impartía un grupo de profesionales, presos políticos, en 1962 se inicia un seminario dedicado a la Escuela Vasca del Arte. Los libros de Celaya, así como los de Blas de Otero —los que logran pasar la censura carcelaria—, son leídos y estudiados por los presos políticos, quizá los más entusiastas lectores de Gabriel. Y Radio España Independiente los pone en el aire por boca de Ramón Mendezona, su director.

La casa de Gabriel en Madrid era una especie de domicilio paralegal del Partido Comunista de España y de la oposición de izquierda en los ámbitos culturales. Lugar de conspiraciones políticas donde se fraguan comparecencias en actos masivos ilegales preparados por organizaciones clandestinas universitarias. Sitio de recogida de firmas y de fondos para ayudar a huelguistas y presos políticos, tal, por ejemplo, cuando las luchas obreras en la empresa «Laminados de bandas en frío» de Echevarri o las acciones jornaleras en el Marco de Jerez. También, en ocasiones, depósito de panfletos. Amparo y Gabriel, en algún momento, participan en la distribución de octavillas y otras publicaciones comunistas, sembrando las mismas por las calles de su barrio.

Por allí, por la calle Nieremberg, pasan dirigentes obreros y estudiantiles, escritores y artistas de los cuatro puntos cardinales de nuestro país, catalanes sobre todo. Por allí pasan, consulado de la oposición, cuanto intelectual o periodista extranjero progresista llega a Madrid. Y al tiempo de aquel ir y venir de gentes, se esconden, en alguna ocasión, tanto José Ortega como Simón Sánchez Montero, conocidos dirigentes comunistas.

Las reuniones en casa de Amparo y de Gabriel son, a veces, trasladadas a otros lugares, a los domicilios de Carmen Labra —a quien nunca le agradecerá bastante la oposición española de izquier-



da, y especialmente la comunista, su valor y generosidad constantes—, José María Moreno Galván, Caballero Bonald, Alfonso Sastre o José María de Quinto. El Café Pelayo, «Fontana de Oro» de la época, era también lugar de reunión semanal masiva, mentidero político y parlamento cultural frente-populista, en el que Gabriel Celaya dejaba oír su voz.

Sí, qué le vamos a hacer. Ciertamente queríamos cambiar el mundo. Conquistar la felicidad, de ahí el compromiso de Gabriel y de muchos de nosotros en cuanto combate por la libertad se librara en nuestro país, con cuanta lucha clasista se llevara a cabo. Así, por ejemplo, en los homenajes a don Antonio Machado llevados a cabo en Segovia o Colliure, así en el llevado a cabo en Baeza, en 1966, cuando se pretendía colocar un busto de poeta sevillano, obra de Pablo Serrano, en un pequeño altozano desde el cual Machado contemplaba los mares de olivos que adornan dichas tierras de Jaén. Gabriel había firmado la convocatoria, formaba parte del comité organizador, y allí estaba con Amparo, junto a cientos de intelectuales y artistas, junto a algunos millares de

personas llegadas de toda España, en las primeras filas del cortejo que se organizó. La policía nacional, los «grises», cortaban el camino, y la guardia civil merodeaba por los lomeríos cercanos recortándose en el horizonte. Hubo cargas policiales, heridos, prisiones y multas.

Así, también, su participación en los documentos llamados de los «ciento dos» y de los «ciento ocho» cuando las huelgas de Asturias del 62 y del 63. Purgas de aceite de ricino, cortes de pelo al cero a las mujeres, torturas y otras sevicias policiales infligidas a los huelguistas estaban al orden del día. El documento, entre cuyos primeros firmantes figuraba Gabriel, aireado por radios y publicaciones extranjeras, circulaba clandestinamente por toda España. Las presiones se multiplicaban respecto a los firmantes. Llamadas e interrogatorios en la Dirección General de Seguridad, llamadas telefónicas anónimas avisando miedos, avisando muertes. José Bergamín, que encabezaba el documento, tuvo que refugiarse en la Embajada de Uruguay y marchar después, por segunda vez, al exilio. Al tiempo, en el Hotel Suecia de Madrid se celebraba un Seminario Internacional

de Literatura propiciado por el Congreso por la Libertad de la Cultura, y subvencionado por la CIA, como tiempo después se supo, cuyo objetivo no era otro, en mi opinión, que el de mediatizar la influencia de izquierda y comunista en la intelectualidad española.

Gabriel sigue publicando libro tras libro. Trabajador infatigable —ahí está su numerosísima obra—, es galardonado con el Premio «Libera Stampa». Participa en una asamblea libre de estudiantes y es sancionado gubernativamente a pagar una multa de 50.000 pesetas. No es la primera vez que le detienen, tampoco será la última, aunque afortunadamente no pisa la cárcel. No es la primera vez que le interrogan, tampoco será la última. Son tiempos de huelgas, de manifestaciones, de una especie de insurrección firmada llevada a cabo por intelectuales y artistas. A pesar de represiones, la libertad parece que se va abriendo camino. Los recitales de Gabriel, de otros poetas, son actos multitudinarios. Sus versos, recitados por él o musicados y cantados por los líderes de la canción protesta, representan el orgullo de una dignidad nunca perdida del todo, un grito de rebeldía, una llamada a la acción. Escuchar a Celaya no era una actividad inocente. Un denominador común identificaba a todos, público y poeta, la lucha por la libertad, la lucha de clases, por la que somos vividos si es que al tiempo no estamos conscientemente inmersos en ella. Cuando Paco Ibáñez canta de «España en marcha», «a la calle que ya es hora...», la multitud se enardece, ondea banderas prohibidas. Todo, casi siempre, acaba como el rosario de la aurora, con botes de humo, disparos al aire, cargas a caballo, malos tratos, detenciones masivas y estancias más o menos largas en los calabozos de la Dirección General de Seguridad o la prisión de Carabanchel.

La cultura de la resistencia se amplía. El régimen dispone de menos recursos ideológicos, también muestra una incapacidad creciente en su control político y policíaco. Se conquistan, así, parcelas de libertad. Se multiplican los grupos teatrales críticos. Médicos, ingenieros, abogados, arquitectos, etcétera, libran la batalla organizados en sus colegios profesionales. La agitación se amplía tras el proceso de Burgos, el expediente 1.001 y el atentado a Carrero Blanco. Cuando aparece la Junta Democrática, Gabriel, al igual que millares de personas, colabora con ella. Asiste a reuniones, a las manifestaciones que se convocan. Tras la muerte de Franco y el asesinato de un grupo de abogados laboristas, es legalizado el Partido Comunista de España. Gabriel Celaya es presentado en las listas electorales del PCE. Yo ya sé, y con esto termino, que hablar casi en exclusiva de la poesía colectiva, de la cultura de la resistencia,

que si bien tuvo fuerza suficiente para generar y generalizar la respuesta del no a lo establecido, no la tuvo para trascender, como proyecto cultural, al ocaso del franquismo, es limitar, en el caso de Gabriel, una obra literaria que, sin duda, no puede circunscribirse, digamos, a los social. Pero también conozco, y no comparto, el afán de algunos críticos, seguramente bien intencionados, que pretenden expurgar la obra de Celaya, o parte de la misma, de un compromiso cultural, social y político plenamente asumido por el poeta, por un hombre que en un tiempo determinado toma partido por el pueblo y a él le entrega todo lo que tiene, su pellejo y sus palabras.

Si lo primero es limitativo, también lo segundo lo es. Amén de ejercicio inútil, tal como en ocasiones ha declarado el propio poeta. Celaya no es un escritor al que se le pueda quitar o poner, hay que cogerle entero. Su compromiso intelectual, entiendo, no está vinculado únicamente a su militancia partidaria, sino también a una actitud ética inducida por su conciencia. Ciertamente no se es escritor por lo que se dice, sino por cómo se dice. Y si bien es cierto que no se puede imponer el compromiso al arte, a la literatura, tampoco se puede demostrar que el compromiso sea la muerte del arte.

En literatura, todo lo existente, en sus múltiples apariencias, todas las pasiones, heroicidades e iniquidades, sueños y esperanzas del espíritu humano, caben en las sugerencias de un poema, de una narración, de un diálogo, de un alegato. Guste o no, la literatura ha sido siempre un lugar en el que se han probado diversas ideologías, incluso por encima de la del propio autor. Ello, en mi opinión, es evidente en la picaresca española, en el teatro griego, en la novela del siglo pasado y de éste. No sería ocioso recordar el aire polémico, a veces casi panfletario, de los escritos de Bretón o Marinetti. Así que, entiendo, cualquier tema en novelable, poetizable, valgan estas palabras. El problema consiste o se reduce al talento del autor, no a las maldades intrínsecas, no sé por qué, del tema tratado, sea el que sea. Y Celaya tiene ese talento necesario.

«Gabriel Celaya es incontable, más que por innarrable, por extenso e innúmero; demasiados Celayas para contarlos uno a uno», ha dicho Ángel González. Pero yo también he pensado que en Gabriel, y ahora lo pienso más con «Gaviota», esa excelente antología preparada por Félix Maraña, la vida siempre acaba ganando, quizá porque en el poeta, fíjense ustedes, siempre he encontrado un cierto hálito profético —no sé si esto le gustará a Gabriel—, un estar hasta el cuello metido en la historia del hombre y una permanente búsqueda de la libertad.

Nuestra
Bandera

es
LA IZQUIERDA

SUSCRIBETE

TARIFAS DE SUSCRIPCION ANUAL

ESPAÑA:

Península 3.250 ptas.

Islas 3.060 ptas.

EUROPA 3.700 ptas.

AMERICA Y AFRICA 4.300 ptas.

ASIA Y AUSTRALIA 4.800 ptas.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

C/ Marqués de Monteagudo, 8 - 28028 Madrid

Tel.: 246 98 07/Fax: 361 17 74

Nuestra
Bandera

JOVENES Y DELINCUENCIA

JOSE FERNANDO HERNANDEZ
ENRIQUE DE CASTRO
M^a DOLORS RENAU I MANEM
JOSE LUIS SEGOVIA
ENRIQUE DEL RIO
JUANA ESCABIAS
Y BEGOÑA F. MARTINEZ



SALVEM E-
BARRI DEL
CARME

ASSOCIACIO VEÏNS
BARRI DEL CARME

PAIS VALENCIANO:

NACIONALISMO E IZQUIERDA

PEDRO ZAMORA / RAFAEL PLA

Nuestra
Bandera